



Tan dulce
como tú

Donna Kenci

Tan dulce como tú

Donna Kenci

Título: Tan dulce como tú

ISBN: 979-8337999784

Sello: Independently published

1ª Edición: Septiembre, 2024

© Donna Kenci, 2024

Imágenes de portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi abuelo, Manuel Cano.
Él me enseñó que la verdadera riqueza de un hombre
no se mide por la cantidad de dinero que posee,
sino por la nobleza de su corazón.*

Contenido

[Página del título](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Epílogo 1](#)
[Epílogo 2](#)
[Agradecimientos](#)
[Playlist](#)
[Sobre la autora](#)

Prólogo

Adrián

2012. Madrid

No tenía sentido continuar dando tumbos sin rumbo con la moto, supongo que por eso me dirigí hacia aquel lugar por propia inercia, porque estaba seguro de que allí encontraría el sosiego que necesitaba.

Era inusual que las luces de la pastelería de mi abuelo estuvieran encendidas a esa hora. Intrigado, apagué el motor y decidí entrar por la persiana medio abierta.

—¿Abuelo?

Escuché unos suaves golpecitos que provenían del interior de la trastienda.

—Estoy aquí, en el obrador. Pasa.

Me encaminé hacia la voz olfateando el agradable aroma que provenía del horno. No cabía duda, estaba preparando algún delicioso pastel.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —le pregunté nada más verlo.

—Eso mismo digo yo. ¿A qué has venido?

Me quedé callado.

—No sé. Estaba dando una vuelta y sin pensar he llegado hasta la confitería.

Mi abuelo dejó de amasar para centrar por completo su atención en mí. Se cruzó de brazos y me examinó de arriba abajo.

—¿No es hoy el cumpleaños de Carla?

No me apetecía hablar sobre ese asunto.

—Sí, pero me he ido pronto. Mañana tengo que madrugar.

Desvié la vista de sus inquisitivos ojos.

—Ya veo —murmuró—. Al menos espero que te haya dado tiempo a entregarle su regalo.

Asentí, turbado.

—Ajá. Le ha gustado mucho el colgante —dije. No añadí nada más.

Lo bueno de mi abuelo era que me conocía tan bien, que le bastaba con un par de palabras para saber que no era el momento indicado para continuar con una conversación que no tenía ganas de alargar.

—Me alegro. —Se limpió las manos con un paño y luego se acercó a la percha para ofrecerme uno de los delantales de la pastelería—. Bueno, ya que estás aquí, ¿quieres ayudarme con esto?

—Claro. ¿Qué es?

Acepté el delantal y me lo puse. Después fui a lavarme las manos en el pequeño cuarto de aseo que había al otro lado del pasillo que daba a la trastienda.

—Es un encargo que me han hecho para mañana a primera hora. Una tarta con berlinas —contestó desde la otra estancia.

Me quedé clavado en el sitio.

Berlinas. Como el colgante en miniatura que le había regalado a Carla hacía tan solo unas

horas. Qué fastidiosa casualidad.

Meneé la cabeza para descartar los recuerdos de ese momento.

No quería pensar más en ello.

No podía.

Necesitaba distraerme para no dejarme arrastrar otra vez por esa opresión en el pecho que no me dejaba respirar.

Con esa determinación, regresé al obrador; solo entonces me di cuenta de la maravillosa creación que mi abuelo tenía sobre la mesa. Cuatro pisos de bizcochos con forma circular, recubiertos de nata y chocolate.

—¡Vaya! Qué bonita —comenté.

Él sonrió, orgulloso.

—Está quedando bastante bien, aunque falta lo más delicado. La decoración. —Señaló la masa de las berlinas que acababa de hacer—. ¿Las quieres terminar tú?

De nuevo asentí.

Durante un buen rato me concentré en la tarea de freír las berlinas y bañarlas con una capa de chocolate de diferentes tonos. Pero, a pesar de mis intentos por olvidar, mi cerebro volvía una y otra vez a ese cumpleaños del que había huido como un cobarde.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —solté casi sin pensar.

Mi abuelo levantó la mirada para prestarme atención.

—Ya sabes que sí.

Dudé, pero al final verbalicé mis pensamientos.

—¿Cómo supiste que la abuela era la indicada?

Dejó la manga pastelera en la superficie lisa y me volvió a observar divertido.

—Lo supe por su aroma y su sabor.

Abrí mucho los ojos. Esa respuesta no era la que esperaba escuchar, y menos de un hombre de su edad.

—¿Por su sabor? —Mis mejillas se tiñeron de rojo, o eso intuí por el calor que sentí en esa zona.

En vez de responderme, se acercó a mí con un bollo de crema, un dulce que me encantaba cuando era pequeño.

—Huele —me pidió.

Aproximé mi nariz al bollo y aspiré con fuerza.

—¿Qué se te viene a la cabeza cuando te empapas de su aroma? —me preguntó.

Medité la respuesta unos segundos.

—Me recuerda a mi niñez. Cuando salía de la escuela hambriento y me recibías en la puerta del colegio con ese bollo en las manos.

Mi abuelo sonrió.

—Te recuerda a tu niñez porque hay sabores y aromas que nos evocan algo mucho más profundo. Un sentimiento. Una sensación. Por ese motivo, cuando encuentres una chica cuyo sabor y fragancia te hagan sentir que ella es tu hogar, entonces sabrás que es la indicada.

Parpadeé varias veces, tentado de soltar una carcajada. Estaba casi seguro de que me estaba gastando una broma. Pero no fue así. La sobriedad de su expresión me hizo saber que hablaba en serio.

—Ah —fue lo único que atiné a decir.

Más confundido que antes de hacerle esa consulta, proseguí con la decoración de la tarta, colocando las berlinas de forma vistosa sobre la capa de arriba.

El bello rostro de Carla regresó a mi cerebro.

Su sonrisa.

Su mirada al aceptar mi obsequio.

¿Cómo podía descubrir si ella era mi destino?

Las palabras de mi abuelo resonaron en mi mente una y otra vez hasta que se quedaron grabadas a fuego en mi memoria.

Porque sabría a hogar.

Capítulo 1

Vuelve, vuelve

Adrián

30 de agosto de 2022. Nueva York

Mi abuelo solía decir que quien no arriesga, no gana; y que tropezar y no caer, adelantar camino es.

Para variar, en esto también tenía razón. Como siempre.

Admiré la fachada de mi negocio y mi pecho se hinchó de orgullo por el cartel dorado que acababan de colocar, la codiciada placa que coronaba a mi establecimiento con el galardón de la mejor pastelería de Nueva York, destronando incluso a la famosísima Sweet Kate, que llevaba varios años consecutivos obteniendo dicho premio.

—Queda bien, ¿eh?

Sonreí satisfecho ante las palabras de mi fiel amigo y mi mejor ayudante.

—Parece hecho a medida para nosotros —corroboré—. ¿Has visto los periódicos de hoy? Incluso el New York Times se ha hecho eco de la noticia.

Ben asintió con la mirada brillante, sin dejar de contemplar la elegante placa.

—Ahora sí, *Adrian* —pronunció mi nombre con ese acento americano al que aún no me había acostumbrado del todo, pese a los años que llevaba viviendo en Estados Unidos—. Granddaddy ocupa ya el lugar que se merece. Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti, *bro*.

Mi sonrisa se tornó triste al escuchar esa mención a mi abuelo.

—Lo sé. Lástima que no pueda verlo.

Sí, por supuesto que mi abuelo se sentiría feliz si supiera cuán lejos había llegado su nieto en la profesión que amó por encima de todo. El oficio que él mismo me enseñó con tanta dedicación.

Tal era mi agradecimiento por el gran Manuel Dueñas que incluso llamé Granddaddy a mi pastelería en su honor porque, tal y como él siempre decía, nunca debía olvidar de dónde provenía.

Mi historia era mi legado.

De repente, los recuerdos se agolparon en mi mente para sustituir mi alegría por una intensa melancolía. Una amarga tristeza de la que no logré deshacerme ni siquiera cuando puse tantos kilómetros de distancia entre mi pasado y yo. Ese pasado que se había quedado en Madrid, junto a mi familia... y a ella.

En ese momento comprendí que los sueños podían hacerse realidad pero, a veces, eso no es suficiente para arrancarte de las entrañas la jodida sensación de que tu vida está vacía.

Yo lo tenía todo. Éxito laboral. Dinero. Popularidad.

Vivía en la ciudad de los sueños; la que nunca duerme. Tenía una magnífica posición social, rodeado de buenos amigos. Me forjé mi propio presente invirtiendo lo único que tenía, la herencia de mi abuelo, creando de forma arriesgada un negocio que ni siquiera tenía la certeza de si iba a funcionar o no. Al mismo tiempo, estudié la carrera de gastronomía en The Culinary

Institute of America, y me especialicé en repostería, tal y como siempre deseé. Así, escalé desde abajo hasta llegar a lo más alto, a base de duro trabajo. Pero lo que más me enorgullecía era que me había convertido en el mejor repostero de Nueva York sin ayuda, empezando de cero en el lugar que me había acogido con los brazos abiertos cuando buscaba un refugio en el que olvidar.

Sin embargo, tantos años después, todavía no conseguía pasar página. Aún me atormentaban los recuerdos, sobre todo, los de ella. Aún veía el dulce rostro de Carla en mis sueños con tanta nitidez que dolía.

Dolía...

—¡Adrian! ¡Adrian!

Los gritos de una de mis empleadas me devolvieron al presente de forma abrupta. Vociferaba desde el interior del establecimiento del Granddaddy.

—¿Qué ocurre?

El semblante serio de la joven mujer me hizo saber que algo no iba bien. Al instante, estiró su brazo para ofrecerme el teléfono inalámbrico de la pastelería.

—Es tu madre —me comunicó en inglés—. Dice que tu padre ha sufrido un infarto.

Capítulo 2

Un beso en Madrid

Carla

Madrid. Septiembre de 2022

—Llegas tarde —canturreó el jefe de personal al verme entrar en el ascensor.

—Lo sé. Lo sé. No hace falta que me lo digas.

Y tanto que lo sabía.

Extenuada. Así me sentía desde que me había hecho cargo de la dirección general de la empresa, tras el infarto que había sufrido Gabriel. Por no hablar del desgaste emocional debido al susto tremendo que me llevé, no solo porque él era el pilar fundamental de la empresa, sino porque para mí era casi como un padre.

Al principio temí por su vida. Afortunadamente, el director de Dulces Dueñas me sorprendió cuando comenzó a recuperarse, pese a su grave estado.

Y después vino el caos, cuando supimos en la empresa que tendríamos que apañarnos solos durante los meses más importantes del año.

Octubre era el mes en el que debíamos lanzar al mercado la campaña navideña y ya íbamos con varias semanas de retraso con la producción, pues siempre empezábamos a preparar el siguiente ciclo justo a la vuelta de las vacaciones. Total, un completo desastre, porque estábamos en septiembre y aún no teníamos ni la planificación.

Por si fuera poco, en cuanto Gabriel pudo hacer gestiones, por supuesto desde la cama del hospital, depositó toda la responsabilidad de la empresa sobre mis hombros, en su ausencia. Así que, sin comerlo ni beberlo, me convertí en la directora general de Dulces Dueñas hasta que él regresara a su puesto.

—¿Te has enterado? —Marga, una de las administrativas más cotillas del departamento de contabilidad me abordó nada más verme salir del ascensor.

Respingué, casi tirándome encima el café que llevaba en la mano derecha.

—Se dice buenos días primero —repliqué esta vez—. Y ahora, ¿de qué tengo que enterarme?

—No se habla de otra cosa en la oficina.

Eran tantas sus ansias de chismorreos que ni si quiera me respondió a mi saludo mañanero.

—Vale. ¿Vas a decirme ya de qué se trata?

Las habladurías del personal me causaban pereza. La verdad, tenía cosas mucho más importantes que hacer antes que entretenerme con chorradas.

—Pues que la mujer del jefe se lo ha pedido y él ha aceptado.

Puse los ojos en blanco.

No es que me hubiera aclarado mucho su misteriosa respuesta. Esa chismosa disfrutaba de lo lindo pensando que me fastidiaba no saber algo de lo que ella sí tenía conocimiento. Pero se equivocaba. No me interesaba en absoluto porque, de haberse tratado de algo importante para la empresa, hubiera sido la primera en enterarme.

Crucé la recepción para dirigirme a mi despacho, mientras Marga seguía revoloteando a mi alrededor. No se iba a dar por vencida con tanta facilidad. No. Mi falta de interés no era suficiente para ella. Así que detuve mis pasos y le presté la total atención que me reclamaba desde hacía varios minutos.

—A ver, ¿qué le ha pedido? —pregunté, más por cortesía que por curiosidad.

—Ayuda, qué va a ser.

Estaba a punto de perder la paciencia, sin embargo, continué con la absurda conversación para ver si conseguía deshacerme de ella de una vez por todas cuando soltara el chisme por completo.

—¿Y se puede saber a quién diablos le ha solicitado ayuda Luisa?

En ese instante, Marga se plantó frente a mí cortándome el acceso a mi oficina. Parecía expectante por ver mi reacción.

—A su hijo, por supuesto.

Mis piernas se aflojaron, pero conseguí mantener la compostura.

—¿Qué? —inquirí.

La administrativa cotilla parecía exultante ante mi desconcierto.

—Adrián Dueñas, el hijo del jefe, va a volver a Madrid para ocuparse de la producción de la próxima campaña navideña, mientras su padre se recupera.

Tuve que sujetarme al pomo de la puerta de mi despacho para no perder el equilibrio. Al momento, decenas de pares de ojos se dirigieron hacia mí.

No. Debía tratarse de una broma de mal gusto. Adrián estaba en Nueva York y, hasta donde yo sabía, llevaba años sin hablar con su padre debido a sus constantes enfrentamientos. Era imposible que hubiera tomado la decisión de volver, y mucho menos de ayudar a su padre con una empresa que detestaba desde lo más profundo de su alma.

Era demasiado evidente que la tensión se había apoderado de todos mis músculos, así que tuve que disimular mi sorpresa delante de todo el personal.

Sonreí antes de dar un sorbo a mi café.

—¡Ahhh! ¡Te refieres a eso! —aduje—. ¡Cómo no iba a saberlo! Gabriel y Luisa nunca tomarían una decisión de ese calibre sin informarme antes, ya lo sabes —mentí como una bellaca, luego continué con la farsa—. Pero no es una noticia relevante. Era de esperar que acudieran a su hijo en estas circunstancias, ¿no te parece?

Ni Pinocho lo podría haber hecho mejor.

Al menos mi embuste funcionó, porque de repente todo el mundo volvió a sus quehaceres y Marga compuso un mohín de decepción.

—Ya. Me imaginaba que tú estarías al tanto de esto.

Y una mierda. Esa bruja no hacía nada de forma inocente. Su intención era desestabilizarme... y para mi total indignación, lo había conseguido. Aun así, tuve la sensación de haber salido bastante airosa de la situación.

—Pues si no tienes nada más interesante que contarme, si me disculpas, será mejor que entre ya en mi despacho. Hay mucho que hacer. Recuerda que tenemos una nueva campaña navideña que preparar.

Marga asintió.

—Claro que sí, jefa —finalizó la frase con cierto retintín—. Espero que pases una buena mañana.

A continuación, se marchó a su puesto.

Seguí disimulando hasta que entré en mi despacho, donde al fin pude dar rienda suelta a mi

perplejidad, para terminar con la cabeza apoyada sobre la puerta cerrada.

¿En serio Adrián iba a volver?

Era impensable la posibilidad de que Gabriel y Luisa le hubieran pedido ayuda.

Era surrealista.

Y aterrador.

¿Por qué Gabriel no me había dicho nada sobre él?

En una décima de segundo pasé de la confusión a la ira.

Me paseé furiosa por mi oficina, dispuesta a llamar por teléfono al que consideraba mi segundo padre, el que me había cuidado más que el verdadero durante años, porque cuando mi madre falleció, fueron Gabriel y su esposa los que se desvivieron por mí. Tanto fue así, que incluso me ofrecieron trabajar en su empresa en cuanto terminé mis estudios universitarios.

Por eso, por todo lo que Gabriel hizo por mí durante años, no comprendí por qué, en cambio, no había contado conmigo para tomar una decisión tan importante, que no solo afectaba a la empresa, sino a mí, del modo más personal, debido a lo que sucedió entre su hijo y yo.

Tal vez fuera ese el motivo por el que no se había atrevido a decírmelo antes.

En un arrebato, pulsé el botón del teléfono interno para hablar con mi secretaria.

—Bea, ¿puedes llamar a Gabriel? Necesito hablar con él.

—Por supuesto. Ahora mismo —oí al otro lado del altavoz.

Con todo, recordé que Gabriel estaba convaleciente y pendiente de una intervención quirúrgica tras su infarto.

No podía descargar en él mi frustración. No, no debía molestarlo. Eso no estaba bien, por mucho que desease desahogar mi enfado.

Cuando escuché el sonido de los números que Bea estaba marcando, la interrumpí.

—Déjalo, Bea. Lo he pensado mejor. Después lo llamaré con más tranquilidad desde mi casa, cuando salga de aquí.

—De acuerdo. Oye... —añadió—. Ya sabes que si necesitas algo más, aquí estoy.

El tono cariñoso de ella me hizo entender que ya se había enterado del chisme. Bea no solo era mi secretaria, sino que también se había convertido en una buena amiga o, mejor dicho, en mi única amiga de verdad.

—Gracias, Bea. —Mi voz también se relajó un tanto—. ¿Nos vemos a la hora del desayuno?

—Por supuesto. Como todos los días, preciosa —contestó ya sin un ápice de convencionalismo—. Por cierto, tienes que contarme con pelos y señales qué tal fue la cena de anoche con «don perfecto».

Meneé la cabeza de un lado a otro, divertida.

—Lo haré, entrometida. Hasta luego.

Rio.

—Vale. Hasta dentro de un rato.

Casi sin darme cuenta, esbocé una sonrisa mientras pulsaba el botón para cortar la comunicación. Una sonrisa que se fue apagando con la misma rapidez con la que había llegado.

Entonces, mis manos se dirigieron sin mi permiso hacia el cajón de mi escritorio. Lo abrí y saqué la caja de metal que había en su interior. De forma inconsciente, acaricié la superficie fría y lo abrí.

Allí estaban.

Todas las notas que Adrián me había escrito a lo largo de los años.

Notas de mi enemigo.

De mi amor imposible.

Las observé con tristeza mientras los recuerdos se apoderaban de mi mente. Recuerdos de un pasado que creí haber dejado atrás, pero que ahora volvían sin poder hacer nada para evitarlo. Unos recuerdos que eran tan desconcertantes como Adrián, que siempre había formado parte de mi vida, hasta que se alejó sin darme una explicación. Y ahora... Ahora iba a regresar a mí sin mi consentimiento.

Odiaba no tener el control de lo que sucedía a mi alrededor. Esa era una sensación que me hacía revivir ese pasado que tanto detestaba.

Un escalofrío se apoderó de mi piel.

Sentí el frío invierno dentro de mí otra vez.

Adrián ya estaba ahí cuando mi vida se convirtió en un invierno. Poco a poco, él se hizo un experto en ahuyentar el frío de mi alma durante nuestra adolescencia, calentándome el corazón de forma pausada, hasta dejarme indefensa, dependiente por completo de su calidez para sobrevivir. Pero cuando fuimos adultos, se marchó dejando otro permanente invierno en ese mismo corazón.

Miré el calendario del ordenador.

Pronto sería otoño.

Él iba a regresar.

Y después del otoño vendría otro invierno más en el que Adri estaría presente de nuevo. Sin embargo, esta vez ya no podría calentar un corazón que llevaba congelado una eternidad. Porque él era la única razón por la que me convertí en un témpano de hielo.

No. Ya no ejercería ese poder sobre mí. Jamás.

Capítulo 3

Presiento **Adrián**

—¿Dónde quiere que le deje las maletas, señor Dueñas?

—Aquí mismo. Gracias.

El chófer de mi padre depositó mi equipaje dentro del portal y se despidió con un gesto formal.

Demasiado formal.

Ya no estaba acostumbrado a tanta cortesía. Ni a esa clase de lujos. A tener chófer personal o a vivir, aunque fuera de manera temporal, en uno de los edificios más impresionantes de Madrid, en plena calle Serrano.

No. Mi vida en Nueva York era muy distinta a la que solía llevar antes aquí en Madrid. Eso era cosa del pasado. Un pasado que aborrecía, que no pensaba revivir de ninguna de las maneras, pese a las circunstancias que me habían forzado a regresar.

Una vuelta casi obligada. Eso sí, con una única condición.

Solo esperaba que mi padre cumpliera su palabra durante el tiempo que estuviese aquí. Tenía que hacerlo, porque al menos me debía esa pequeña concesión a cambio de haberlo dejado todo para acudir en su ayuda. Bueno, en realidad fue por petición expresa de mi madre. Porque estaba claro que, si ella no me lo hubiera pedido, yo no habría regresado.

Inspiré y solté todo el aire de mis pulmones justo antes de entrar hacia el interior del portal. Por primera vez desde que me bajé del avión, supe apreciar todo lo que vi a mi alrededor. El ruido de los coches al pasar, el ambiente denso de las calles de Madrid, el aire aún cálido de septiembre, los elegantes edificios de la calle Serrano...

Sí. En el fondo, tuve que admitir a regañadientes que había añorado a la ciudad que me vio nacer. Y crecer. Y sufrir. Y reír. Y odiar. Y caerme y levantarme. Y amar...

De pronto, la imagen de Carla se instaló en mi cabeza sin mi permiso.

Otra vez.

Era imposible no asociar las palabras crecer, reír, sufrir, amar y odiar con ella.

Hacía bastante tiempo que ya me había resignado a entender que Carla formaba parte de mi vida y que jamás podría deshacerme de la historia que vivimos juntos. Para bien o para mal.

—¡Cachorrito!

Joder. Ya casi me había olvidado de la odiosa manía de...

Los delgados brazos de mi madre me agarraron con una fuerza inusual para una constitución tan pequeña como la suya.

—Te he dicho muchas veces que no me llames así, mamá.

Pese a mi protesta, mis brazos se abrieron por inercia para acogerla pegada a mi cuerpo y espachurrarla a mi antojo.

Ese aroma tan suyo me transportó a la niñez. A todo lo que más quería. Olía a mamá. A la dulce y siempre amorosa mujer que me trajo al mundo. A esa sufrida heroína que se había pasado toda su vida velando por la mía y que aceptó todas y cada una de mis decisiones, incluso

aquellas que le rompieron el corazón.

—No seas tan tiquismiquis. Aquí nadie puede oírnos. Te guste o no, siempre serás mi cachorro.

Sofiqué una risa sincera en su cuello a la vez que inspiraba para retener ese olor que me resistía a echar de menos.

—¡Qué elegante estás! —Me separé unos centímetros para examinarla de arriba abajo—. ¿Algún cambio en el estado de...? —le pregunté sin dar más rodeos.

—¿Papá? —terminó por mí, porque sabía lo mucho que me costaba decir esa palabra.

—Sí.

Mi pregunta fue de pura cortesía.

Mi madre me caló, disimuló como si no pasara nada y comenzó a caminar hacia el ascensor, aunque con el semblante más serio que unos minutos antes.

—No. Todo sigue igual. Estamos a la espera de que nos digan la fecha en la que van a realizarle la intervención, pero los médicos se muestran optimistas. Nos han tranquilizado bastante. Han dicho que tengamos calma, porque debemos esperar unos dos meses antes de que lo operen.

—Habrá que tener paciencia. De todas formas, veo que esto va para largo. Más de lo que imaginaba.

No quise sonar frío en estas circunstancias, pero me di cuenta de que esa fue la impresión que dio mi comentario en cuanto salió de mi boca.

—Eso parece. —Fue el escueto apunte de mi madre, aunque sus ojos me mostraron un atisbo de decepción que no supo disimular. Tal vez aún albergaba la esperanza de que a mi regreso, tras el infarto de mi padre, las cosas se suavizarían entre nosotros.

Pero eso no era tan sencillo. La relación entre mi padre y yo estaba muy deteriorada. Nos hicimos demasiado daño mutuamente con esa última y catastrófica discusión que mantuvimos unos días antes de irme a Nueva York. Y eso no se podía enmendar así como así. Además, aunque yo no deseaba que le ocurriera nada malo, tampoco tenía ningún interés en solucionar las cosas, sobre todo, porque estaba seguro de que él seguía pensando lo mismo respecto a cómo debía manejar mi vida, según su criterio.

Así que lo mejor era cambiar de tema por el momento. No quería empañar nuestro reencuentro con asuntos de los que ella no tenía culpa alguna.

—Bien. Veamos el apartamento en el que voy a vivir mientras esté en Madrid.

Hice un amago de levantar dos de mis maletas para introducirlas en el ascensor, pero un hombre uniformado se me adelantó.

Fue bastante obvio que me sentí abrumado por ese tipo de trato. Por un instante dudé de si me llegaría a acostumbrar otra vez a tanta parafernalia.

—Esto... Se me olvidó decirte por teléfono que este no es exactamente un apartamento como en el que viviste durante el último año de universidad —me comunicó mi madre, sacándome de mis pensamientos.

Arrugué la frente mientras observaba el gesto cargado de remordimientos de mi madre.

Eso no presagiaba nada bueno.

—¿A qué te refieres?

Hizo un aspaviento con la mano para quitarle importancia al asunto.

Nada bueno.

—Pues que no es un apartamento alquilado como tú crees, sino el ático que tu padre te compró cuando terminaste la carrera y que nunca te llegó a entregar por... por... Ya sabes, por lo

que pasó entre vosotros.

Una llama de furia prendió dentro de mí.

Ahí estaba de nuevo. Tenía que haber supuesto que mi padre no dejaría a un lado su odiosa manía de ejercer su control sobre todo lo que le rodeaba. Entendí que mi madre tampoco era responsable de eso, así que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para contener la cólera que me quemaba en la garganta.

—Está bien. Gracias por haberlo preparado para mi estancia, mamá —manifesté, apretando la mandíbula para contener mi reacción ante ella—. Solo serán unos meses y después ese hombre terco podrá meterse su apartamento por donde le venga en gana.

—Como tú digas, cachorrito. —Pareció resignada—. Pero siento decirte que, hagas lo que hagas, este lugar siempre estará a tu disposición para cuando quieras usarlo —insistió.

Esto iba a resultar más difícil de lo que creía.

Sujeté la mano de mi madre entre las mías y traté de hablarle con delicadeza. Era necesario poner los puntos sobre las íes antes de continuar.

—Mira, no pretendo herir tus sentimientos, mamá, porque sé que solo deseas hacer lo mejor para mí. Pero no quiero nada que provenga de él. Prefiero dejar claro desde el principio que estoy aquí solo para ayudar, sobre todo a ti, en esta difícil situación, para que la empresa familiar no se hunda. Pero no tengo intención alguna en arreglar las cosas con él, ni he cambiado de opinión respecto a la decisión que tomé hace años.

Supe que mis palabras entristecieron a mi madre, pero era de vital importancia explicárselo para que no hubiese ningún resquicio de duda respecto a mis propósitos, y a mi determinación de forjarme mi propio camino en Nueva York, algo de lo que estaba sumamente orgulloso.

—Está bien. Al menos prométeme que tendrás un trato cordial con él y que irás a visitarlo al hospital, aunque sea solo una vez.

El tono compungido de ella me ablandó el corazón. Mi madre era una mujer extraordinaria que bien se merecía que hiciera ese otro pequeño esfuerzo por complacerla.

—Lo haré. Te doy mi palabra.

Una vez más, tuve que recordarme a mí mismo que mi padre no fue la razón principal de mi marcha. Ni de lejos. Era otro asunto el que me causaba más desasosiego. Otra persona con la que sabía que no sería tan fácil que mi corazón permaneciese intacto cuando la volviera a ver.

Capítulo 4

Sueños rotos

Carla

—No iba a dejar que toda la responsabilidad recayera sobre tus hombros, pequeña.

Me imaginaba que Gabriel no me habló de la vuelta de su hijo por miedo a mi reacción. Pero al final, ese canalla me estaba convenciendo de que era la única opción que tenían él y su esposa para sacar adelante el negocio durante los siguientes meses. En fin, su palabrería siempre lograba su efecto en mí con una facilidad pasmosa. Demasiado. De nada me servía resistirme, porque lo adoraba sin remedio.

—Bueeeeno. Ya sabes que acataré tu decisión, como siempre he hecho. Me guste o no lo que dictamines, haré lo que esté en mi mano para ayudar y para que tu ausencia no se note aquí.

Llevábamos más de diez minutos de conversación telefónica, pero para mí no había nada mejor que su voz calmada, aunque aún convaleciente, para transmitirme la paz mental que necesitaba en esos momentos.

—Lo sé, Carla. Confío plenamente en tus capacidades para estar al frente. —Hizo una breve pausa y luego continuó—: De verdad que siento no habértelo comunicado antes pero, como ya te he dicho, pensé que era lo mejor. Aun así, ten por seguro que Adrián solo se ocupará de la producción. No interferirá en tu terreno. ¿Me oyes?

Me sentí incómoda ante la mención velada que conllevaban las últimas palabras de Gabriel, ya que sabía que Adrián y yo siempre fuimos como el agua y el aceite. Bueno, no siempre. Y eso también lo sabía él.

—No habrá problema alguno entre nosotros —le aseguré con un tono más agudo de lo normal—. Esa etapa ya quedó atrás. Ahora los dos somos adultos. Estoy segura de que ambos estaremos a la altura de las circunstancias. —No supe por qué, pero esa afirmación no me la creí ni yo misma—. De cualquier modo, lo importante es tu salud y que te recuperes pronto, ¿de acuerdo? Ah, y no te olvides de que mañana iré a verte otra vez.

—De acuerdo, pequeña. —Soltó un suspiro al otro lado del teléfono que me pareció más un signo de cautela que de conformidad—. Entonces te dejo que sigas con lo que estabas haciendo. Ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido mañana... Al menos, eso espero. Después del infarto rezo todas las noches por seguir aquí al despertar. No obstante, es mejor que ya no dé nada por sentado.

Me enterneció el corazón vislumbrar en lo velado de sus palabras el miedo que debió pasar al recobrar la consciencia y asimilar lo que le había ocurrido.

—No digas eso, aún te queda cuerda para rato. Lo que te ha pasado solo ha sido un pequeño bache. Pronto volverás aquí con más vitalidad que nunca. Ya lo verás.

Gabriel rio a través del teléfono.

—Eso espero, bichito. Hasta mañana.

Casi se me cayó el móvil de las manos al escuchar el mote con el que su hijo Adrián solía fastidiarme cuando éramos niños. Bicho. Hasta ese instante no fui realmente consciente de cuánto me afectaba aún todo lo relacionado con él.

Me había pasado tantos años evitando los recuerdos, que me pilló desprevenida por completo comprobar lo mucho que me turbaba aún rememorar a Adrián. Aun así, no podía dejar que mi pasado con él controlara mi mente ahora. No, no iba a permitirlo de ninguna manera.

Tenía que sacar esos pensamientos cuanto antes de mi cerebro.

Mi vida actual era maravillosa. Me había costado mucho conseguir la estabilidad de la que disfrutaba y no la perdería por nada del mundo. Mucho menos por él.

Adoraba mi trabajo, mi estabilidad emocional. Aunque no tuviera la mejor de las relaciones con mi padre, pero no me hacía falta tenerla porque me sentía arropada por el cariño de los padres de Adrián.

No necesitaba nada más.

Además, en el terreno sentimental acababa de iniciar una relación con un hombre diez; uno de esos que cualquier mujer desearía tener a su lado. Pese a que todavía no se trataba de nada serio, prometía bastante.

Sí. La verdad es que estaba en la etapa más estable de mi vida, donde no había cabida para los recuerdos. Así que era imperioso mantener mi paz mental y no dejarme llevar por ellos en adelante.

¿O no?

Capítulo 5

Vuelvo a verte

Adrián

—Detened ahora mismo las máquinas. De aquí no va a salir ni un dulce más así.

Tal vez fue un error visitar tan pronto la fábrica, puesto que solo habían transcurrido tres días desde mi llegada a Madrid y aún ni siquiera se me había pasado el *jet lag*. Pero al menos ahora sabía a qué atenerme.

Estaba muy equivocado si creía que sacar la empresa de mi padre adelante durante unos pocos meses iba a ser la parte más sencilla de mi vuelta a Madrid.

Insípidos. Incomibles. Esas eran las únicas palabras con las que se me ocurría describir lo que acababa de probar ahí dentro. Una certeza inesperada que me dejó en shock al salir de la nave donde se elaboraban los dulces que formarían parte del surtido de productos para las siguientes navidades.

Y sí, estaba paralizado porque acababa de descubrir la porquería que mi padre se había dedicado a elaborar bajo la marca Dulces Dueñas en los últimos años.

En resumidas cuentas, estaba poniendo en el mercado un catálogo que carecía de la calidad que en otro tiempo era la esencia de los productos de Dulces Dueñas. Esa esencia base por la que tanto había trabajado mi abuelo en su pequeña confitería, que era su sello inconfundible y la razón por la que mi padre había creado su propio imperio, para expandir la repostería familiar y que todo el mundo tuviera la oportunidad de probar nuestras elaboraciones.

Una buena idea que funcionó bien durante los primeros años, mientras mi abuelo ejerció de maestro pastelero también para la empresa de su hijo. Un negocio rentable que incluso llegó a convertirse en la marca de productos navideños por excelencia en España, pero que al final, como acababa de comprobar, a mi padre se le había ido de las manos al olvidar sus raíces y querer ampliarla más y más.

Y ahora, ¿cómo iba a sacar yo adelante una campaña navideña con semejante género?

—¿Está seguro de lo que ha ordenado, señor Dueñas? ¿Debemos detener el proceso producción? No sé yo si Carla estará de acuerdo con esa decisión...

Miré al encargado general sin apenas entender lo que me decía, porque mi mente estaba concentrada en buscar una solución inmediata para ese desastre.

—Sí, por supuesto que estoy seguro. Paradlo todo hasta nueva instrucción. Todo. No podemos seguir haciendo esos... lo que sean. —Me froté la frente, horrorizado, antes de continuar—. Si voy a encargarme de la producción de esta campaña navideña, no voy a ofrecerle al público dulces de tan baja calidad. Ni hablar.

—No son de baj...

—¿Cómo dices? —casi rugí—. ¿Insinúas que esas porquerías empaquetadas son comestibles? La verdad, me pregunto cómo sigue en pie esta empresa todavía.

—No, señor. Entendido. Voy a dar las indicaciones pertinentes a los trabajadores —anunció Ricardo mientras se retiraba.

—¡Y, por Dios bendito, deja de llamarme señor! —troné, pero al segundo siguiente me

arrepentí de haber pagado toda mi frustración con ese pobre hombre, que solo cumplía con su trabajo de la mejor forma que sabía.

Contemplé el cielo, pensativo, haciéndome a la idea de que había llegado el momento que más temía, y a la vez el que me causaba más expectación. Mi intención no era verla tan pronto, pero visto lo visto, no tenía más remedio que ir a las oficinas de Dulces Dueñas para mantener una importante conversación con la persona que estaba al frente, que no era otra que «ella».

Con toda probabilidad se trataba de la peor idea presentarme allí llevándome conmigo el enfado que me carcomía por dentro en ese instante, pero no me quedaba otra alternativa que hacerlo, si quería salvar con éxito mi cometido, y si iba a llevar a cabo lo que le había prometido a mi madre.

—Llévame a las oficinas de Dulces Dueñas, por favor —le solicité al chófer.

Así pues, una hora más tarde me planté frente a las monstruosas instalaciones en las que mi padre había convertido la sede de su empresa. Una empresa que nada tenía que ver con el pequeño centro de distribución que puso en marcha muchos años atrás para dar cabida a la expansión de la entrañable confitería de mi abuelo. El centro neurálgico que, para su regocijo, no tuvo más remedio que ampliar varias veces durante los años en los que yo estuve ausente, debido al enorme éxito del negocio de los dulces navideños.

Su gran imperio, tal y como soñaba conseguir, solo para darle en las narices a su progenitor y demostrarle que podía triunfar a su manera.

Sin embargo, al igual que la planta de producción, ese frío lugar no estaba impregnado del alma de Dulces Dueñas.

Se trataba de un edificio de varias plantas en el que sólo se veía a gente transitar de un lado a otro con montañas de papeles, móviles en mano y sin siquiera cruzar una palabra los unos con los otros.

¿Dónde había quedado el ambiente familiar de la plantilla en sus inicios? Seguro que estaba en el mismo lugar que la decoración colorida que daba tanta vida al lugar. En cambio, ahora, las paredes, el suelo y todo el mobiliario lucían con tanto minimalismo que parecía una galería de arte moderno. Por no hablar de los diferentes tonos de gris y blanco que imperaban, que añadían más tristeza, si cabía, al lugar.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Observé a la mujer que tenía delante de mí, aún sobrecogido por la frialdad que reinaba en ese insulso espacio.

Me aclaré la garganta antes de responder.

—Necesito hablar con Carla Suárez, por favor.

Las cejas de la empleada se arquearon, recorriéndome con sus ojos de arriba abajo con una expresión de altivez que no me gustó en absoluto.

—Lo siento. La señorita Suárez no ha llegado aún. Además, solo atiende a visitas programadas. ¿Tiene usted una cita con ella?

El examen inquisitivo de la empleada me terminó de crispar.

—No, Yo... —titubeé.

—Ya me parecía. ¿Quiere que le deje algún recado de su parte? ¿O que le concierte una cita? Aunque tengo que advertirle que la señorita Suárez tiene una agenda bastante apretada —añadió con suficiencia.

Meneé la cabeza de forma espontánea ante tanta tontería.

Era ridículo que tuviera que dar explicaciones o concertar una cita si yo era el hijo del propietario de la maldita empresa. Por eso, estiré mi espalda y me preparé para presentarme

formalmente ante la que sería una de mis subordinadas durante los próximos meses.

—Sí, por favor. Dígale que quiero verla en mi despacho cuando vuelva y, de paso, si es tan amable, dígame cuál es la oficina de Gabriel Dueñas, pues ese es el lugar que ocuparé en adelante, hasta que mi padre vuelva a su puesto de trabajo.

La diminuta mujer parpadeó varias veces, mientras que el resto de personal dejó de hacer lo que estaba haciendo para fijar su atención en mi persona.

Un silencio total se instaló en la gran estancia en tan solo unos segundos.

—Oh —fue lo único que salió de su boca, hasta que su mente reaccionó al asimilar mis palabras—. No me diga que es usted Adrián Dueñas, el hijo de Gabriel...

Desplegué una sonrisa mordaz.

—Pues sí. ¿Y usted es...?

Un intenso rubor cubrió las mejillas de la joven.

—Oh, Dios. Lo lamento, señor Dueñas —se disculpó, visiblemente avergonzada—. Soy Beatriz, la secretaria personal de Carla.

Me sentí observado, con todos esos pares de ojos examinándome con curiosidad. Personas que no reconocía. Como acababa de comprobar, allí no quedaba ni un solo empleado de la plantilla inicial. Era evidente que mi padre se encargó de cumplir al pie de la letra sus intenciones tras mi marcha a Nueva York. Según sus propias palabras, quería «dar un aire nuevo» a la marca de mi abuelo, de la que tomó hasta el nombre.

Pero ahora lo importante era deshacerme de la incomodidad que me provocaba que todo el personal estuviera pendiente de cada uno de mis movimientos.

—No es necesario que te disculpes... Beatriz —dudé—. ¿Te importa que te tutee?

La asistente dio un respingo, pero recobró la compostura al momento sin dejar de escudriñarme, al igual que hacía el resto del personal con total descaro.

¿Acaso tenía monos en la cara?

—Por supuesto que puede tutearme, señor Dueñas.

Otra vez «señor Dueñas».

—Perfecto. Llámame Adrián, por favor. Entonces, ¿mi despacho temporal es...? —pregunté con prisas.

—Se lo mostraré. Sígame... Adrián.

Eché a andar, fingiendo normalidad, hasta que llegó a un pequeño cuadrado donde había dos puertas, una frente a la otra.

—Este es el despacho de su padre —me indicó, señalando hacia la izquierda—. Y este es el de la señorita Suárez —dijo, refiriéndose al de la derecha.

—Muchas gracias, Beatriz —pronuncié, sin prestarle ya atención, puesto que mis ojos se habían quedado clavados en la puerta del despacho de Carla—. Puedes retirarte si lo deseas. Yo voy a echar un ojo a la oficina de mi padre.

—Perfecto. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que buscarme. Mi mesa está allí, al fondo.

Asentí, pero no me moví hasta que escuché cómo los pasos de la secretaria se alejaron del lugar. Solo entonces, me aseguré de que nadie me viera y me colé con sigilo en el despacho de Carla, notando cómo los latidos de mi corazón se aceleraban.

Era la primera vez en muchos años que estaba tan cerca de ella o, mejor dicho, de algo que le pertenecía.

Era un despacho bastante austero, algo extraño en la Carla que yo conocía, a la que le encantaba la decoración hogareña a la que su madre la acostumbró. Demasiado ordenado para la desordenada niña a la que yo mismo le tenía que limpiar todo lo que dejaba por medio después

de hacer pastelillos los fines de semana en la confitería. Y demasiado serio para la traviesa chica que me hacía mil y una trastadas, cada cual más escandalosa.

Respiré profundamente, pero no pude identificar nada de ella en el ambiente. Era como si Carla no perteneciera a ese frío lugar, como si, al igual que yo, no encajase allí.

Con todo, al acercarme a su escritorio algo atrajo mi atención. Con sumo cuidado levanté entre mis manos un viejo marco de colores, que destacaba entre los tonos apagados del resto del mobiliario. No pude evitar contener el aliento cuando vi la instantánea que mostraba: éramos mi abuelo, Carla y yo immortalizados por la cámara después de una de nuestras sesiones de los sábados. Mi abuelo, con esa expresión amable que tanto añoraba, parecía regañarnos mientras Carla estaba a punto de pegarme con algo que llevaba en las manos, y yo trataba de parar el golpe con una bandeja, al mismo tiempo que sonreía con pillería a la cámara.

Un maravilloso recuerdo que me puso un nudo en la garganta.

Conmocionado por las decenas de recuerdos que se agolpaban en mi cabeza, dejé la fotografía en su sitio y salí de allí con el mismo sigilo con el que había entrado. Sin embargo, me quedé clavado en el umbral de la puerta al encontrarme frente a esos ojos que me habían perseguido en sueños durante años. Los ojos grises azulados más nítidos que había visto jamás; tan pálidos que se asemejaban a la nieve cuando cae en un día de invierno.

—Hola, bicho.

Capítulo 6

Enemigos

Carla

No estaba preparada para encontrármelo cara a cara.

Definitivamente, no lo estaba.

Había imaginado nuestro reencuentro cientos de veces, desde que me enteré de su vuelta, pero nunca pensé que me quedaría paralizada de pies a cabeza, sin poder pronunciar palabra alguna.

—Hola, Adrián. Veo que te has dignado a honrarnos con tu presencia —fue lo único que atiné a decir, intentando controlar la mezcla de emociones encontradas que sentía.

Mi corazón latía a un ritmo desbocado, mientras mis ojos recorrían cada centímetro de él para identificar los cambios que se habían producido en su cuerpo en los años de ausencia.

Parecía una versión más madura del universitario del que nunca tuve la oportunidad de despedirme. Pero, para mi total desconsuelo, continuaba siendo tan guapo como siempre, con ese rostro perfecto que parecía esculpido en piedra, esas facciones varoniles a la vez que delicadas, unos labios voluminosos en su justa medida, la nariz recta y un poco redondeada en la punta, lo que le daba esa apariencia de niño travieso de la que no se había deshecho ni con el paso de los años. Y sus ojos; esos grandes espejos verdes de intensa mirada en los que tantas veces me había reflejado a lo largo de mi vida.

—Hace varios días que llegué a Madrid, pero hasta hoy no me he decidido a visitar la empresa —me explicó, y pude notar en la vibración de su voz que para él tampoco estaba siendo cómodo nuestro inesperado encuentro.

—Lo sé. —Miré de reojo a mi alrededor para descubrir que casi la plantilla al completo estaba pendiente de cada uno de nuestros movimientos, así que quise poner fin a tanta exposición pública, porque a nadie le importaba lo que tuviéramos que decirnos—. ¿Te parece bien si pasamos a mi despacho para seguir con esta conversación? Aunque creo que no hace falta que te lo enseñe, puesto que ya lo has visto tú mismo.

Él asintió con la cabeza sin hacer ningún comentario al respecto. Tampoco hubiera servido de mucho, porque era obvio que lo había pillado in fraganti.

Mis piernas temblaron al caminar cuando crucé por delante de él y su aroma inundó mis fosas nasales. Olía a gel de afeitar y a un suave perfume fresco que no pude identificar.

No quise girarme. Me negué a hacerlo. No hizo falta. Notaba sus ojos clavados en mi nuca mientras avanzábamos hasta mi despacho. Una vez que entramos, cerré la puerta. Al fin mis músculos consiguieron relajarse un poco, pero tuve que adentrarme en la oficina hasta posicionarme detrás de mi escritorio y apoyarme en él para no dejarle ver lo abrumada que me sentía en su presencia.

Había tantas preguntas sin respuesta que mi mente estaba desbordada.

¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no te despediste de mí? ¿Qué hice mal? ¿Fue solo un sueño? ¿Acaso nunca me quisiste? ¿En verdad nunca dejaste de odiarme?

Un ligero movimiento de su cabeza me devolvió a la realidad.

De su garganta brotó un sonido ininteligible que pareció un jadeo nervioso.

—Hay cosas que no cambian —farfulló con voz ronca—. Sigues teniendo la misma cara de chica rebelde que cuando nos conocimos.

Hice un gesto de espanto.

—Espero que no. Cuando nos vimos por primera vez yo tendría unos seis o siete años, se me habían caído algunos dientes y llevaba unas horribles gafas que aumentaban el tamaño de mis ojos y me hacían parecer un sapo, tal y como tú decías.

Su risa profunda me provocó un extraño movimiento en el estómago.

—Digas lo que digas, sigues pareciendo la misma que cuando me marché.

Otra vez no, por favor. Esta vez no caería en la trampa de su encanto de niño bien.

—Han pasado muchos años de eso. El tiempo no perdona.

Ni yo tampoco.

—Ya.

Necesitaba poner en orden mis pensamientos. Era imperioso que echase de mi mente todos esos recuerdos. No iba a permitirme el lujo de sentir otra vez. Eso era lo último que podía suceder. Tenía que aferrarme a lo único que me había mantenido cuerda cuando él estaba en mi vida. Por eso, deseé odiarlo de nuevo. Lo deseé con todas mis fuerzas.

—Bueno. Basta de recuerdos que no llevan a nada —espeté, tensa—. Imagino que has venido aquí para que te ponga al día sobre lo que será tu cometido durante los próximos meses.

Vi una pizca de decepción en su mirada, pero no le hice caso. No podía mostrarme débil ante su presencia y que él notase el poder que aún ejercía sobre mí. Un poder que me había sorprendido incluso a mí.

—Así es... en parte.

Su respuesta me pilló con la guardia baja.

—¿En parte? ¿A qué te refieres?

Adrián pareció pensarse la respuesta, pero finalmente habló.

—Sé que voy a ocuparme solo de la producción, la selección del catálogo navideño y la elaboración de los productos. Tú te ocuparás de todo lo demás: distribución, ventas, de la burocracia... Por otro lado...

Mi espalda se tensó aún más.

—Por otro lado, ¿qué?

Adrián se acercó a mi escritorio y movió la vieja fotografía que había sobre la superficie, lo que me puso de los nervios. No tenía derecho a tocar mis cosas.

—Que cuando acepté volver para ayudar a mi familia, solo puse una condición para hacerlo, y mi padre estuvo de acuerdo.

Mi respiración era cada vez más acelerada. Gabriel no me había mencionado ninguna condición y eso me hizo sentir vulnerable, porque no sabía a qué me enfrentaba.

—¿De qué condición se trata? —pregunté con un tono más agudo de lo que me hubiese gustado.

Adrián desplegó esa sonrisa que aprendí a odiar en el pasado, pero que también amé. Al menos, ese sentimiento de desprecio que había decidido imponerme a mí misma suponía pisar un terreno más seguro para mi estabilidad mental.

—Que tengo carta blanca para hacer lo que quiera en cuanto a la producción.

Su respuesta me hizo soltar un suspiro de alivio. Eso no sería ningún inconveniente, puesto que la producción de la campaña navideña ya estaba en marcha desde esa misma mañana.

—Perfecto. Me parece bien. Entonces, creo que puedo desentenderme totalmente de la

supervisión de la planta de elaboración. Imagino que ya sabes que hoy se ha iniciado el proceso de la próxima campaña navideña.

Él achicó los ojos y su gesto hizo saltar todas las alarmas en mi interior.

—Sí, pero ya no hay ninguna elaboración en marcha.

Me puse recta, cruzando los brazos para que no viera mis puños apretados, escondidos en ambos laterales de mi cintura.

—¿Cómo dices?

Adrián, por el contrario, parecía encantado con mi desconcierto. Me recordó al niño insolente, caprichoso, estúpido y presumido que conocí tantos años atrás.

El mismo al que odiaba con cada célula de mi ser. El mismo al que luego amé.

—Que he detenido la producción que tú habías ordenado poner en marcha. No voy a permitir que se pongan a la venta unos productos que no están a la altura de la calidad de la marca que creó mi abuelo.

—¿Calidad? —repetí sin entender nada.

—Sí, calidad. La calidad que no tienen, vamos. Es impensable sacar al mercado semejante bazofia. —Hizo una pequeña pausa, un momento que aprovechó para apoyar sus brazos sobre mi escritorio e inclinarse hacia adelante, quedando a corta distancia de mí—. Por eso, voy a encargarme personalmente de hacer una nueva carta de productos, producidos con los mejores ingredientes, tal y como hacía mi abuelo en su pastelería.

Noté el pulso desbocado de mi cuello, así como la furia contenida en mi garganta. Una rabia extrema que tuve que tragarme para mantener la calma, puesto que eso que me estaba pidiendo era del todo imposible.

—¿Te has vuelto loco? No se va a detener la producción. Ya vamos con retraso debido a... al infarto que ha sufrido tu padre. No hay tiempo para eso. Además, llevamos años elaborando esos dulces con un notable éxito de ventas.

Adrián me miró con tanta intensidad que creí desfallecer. Por un momento tuve la sensación de haber vuelto al pasado.

—No sé por qué lo dudo. He revisado las cifras y he comprobado que las ventas han disminuido en los últimos años —murmuró, pero lo oí perfectamente.

—¿Has espiado mis documentos? —Mi enfado iba en aumento, sobre todo por el cúmulo de emociones encontradas que su presencia causaba en mí.

Unos sentimientos para los que no me había preparado.

—No. Mi padre me ha dado acceso libre a los suyos.

—Ah.

Me quedé muda. Me sentí acorralada, así que volví a cerrar la boca que acababa de abrir para replicar.

Él debió notar mi estupor, por eso se creció con sus siguientes palabras.

—A ver, esto no es una consulta. He dado la orden esta mañana y ya se ha detenido la producción hasta que yo lo decida.

Su altanería me hizo perder los estribos, por eso apoyé yo también mis manos sobre el escritorio, enfrentándome a él sin ningún rastro de miedo. De igual a igual, como siempre fue entre nosotros.

—He dicho que no puedes hacer eso. No sin mi consentimiento. Te recuerdo que ahora soy la directora de esta empresa —lo reté.

—Provisional —matizó él.

Eso me obligó a retroceder unos centímetros, pero al momento siguiente pegué mi frente

casi rozando la suya. De ninguna de las maneras iba a echarme atrás.

—Provisional o no, no puedes dar una orden así sin mi permiso. ¿Queda claro? —le pagué con la misma moneda.

Debió surtir efecto, ya que el atractivo niño de papá se retiró, incorporándose por completo otra vez. Casi metro noventa de estatura que no me impresionó en absoluto.

¿O sí?

—No. No queda claro —me rebatió de nuevo—. Pero no voy a seguir con esta discusión porque está visto que en esto tampoco has cambiado. Sigues siendo la misma niña consentida y cabezota de siempre.

—Eso es... —Lo señalé con mi dedo índice, pero él me cortó.

—Mira, lo mejor es que hables con mi padre, y cuando te confirme que puedo hacer lo que quiera porque la producción está bajo mi control por completo, entonces puedes venir a buscarme. Y de paso, a disculparte por tus formas. Mientras tanto, me dedicaré a hacer pruebas para la nueva selección de productos navideños.

Ahugué un grito de frustración cuando vi que el muy gilipollas no esperó una respuesta por mi parte, sino que se dirigió hacia la puerta con intención de marcharse sin dejarme replicar.

—¿Cómo quieras! —exclamé, alzando el tono sin control—. Hablaré con tu padre y te haré llegar mi comunicado final, que será el mismo que ahora.

Mi arrebato le obligó a frenar sus pasos de golpe.

—¿Me harás llegar un comunicado? ¿Acaso no vas a decírmelo tú misma?

Durante un buen rato me pensé mis siguientes palabras, para intentar recuperar la calma, desde mi posición de directora general; una posición que él no podía quitarme.

—Desde luego que no. Eres un iluso si crees que voy a repetir este esperpéntico espectáculo que has montado con esta discusión. Pienso evitar cualquier conversación contigo de aquí hasta que vuelvas a marcharte, con viento fresco, a tu nueva vida en Nueva York.

Adrián soltó una carcajada, tan escandalosa que me puso la piel de gallina. Con todo, no supe si mi piel se erizó debido al recuerdo de ese sonido o por culpa de los malditos hoyuelos que se le formaron en las mejillas, esos que tanto me gustaban en el pasado.

Deshizo sus pasos, para quedar otra vez frente a mí, desafiándome con sus impresionantes ojos verdes, más brillantes que nunca.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, bicho? ¿Acaso piensas enviarme una nota? —susurró, y sentí su aliento fresco contra mi piel—. ¿Como en los viejos tiempos?

Su sugerencia me dejó la mente en blanco. Sin duda, había conseguido su objetivo de dejarme fuera de combate con ese rechazo final, al mencionar algo tan nuestro, de nuestro pasado.

Nuestras notas.

—No. No voy a mandarte ninguna estúpida nota.

Balbuceé como una idiota, pero fui incapaz de responder en condiciones por culpa de esos malditos ojos que me observaban divertidos desde tan cerca. Una proximidad que de repente se convirtió en un frío vacío.

—Bien, pues si no quieres verme, ni tampoco comunicarte conmigo, ya me dirás cómo vamos a hacer esto. —Esperó unos segundos, pero al ver que yo no decía nada, continuó—: En fin, cuando lo decidas, ya sabes dónde encontrarme. Mientras tanto, haznos un favor a los dos. Madura, Carla —espetó, mientras se dirigía de nuevo hacia la salida.

Quise responderle, pero Adrián fue más rápido que yo y se marchó, cerrando con suma suavidad la puerta de mi despacho.

Solo entonces, grité, soltando toda la rabia que acumulaba en mi interior.

—¡No necesito madurar, imbécil! Maldito seas una y mil veces. ¡Te odio! —murmuré para mí—. No habrá ni una puñetera nota nunca más entre tú y yo. Eso tenlo por seguro.

A pesar de la intensidad con la que di rienda suelta a lo que llevaba dentro, mis manos actuaron por su cuenta, o más bien por los dictados de mi corazón, ya que sin pedirme permiso abrieron el cajón de mi escritorio y sacaron otra vez la cajita de metal que contenía todas las notas de Adrián.

Los recuerdos de nuestro pasado volvieron a mí para torturarme una vez más.

Capítulo 7

Yo contigo, tú conmigo

Carla

Dieciséis años antes

Adrián Dueñas era el chico más gilipollas del colegio y no volvería a dirigirle la palabra durante el resto de mi vida. ¡Por nada del mundo!

No había vuelta atrás.

Había soportado su compañía desde hacía años, cuando mi padre se convirtió en el abogado del suyo. Entonces, no tuve más remedio que fingir que me caía bien, porque mi madre decía que era de vital importancia que mantuviéramos una buena relación con su familia para que mi padre no perdiera a su mejor cliente. Decía, que gracias a Gabriel Dueñas podíamos tener una casa tan bonita, y que si lo despedía tendríamos que volver al modesto piso en el que vivíamos antes.

Pero a mí me encantaba nuestro nuevo hogar, por eso intenté llevarme bien con él. Vaya si lo intenté. Con todo mi empeño.

Quise ser su amiga. De verdad.

Aguanté sus bromas pesadas durante meses, soporté los motes que me ponía, sus chistes a mi costa. Contuve mis ganas de vengarme hasta que no pude más y decidí que tal vez podría devolverle alguna que otra trastada sin que mis padres se enterasen.

Y así fue como empezó la guerra entre nosotros. Una guerra silenciosa en la que rivalizábamos sobre quién podía hacer la gamberrada más gorda al otro.

Hasta el día anterior.

Porque «eso» que me había hecho Adri era imperdonable. Aunque más imperdonable aún era que me hubieran expulsado del colegio durante tres días por su culpa y que ahora nos encontrásemos los dos sentados en las escaleras de la pastelería de su abuelo, esperando para cumplir el castigo que nos pusieron nuestras madres.

—¿No vas a hablarme en todo el día?

Alcé la barbilla justo antes de mirar hacia el otro lado. Esa era la única respuesta que Adri obtendría de mí.

Él resopló.

—Al menos podrías colaborar un poco. Me aburro. Es injusto estar aquí un sábado por la tarde, cuando debería estar jugando el partido más importante del año con mi equipo.

¡Ja! Eso debería haberlo pensado antes de meterme cuatro cucarachas en la mochila del cole. O antes de dejar que la abriera en plena clase de mates, para que esos asquerosos bichos salieran corriendo. O antes de que todos los alumnos se pusieran a chillar como si estuvieran poseídos por un demonio. O antes de que la profesora se subiera a su mesa de un salto y comenzara también a gritar. O antes de que nuestros compañeros salieran despavoridos del aula para huir de las cucarachas. O, al menos, antes de que el resto del colegio se convenciera, yo no sé por qué, de que el jaleo que se había montado en nuestra clase se trataba en realidad de un simulacro de incendio, e iniciasen de inmediato el ensayo de evacuación del centro.

Sí, ya podía haberlo pensado antes de que todo eso sucediera.

—¿Sabes? —continuó con su monólogo Adrián—. Si no vas a hablarme más, tendré que buscar alguna forma de comunicarme contigo, ya que no tenemos más remedio que pasar tiempo juntos por culpa del castigo.

Esa era otra. Por si no era suficiente tener que verlo a diario en clase y cada vez que nuestros padres se reunían, ahora también tendría que soportarlo todos los fines de semana, gracias a nuestro castigo, porque a nuestras madres no se les había ocurrido nada mejor que castigarnos a ir juntos la confitería y ayudar al abuelo de Adrián en la pastelería durante todos los sábados hasta que llegara el verano. ¡Y estábamos nada más que en marzo!

Mi silencio no fue un problema para Adri, porque lejos de captar la indirecta, se esforzó más en mantener una conversación con él mismo, ya que yo no iba a contribuir ni en sueños.

—¡Ya sé! —dijo otra vez, como si yo no tuviera nada mejor que hacer que escuchar atentamente su absurdo diálogo—. Voy a probar la telepatía contigo.

Puse los ojos en blanco, pero continué mirando hacia otro lado.

Desde luego, ese chico no podía ser más tonto.

El muy idiota no se dio por vencido, sino que me puso ambas manos a los dos lados de mi cabeza y comenzó a hacer un ruido raro con la boca.

—Aummmmmmm —pronunció como si quisiera sacar los pensamientos de mi mente con sus dedos.

Sin lograr contener mi enfado ni un minuto más, le di un manotazo para que quitase sus sucias manos de mi cabeza y gruñí con fuerza. Pero no dije ni una sola palabra.

¡Era el colmo!

Estaba enfadada. Terriblemente cabreada. Y necesitaba hacerle saber de alguna forma lo mucho que lo detestaba en ese momento. Así que no se me ocurrió otra cosa que sacar un pequeño bloc de notas del interior de mi carpeta, pues aún la llevaba conmigo tras haber salido de las clases particulares de inglés que tenía los sábados, y comencé a escribir con mi boli. Cuando terminé, se la pegué en la frente y me alejé de la escalera para esperar a su abuelo en la otra esquina, lo más lejos posible de Adrián.

Unos segundos más tarde escuché su espantosa risa desde los varios metros de distancia que nos separaban, pero lo peor fue cuando sentí que algo chocaba con mi frente y lo vi de reojo mientras se alejaba de mí corriendo.

Me toqué el flequillo, retirando lo que tenía pegado, para descubrir a continuación que era una nota idéntica a la que yo le había puesto. Con las prisas por alejarme, mi carpeta y el boli se habían quedado en uno de los escalones de la entrada a la pastelería.

Curiosa, leí lo que decía.

*Tú tampoco eres de mi agrado, sapo con gafas
pero como vamos a tener que pasar la tarde juntos
no me apetece ver esa cosa en tu cara cada vez que te mire.
Me refiero a la vela de mocos que tienes colgando en la nariz.*

¿Qué? ¿Mocos? ¿Yo?

Saqué un clínex de mi bolsillo trasero para sonarme la nariz con fuerza, mientras escuchaba la desagradable risa de Adri a mis espaldas.

—¡Ja, ja! ¡Has caído! —soltó, satisfecho con mi reacción—. ¡Te lo has creído!

El muy asqueroso me había mentido. No había nada en mi nariz.

Tuve ganas de gritarle, pero me contuve.

No. Eso era precisamente lo que él quería. Pretendía que le hablase, aunque fuese a gritos,

para que incumpliese mi promesa de no dirigirle la palabra.

Pues se iba a quedar con las ganas.

Le quité el bolígrafo de las manos y mi bloc de notas, e inmediatamente después me dispuse a escribirle otra nota que le pegué en la frente justo cuando el abuelo de Adrián apareció por la esquina.

—Hola, mocitos —nos saludó jovial—. ¿Preparados para aprender el mejor oficio del mundo?

¿Aprender? ¿No se suponía que íbamos a recibir nuestro castigo al ayudarlo a limpiar y ordenar la pastelería?

Capítulo 8

Traicionera

Adrián

En la actualidad

Tal vez me había precipitado al lanzarle semejante órdago a Carla sin asegurarme primero de que mi padre iba a cumplir su palabra pero, como siempre me pasaba con ella, me pudo mi impetuosidad, esa que solo ella era capaz de despertar. Y es que verla después de tanto tiempo había causado un torbellino de emociones en mí del que no podía recuperarme, pese a que ya habían transcurrido unos cuantos días desde nuestro encuentro en las oficinas de Dulces Dueñas.

—¿Te sirve este molde, o prefieres otro más grande?

Mi gesto adusto se relajó en cuanto escuché la voz cantarina de Merche, una de las mejores pasteleras de Madrid, que trabajó junto a mi abuelo durante años y que decidió continuar desarrollando su labor en la pequeña confitería cuando él falleció.

—Gracias, Merche, este me viene fenomenal para lo que pretendo hacer.

Sin duda, esa había sido mi mayor sorpresa desde mi vuelta. Jamás imaginé que mi padre mantuviera abierta la vieja pastelería de mi abuelo. Siempre di por hecho que la cerraría en cuanto yo me fuese a Nueva York.

Pero no lo hizo, y eso me causaba curiosidad. No alcanzaba a comprender el motivo por el que la había conservado exactamente igual, incluso con el mismo personal, la misma estética y el mismo famosísimo surtido clásico de pasteles, entre los que destacaban los dulces navideños de mi abuelo, que solo se ponían a la venta en esa época del año.

La mujer ya entrada en años me observó desde la puerta sin dejar de sonreír.

—Aún no me creo que estés aquí. Parece como si el tiempo no hubiera pasado, mocito.

Reí al escuchar el apelativo con el que mi abuelo solía dirigirse a Carla y a mí cuando éramos niños. Por otra parte, sí que había verdad en sus palabras. La adrenalina recorría mi cuerpo, dándole una emoción a mi vida que hacía mucho tiempo que no sentía. Volver a Madrid. Ver a Carla. Descubrir que la antigua confitería continuaba en pie. Eran demasiadas sensaciones para asimilarlas de una vez.

—Ya lo creo que ha pasado el tiempo. —La melancolía se apoderó de mí por un instante—. Qué más quisiera yo que tener aún la misma energía de mi yo adolescente.

Sí. Un sinfín de sentimientos me habían desbordado cuando, un par de días atrás, me había plantado delante de la fachada del establecimiento y había comprobado con mis propios ojos que era cierto lo que mi madre me había contado. La pastelería estaba intacta.

En este espacio sí que me sentía en casa de veras. Era el único lugar en el que realmente me encontraba en mi auténtico hogar desde que había regresado a Madrid.

Los dulces aromas, el clásico escaparate repleto de pasteles, el antiguo mostrador y el amable rostro de Merche atendiendo a la larga cola de clientes que no había mermado ni con el paso de los años.

—Bueno, yo no te veo tan mal. —Merche me guiñó un ojo—. Tu aspecto ha salido bien

parado con el tiempo, muchachito. Estás incluso más guapo que cuando terminaste la universidad.

Reí, complacido. Feliz de estar en el interior de ese obrador, el mismo en el que, siendo niño, mi abuelo me había enseñado todo lo que sabía sobre repostería.

—Eso es porque tú me miras con buenos ojos —aduje.

—Te miro con los mismos ojos de siempre, aunque más viejos —continuó hablando la pastelera—, pero ya está bien de tanta charla. Hay que trabajar. Será mejor que te deje para que te ocupes de eso tan importante que tienes entre manos. Yo voy a sacar los bollos de leche del horno, que ya deben estar a punto.

—Perfecto. Hasta después —me despedí de ella.

Eso tan importante que tenía que hacer no era otra cosa más que elaborar el nuevo surtido de productos navideños. Pese a que todavía no tenía la confirmación por parte de Carla.

Mi suerte era que el personal de la pastelería me había cedido un rincón en el obrador de la repostería para llevar a cabo mis planes, así evité tener que hacerlo en un frío espacio de la planta de producción de la empresa de mi padre.

Me puse la chaqueta con la distinción de la confitería y me preparé para elaborar unos cuantos alfajores con las mismas técnicas que solía utilizar mi abuelo.

La idea no era otra sino la de recuperar la esencia de la repostería de mi abuelo para trasladarla de nuevo a los productos de la empresa de mi padre. De hecho, esa fue la premisa con la que él comenzó a comercializar nuestros populares dulces navideños de forma masiva. El motivo por el que decidió crear la empresa. Por esa razón no entendía por qué no se preocupó de continuar en esa línea y, en cambio, se centró más en convertir el negocio en un gigante de las ventas, sin importarle que se hubieran perdido por el camino la calidad y los sabores tan característicos con los que inició el proyecto.

Tan metido estaba en mi papel, que casi se me cayó el recipiente que contenía la masa cuando escuché la inconfundible risa de Carla fuera de la trastienda.

Con sigilo, dejé lo que estaba haciendo para asomar la cabeza desde la puerta que comunicaba la pastelería con el obrador. En efecto, la delicada silueta de Carla se dibujó frente a mis ojos, hablando de forma atropellada con Merche, como si tuviera prisa por irse.

—Estoy segura de que le encantará a ese novio tuyo, ya lo verás.

El gesto dubitativo de ella se hizo más pronunciado mientras revisaba el enorme envoltorio en el que supuse que se escondía una tarta.

—No lo sé, Merche. Ya te he dicho que es un hombre con un paladar muy... refinado.

Estaba casi seguro de que se referían a Raúl, el chico con el que salía Carla en su etapa universitaria y con el que nunca tuve opciones de competir, como quedó demostrado con el tiempo.

—¿Refinado o pretencioso? —la aguijoneó Merche.

Una sonrisa disimulada asomó a los labios de Carla, la cual provocó que mis latidos se acelerasen sin explicación. Una sonrisa que ella misma se ocupó de hacer desaparecer de inmediato. Era evidente que no se permitía sonreír con frecuencia.

—No seas mala —protestó—. Es un hombre distinguido y con un gusto exquisito.

Merche meneó la cabeza de un lado a otro.

—Ay, mi niña, ¿cuándo te darás cuenta de que mereces algo mejor que ese tipo tan estirado con el que sales? —prosiguió la pastelera.

—No es estirado —replicó—. No lo llares así. Solo es un poco reservado para sus cosas... Hay que conocerlo de verdad. No es lo que parece, te lo aseguro.

Estirado. Exquisito. No quise escuchar nada más porque ese trozo de conversación era suficiente para confirmarme lo que ya supe antes de irme a Nueva York. Para Carla nunca fui más que su eterno enemigo, y Raúl siempre fue el verdadero dueño de su corazón.

Pese al tiempo transcurrido desde entonces, no pude evitar sentir una punzada de aflicción en lo más hondo de mi pecho. De repente comprendí que no hay nada más doloroso que se vuelva a abrir una herida en la misma cicatriz que ya creía sellada y curada por completo.

Si alguna vez tuve un resquicio de esperanza sobre lo que podría haber sucedido entre Carla y yo si hubiera peleado por nosotros en vez de irme, ahora tenía la convicción de que nunca fui una opción para ella. Un descubrimiento que me pilló desprevenido, que me obligó marcharme de esa puerta para no continuar escuchando.

Sí. Una vez más, hui para no sentir porque, pese a que ya creía haber superado ese asunto, en realidad no era así.

Capítulo 9

Cómo te atreves

Carla

Odiaba profundamente tener que tragarme mis palabras. Sobre todo si se trataba de darle la razón a Adrián porque, en efecto, tras hablar con Gabriel me había dado unas directrices claras al respecto sobre la labor de su hijo.

Adrián tenía carta blanca para hacer y deshacer a su antojo lo que quisiera en cuanto a la producción de la siguiente campaña de Navidad de Dulces Dueñas. Y si se le había metido entre ceja y ceja cambiar por completo el catálogo de productos a estas alturas del año en la que apenas nos quedaba tiempo, yo debía hacer todo lo posible por facilitarle la tarea, e incluso ayudarlo a llevarla a cabo. Esas habían sido las instrucciones exactas que me había encomendado Gabriel tan solo unos minutos antes por teléfono.

—Carla, el innombrable acaba de llegar —me comunicó Bea desde la puerta—. ¿Le digo que pase?

Me levanté de mi silla notando que un familiar nerviosismo se apoderaba de mí.

Joder, cómo me fastidiaba que Adrián aún tuviera el poder de perturbar mi paz de la misma forma que lo hacía en el pasado.

—Gracias, Bea. Sí, dile que entre —acepté, haciendo acopio de toda la calma que pude.

Pero fracasé de forma estrepitosa porque, en cuanto vi entrar a Adrián en mi despacho, todos mis esfuerzos por aparentar indiferencia se fueron al traste.

¿Por qué tenía que estar aún más atractivo incluso que antes?

Adri siempre me pareció guapo a rabiar, pese a que no soportase su presencia, pero es que ahora... Ahora estaba impresionante. Solo con verlo aparecer me quedaba sin respiración. Se movía con una gracia innata, como un lince al acecho de su presa.

Tuve que apoyar las manos en mi escritorio para no perder el equilibrio cuando clavó sus ojos verdes en mí.

—¿Y bien? ¿Para qué me has hecho venir aquí otra vez? ¿No me ibas a mandar una nota para evitar verme?

Pese a la seguridad que irradiaba de cada poro de su piel, yo podía sentir que estaba tenso.

—No. Ya te dije que no habría ninguna nota. Somos muy mayorcitos ya para esas bobadas, ¿no te parece? Pero ayer te dejé un mensaje en el contestador interno de la empresa, el que tienes en el despacho de tu padre.

Adrián alzó las cejas.

—Mi despacho —matizó.

—Provisional. En cuanto tu padre esté recuperado dejará de ser tuyo otra vez.

—Temporal o no, ahora mismo es mi despacho.

La absurda discusión me sacó de mis casillas.

—Bueno, da igual. Al cuerno el despacho, las notas y...

—¿Yo? —preguntó con tono inocente.

—Pues sí. No negaré que me encantaría mandarte a la mierda. Lástima que no pueda

hacerlo.

Él se encogió de hombros, parecía divertido.

—Hazlo si quieres, pero te aviso que no pienso moverme de aquí hasta que termine lo que he venido a hacer. —Con toda la tranquilidad del mundo, se sentó en la silla que había al otro lado de mi escritorio y apoyó los pies sobre la mesa—. Así que me temo que vas a tener que aguantar mi presencia unos cuantos meses.

Un gruñido de frustración se escapó de mi garganta.

—Eres, eres...

—¿Maravilloso?

—¡Un engreído! —Gemí de completa impotencia, pero tuve que respirar profundamente para calmar mis nervios, no podía dejar que se saliera con la suya y me enervara como solía hacer cuando éramos niños.

—¿Engreído? —se mofó—. Vamos, Carla, tú puedes hacerlo mejor. Engreído es un insulto muy manido. Antes solías buscar apelativos mucho más originales. Has perdido práctica.

Desde luego, nada había cambiado entre nosotros. Adrián siempre supo cómo sacar lo peor de mí y era evidente que el paso de los años no había mermado esa capacidad suya.

Me di la vuelta para que no pudiera ver hasta qué punto me alteraba su presencia. Apreté los puños, tratando de apaciguar mi rabia. Entonces recordé que solo había una cosa con la que podía derrotarlo: la indiferencia.

Adri odiaba cuando no podía hacerme reaccionar de ninguna manera. La única forma de mantenerme cuerda ante él era no caer en su juego. Así que tendría que armarme de paciencia y aparentar que nada de lo que hiciera o dijera iba a perturbar mi calma.

Me aferré a mi fuerza de voluntad y lo enfrenté con resolución. Esta vez decidida a no dejarme ganar.

—Mira, ninguno de nosotros está contento con esta situación, pero no nos queda otra más que ponernos de acuerdo por el bien de la empresa. Es necesario que tengamos esta reunión cara a cara si vamos a rehacer toda la elaboración de la campaña a estas alturas del año —dije como de pasada, implorando que no se notase demasiado que estaba dando mi brazo a torcer y que él me había ganado esa partida.

Pero mi intento de llegar a una tregua quedó en el olvido en cuanto abrió la boca.

—¿He oído bien? —La prepotencia de su voz me hizo entender que de nada serviría buscar un entendimiento con él porque me iba a hacer morder el polvo de la manera más vil—. ¿Eso quiere decir que mi padre te ha confirmado que yo tengo razón? ¿Que puedo hacer lo que me dé la real gana, incluso cambiar por completo la selección de productos?

Inspiré profundamente. No perdería otra vez la paciencia con tanta facilidad. Si tenía que reconocer mi error, lo haría con dignidad.

—Pues sí. ¿Contento? Gabriel me ha dicho que puedes hacerlo y que mi cometido es ayudarte en todo lo que esté en mi mano.

—Bien.

No pude pasar por alto la expresión de completa satisfacción en su cara. Era obvio que le encantaba quedar por encima de mí, pero no me vería nunca arrastrarme ante él. Yo no estaba hecha para perder. Y menos con él.

—Bien —repetí a su vez—. Puesto que no me queda otra alternativa más que facilitarte las cosas, y como veo que tendremos que trabajar codo con codo en esto, sugiero que hagamos juntos un plan de actuación y que nos limitemos a seguir las directrices lo más rápido posible.

Adrián soltó una risilla ronca.

—Mírate. Es cierto lo que te dije el otro día. No has cambiado en nada. Sigues siendo la misma chica cuadrículada que no sabe vivir si no es con un plan bien trazado.

Ya estábamos otra vez. Pero no, no conseguiría sacar mi mal genio a relucir tan fácilmente de nuevo.

—Esto no es la vida, es trabajo —rebatí, y traté de modular mi tono para que él no notase que me sentía molesta—. Insisto. Creo que la mejor opción es trazar unas directrices para que llevemos una misma línea de actuación, dado que ahora somos dos, con nuestras diferentes formas de trabajar, y debemos complementarnos.

El humor brillaba en sus ojos, sin embargo, pareció tomarme un poco más en serio porque sus hombros se relajaron un tanto.

—Está bien, complementémonos —cedió él, mientras acortaba la distancia que nos separaba. Bordeó mi escritorio para situarse junto a mí—. ¿Qué «plan» propones?

Su cercanía me puso más nerviosa aún, sobre todo cuando pude oír su respiración muy cerca de mi rostro y tuve que ladear la cabeza para no perder el contacto visual con él.

—Creo que lo mejor es que, puesto que tú eres el experto en repostería, me presentes un variado surtido de dulces, pero que la elección de los productos finales corra por cuenta de los dos.

Contuve el aliento cuando pasó su brazo por delante de mis senos para alcanzar un bolígrafo de mi mesa. A continuación, se inclinó en mi escritorio y tomó unas notas en un papel, pero no alcancé a leer lo que ponía.

—¿Quieres que elijamos juntos la selección definitiva? —susurró muy pegado a mi cuerpo, provocándome un escalofrío súbito de placer.

Tuve que apartarme de un salto para no perder el hilo de la conversación.

Quizás era una osadía por mi parte incluirme como catadora. Él era un formidable pastelero y, según tenía entendido por lo que su madre contaba, Nueva York se había rendido a sus pies porque se había convertido en toda una eminencia de la repostería de esa ciudad, tanto que su pastelería incluso había recibido varios premios importantes. Así pues, su criterio era más que suficiente para seleccionar los mejores dulces, aun así, yo no quería quedarme apartada. Tenía derecho a que mi opinión también se tuviera en cuenta.

—Bueno, llevo muchos años trabajando aquí y sé lo que puede funcionar en ventas y lo que no. Sería un error por tu parte no contar con mi criterio.

—Un error —murmuré, divertido—. Vale. Creo que no será tan complicado que nos pongamos de acuerdo por una vez, ¿no crees? —Me miró de reojo antes de continuar—. Total, mi abuelo siempre decía que formábamos un buen equipo cuando trabajábamos juntos.

La mención a esa parte de nuestro pasado en común me hizo sentirme frágil, porque ese sabio hombre siempre supo sacar lo mejor de ambos. Las mejores lecciones de mi vida me las había dado, sin ninguna duda, Manuel Dueñas.

—Exacto. Ahora somos adultos. Estoy segura de que sabremos ponernos de acuerdo.

—Por supuesto —afirmó, pero el brillo de sus ojos se tornó más pícaro y eso provocó que otro escalofrío me recorriera de los pies a la cabeza.

Tendió su mano hacia mí, por lo que no pude evitar estrecharla con firmeza.

Mi corazón comenzó a bombear a toda velocidad al sentir su piel contra la mía.

Santo Dios, ¿es que no había servido de nada el tiempo que habíamos estado separados? ¿Acaso nunca iba a superarlo?

No. No y no. No iba a permitir que mi traicionero corazón me volviera a jugar una mala pasada. Tenía que refugiarme en mi coraza de hielo para impedir que Adrián volviera a hacerme

daño. De ninguna forma lo dejaría entrar en mis sueños otra vez.

De repente, mi teléfono móvil comenzó a sonar.

Retiré mi mano con presteza y me hice con mi móvil para contestar a la llamada de Jorge. Se me había olvidado que había quedado con él para desayunar juntos esa mañana.

—Dame cinco minutos. Ya bajo. —Y sin esperar contestación, le colgué.

Al levantar la vista me topé con los ojos interrogantes de Adrián, pero ya no había ni rastro de humor en ellos, en cambio, se habían cubierto de una capa gruesa de frialdad total.

—Lo siento, pero tendremos que terminar esta conversación en otro momento. Tengo que irme —le informé, queriendo salir de allí cuanto antes.

Adri apartó sus ojos de mí para dirigir su mirada hacia la puerta.

—Entonces, ¿damos por finalizada hoy la reunión? ¿Seguimos mañana? —resolvió, a la vez que comenzaba a caminar hacia la salida—. Si te parece bien podríamos quedar en la planta de elaboración. Me gustaría enseñarte un par de cosas allí.

Asentí de forma automática.

—Está bien. Allí nos veremos mañana para terminar de planificar todo esto.

Sin dejar de caminar, ladeó la cabeza justo cuando se disponía a salir de mi despacho.

—Por cierto, dale recuerdos a Raúl.

¿Raúl? ¿Qué diablos pintaba Raúl en esa conversación?

—No sé cómo quieres que le dé recuerdos. Hace muchos años que no sé nada de él —solté sin pensar.

Su expresión de desconcierto me intrigó.

—¿No hablabas con él por teléfono hace un segundo?

No entendía por qué había supuesto que se trataba de Raúl. No tenía ningún sentido.

—¿Creías que estaba hablando con Raúl? No, no era él. Hablaba con Jorge.

Noté cómo los músculos de Adrián se tensaban. Casi pude ver que contenía la respiración, pese a los metros que nos separaban. ¿Acaso pensaba que yo todavía mantenía una relación con mi antiguo novio de la universidad?

Era imposible que creyera algo así, si él ya estaba al tanto de mi ruptura con Raúl, sobre todo porque eso ocurrió cuando...

—Vaya. Me alegra saber que al fin has abierto los ojos con ese capullo, aunque veo que no has perdido el tiempo.

—¿Que no he perdido el tiempo?

—Me refiero a que tienes una relación nueva —matizó.

—Ah.

—Al menos uno de nosotros sí lo ha conseguido —finalizó con tono circunspecto.

¿Conseguido, qué? ¿Se refería a que yo sí había superado lo nuestro?

—¿Qué has dicho?

—Da igual. En fin. Hasta mañana, Carla.

El fuerte portazo que dio al salir de mi despacho no detuvo el ritmo acelerado de mis latidos, que me oprimieron el pecho por la confusión.

Pero, ¿cómo se atrevía?

No tenía ningún derecho a echarme en cara que hubiera rehecho mi vida.

Él fue el que se marchó.

Él fue el que me dejó el corazón destrozado.

Era impensable que Adri me tuviera en sus pensamientos aún después de apartarme de su vida de la forma más cruel.

¿O no era así?

Capítulo 10

Magia Adrián

Quince años antes

Querida «ojos de sapo», te espero después de comer en el lugar de siempre.

Nota encontrada en la libreta de mates de Carla.

Estimado estúpido, ¡vete a la mierda! Puedes esperarme sentado porque no pienso ir contigo. Iré a la confitería de tu abuelo yo solita, que para eso tengo dos piernas y sé andar. No necesito que me acompañes.

Nota encontrada en la mochila de Adrián.

—¡Ayyy! Vete a la porra —me gritó desde el otro lado de la mesa del obrador, con la cara llena de harina.

Reí a carcajadas, mofándome de ella al verla estallar.

—Ah, pero ¿ya me hablas? Porque esta vez te has pasado dos semanas sin dirigirme la palabra.

—¡No te rías! No tiene gracia lo que acabas de hacer. Y sí, te hablo hoy solo porque a tu abuelo no le gusta vernos enfadados.

Sí que tenía gracia. No había nada más divertido en el mundo que gastarle bromas a Carla. Cuanto más pesada, mejor, porque esa era la única manera de tener toda su atención sobre mí durante un buen rato.

—¡Adrián! —gritó mi abuelo desde la zona de los hornos—. Limpia ese desastre ahora mismo, si no quieres que se lo diga después a tu madre y vuelva a castigarte. Y deja de molestar a Carla, que al menos ella sí muestra interés en lo que hace.

—Te lo mereces —me espetó por lo bajo Carla—. Por idiota.

Se había puesto de espaldas para que no la viera mi abuelo.

—Es solo harina —protesté—. ¿Por qué tengo que limpiarlo ahora?

—Harina o lo que sea —me cortó mi abuelo, alzando aún más el tono—. Pero recógelo ya, que en un momento os voy a enseñar a hacer mazapán.

—Vaaale, abuelo.

Carla me hizo burla desde lejos, parecía satisfecha por el rapapolvo que me había llevado. Como siempre.

—No te entiendo —prosiguió la tonta con altanería—, con lo divertido que es esto, siempre tienes que fastidiar todo lo que me gusta.

—Porque solo te atraen las ñoñerías —no pude evitar replicarle—. Si estamos castigados aquí es por tu culpa.

—¡Mentira! ¡Fuiste tú el culpable! Además, ya quisiera yo que todos mis castigos fuesen tan chulos como este —siseó fuera de sí—. ¿Sabes qué te digo? Que no pienso hablarte más en

toda la semana en cuanto salgamos de aquí.

—¡Mejor! Así descansaré de tu voz de pito, bicho con gafas.

Solté otra risilla. Esta vez era yo el que se sentía satisfecho con su reacción.

Al fin había conseguido verla enfadada de verdad.

Era frustrante que fuese la única niña de la clase a la que yo no le gustaba. Quizá por eso me caía tan mal, porque se creía superior a mí en todo. En el colegio, en las actividades extraescolares a las que teníamos que asistir juntos, y cuando se reunían nuestros padres, también. Nada le gustaba más que hacerme quedar mal frente a todos para demostrar que era mejor que yo. Y encima, eso solía pasar con bastante frecuencia.

Siempre que sacaba mejores notas que yo, luego me lo restregaba por la cara. Cuando me regañaban por algo, se burlaba de mí después. Y así, con todo. Para colmo, desde que nuestras madres nos castigaron a ir todos los fines de semana a la pastelería, Carla se convirtió en el ojito derecho de mi abuelo y eso me sacaba de quicio.

Por eso, nada me divertía más que hacerle trastadas, hasta que conseguía que me dejase de hablar. De todas formas, nuestro enfado esta vez no duró demasiado, solo hasta que mi abuelo regresó para supervisar lo que estábamos haciendo. Delante de él debíamos aparentar compañerismo, porque de no ser así, corríamos el riesgo de que nuestros castigos se ampliasen al resto de cosas que nos gustaban, por ejemplo, borrar me del equipo de fútbol. Y el fútbol no se tocaba. Ah, no.

—Muy bien, Adri —me halagó mi abuelo—. La masa del polvorón está perfecta. Aunque tengo que decirte que está un pelín horneado de más, y eso puede inducir a que resulte un poco amargo al paladar. —Partió un trocito con los dedos y me lo dio a probar—. ¿Lo notas?

—¡Puaj! Es verdad, está amargo.

Él me sonrió.

—Por eso hay que tener mucho cuidado con no pasarse de horneado.

Asentí con interés.

Me encantaba aprender cosas nuevas. Debía admitir que para mí este también había sido el mejor castigo del mundo, porque gracias a él descubrí que se me daba genial la repostería. Aunque no me gustaba reconocerlo, porque eso significaba darle la razón a Carla. Pero en verdad era maravilloso todo lo que mi abuelo nos enseñaba allí. Hacer pasteles era estupendo y las horas se me pasaban volando con mis manos metidas entre masas, mermeladas o cremas, disfrutando de los dulces aromas que salían del horno.

Cuando Carla le enseñó el polvorón que había preparado, mi abuelo arrugó la frente y no pude evitar sonreír con malicia. Estaba convencido de que le iba a decir que no lo había hecho bien.

—La forma del polvorón es perfecta. Buen trabajo. El punto de horneado también está bien. Pero esta masa está demasiado dura, mocita —le dijo con tono cariñoso, mientras partía el dulce en dos mitades—. Le has añadido demasiada harina.

Me molestó su tono amable. Seguro que si hubiera sido yo, no me habría tratado con tanta cortesía.

—Pero si he echado la medida exacta que nos has dicho.

Carla parecía contrariada. No estaba acostumbrada a hacer las cosas mal.

Mi abuelo le sujetó las manos entre las suyas.

—El problema es que has utilizado más harina aquí, sobre la mesa, para evitar que se pegue a la superficie, ¿verdad? Esto ha provocado que se mezcle con la masa y se endurezca.

—Ahhh.

—Tienes que aprender de Adrián. —Mi abuelo me sorprendió al dirigirse a mí—. Aunque él no le ha dado la forma correcta y lo ha quemado un poco en el horno, sin embargo, su masa tiene el punto perfecto.

¿Aprender de mí? Eso era nuevo. Era la primera vez que mi abuelo reconocía que yo era mejor que Carla. Eso me gustó.

Demasiado.

Rodeó con paso lento la mesa, llevando consigo a Carla, hasta que la animó a colocarse a mi lado. Una vez allí, unió nuestras manos.

—En realidad, debéis aprender el uno del otro —prosiguió hablando—. Si fueseis listos os daríais cuenta de que os complementáis a la perfección. Formáis un buen equipo. A Adri se le dan bien las mezclas y el amasado, y a ti la decoración y el punto de horneado.

—Eso... —intentó hablar Carla, pero mi abuelo la interrumpió.

—¿Por qué no probáis otra vez? Esta vez trabajando en equipo. Adri, tú harás la masa. Carla, tú le darás forma y estarás atenta al horneado. ¿Qué me decís?

Carla me miró y se encogió de hombros.

—Si no hay más remedio... —susurró desviando los ojos.

Hinché el pecho.

—De acuerdo —accedí, cauteloso ante la idea de hacer algo a medias, por primera vez sin competir por ver quién era mejor de los dos.

—Pues adelante, mocitos —nos instó mi abuelo, alejándose de la cocina mientras silbaba—. Demostradme el buen equipo que podéis hacer juntos. Y recordad esto siempre: la unión hace la fuerza y la discordia debilita.

Capítulo 11

Olvidé olvidarte

Adrián

En la actualidad

¿Quién demonios era Jorge? ¿Y por qué mi madre no me mencionó, cuando hablábamos por teléfono, que Carla ya no estaba con Raúl? Siempre me contaba cómo le iba, por eso me resultaba de lo más extraño que hubiese omitido ese detalle. Un detalle que para mí sí que tenía relevancia.

—¿Adrián?

Me giré al escuchar mi nombre.

—Carla ya ha llegado. Te espera en el almacén principal.

Ricardo se retiró con cara de pocos amigos. Al menos ya me tuteaba, tal y como le pedí durante mi primera visita a la fábrica. Aun así, era consciente de la inquina que despertaba en el encargado general de la planta de producción, ya que nuestro primer encuentro no fue demasiado amistoso, pero ya tendría tiempo de demostrarle que yo no era un tipo tan antipático como él creía.

Ahora debía concentrarme en mi discurso ante Carla. Era de vital importancia mostrarme convincente para llevarla a mi terreno, porque el día anterior me había dado cuenta de que necesitaba más recursos económicos de los que ya disponía si quería que mi idea saliera adelante. Y, por desgracia, ella era la que tenía la última palabra en la empresa respecto al dinero que se invertía en la producción. Debía convencerla sí o sí, y la única forma de hacerlo era que lo viera con sus propios ojos. Ese era el motivo por el que había quedado con ella allí.

Me dirigí al almacén, pero aminoré el paso al verla de espaldas.

Carla siempre me pareció la chica más impresionante que conocía, pero en esos años que pasé sin verla se había convertido en una mujer que quitaba el aliento con solo mirarla. Por un momento me sentí indefenso ante ella. Me di cuenta de que seguía teniendo demasiado poder sobre mí. Continuaba siendo mi única debilidad, y eso no era bueno.

De repente, se dio la vuelta para posar sus ojos en los míos. La seriedad de su rostro me desarmó.

¿Por qué ya nunca sonreía?

—¿Y bien? Aquí estoy —pronunció en tono neutro, sin dejar entrever su estado de ánimo—. ¿Para qué querías que viniera a la fábrica?

Hice un esfuerzo titánico para aparentar indiferencia ante ella, una vez más, y fui al grano.

—Ven conmigo. Quiero que pruebes algo.

Me siguió sin protestar, algo extraño en ella, pues antes solía cuestionar todo lo que yo le pedía.

Me paré frente a un recipiente que contenía una muestra de la miel que se usaba para elaborar los dulces navideños y le ofrecí una chuchara de madera cargada de miel.

—Toma.

Carla me interrogó con la mirada, pero aceptó probarla. Abrió sus labios con reticencia para dejar que le introdujera el denso edulcorante en la boca.

Un súbito escalofrío de excitación me recorrió la columna vertebral al ver sus labios entreabiertos mientras saboreaba la miel. Dios. No solo me afectaba profundamente su presencia, sino que también acababa de descubrir que la deseaba tanto o más que antes.

—¿Qué te parece? —le pregunté, pero mi voz sonó demasiado ronca.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no parecer un gilipollas embobado ante ella.

Su expresión de desagrado me obligó a sonreír. Ya sabía que su cara sería incapaz de disimular la realidad.

—Qué horror. Sabe a medicina. A algo artificial —murmuró con total sinceridad, una reacción espontánea que agradecí en lo más profundo.

—Exacto. Es una miel de muy baja calidad. En consecuencia, es un producto que echará a perder cualquier dulce que se elabore con él.

Carla enarcó las cejas.

—¿Esta es la miel que usamos ahora mismo en nuestros dulces?

—Sí —le confirmé—. Espero que ahora comprendas que no puedo permitir que sigamos usando algo tan...

—Terrible —terminó por mí.

Parecía de verdad espantada.

—Bueno, yo no lo habría dicho mejor.

No supe si llegó a escucharme, puesto que comenzó a caminar hacia los contenedores de miel para examinar su etiqueta.

—Si queremos productos de calidad, necesitamos utilizar los mejores ingredientes —le reiteré.

Carla sonrió con tristeza.

—Eso es lo que siempre decía tu abuelo.

Sentí un pellizco en el estómago al oírla mencionar a mi abuelo.

—Y tenía razón, ya sabes que para él lo más importante era usar ingredientes de excelente calidad.

Un prolongado silencio se impuso entre los dos.

—Esto no era así antes. Te lo aseguro. Yo... Yo no estaba al tanto de este cambio en cuanto a la calidad de los ingredientes —se excusó, y parecía sincera—. Me limito a calcular los gastos de las compras de material, de los productos y a tramitar facturas. Si hubiera sabido que estábamos utilizando género de tan baja calidad, no me habría quedado de brazos cruzados.

Por un instante pude ver a la niña que tan bien conocía, tan vulnerable y perdida como cuando perdió a su madre.

Su fragilidad me rompió el corazón.

—Lo sé —fue lo único que atiné a contestar—. Te conozco.

Carla caminó hasta el otro lado del almacén, hasta que palmeó un saco de harina.

—¿El resto de género también es tan...?

—¿Terrible? —terminé esta vez por ella—. Me temo que sí. La harina, el azúcar, la mantequilla... Todo es un completo horror. —Suspiré—. No me extraña que las ventas hayan disminuido.

El semblante pálido de Carla me dijo todo lo que su boca no pronunciaba.

—Sé que tu padre cambió varias veces de proveedores a lo largo de estos años, pero

confiaba plenamente en su criterio. Pensé que era solo una cuestión de abaratar los costes, sin perder calidad. Nunca se me ocurrió dudar de sus decisiones porque sé que siempre ha hecho lo mejor para esta empresa.

De nuevo defendiendo a mi padre.

—No dudo de sus buenas intenciones, pero en esta ocasión es evidente que no fue un cambio acertado. —Me reprimí de darle mi franca opinión—. Quiero demostrarte que se puede elaborar dulces de Navidad sin perder la esencia de los auténticos Dulces Dueñas. La clave está en la calidad de los ingredientes base, pero también en volver a utilizar las genuinas recetas de las creaciones que hacía mi abuelo en su pastelería. Algo que se ha perdido por completo, como puedes comprobar por ti misma.

—Entiendo —musitó, pensativa.

—¿Comprendes ahora por qué quiero comenzar desde cero para recuperar el prestigio de estos dulces? —Me acerqué a ella con las manos en los bolsillos—. No es un capricho, quiero hacer las cosas bien. Por la memoria de mi abuelo, al menos.

Carla me miró de reojo.

—Y por ti —me rebatió, al tiempo que esbozó una mueca—. Yo también te conozco de sobra y sé que tu espíritu competitivo no te permite hacer algo mediocre.

—Sí, también por mí. Lo admito. ¿Por qué no?

Se alejó unos pasos para observar el almacén en todo su esplendor. Su larga melena castaña bailó al son de la corriente de aire que entraba por la enorme puerta. Estaba tan bonita que no pude apartar los ojos de ella. Si bien, esa tristeza de su mirada me volvió a conmover. Era la misma mirada que tenía cuando su madre murió.

Por un momento tuve la necesidad de abrazarla, de besarla hasta hacerla suspirar. Hasta borrar esa tristeza de sus labios, una tristeza que me estaba quemando por dentro de pura impotencia, porque no comprendía por qué ya no era la niña alegre y dicharachera del pasado. Más que nunca, deseé conocer los motivos que la habían llevado a convertirse en una mujer tan distante y seria, a la que solo conseguía hacer reaccionar mediante mis pullas.

Pero no podía engañarme por más tiempo. No solo deseaba verla enfadar, también quería sentir su pasión y oír su risa. Una risa que siempre fue el propulsor que me hacía funcionar como una moto de gran cilindrada.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, de repente sus ojos se posaron en los míos. Con paso lento se acercó hasta mí.

—¿Por dónde empezarías? —me preguntó con tono sereno.

Me sentí eufórico al comprobar que mis palabras la habían hecho reaccionar.

—Por el principio. Tendríamos que recuperar a los proveedores a los que le compraba mi abuelo los ingredientes, o buscar a otros que sean de idéntica calidad.

A pesar de que no sonrió, los ojos de Carla brillaron expectantes.

—Es posible que no sea una tarea sencilla. Ten en cuenta lo mucho que ha crecido esta empresa. Ahora vendemos a gran escala. Tu abuelo tenía solo una pequeña pastelería y las cantidades que requeriríamos ahora son muy distintas.

Parecía enorgullecerse de ello.

—Nunca superaremos los obstáculos si no lo intentamos.

Durante largos segundos pude intuir cómo ella sopesaba los pros y los contras en su preciosa cabecita.

—Está bien, lo intentaremos —me concedió al fin.

—¡Bien! —Tuve deseos de alzarla en mis brazos y hacerla girar, pero no creí que fuera una

buena idea al ver que su semblante serio no se había alterado ni siquiera con el acuerdo que acabábamos de pactar.

A continuación, me tendió su mano en otro gesto formal. Demasiado formal para nosotros. Sin duda, esa era otra de las cosas que tendría que cambiar. El formalismo y la seriedad no estaban hechos para nosotros.

—¿Lo ves? No era tan difícil llegar a un acuerdo y comportarnos como adultos.

No pude esconder por más tiempo mi atracción por ella, esa que había resurgido con más potencia que nunca desde que la había vuelto a ver. Por ese motivo, me acerqué y le retiré de la cara un mechón rebelde de su melena. Un gesto muy nuestro al que ella antes siempre respondía con una sonrisa, pero con el que ahora ni siquiera se inmutó. A pesar de su falta de reacción, comprobé que no era del todo inmune a mí, puesto que sus ojos brillaron con la intensidad de una tormenta.

Ese leve descuido me dio alas para ir un poco más lejos.

—Que yo sepa, hubo un tiempo en el que no se nos dio mal comportarnos como adultos... en todos los sentidos, ¿o ya no lo recuerdas? —le susurré cerca de su oreja izquierda. Después me aparté un poco—. Pero no te entretendré más. Sé que tienes prisa. Hasta luego, bicho. Gracias por aceptar mi propuesta.

Carla contuvo un jadeo.

—Adiós —oí que balbuceaba.

Esa fue su única reacción, aunque presentí que su corazón latía tan frenético como el mío en ese momento. Sin embargo, no me quedé a comprobarlo. Me alejé de ella, fingiendo que no me importaba, pese a que por dentro me moría por beber de sus labios como si fuera un sediento en el desierto.

Capítulo 12

Puedes contar conmigo

Carla

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿No me vas a acompañar al cumpleaños de mi padre?

Mis dedos comenzaron a tamborilear en la mesa por culpa de la tensa conversación que estaba teniendo con Jorge.

—Ya te lo he dicho, me han puesto en un compromiso. No puedo decirles que no, Carla. Yo no tengo la culpa de que hayan decidido cambiar la fecha de la despedida de soltero en el último momento. Se trata de uno de mis mejores amigos. No puedo faltar. Tú, en cambio, puedes asistir sola a la celebración. No entiendo por qué te pones así.

—No sé, pero daba por hecho que iríamos juntos. Pensaba que te apetecía conocer a mi familia.

Jorge me miraba como si tuviera dos cabezas.

—¿Qué más da que sea ahora o dentro de unas semanas? Ya tendré tiempo de conocer a tu familia más adelante. Apenas llevamos juntos un par de meses. Además, es solo el cumpleaños de tu padre, a quien no sueles ver casi nunca, por si no lo recuerdas. No te enfades.

Pese a que tenía razón cuando decía que no llevábamos demasiado tiempo juntos, para mí era importante no asistir sola al cumpleaños de mi padre. La idea de pasar todo un domingo en la casa campestre de mi progenitor y su esposa, sin el apoyo moral de Jorge, me resultaba espantosa. Mi relación con mi padre y su nueva familia no era demasiado idílica, por eso necesitaba más que nunca su respaldo para no venirme abajo cuando mi padre comenzase a relatarme las múltiples virtudes de su actual mujer.

Pero ese era otro tema que no venía a cuento recordar ahora.

A veces tenía la sensación de que Jorge anteponía cualquier asunto antes que a mí, aunque tal vez él tuviera razón y me lo estaba tomando peor de lo que en realidad era, ya que tampoco teníamos una relación tan seria aún.

—No me enfado. Es solo que me hubiera gustado que me acompañaras, porque ya te he contado lo difícil que es para mí fingir que todo es maravilloso con mi padre.

—Pues con más motivo, cancela la visita y se acabó el problema —insistió.

Para Jorge todo era así de sencillo, siempre y cuando no saliera perjudicado él. Ese era uno de los rasgos de su carácter que menos me gustaban, sin embargo, tenía que reconocer que sus cualidades superaban en mucho a sus defectos, puesto que era un hombre sofisticado, de fuertes convicciones y bastante amable conmigo. Nadie era perfecto y yo había apostado por esa relación, con lo bueno y lo malo.

Me gustaba estar con él. Me lo pasaba bien pero, aunque había invertido bastantes ilusiones en nuestra relación, también era consciente de que no estaba enamorada de él. Tenía la esperanza de llegar a estarlo con el tiempo, aunque en ocasiones como esta me surgían serias dudas de que algún día pudiera llegar amarlo.

—Está bien —accedí—, no me acompañes si no quieres. Ahora bien, no voy a cancelar mi asistencia. Iré yo sola y ya está.

Jorge asintió.

—Así me gusta. Me alegra que hayas entrado en razón. Ya verás como mi ausencia no es para tanto —dijo, satisfecho por haber salido victorioso—. Entonces, puesto que ya está todo aclarado, dame un beso, bebé, que tengo que irme. No puedo entretenerme más.

De mala gana me acerqué hasta la puerta abierta de mi despacho, donde Jorge esperaba su despedida. Me dio un beso rápido, que terminó antes de que me diera cuenta. Cuando abrí los ojos, Jorge ya no estaba, pero en su lugar descubrí que un par de ojos del color del musgo me observaban desde la pequeña sala de espera que había entre los dos despachos.

La inconfundible figura de Adri se materializó ante mí. Tenía las mandíbulas apretadas, no supe por qué.

—Hola, «bebé».

Y, por supuesto, no desperdició la ocasión de burlarse del mote cariñoso con el que me acababa de llamar Jorge.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera?

—No mucho, pero el suficiente como para saber que irás sola al cumpleaños de tu padre.

Miré hacia un lado y hacia el otro para asegurarme de que nadie más oyera nuestra conversación, acto seguido, le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera.

—Ven aquí.

—Tú mandas, «bebé» —volvió a mofarse sin tapujos.

—Veo que te gusta escuchar las conversaciones ajenas. Anda, pasa a mi despacho y deja ya de incordiarme.

Adri entró en mi oficina sin dejar de sonreír.

Dios, cómo odiaba esa manía suya de reírse de mí.

—No es culpa mía que tu novio hable tan alto como para que se le escuche a través de las paredes de tu despacho. Por cierto, felicidades, parece que es un tipo que tiene buena presencia y, sobre todo, que se desvive por ti.

Su tono irónico no fue demasiado disimulado.

—No es mi novio.

—Ah, ¿no?

—No. Solo salimos juntos desde hace un par de meses —puntalicé.

—Pues entonces es tu novio.

—No lo es.

—Sí lo es.

Gemí de pura frustración. Era inútil discutir con él.

—¡Vale! ¡Lo que tú digas! Basta ya de divertirme a mi costa. ¿Qué narices quieres de mí ahora?

Estaba convencida de que no tendríamos que vernos durante unos días, después de la productiva conversación que mantuvimos la semana anterior. Más aún, sabiendo que Adri no había frecuentado la oficina hasta el momento, puesto que estaba focalizado por completo en los cambios de la planta de elaboración.

Se detuvo en mitad del despacho, dejándome paso con parsimonia.

—Solo venía a informarte sobre mis avances, pero si lo prefieres puedo volver otro día que estés de mejor humor.

Era injusto pagar mi enfado con él, puesto que en realidad me sentía frustrada por la conversación que acababa de tener con Jorge.

—No. Lo siento —me disculpé—. No pretendía sonar tan borde. Adelante. Cuéntame.

Retiré la silla para ofrecerle asiento, pero Adrián no se sentó, sino que pasó por delante de mí y se dirigió hacia los enormes ventanales, donde finalmente se apoyó sobre el cristal.

—He llegado a un principio de acuerdo con los proveedores de azúcar, de harina, el de los frutos secos. Ah, también con la granja de gallinas que venden huevos a la vieja confitería —comentó—. Todos se pondrán en contacto contigo, o con el departamento de contabilidad a lo largo de la semana que viene para tratar los temas económicos, que ya sabes que eso no me corresponde a mí gestionarlo.

Desde luego, no había perdido el tiempo.

—Me parece estupendo. No te preocupes por el papeleo, me ocuparé de eso personalmente. Prefiero llevar este asunto yo misma. ¿Algo más?

Aproveché para situarme frente a él, apoyándome yo también en el cristal.

—Tal vez. Tengo un pequeño problema con el proveedor de la miel —repuso, sin dejar de mirar por la ventana.

No es que tuviera grandes vistas desde el ventanal, pero esa parte de Madrid que se veía desde allí tenía mucho encanto, incluso resultaba hipnótico observar a la gente transitar de un lado a otro.

—¿Qué ocurre con la miel?

Mi pregunta logró captar su interés, pues de inmediato dejó de observar a los viandantes. Ladeó la cabeza para fijar sus ojos en mí. Un gesto que me provocó un súbito pellizco en el estómago al poder contemplar a mis anchas su rostro desde tan cerca.

—El proveedor de la miel al que le compraba mi abuelo y que aún sigue abasteciendo a la vieja confitería, es un humilde negocio situado en un pequeño pueblo asturiano —comenzó a explicarme—. Se trata de una empresa familiar, bastante reducida, cuyo propietario es un hombre entrado en años al que no le gusta hacer acuerdos por teléfono, ni por videoconferencia. Así que...

—¿Así que...? —lo azucé para que siguiera hablando.

Durante unos segundos, Adri se quedó callado, sin dejar de mirarme. Cara a cara. Su intenso escrutinio me puso nerviosa, tanto que tuve que apartar la mirada, notando cómo un intenso rubor me subía por el cuello hasta llegar a mis mejillas. De pronto, sentí la caricia de su mano sobre mis pómulos y me quedé paralizada por la impresión. Con suavidad, avanzó hasta que sujetó un mechón de mi pelo entre sus dedos y me lo colocó detrás de la oreja.

Di un respingo, pero no me aparté, permanecí allí de pie, incómoda al percatarme de que mis piernas se convertían en gelatina. Con la mirada puesta en la calle, me obligué a poner en orden mis alborotados pensamientos.

—Tu padre sigue sin preocuparse por ti, ¿verdad? —me susurró, cambiando radicalmente el tema de la conversación.

Cometí el error de mirarlo otra vez, movida por la curiosidad que me había provocado su inesperada pregunta, pero al contemplar esos dos fuegos verdes que me quemaban con su intensidad, mi corazón comenzó a bombear a toda prisa.

—No necesito que nadie se preocupe por mí —solté a la defensiva—. Aunque respondiendo a tu pregunta te diré que sí, mi padre sigue centrado por completo en su nueva familia, en la que yo no tengo cabida. Tan solo quedamos un par de veces al año para celebrar ocasiones especiales, pero a veces, ni siquiera para eso.

Mis palabras parecieron causarle sufrimiento, pude percibirlo con claridad en sus pupilas.

—No me gusta que tu padre no esté pendiente de ti —musitó, sin dejar de observarme.

Noté su aliento fresco sobre mi perfil. Por un momento, pensé que iba a besarme. Y,

maldito fuera, quise que lo hiciera. Pero no lo hizo. Permaneció así, mientras su mano se posó sobre mi brazo para masajearlo despacio.

Tragué saliva, intentando calmar mi pulso desbocado. No sirvió de nada. Solo entonces fui consciente de lo mucho que le había echado de menos. Supe que lo que sentía por él en el pasado no estaba muerto. Estaba muy vivo. Más vivo que nunca. Y había despertado después de un prolongado letargo desde lo más profundo de mi corazón. Esa certeza me provocó tanto vértigo que no pude hacer otra cosa más que apartarme de él, poniendo toda la distancia posible entre los dos.

No estaba bien. Hacía unos meses que había iniciado una relación con Jorge y no tenía ningún derecho a sentirme atraída por otro hombre, y menos por Adrián.

—¿Qué más te da cómo sea mi relación con mi padre ahora? —le espeté—. Has estado muchos años sin preocuparte por saber cómo me iba la vida. Ni siquiera he recibido una triste llamada telefónica por tu parte. No tiene lógica que te muestres ahora conmovido por algo que en realidad te importa un bledo.

—Carla...

Intentó sujetarme, pero lo aparté con brusquedad.

—No. No quiero remover más el pasado. Has venido hoy por un motivo, ¿no? Pues deja de fingir que te importo y límitate a explicarme qué vamos a hacer con esa maldita miel.

Adri levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo. No es necesario que te pongas así —adujo—. Lo que venía a contarte es que he llamado por teléfono al proveedor de la miel, pero se niega a hacer negocios conmigo vía telefónica. Dice que guarda un grato recuerdo de la relación comercial que tenía con mi abuelo. También dice que está contento con el convenio que sigue vigente con la vieja confitería, pero que si queremos ampliar ese acuerdo también a la empresa de productos navideños, tendremos que ir a negociar el trato con él en persona.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Quiere que vayas a Asturias para comprarle la miel?

—Eso mismo.

No me pude creer lo que estaba oyendo.

—Pero, ¿ese hombre está loco, o qué demonios le pasa?

A Adrián pareció divertirle mi reacción.

—No. No está loco. Por lo que he podido comprobar es un hombre mayor, pero está en sus cabales. Demasiado cuerdo, diría yo. No hace tratos con cualquiera.

Sin embargo, yo no salía de mi asombro.

—No entiendo por qué no podemos comprar la miel a otra empresa que no ponga tantos problemas. Y que esté más cerca, por cierto.

Adri hizo un gesto de desagrado.

—Porque ese hombre posee la mejor miel que se produce en España. Y yo quiero esa miel.

Asentí con lentitud. Si era capaz de hacer esa afirmación de forma tan categórica, debía ser verdad, y yo no estaba en disposición de rebatirle algo de lo que no tenía la menor idea.

—Está bien. Compra esa puñetera miel. —Resoplé de forma poco femenina—. ¿Cuándo tienes pensado viajar a Asturias?

Un extraño silencio se hizo en la habitación.

—¿Adri...? Quiero decir, ¿Adrián? —corregí rápidamente mi lapsus—. Contéstame, por favor.

Él ladeó de nuevo la cabeza.

—Me gusta más Adri. Así es como me llamabas antes —pronunció con voz ronca.
De nuevo, se movió y yo, temerosa por lo que su cercanía provocaba en mí, me alejé aún más.

—No cambies de tema —le advertí—. ¿Cuándo piensas irte a Asturias?

Se detuvo a pocos centímetros de mí.

—Podemos ir dentro de dos semanas, si te parece bien.

Parpadeé varias veces.

—¿Qué? ¿Podemos? ¿Los dos?

—No creo que haya problemas para conseguir los billetes de avión con poca antelación —prosiguió, como si no me hubiera oído.

—Ah, no. Ni lo sueñes. No voy a ir contigo a Asturias.

—A Tineo —me corrigió.

—Pues donde sea, pero no voy a ir contigo a ninguna parte.

Puse mis brazos en jarra y comencé a pasearme de un lado al otro del despacho.

—¿No?

—No. —Mi respuesta fue tajante.

—¿Ni siquiera si te propongo otro trato?

Detuve mis pies, parándome en seco.

—Ni siquiera... ¿Qué trato? —inquirí con cautela.

Sabía que me iba a arrepentir de formularle esa pregunta, porque ninguna idea buena podía salir de la maquiavélica mente de Adrián.

—¿Y si yo te acompaño a pasar ese domingo con tu familia y, a cambio, tú accedes a venir conmigo a Tineo?

Lo último que esperaba era recibir una propuesta así por su parte, pero hasta me pareció tierno su ofrecimiento, porque él mejor que nadie sabía cómo podía llegar a ser un día entero con mi padre y su mujer.

—¿Estás hablando en serio?

Él asintió lentamente.

—Sí.

Abrí la boca para replicar, pero la cerré de inmediato.

—Puedo ayudarte a no asistir sola, si tú me ayudas después. Ya sabes que tu padre me conoce desde hace años, no soy ningún extraño para él —me argumentó, pero no resultó demasiado convincente.

Debía estar loca de remate si me planteaba siquiera la posibilidad de aceptar, aunque a medida que mi cerebro iba digiriendo su propuesta, cada vez me parecía menos descabellada. Solo había dos pequeños detalles que no podía pasar por alto. El primero y principal era Jorge.

No le debía ninguna explicación para hacer lo que quisiera porque, como había quedado demostrado, él no parecía demasiado implicado en nuestra relación, ya que acababa de plantarme con el cumpleaños de mi padre. Es más, al contrario que el suyo, mi viaje a Asturias era un asunto meramente de negocios. De cualquier forma, tampoco me parecía correcto irme sin decirle nada, así que lo mejor era comentárselo, al menos cuando tomara una decisión al respecto.

Aun así, también estaba la otra cuestión. Esa vocecita en mi cabeza que me decía una y otra vez que lo mejor era no acercarme demasiado a Adrián, si no quería quemarme otra vez.

Hoy me había quedado claro lo peligroso que era pasar tiempo con él, puesto que era evidente que las emociones que despertaba en mí antes, que ya creía muertas y enterradas, en

realidad no lo estaban. Y si algo había aprendido del pasado era no cometer dos veces el mismo error.

—No estoy segura de que sea una buena idea —le manifesté al fin.

Adri chasqueó la lengua.

—Vamos. No puedo hacer esto solo, necesito tener a mi lado a alguien que esté al tanto de todos los entresijos de la empresa, para poder convencer al proveedor.

De acuerdo, su explicación tenía sentido, y yo solo deseaba hacer lo mejor para Dulces Dueñas, pero...

—No lo sé, Adrián. Tú y yo, juntos de viaje, no me convence. Va a ser un calvario para los dos.

La determinación de su expresión me excitó, y eso me asustó aún más.

—No siempre nos llevamos mal. Y lo sabes —aseveró—. El otro día incluso nos pusimos de acuerdo. Y ya sabes también que mi abuelo decía que nos compenetrábamos a la perfección cuando hacíamos cosas juntos.

—Sí. Lo sé, lo sé.

Aun así, tuve la sensación de que su argumentación no se refería precisamente a nuestra adolescencia.

—Dime que al menos lo pensarás. Yo no estoy capacitado para hablarle sobre cifras, ni para enumerarle los beneficios que puede obtener con esta transacción.

Sus ojos desafiantes parecían retarme.

—Está bien. Lo pensaré. ¿Te vale?

Su rostro se iluminó de puro placer, aunque por un momento intuí que su mirada triunfal no tenía nada que ver con la dichosa miel. Aun así, descarté esa absurda idea porque no tenía ningún sentido.

—Me vale. Por ahora —enfaticó—. Bien. Entonces, creo que será mejor que me vaya y que te deje tiempo para meditar, pero... ¿por qué no hacemos una cosa?

—¿Qué?

Hizo una pausa que se me hizo eterna.

—Piénsalo con calma y ve el sábado por la tarde a la pastelería para darme una respuesta. Así podré enseñarte un par de ideas en las que he estado trabajando.

La intensidad que emanaba de su cuerpo me atraía como una abeja a la miel.

—¿Te refieres a la vieja confitería de tu abuelo?

Adri enderezó su espalda.

—Sí. ¿Lo harás?

Entorné los ojos.

—¿Qué vas a enseñarme allí que no haya visto ya?

Él desplegó una sonrisa pícara.

—Si no vas, nunca lo sabrás.

La curiosidad me pudo.

—¿Qué cabezota eres! De acuerdo. Iré.

Tal vez me estaba metiendo en la boca del lobo. O quizás me estaba dejando guiar por ese impulso de osadía que tan solo Adrián sabía despertar en mí, pero el caso es que era la primera vez en mucho tiempo que me sentía viva de verdad.

—¿Cabezota yo? Para nada. —Rio complacido al saberse victorioso—. Y ahora, deja a un lado ese ceño fruncido y enséñame dónde está la máquina del café en esta dichosa oficina. Necesito tomar algo caliente de una vez por todas esta mañana, chica seria.

—Eso no me corresponde hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero vas a hacerlo de todos modos, porque no quieres que se lo tenga que pedir a alguien de ahí fuera porque la «jefa» no ha sido amable conmigo, ¿a qué sí?

A regañadientes, solté un gruñido de frustración y me dispuse a ayudarlo, negándome a reconocer lo mucho que me excitaba esa absurda lucha de voluntades entre nosotros.

—¡Eres, eres...?

—¿Adorable?

—¡Odioso!

Ensanchó su sonrisa ladeada de chico malo.

—Pero si solo pretendo que el personal sepa que nos llevamos muy bien —manifestó con inocencia.

Inspiré profundamente para armarme de paciencia.

—Cállate de una vez y sígueme...

Capítulo 13

Con las ganas

Adrián

Aún no entendía qué clase de locura se había apoderado de mí para llegar a proponer a Carla que viniera conmigo a Tineo. Un viaje que, tal y como ella predijo, no era una buena idea, ya que no haría sino que intensificar todo lo que trataba de evitar. Veinticuatro horas con ella durante dos días seguidos iban a ser una tortura para mí.

Pero es que... verla besar al imbécil ese que tenía por novio me había revuelto el estómago. No, ¿a quién quería engañar? No me revolvió el estómago, en realidad me despertó unos celos irracionales por no ser yo el que recibía ese dulce beso de sus labios.

Fuera como fuese, ya no había marcha atrás.

Para impedir comerme más el coco con ese asunto, me dediqué durante toda la mañana del sábado a elaborar distintas pruebas de dulces navideños para que Carla me ayudara a seleccionar los mejores.

No fue hasta bien entrada la tarde cuando apareció por la puerta del obrador de la confitería.

—Así que se trata de esto —me dijo a modo de saludo—. Has estado trabajando en la nueva carta de dulces navideños.

—Vaya, vaya. Ya pensaba que no aparecerías por aquí.

Caminó hasta la zona donde estaban las prendas de cocina para quitarse y colgar en la percha su bolso y su chaqueta en completo silencio. A continuación, escogió una de las batas de cocinero y se la puso.

—Lamento el retraso. He ido a visitar a tu padre antes de venir.

—Oh —fue mi única respuesta.

Le di la espalda para rematar con los toques finales el pan de Cádiz que acababa de sacar del horno.

—¿Y cómo está?

No me apetecía hablar sobre mi padre con ella, pero no pude evitar interesarme por su estado, ya que aún no me había decidido a visitarlo yo mismo.

—Bueno, hoy no ha tenido un buen día. Imagino que estarás al tanto de que le dieron el alta esta semana, pero debido a algunas complicaciones, ayer el médico decidió hospitalizarlo otra vez.

—¿Complicaciones?

No quise alarmarme, aunque lo cierto es que no me gustó oír eso.

—Las últimas pruebas que le hicieron no han salido como esperaban. Ya sabes que además del infarto también arrastra otros problemas de salud, de ahí vienen las complicaciones. Han tenido que ingresarlo de nuevo para controlar lo que no va bien y ver cómo evoluciona —se explayó Carla, quien pareció satisfecha al percibir mi preocupación—. Pero no hay motivos para asustarse. Es algo que, aunque no es frecuente, puede ocurrir. No te inquietes.

—No me inquieto. —Me aclaré la garganta—. Es por sus problemas de riñón, ¿verdad?

—Sí.

—Entiendo.

Me observó detenidamente. No me gustaba su capacidad de leerme la mente porque me hacía sentir vulnerable.

—Pero, insisto, no tienes que alarmarte. Él se encuentra mejor, pese a que está bastante asustado por la operación de corazón —añadió, restándole importancia a las noticias que me acababa de comunicar—. Ya lo conoces, intenta hacerse el fuerte, a pesar de que nunca lo consigue. Es como un niño quejica cuando enferma.

Se me escapó una sonrisa triste, aun así, me quedé en silencio.

Carla se aproximó a la mesa donde yo estaba y olfateó el aire.

—Huele bien —murmuró.

Me volví a medias para mirarla.

—¿Te parece?

Ella asintió, examinando todo con curiosidad.

Durante varios minutos permanecimos en silencio, pero era totalmente consciente de su cercanía. Los pocos centímetros que nos separaban no me impidieron reconocer su dulce aroma, una mezcla de perfume y ese olor tan inconfundible que se desprendía de su larga melena, probablemente debido al producto que usaba para su cuidado. Me sorprendió descubrir que aún utilizara el mismo después de tanto tiempo.

—¿Sabes? Me ha preguntado por ti —dijo en tono neutro.

Mi espalda se tensó de forma automática porque supe que se refería a mi padre.

No le contesté, pero aproveché su proximidad para ofrecerle un pedazo del pan de Cádiz que acababa de terminar.

—Prueba —le pedí.

Ella aceptó el bocado. Al instante, mis dedos rozaron sus labios al introducirle el mazapán en la boca y no pude evitar estremecerme de placer.

Había pasado tanto tiempo...

Sus pupilas se dilataron, no supe si fue debido a mi contacto o al dulce que acababa de probar.

—¿Qué te parece?

—No está mal. —Se hizo la dura, pese a todo, el brillo de sus ojos la delataron—. Vale, lo reconozco: está delicioso. Pero eso tú ya lo sabes, ¿no?

Hinché mi pecho con orgullo.

—No estaba seguro —le confesé—. Es una versión diferente del clásico pan de Cádiz. He intentado innovar un poco y darle un toque diferente.

—Pues creo que has acertado. —Hizo una pausa larga y luego prosiguió, suavizando el tono otra vez—. ¿No quieres saber lo que le he dicho a tu padre?

Suspiré de forma sonora antes de concentrar de nuevo mi mirada en sus ojos.

—Prefiero no hablar más sobre él, Carla.

Ella asintió en silencio. Supe que respetaría mi decisión porque, a lo largo de los años que pasamos en mutua compañía, los dos aprendimos a no meternos en los asuntos del otro, sobre todo cuando alguno de los dos se mostraba reacio. Si bien, siempre estuvimos ahí el uno para el otro, para escucharnos y apoyarnos cuando necesitábamos desahogarnos, especialmente en lo que concernía a nuestros respectivos progenitores.

Hubo un tiempo en que hubiera hecho cualquier cosa con tal de evitarle a Carla el dolor de perder a su madre. Más aún en lo referente a su padre, pues nunca comprendí por qué no se volcó en el cuidado de su hija cuando su mujer murió.

A Carla se le privó del amor de su madre siendo demasiado joven, justo cuando una niña más necesita tener esa figura a su lado para prepararla a enfrentarse a la dureza de la vida. A diferencia de la mayoría, ella tuvo que aprenderlo sola.

—Entonces, ¿te gusta? —inquirí para recuperar el tema de los dulces y dejar de lado de una vez la incómoda conversación sobre mi padre.

—Me gusta.

Examinó con atención el resto de muestras de dulces navideños que esperaban sobre la mesa a que fuera su turno de ser probadas, luego me volvió a mirar con ojos interrogantes.

—No me has contestado. ¿Son tus propuestas para el nuevo catálogo de Navidad de Dulces Dueñas? ¿Esto era lo que me querías enseñar?

—Sí. Aún no las tengo todas, pero quería que me dieras tu opinión sobre las primeras que he hecho.

Vi cómo sus ojos se detenían en un pastelito en concreto y sonreí. Sabía que ese sería especial para ella, al igual que lo era para mí.

—Bizcotelas —murmuró extrañada—. Esto no es un dulce navideño.

Con cuidado sujeté entre mis dedos una de las mini bizcotelas y la acerqué hasta su boca mientras mis latidos comenzaron a aletear con rapidez en mi pecho.

—No, no es un pastel típico de Navidad, pero tenía que estar en esta selección porque es el que me trae mejores recuerdos de la Nochebuena cuando era niño. Siento una nostalgia especial cada vez que las pruebo.

Carla aceptó el bocado con reticencia, al hacerlo no pudo evitar cerrar los ojos y soltar un leve gemido. La saboreó con gusto. Cuando terminó, me miró con esos ojos tan claros cargados de emoción.

—Tienes razón. Saben a Nochebuena —me susurró turbada.

En efecto, sabían a Nochebuena... y a ella. A la primera vez que hicimos una tregua tantos años atrás. Al momento en el que, tal vez, me di cuenta de que en realidad no la odiaba.

Supe que los dos teníamos en la mente el recuerdo de aquella noche de nuestra niñez. Sus ojos no podían engañarme. Ni su respiración acelerada, ni el suave rubor de sus mejillas que aprendí a identificar con el paso de los años. Ese que era tan leve que no era visible a ojos de cualquiera, solo de los que la conocían tan bien como yo.

La cercanía de su cuerpo, la emoción de su mirada y el calor que hacía allí dentro, me obligaron a poner un poco de distancia entre nosotros si no quería quedar como un idiota si intentaba besarla. Pero, joder, cómo deseaba lamer esos labios que me volvían tan loco.

—Si te fijas bien verás que estas bizcotelas son especiales. —Tuve que hacer un enorme esfuerzo para que no se notara la excitación en mi voz—. Son mucho más pequeñas que las originales, como ya habrás comprobado, para que se puedan comer de un bocado. Y también he intentado darle un toque más afrutado al bizcocho para que contraste con el dulzor del merengue que la reviste y con el cabello de ángel del relleno.

La mirada de Carla se posó en mis labios mientras yo hablaba, lo que casi provocó que perdiera el hilo de la conversación. ¿Acaso ella también deseaba besarme? No. Eso era una completa tontería pensarlo.

—Pues no te ha quedado mal.

—¿Eso significa que podría mejorarse? —le pregunté, divertido.

—Siempre puede mejorarse, ¿no crees?

Y supe que estaba haciéndose la interesante, al igual que cuando era niña, que se escondía tras una gran coraza de frialdad que en realidad no era tan gruesa como pretendía hacer ver. Una

coraza que yo conocía demasiado bien, que ya había derribado una vez.

De cualquier manera, entendí perfectamente que quisiera protegerse. Para mí tampoco fue sencillo lidiar con el sinfín de sentimientos contradictorios que esa niña rebelde provocaba en mí. Todo era confuso, hasta que entendí, muchos años más tarde, que mi odio hacia ella era producido por el amor que me consumía por ella. La odiaba porque la amaba y no podía hacer nada para evitarlo.

Y ahora, por culpa del caprichoso destino, estaba de vuelta en Madrid, intentando luchar de nuevo contra las emociones que resurgían con más fuerza que nunca cada vez que la veía.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he sabido. Se me ha ocurrido crear adaptaciones un poco más modernas de los típicos dulces navideños de las diferentes gastronomías regionales, conservando su esencia, pero siempre dándoles un toque más personal. Y, por descontado, dentro de una sencillez que nos permita producirlas en grandes cantidades para su distribución.

Carla siguió probando uno a uno los dulces sin decir nada más. Solo cuando terminó, me examinó con fingido desinterés.

—Están bien. Creo que podrían funcionar.

—¿Tú crees? —le pregunté, acercándome de nuevo a ella.

Necesitaba sentir su proximidad para derribar esa coraza de indiferencia. Así fue, en cuanto la tuve a escasos centímetros, no me pude resistir a limpiar un poco de azúcar que había quedado en la comisura de sus labios.

Carla reaccionó conteniendo el aliento.

No era inmune a mi contacto. En absoluto.

—Tal... —tartamudeó, pesa del nerviosismo—. Tal vez se puedan mejorar un poco, pero en general son una buena propuesta.

Quise retarla un poco más, así que apoyé mi brazo sobre la pared que había detrás de ella, sin alejarme ni un paso para poder contemplarla a mis anchas.

—Si quieres podemos intentar mejorarlas juntos cuando volvamos.

—¿Cuándo volvamos? —repitió.

Mi intento de distraerla no funcionó.

—Del viaje. Ya sabes, Tineo. La miel.

—Oh. — Y sus ojos se convirtieron en una rendija—. ¿Y en qué momento te he dicho yo que aceptaba tu proposición? Que yo sepa, aún no te he respondido al respecto.

—Ah, ¿no?

—No.

Dios, cómo me gustaba que me retase así.

De forma casi inconsciente, mi rostro se acercó al suyo. Necesitaba tanto sentir su piel, oler su dulce perfume.

—¿Y a qué estás esperando? —le musité muy cerca.

Carla desvió de nuevo sus ojos hacia mis labios. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla.

—Nnnno lo sé. Es que a lo mejor no lo he decidido aún. No me apetece demasiado, la verdad.

Le sonreí.

—Cobarde.

Sus ojos reaccionaron clavándose en los míos.

—No soy cobarde —siseó.

—Demuéstralo —la desafié una vez más.

Mi reto funcionó, puesto que puso la palma de su mano en mi pecho al mismo tiempo que la determinación se apoderó de sus ojos grises.

—De acuerdo —dijo al fin—. Iré a ese maldito viaje, pero antes tú tendrás que acompañarme cada minuto de lo que dure el cumpleaños de mi padre. Y ya sabes que no será una experiencia demasiado divertida.

Solté una carcajada.

—Lo sé. Créeme que lo sé. —Posé mi mano sobre la suya, en mi pecho, intentando contener mis ansias de comérmela a besos—. Tranquila, podré soportarlo.

—Más te vale —me advirtió, a la par que me empujaba con ímpetu para apartarme de ella—. Y ahora, será mejor que me vaya. Se ha hecho tarde y he quedado para salir.

Sin más, se dirigió hacia la percha, se quitó la bata de cocinero y la cambió por su chaqueta.

¿Estaba huyendo o solo me lo parecía?

—¿Has quedado con tu novio esta noche?

Se detuvo un instante para observarme de arriba abajo con altanería.

—No es de tu incumbencia con quién vaya, pero sí, he quedado con Jorge. —Recogió su bolso sin dejar de mirarme—. Y te repito que NO-ES-MI-NOVIO. ¿Queda claro?

Su advertencia final me llegó justo cuando estaba en el umbral de la puerta.

—Claro como el agua, «bebé».

Su gruñido furioso fue apenas amortiguado por el portazo que dio al salir del obrador. No pude evitar reírme con ganas.

Sin duda, nuestra escapada a Asturias iba a ser un viaje de lo más interesante.

Capítulo 14

En qué estrella estará *Carla*

Catorce años antes

¿Vendrás mañana a mi casa para celebrar la Nochebuena? Por cierto, aún me debes una disculpa por lo de la semana pasada, bicho con gafas.

Nota pegada en la funda de las gafas de Carla.

¿Acaso tengo otra opción? Sí. Iré. Pero no pienso pedirte perdón, y espero que no aparezcas ante mí en toda la noche. Estoy muy triste y no me apetece hablar con nadie.

Nota pegada en el libro de lengua de Adrián.

Apreté muy fuerte los párpados y después abrí los ojos de golpe, con la esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño, fruto de mis peores pesadillas. De nuevo, la cruda realidad me atravesó de pies a cabeza cuando miré hacia abajo, asomando la cabeza por los barrotes de la barandilla de madera, y vi a toda esa gente cantando a voz en grito el villancico de turno que resonaba por los altavoces que habían colocado en el gran salón.

Odiaba la Navidad.

Odiaba los villancicos.

Odiaba a todas esas personas que se divertían mientras mi corazón estaba hecho trizas.

Y odiaba a mi madre por haberme abandonado.

Mi corazón se contrajo. Mis ojos se empañaron por las lágrimas otra vez.

No. No la odiaba. Ella siempre lo sería todo para mí y nunca superaría lo que había ocurrido. De nuevo, ese intenso dolor que no me había abandonado desde hacía tres meses se instaló en lo más profundo de mi pecho.

La echaba tanto de menos...

—¿Carla?

La voz de Adrián atrajo mi atención desde el otro extremo de la escalera. Ese chico insufrible no me iba a dejar tranquila ni siquiera cuando intentaba esconderme y desaparecer.

No lo miré. Estaba enfadada con el mundo y él era el último con el que me apetecía hablar.

—Tu padre te está buscando desde hace un rato.

Me encogí de hombros, deseando que mi falta de respuesta lo hiciera desistir de conversar conmigo.

No fue así. Adrián se sentó a mi lado, en el mismo peldaño que yo estaba.

Resoplé, hastiada, para luego señalar a mi padre, que bailaba entre la multitud con su nueva novia.

—Pues no entiendo por qué me busca. No parece que eche de menos mi presencia — murmuré al fin.

Un significativo silencio se instaló entre los dos.

Fue su turno de resoplar.

—Ya. Parece que se lo está pasando bien. No se le ve tan triste como a ti.

Más silencio.

—Bueno, en verdad te he dicho una mentirijilla. Tu padre no te está buscando, ha sido mi abuelo quien me ha obligado a encontrarte porque está preocupado. Pero me ha pedido que no te lo diga.

—¿Te ha obligado a buscarme?

—Un poco. Es que no me apetecía demasiado tener que dirigirte la palabra. Te recuerdo que aún no me has pedido perdón por lo de la semana pasada.

Lo miré. Supe que era su manera de quitarle hierro al asunto principal. Mi pérdida. Sin embargo, no me podía creer que incluso cuando más triste estaba Adri fuera capaz de echarme en cara nuestra pelea de la semana anterior.

—Tienes que reconocer que fue culpa tuya que nos castigasen otra vez —insistió.

Cerré los ojos y conté hasta diez antes de responder.

—No. Si no me hubieras dado un pelotazo en la cabeza, yo no te habría vaciado esa botella de agua encima —le expliqué por enésima vez desde lo ocurrido—. Solo querías lucirte delante de las hijas de los amigos de tus padres, porque solo piensas en videojuegos, fútbol, en las chicas, y en presumir delante de todos. Eso te pasa por ser un estúpido creído.

Un jadeo sordo me hizo abrir los ojos para ver su reacción.

—Uoooh, eso ha dolido, bicho.

Otra vez con lo de bicho. Ya teníamos trece años. Era hora de que dejase de llamarme como cuando éramos más pequeños.

Iba a replicar cuando casi me estampé contra algo que había justo frente a mis ojos. Tuve que separarme un poco para ver qué era, pero Adrián se me adelantó.

—¿Qué? ¿Te apetece una de estas como símbolo de tregua? Solo por esta noche. ¿Qué me dices?

Observé alternativamente el dulce que tenía en la mano y después al chico al que odiaba con todas mis ganas.

—No quiero una bizcotela ahora.

—¿Ni siquiera si te digo que la he hecho yo? —dijo con altivez—. Venga, sé que son tus favoritas.

Se me hizo la boca agua cuando volví a examinar el pastelito glaseado que tenía delante. No había comido nada en toda la noche y mis tripas resonaron, para diversión de Adri y para indignación mía.

—No. No quiero. Además, no me creo que la hayas hecho tú solo.

El tonto de ojos verdes y sonrisa socarrona pareció engordar dos tallas de puro orgullo.

—Sí la he hecho yo. Y sin ayuda. Si hubieras venido a la pastelería, como todos los sábados, tú también habrías hecho tu propia bizcotela. Mi abuelo me ha enseñado a hacerlas hoy. —Por un segundo desvió sus ojos hacia otro lado—. Y, aunque no te lo creas, nosotros dos sí te hemos echado en falta. No como otros.

Se puso colorado como un tomate nada más soltarlo. Ante esa confesión, no pude evitar esbozar una tímida sonrisa. Casi sin pensarlo, le di un mordisco al dulce. Lo saboreé con ganas.

¡Qué rico me supo!

—Mmmm. No está mal —admití mientras masticaba.

Ni de coña iba a confesarle lo bien que le había quedado.

Él rio.

—¿Sabes? Mi abuelo me ha contado que este es un dulce típico de Andalucía, que hay otros tipos de bizcotelas, pero que estas son las únicas que llevan una cobertura de merengue endurecido por encima del bizcocho y están rellenas de cabello de ángel.

—Interesante —admití, pero mi total atención se centraba en el sabroso dulce.

—Entonces, ¿hacemos una tregua solo por hoy?

Arrugué el ceño.

—¿Cómo puedes querer una tregua si hace un momento me has llamado bicho otra vez?

Vi que Adrián fijaba la vista en un punto concreto de la gran sala donde sus padres estaban celebrando la Nochebuena, como todos los años, con los parientes y los amigos. Una tradición que ambas familias compartíamos desde que mi padre comenzó a trabajar como abogado del suyo y eso propició que se iniciase una estrecha amistad entre nuestros progenitores.

Un atisbo de lástima se instaló en la profundidad de sus ojos cuando volvió a mirarme. Supe de inmediato que no se le había escapado el beso que mi padre le acababa de dar a su nueva novia, delante de todo el mundo, sin importarle nada más.

—¿Y si te prometo que durante esta noche y durante el resto de Nochebuenas y Navidades que pasemos juntos no volveré a meterme contigo?

Traté de quitar de mi mente la imagen que acababa de presenciar de mi padre y esa otra mujer.

—No sé...

Fingí pensarlo, pero mis ojos vidriosos debieron delatarme, ya que Adri pegó su cabeza con la mía.

—Hagámoslo por ella. Tu madre siempre fue buena conmigo. Sé que le hubiera gustado que nos llevásemos bien, al menos por una noche y un día.

Las lágrimas que había estado reprimiendo hasta ese momento, salieron sin mi permiso para recorrer mis mejillas y terminar goteando en la mano de Adrián.

—¿Cómo ha podido olvidarla tan pronto? Solo han pasado tres meses —musité, sin contestar a su propuesta, observando de nuevo a mi padre en la sala.

Oí un largo suspiro justo a mi lado.

—Tal vez no la ha olvidado y solo está buscando una nueva madre para ti.

Negué con la cabeza. Esa forma de pensar era la de un chico que lo tenía todo y que nunca había perdido lo más importante.

—Una madre no tiene recambio, so lerdo. Nadie podrá reemplazarla nunca —se me quebró la voz al decirlo.

De nuevo el silencio se interpuso entre nosotros, tan solo roto por el sonido de otro villancico que resonaba desde la enorme estancia situada a nuestros pies.

—Tienes razón. ¿Recuerdas cuando nos lanzó sus Adidas desde tres metros de distancia porque nos estábamos peleando frente a la barbacoa? —rememoró, de repente—. Lo hizo mientras le daba la vuelta a las chuletas con la otra mano. Fue alucinante.

Solté una carcajada sincera.

—Esa es mi madre. Era —me corregí.

Adri me devolvió una mirada triste.

—Creo que mientras nosotros la recordemos, ella nunca se irá. Si quieres, cada Nochebuena nos encontraremos aquí y recordaremos todas las cosas graciosas que hacía. Son muchísimas, porque tu madre era especial —matizó—. Así, entre los dos conseguiremos que no caiga nunca en el olvido.

—Yo nunca la olvidaré. No puedo. Sé que estará conmigo siempre. Cada mañana al

despertar es su cara lo primero que veo. Y duele tanto...

Mis lágrimas caían cada vez con más rapidez, pero él continuaba dejando que le empapasen la mano sin apartarla.

—Yo tampoco la olvidaré, aunque no lo creas.

Durante un buen rato, Adrián permaneció junto a mí sin pronunciar palabra alguna. Aun así, su sola presencia me reconfortaba, me hacía sentir que no estaba sola del todo.

—Adri.

—¿Qué?

Inspiré profundamente.

—Acepto.

—¿Te refieres a la tregua? —me preguntó.

—Sí.

—Me alegra oírlo —apuntó.

—Pero solo por hoy —apostillé.

Sonrió.

—Por supuesto. Solo en Nochebuena. Y Navidad, claro.

—De acuerdo.

—Vale. —Fue su última palabra.

De repente, la imagen de mi madre volvió a mi mente para golpearme el corazón con contundencia. Los recuerdos de todo lo que había pasado durante los últimos meses se apoderaron de mí otra vez. Sin embargo, no podía ceder ante las lágrimas de nuevo. Tenía que ser fuerte, al menos delante de él porque sabía que, a pesar de la tregua, el resto del tiempo sería como siempre entre nosotros. No debía mostrarme débil. Adrián y yo éramos polos opuestos y eso nunca cambiaría.

No. No derramaría ni una lágrima más por esa noche. Ahora tocaba hablar de todos esos momentos bonitos que vivimos con ella, de hacer honor a nuestra recién estrenada tregua. Ya tendría tiempo de llorar desconsoladamente cuando estuviera sola, porque estaba segura de que este era un tipo de dolor que no se iría nunca, sino que me acompañaría durante toda mi vida.

Capítulo 15

Échame la culpa

Carla

En la actualidad

Tiernos recuerdos se agolparon en mi mente cuando divisé el castillo de Manzanares del Real a través de la ventanilla del coche. La construcción se abría paso en lo alto de la colina, contrastando con el azul del cielo despejado de nubes casi por completo.

El viejo caserón rural de la familia de mi padre, situado en ese mismo municipio, era el lugar donde solíamos pasar los periodos vacacionales cuando yo era una niña. Una antigua casa campestre en la que me encantaba estar, sobre todo, por la piscina que mi padre mandó hacer y que se convirtió en el centro de diversión para mis amigos y para mí durante años.

Pero también era uno de los lugares que más me recordaba a mi madre.

—Parece que al menos hoy no lloverá —dijo Adrián mirando hacia el cielo.

Lo observé a hurtadillas mientras se arrebujaba en el asiento del copiloto. Aún me parecía mentira que estuviera ahí, a mi lado, pese a que ya debería haberme acostumbrado a su presencia porque habían pasado varias semanas desde su regreso a España.

—Sí. Con este tiempo mi padre podrá hacer su ansiada barbacoa.

Estábamos casi en otoño y en esa zona de la comunidad de Madrid hacía más frío que en la ciudad, así que encendí el radiador del coche, que pronto comenzó a calentar el ambiente en el interior del vehículo.

—Pues es posible que pillemos un buen resfriado. En este sitio hace bastante frío para permanecer fuera de casa, aunque yo no soy nadie para opinar. Ahí manda tu padre y pobre del que le lleve la contraria.

Volteé los ojos.

—¿Y dónde no manda mi padre? Si incluso daba órdenes sin cesar al tuyo, aun cuando trabajaba para él.

Adrián rio.

—Tienes toda la razón. Pese al tremendo carácter de mi padre, el tuyo se imponía siempre y era el que parecía llevar la vara de mando. Eso sí, debo decir que conmigo siempre guardó bastante las distancias —murmuró al final.

Levanté una ceja.

—Porque no te soportaba. —No pude evitar burlarme—. Le parecías un niño revoltoso y consentido que no hacía más que incordiar. Y cuando te convertiste en adulto, tampoco le gustabas porque decía que eras un maleducado y un prepotente.

—Un sentimiento que era recíproco —manifestó.

El silencio de Adrián que siguió a sus palabras me obligó a ladear la cara por unos segundos para ver su expresión, que me resultó del todo indescifrable.

—Tal vez fuera porque era el único que no le bailaba el agua. —Hizo el comentario en voz tan baja que apenas si llegué a escucharlo, pero lo hice.

—Tal vez.

Fue una afirmación que me dejó pensativa durante un buen rato, hasta que vi aparecer frente a nosotros la enorme finca de mi padre.

Un pellizco de angustia me apretó el estómago hasta convertirme en un ser diminuto, como siempre me pasaba cuando sabía que tenía que ser testigo de la felicidad de mi progenitor con su nueva familia en el mismo lugar donde mi madre y yo habíamos compartido inolvidables momentos.

La verja de hierro se abrió en cuanto pulsé el timbre exterior, para descubrirnos la espléndida vista con las dos hileras de grandes árboles que delineaban el camino hasta llegar a la gran casa rural, donde mi padre esperaba sonriente junto a su flamante mujer. Una sonrisa que se esfumó en cuanto Adrián salió del coche y sus ojos se posaron en él.

—¡Carla! —exclamó Desirée, acercándose a mí con los brazos abiertos—. Qué ganas tenía de verte, querida.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se me notara la profunda aversión que me producía tal derroche de hipocresía.

La esposa de mi padre me apretó en un falso abrazo, tan fingido como su bienvenida. Aun así, hice de tripas corazón y correspondí a su achuchón con unas suaves palmaditas en su espalda.

—Yo también me alegro de verte. ¿Cómo están las niñas? —le pregunté por pura cortesía.

—Bien, bien. Están dentro, jugando con sus amiguitas. Se van a alegrar de verte tanto como yo.

Ya, claro. Y los burros vuelan.

Esas dos niñas diabólicas me tenían el mismo cariño que su madre. O sea, ninguno.

De reojo, vi cómo mi padre y Adrián se estrechaban la mano en un saludo formal, mientras sus ojos se examinaban con una tensión que no alcancé a comprender.

Ya sabía que mi padre no le tenía demasiado aprecio, pero se trataba del hijo de su mejor amigo, algo que siempre lo había llevado a tratarlo con respeto.

Pese al rígido comportamiento, Adrián se mostró cordial y no dudó en ponerse a charlar de forma distendida con Desirée, lo cual agradecí por evitarme ese mal trago a mí.

—Hola, cariño —me saludó mi padre—. Estás tan guapa como siempre.

—Hola, papá.

Al abrazarlo, se me hizo un nudo en la garganta. Esa era una muestra de cariño que añoraba porque me hacía recordar que no solía prodigarse en ese tipo de contacto conmigo.

Tras nuestra corta bienvenida, nos dispusimos a entrar al jardín trasero del viejo caserón, donde muchos de los invitados ya disfrutaban de aperitivos y conversaciones banales. Pronto, noté el calor de una mano sobre mi cintura, pero me relajé al ver que se trataba de Adrián, quien acercó su rostro a mi oreja con una sonrisa lobuna en los labios.

—Ya ha pasado lo peor, preciosa. Muéstrales que tú estás hecha de otra pasta. Enséñales la clase que tienes.

La vehemencia de su comentario me dio fuerzas, a la vez que me erizó la piel al sentir su aliento fresco en mi oído.

Su cercanía, junto con su tórrida mirada, me encendió la sangre, pero tuve que recordarme a mí misma que ahora tenía una relación con Jorge y que no debía sentir esa atracción por nadie.

Las horas pasaron más rápidas de lo que esperaba. La compañía de Adrián, que no se separó de mí ni un solo instante, me resultó reconfortante. Eso me ayudó a relajarme y disfrutar de la buena comida que, finalmente, se sirvió de forma improvisada en el comedor del caserío, debido

al frío que hacía en el jardín.

No fue hasta las seis de la tarde cuando Desirée apareció con una enorme tarta con las velas encendidas y sus dos hijas, una a cada lado de su madre, portando varios regalos.

Mi padre, emocionado, se acercó a ellas y las abrazó con amor.

Fue en ese momento cuando volví a sentir que yo ya no formaba parte de su vida. Que él ya no me consideraba parte de su familia. Era algo que tenía que aceptar, por mucho que doliera.

Me puse mi abrigo de hormigón para que no me afectara y aplaudí feliz como el resto de los invitados, hasta que mi padre comenzó a hablar dirigiéndose a todos los presentes.

—Quiero daros las gracias por haber venido una vez más a festejar junto a mí que soy un año más viejo. Pese a que este año echo en falta la presencia de mi estimado amigo Gabriel Dueñas y de su esposa —pronunció radiante—. Pero, sobre todo, quiero dar las gracias a mi mujer y a mis dos hijas porque me hacen comprender día a día lo que significa ser amado.

Sentí como si un puñal me atravesara el pecho. Aun así, permanecí allí de pie, sin inmutarme, consciente de que los ojos de Adrián me observaban a mí, en vez de contemplar la escena que tenía lugar frente a nosotros, en mitad de la sala. Mientras tanto, mi padre continuaba con su emotivo discurso. Y de nuevo, la mano caliente de Adri volvió a posarse sobre mi cintura, esta vez apretándome con fuerza para pegarme a él.

—Mírame —me susurró al oído.

Pero yo no podía apartar la vista de mi progenitor, al mismo tiempo que notaba cómo la más profunda tristeza se apoderaba de cada célula de mi ser.

—...Y no puedo olvidar —seguía diciendo mi padre—, que no descubrí lo que era el auténtico amor hasta que tuve la suerte de que esta maravillosa mujer se fijara en mí.

El dolor que esas palabras provocaron en mí fue indescriptible. ¿Acaso mi madre nunca significó nada para él?

—...Gracias también a mis amigos, familiares, a mis compañeros de pádel y a mi hija Carla. —Me señaló—. Que se ha convertido en una bella mujer, aunque no se parezca demasiado a mí, pero por fortuna sí que tiene suficientes genes míos para resultar así de bonita, ¿no creéis?

Cuando noté que un montón de ojos me observaban, tuve ganas de salir corriendo a esconderme. Pese a los intentos de Adri por retenerme, me deshice de su brazo y me excusé en voz baja para apresurarme a desaparecer de allí.

¿Mi padre acababa de insinuar que mi madre no era demasiado agradecida?

—Carla, espera —escuché a lo lejos, aun así, continué caminando sin mirar atrás.

Apenas me di cuenta de lo que hacía hasta que me vi en el interior de uno de los cuartos de baño del caserón, donde me senté en la tapa del inodoro y me tapé la cara con ambas manos mientras sentí cómo mi corazón se hacía añicos una vez más.

Estaba acostumbrada a los desaires de mi padre, algo que siempre achaqué a la posibilidad de que yo le causara rechazo porque le recordaba al momento más duro de su vida, a la muerte de mi madre. Pero tras su discurso, la venda se me había terminado de caer de los ojos para darme de bruces con la cruda realidad. Mi padre nunca quiso tanto como yo pensaba a mi madre. Eso me dolía más que cualquier desprecio que pudiera hacerme a mí.

Tardé bastante rato en asimilar lo que acababa de descubrir. Largos minutos en los que tuve que echar mano de la poca fortaleza que me quedaba para recomponerme y salir de allí con dignidad, pese a que mi corazón lloraba con amargura en silencio. Un sufrimiento que nunca dejaría ver a nadie.

Armada de nuevo con mi fría máscara de acero, esa que me ponía para protegerme del sufrimiento, regresé a la estancia donde se celebraba el cumpleaños. Allí, localicé a Adrián, que

estaba de espaldas manteniendo una conversación con alguien que no pude ver porque su musculoso cuerpo lo tapaba por completo.

Mis pies se clavaron en el suelo al escuchar lo que decía; al percatarme de que su interlocutor era mi padre.

—Estoy seguro de que Mónica estaría muy orgullosa de la mujer en la que se ha convertido su hija. —El tono irónico con el que hablaba Adrián era sumamente descarado—. Pero, sobre todo, estaría feliz de ver que su bello recuerdo sigue tan vivo en la memoria del que fue su marido.

A continuación, se dio la vuelta y me encontré frente a sus furiosos ojos verdes.

Un fuerte tirón de mi mano me obligó a salir del estado de shock, viéndome arrastrada por Adrián hasta que me sacó del salón, llevándome consigo hasta la entrada principal.

—Salgamos de aquí. Ya he tenido suficiente.

¿Qué había sido eso?

Mi cabeza era un batiburrillo de emociones. Dolor. Furia. Indignación.

No me agradó que Adri hubiera reaccionado como si fuera un caballero salido de un cuento de hadas para salvar a la dama en apuros, por otro lado, debía reconocer que me había encantado que diera la cara por mi madre.

—¿Sabes? No necesito que nadie me defienda como si fuera una mujer desvalida.

Adri se detuvo para mirarme.

—¿Cómo dices?

Puse los brazos en jarra.

—Que puedo apañármelas sola. No me gusta que te metas en mis asuntos. Ya lo sabes.

Como si se tratara de un lince, se acercó a mi cuerpo con movimientos lentos, como un depredador que acecha a su presa. Y eso me excitó más de lo que quería admitir.

—Sí, ya veo lo bien que te las apañas tú sola, ¿por eso permites que tu padre te humille públicamente a ti y al recuerdo de tu madre, y te quedas como un pasmarote sin hacer nada?

Lejos de sentirme ofendida, sus palabras me volvieron más intrépida.

—Pero ¿quién te has creído que eres? —Puse mi dedo índice sobre su torso de acero, pero él no se movió ni un centímetro del suelo—. Que no ponga en evidencia a mi padre, para no estropear aún más nuestra relación, no significa que sea una puñetera sumisa que lo aguanta todo. Sé muy bien cómo defenderme, o defender la memoria de mi madre, sin necesidad de causar un escándalo.

—Ah, ¿sí?

Su pecho subía y bajaba alterado. Tan alterado como mi deseo por él, que aumentaba a cada instante. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que apenas quedaba espacio para respirar, no obstante, él no me tocó con sus manos.

—Sí. No necesito que me protejas —siseé entre dientes—. No me haces falta. Mi vida era estupenda antes de que tú volvieras.

—¿Estupenda? ¿De verdad? —Di un salto al notar su mano derecha sujetando mi barbilla, mientras apoyaba la otra sobre mi cadera—. Entonces, ¿por qué ya nunca sonríes?

Su última frase fue solo un susurro ronco. Un susurro que impactó de lleno en mi alma por la profundidad de su significado.

Era cierto. Ya nunca sonreía.

Durante largos segundos permanecemos en la misma posición, con la respiración agitada.

Enfrentados.

Excitados.

En ese momento deseé más que nunca que me besara. Añoré sentir sus labios devorándome sin compasión. Necesitaba su sabor en mi boca. El roce de su lengua acariciando la mía.

Pero no lo hizo. Se limitó a separarse de mí, tan despacio que me dio la impresión de que le costaba el mismo esfuerzo que a mí no dejarse llevar para sentir su piel contra la mía. Aun así, se apartó y comenzó a caminar hacia el lugar donde estaba aparcado mi vehículo.

Lo seguí, confusa. Noté cómo mis piernas se aflojaron al darme cuenta de que mi deseo por Adrián iba mucho más allá de la simple atracción.

Como en el pasado.

En silencio, los dos nos introdujimos en el coche sin mediar palabra alguna.

No volvimos a abrir la boca durante todo el trayecto, hasta que llegamos a Madrid y él se bajó del vehículo. Solo entonces se dirigió hasta mi ventanilla y habló.

—Quédate tranquila, no voy a volver a meterme en tus asuntos familiares. Nunca lo hice en el pasado y no voy a cometer el error de empezar ahora. Solo espero que se te haya pasado el cabreo que llevas encima para dentro de dos semanas. —Me desafió con sus ojos—. Porque no dejaré que te escabullas de tu promesa. Me debes ese viaje. No lo olvides.

Y desapareció de mi vista sin darme opción a replicarle.

¡Maldita fuera su estampa! Pero, joder, cómo me excitaba cuando me retaba así.

Capítulo 16

No dejes de soñar

Adrián

Pues no. El enfado de Carla no mermó ni un poco transcurridas esas dos semanas, aunque al menos se presentó en el aeropuerto para acompañarme en el viaje a Tineo, cumpliendo su parte del trato. Eso sí, sin dirigirme la palabra, tal y como solía hacer cuando éramos niños.

El trasiego de pasajeros que iban y venían era constante, formando un murmullo de sonidos diferentes que se entremezclaban con los avisos que se lanzaban por megafonía. Un hecho que propició que yo tampoco pudiera hablarle demasiado a ella, puesto que habría sido casi imposible que me oyera, a no ser que me hubiera pegado a su oído.

No fue hasta que estuvimos dentro del avión que logré captar su atención.

—¿No piensas hablarme en todo el viaje?

Carla me miró con cara de pocos amigos, casi perdonándome la vida, pero no me contestó.

—Bueno, dime aunque sea si prefieres pasillo o ventanilla —insistí.

Su respuesta fue apartarme de su camino con delicadeza, para después acomodarse en el asiento que daba al pasillo.

Ya sabía que elegiría ese lugar. Recordaba a la perfección el pavor que sentía a volar y lo poco que le gustaba tener a su lado la ventanilla del avión.

No estaba seguro de si, tras cinco años sin vernos continuaría con su fobia a volar, pero era evidente que sí, ya que el nerviosismo de su cuerpo y la tensión que había en su rostro hablaban por sí solos. Por un momento me sentí culpable por haberla casi obligado a realizar ese viaje, pero más tarde recordé que Carla era ese tipo de mujer que siempre enfrentaba sus miedos con coraje; que no paraba hasta deshacerse de ellos, por mucho que le costara hacerlo.

Una vez más sentí una profunda admiración por esa voluntad férrea que poseía. Nunca lo tuvo fácil en la vida, con todo, siempre supo salir airoso de cualquier situación. Entonces comprendí, en parte, por qué le molestó tanto que saliera en su defensa durante la fiesta de cumpleaños de su padre. Ella necesitaba sentirse fuerte en soledad. Su soledad era lo único que alimentaba a su dureza. Esa certeza me partió en dos, porque yo lo único que deseaba, y que había deseado siempre, era darle la ternura de la que se le había privado durante tanto tiempo.

Permanecí en silencio durante largo rato. Observé cada uno de sus gestos, viendo cómo pasaba de la tensión al miedo cuando el avión comenzó a despegar. Ese instante en el que ya no pude contenerme más y posé mi mano sobre la suya, que lucía con los nudillos blanquecinos por la intensidad con la que se aferraba al apoyabrazos que separaba nuestros asientos.

Estaba preciosa, incluso con los párpados apretados y esa expresión tan vulnerable.

—Oye —le dije en voz baja—, siento haber reaccionado de esa forma el otro día.

Carla abrió los ojos al mismo tiempo que me enfocó en su ángulo de visión. Parecía sorprendida.

—¿Otra vez con eso? —me preguntó en un susurro.

—Sí. Es que sé que no debí hacerlo. Nunca me inmiscuí en tu relación con tu padre y tenía que haber seguido así.

Era cierto, como un acuerdo tácito entre los dos. Ella nunca se metió en mi relación con mi padre y yo nunca lo hice en su relación con el suyo.

Su bello rostro asintió con solemnidad, sin embargo, su mano se movió hasta darle la vuelta y dejar su palma contra la mía.

—Está bien. Acepto tus disculpas.

Contuve el aliento, sin querer realizar ningún gesto que pudiera estropear ese instante, que me privase de disfrutar, después de tanto tiempo, de sentir la piel de su mano acariciar la mía.

—¿Recuerdas la primera vez que viajamos juntos en un avión? —le interrogué con tono ronco.

Durante una décima de segundo me pareció ver el atisbo de una sonrisa en sus preciosos labios, pero fue tan fugaz como un espejismo.

Carla suspiró, sin decir nada. Minutos más tarde, sin apartar su mano, entrelazó sus dedos con los míos, dejándome mudo por el asombro. A continuación, se inclinó hacia mi asiento y depositó un delicado beso casto en mis labios.

Un beso casto que me supo al más dulce de los pecados.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

Mi corazón saltó de emoción. Me dejó temblando de la cabeza a los pies.

Y ahora, ¿cómo iba a gestionar todo lo que Carla seguía provocando en mí sin perder la cordura?

Era imposible no sentir.

Era imposible no volver a enamorarme de ella.

Pero, ¿acaso había dejado de amarla alguna vez?

Capítulo 17

Robarte un beso

Adrián

Trece años antes

¿Estás de coña? ¿Londres? ¿Acaso quieres matarme de aburrimiento, bicho? Muy bien, pues que sepas que la venganza se sirve en plato frío.

Nota pegada en el sillín de la bicicleta de Carla

Que te den. Eso por todas las putas que me has hecho durante este año. Y el anterior, y el otro...

Nota pegada en el skate de Adrián

¡Un verano entero estudiando! Mis divertidas vacaciones en la playa se habían convertido en un maldito viaje a Londres para aprender inglés. Dos meses y medio desperdiciados. Todo el verano. Sí. TODO.

Y la única culpable era Carla.

La repipi de esa niñata había tenido la brillante ocurrencia de pedirle a su padre que la enviara al quinto pino a estudiar inglés durante sus vacaciones.

Desde la muerte de su madre, Carla no quería pasar tiempo con su padre y su nueva novia. Aun así, que ella quisiera estar lo más lejos de su casa que pudiera, no significaba que yo también deseara lo mismo; pero a mi padre le pareció una maravillosa idea que su abogado premiara las buenas notas de su hija regalándole la carísima estancia en uno de los más prestigiosos internados de verano en Londres. Y claro, no podía ser menos que su amigo, así que decidió que yo también disfrutaría de esa espantosa cárcel, en vez de permitirme ir con ellos a nuestra casa veraniega en Peñíscola.

Y allí estábamos los dos, en el interior de ese maldito avión para dirigirnos rumbo a un lluvioso y gris Londres. Eso sí, sentados en primera, con toda clase de comodidades, pese que a mí me tocó la peor parte, puesto que Carla tenía el asiento de al lado de la ventanilla.

Cuando los motores del avión comenzaron a sonar, miré de reojo a Carla, sorprendido al escuchar que un gemido de pánico brotaba de su boca.

Su rostro se veía completamente pálido.

—¿Has viajado alguna vez en avión?

Ella desvió sus ojos durante apenas un segundo y luego volvió a su posición tensa.

—No. Es la primera vez.

Sonreí satisfecho al descubrir que estaba aterrada.

Se lo tenía merecido, por haberme arrastrado con ella y por fastidiarme las vacaciones. Sin embargo, el corazón se me oprimió en el pecho cuando oí que sus dientes castañearon sin control, y que sus manos se aferraron con tanta fuerza al apoyabrazos que los nudillos se le pusieron tan blancos como estaba su cara.

—Venga ya, no seas tan miedica. Esto es como una atracción de feria de las suaves —le

expliqué para tranquilizarla un poco—. Es como cuando la noria inicia la subida. No es nada.

—Si tú lo dices... —contestó entre dientes, sin mirarme.

—Aunque, a decir verdad, la mayoría de los accidentes de avión ocurren durante el despegue.

Carla me miró con la expresión más horrorizada aún.

Tuve que reconocer que me acababa de inventar ese dato. Pero fui incapaz de contenerme a gastarles esa broma. De todas formas, me arrepentí de hacerlo en cuanto vi que sus ojos se empañaban con una sospechosa humedad.

La observé durante un par de minutos, pensando cómo podía enmendar mi broma de mal gusto.

—Carla.

—¿Qué quieres ahora? —me preguntó sin desviar los ojos del respaldo del asiento de enfrente.

—No iba en serio. De verdad que no es para tanto volar en avión. Te va a gustar.

No funcionó, sobre todo, cuando el avión comenzó a despegar y de su boca salió un sonido gutural.

—Tal vez para ti no sea nada —pronunció con voz temblorosa—, pero yo acabo de descubrir que tengo miedo a volar.

Comprendí al instante que lo suyo no iba a ser algo pasajero, puesto que nunca la había visto tan asustada, y eso me puso nervioso a mí también porque no sabía qué podía hacer para ayudarla. Su rostro mostraba un grado tan extremo de terror, que supe que iba a comenzar a gritar como una energúmena si no hacía algo para remediarlo.

En efecto, mi corazón comenzó a bombear a toda velocidad cuando vi que Carla abría la boca para lanzar un chillido, y entonces fue cuando actué sin pensar. Sujeté su cara con ambas manos y posé mi boca sobre la suya en un sonoro beso. Acto seguido, sentí un fuerte empujón en mi torso y vi cómo ella se limpiaba la boca con la mano de forma vigorosa.

De repente, me encontré frente a sus furiosos ojos grises.

—¡Qué asco! ¡Imbécil! —siseó, mirando hacia un lado y hacia el otro—. ¿Se puede saber por qué has hecho eso?

Me quedé paralizado, tanto por mi impulsiva acción como por su reacción.

—No lo sé —admití—, es que no se me ocurría nada para distraerte. Perdóname.

Ella arrugó la frente, estaba enfadada como nunca.

—¿Distraerme? —rugió—. Eres... ¡Eres un gilipollas y un creído! Te has aprovechado de mi miedo para darme un beso ¿Acaso piensas que soy tonta?

—Lo siento, yo...

Carla se inclinó hacia adelante. Por un momento pensé que iba a darme un guantazo en la cara, o más bien un puñetazo en la nariz. Pero no lo hizo, se limitó a contemplarme de arriba abajo, furiosa.

—¿Crees que soy como las chicas del cole, que fingen que se les caen las cosas para que tú se las devuelvas y así tengan la oportunidad de agradecértelo dándote un beso?

Sonreí, halagado.

—¿Eso hacen? Pues no lo sabía.

Un intenso rubor subió por su cuello hasta dejarle las mejillas rojas como tomates.

—Da igual —dijo parpadeando varias veces—. Olvida lo que he dicho.

—Vale. Pero admite que ha funcionado.

Fui incapaz de dejar de sonreír mientras me acomodaba sobre el respaldo de mi asiento.

—¿Qué ha funcionado?

Ladeé la cabeza para contestarle.

—Mi estrategia para distraerte durante el despegue. ¿A que no te has dado cuenta de que ya estamos volando?

Carla abrió mucho los ojos. A continuación, miró por la ventanilla y comprobó que yo estaba en lo cierto.

—Asqueroso presumido —murmuró.

Pero su miedo volvió a resurgir otra vez, puesto que sin darse cuenta posó su mano sobre la mía y me la apretó con fuerza, al mismo tiempo que se apartaba todo lo que podía de la ventana, arrojándose a mí.

No dije nada, permanecí muy quieto por miedo a hacerla enfadar de nuevo. Aun así, a medida que pasaban los minutos, noté cómo su nerviosismo iba en aumento y sentí otra vez la necesidad de paliar su terror porque no soportaba verla sufrir así.

—¿Carla?

—¿Mmmm? —contestó sin dejar de mirar con pavor la pequeña ventanilla.

—¿Te importaría cambiarme el asiento? Creo que en este sitio, junto al pasillo, me estoy mareando un poco.

Sus ojos me traspasaron con su intensidad para dejarme sin respiración. Eran grises con motitas azuladas. Hipnotizantes. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo bonitos que eran. Aunque no quisiera reconocerlo, Carla era la chica más guapa que había visto jamás.

—Sí, claro. No me importa hacerte ese favor —enfaticó esa última frase.

Me hice el tonto para que no notara que era evidente el alivio que había tras su mirada suplicante. En silencio, nos intercambiamos los asientos, pero cuando Carla se sentó en mi sitio volvió a apoyar su palma sobre mi mano de forma mecánica y, poco a poco, sentí cómo sus dedos se relajaban sobre mi dorso.

Una extraña sensación se instaló en la profundidad de mi pecho. Algo que no había sentido hasta ese momento y que me gustó más de lo que hubiera admitido nunca.

—¿Mejor así? —me preguntó.

—Sí —disimulé— Aquí parece que no me mareo.

Ella sonrió y yo volví a contener el aliento.

Su sonrisa era tan bonita como sus ojos.

Y así fue como sobrevivimos a nuestro primer vuelo juntos.

Y así fue como me di cuenta de que esa chica era la que causaba mis mayores enfados y, a su vez, era la que me enganchaba a ella como si se tratara de mi videojuego favorito.

Capítulo 18

Inevitable

Carla

En la actualidad

La Villa de Tineo era un lugar mágico, tan verde y vivo que daban ganas de inspirar profundamente para beberse todo ese aire limpio y puro que podía sanar incluso a las almas más negras. Un pueblo acogedor, repleto de gente amable dispuesta a dar la bienvenida con los brazos abiertos a cualquier forastero que visitase su precioso hogar.

Así de bien recibida me sentí desde nuestra llegada, la noche anterior, al idílico hotel donde Adrián había reservado dos habitaciones. Un hotel cargado de encanto e historia, situado en pleno centro de Tineo, al que no le faltaba ni un detalle y en el que se podía disfrutar de todo tipo de comodidades.

Sin duda, me habría quedado allí un par de semanas más de no haber recordado el motivo que nos había llevado hasta ese pequeño paraíso asturiano. Pero el deber era el deber y eso no podía olvidarlo.

—Veo que has madrugado más que yo.

Adrián apareció en la cafetería y se sentó a mi lado, donde yo ya disfrutaba de una taza de café bien caliente acompañado de un abundante y rico desayuno.

—No quería perderme el amanecer —me sinceré. De inmediato recompuse mi gesto serio —, aunque en verdad es para que terminemos con esto lo antes posible.

Adri rio.

—Ya veo. Cuanto antes acabemos, antes podrás deshacerte de mí, ¿no es así?

—Exacto —repliqué.

Sonreí para mis adentros. Ni en sueños le dejaría saber que en realidad solo él me daba esa chispa que hacía de un sencillito momento algo extraordinario.

No pude evitar sentir un cosquilleo en el estómago al darme cuenta de que me seguía encantando provocar nuestras pullas de siempre.

Ya sin prisas, terminamos nuestros respectivos desayunos para dirigirnos a la pequeña granja de miel en el coche que Adrián había alquilado.

Entre conversaciones triviales, no dejé de maravillarme con el bello paisaje de Tineo. Diferentes tonos de verde que se perdían en medio de un cielo celeste, con algún que otro algodón esponjoso en forma de nube. Un día despejado con una temperatura ideal para perderse en mitad de la nada.

No era de extrañar que el propietario de esa empresa fuese tan celoso de su trabajo, al vivir en el pequeño trocito de edén del que nadie querría marcharse jamás. Un hecho que pudimos constatar cuando llegamos hasta la verja de entrada de la granja de Pelayo.

—¿Preparada? —me preguntó Adri.

—Vamos allá.

Entramos en la finca, donde nadie nos esperaba, por eso tuvimos que desplazarnos hasta un

modesto edificio que parecía ser una oficina. Allí, un hombre de pelo cano y barba abundante nos recibió, mirándonos con desconfianza.

—Buenos días. ¿Qué les trae por aquí?

Adri se adelantó un paso para tender su mano a modo de saludo al huraño hombre quien, con cierta reticencia, aceptó el gesto.

—¿Pelayo? —le preguntó.

—El mismo.

—No sé si me recuerda. Soy Adrián Dueñas y hace unos días lo llamé por teléfono para...

—Ah, es usted —lo cortó, lacónico—. Si ha venido a convencerme para que abastezca de miel a esa compañía de pastelillos de goma, ya le digo que mi respuesta es que no. Me he estado informando y no quiero que mi miel forme parte de semejante esperpento. Pese a que comparta su nombre, esa empresa no tiene ya nada del gran Manuel Dueñas.

Las duras palabras del empresario me ofendieron profundamente, pero Adrián, lejos de darse por vencido, se apoyó con garbo en la mesa que estaba frente a nosotros.

—Precisamente eso es lo que me dispongo a cambiar. Pretendo devolverle a Dulces Dueñas la grandeza que caracterizaba a los dulces que elaboraba mi abuelo.

Pelayo nos observó a uno y al otro con expresión hosca. De repente, se levantó de su silla y pasó por delante de nosotros como un huracán, dejándonos pasmados con su vehemencia.

—¿Qué hacéis ahí parados como dos tontos? —gruñó desde la puerta—. ¿Venís o no?

Ambos comenzamos a caminar con paso raudo para alcanzar al enérgico individuo, que parecía tener más vitalidad que nosotros dos juntos. Durante el corto recorrido pude apreciar el mimo con el que ese hombre cuidaba su negocio. Se notaba que amaba su oficio por encima de todo.

Se detuvo al entrar en un pequeño recinto donde había una mesa con un montón de tarros de cristal repletos de miel, que nos dio a probar, primero a Adrián y después a mí.

—Os he traído hasta aquí para que entendáis que cada gota de miel que producimos en este lugar está cuidada y tratada como si fuera oro.

Asentí despacio, embelesada por el cariño con el que Pelayo hablaba de su miel.

—Es por eso por lo que para mí es tan importante cerrar este trato. Deseo utilizar este valioso tesoro de la naturaleza para usarlo en la nueva línea de productos que pretendemos elaborar —argumentó Adri con total sinceridad.

Mientras hablaba con el propietario entrado en años, pude estudiar su rostro a mi antojo y sentí cómo mi corazón palpitaba desbocado en el interior de mi pecho al admirar sus atractivas facciones.

—Buen intento, muchacho, pero vas a necesitar mucho más que bonitas palabras para convencerme de que mi miel será tratada como se merece si acepto este acuerdo comercial.

Adri tuvo el descaro de poner su mano sobre el hombro de Pelayo.

—Le puedo asegurar que su miel será tratada con el mismo respeto y dedicación que lo hacía mi abuelo. Una dedicación sin igual que se mantiene aún en su vieja confitería.

Los ojos del hombre de pelo cano refulgieron brillantes, aunque solo duró unos segundos.

No me quedó duda alguna de que ese chico travieso que una vez conocí, se había transformado ahora en un hombre de corazón noble que luchaba por conseguir lo que quería y no se detenía ante nada. Me recordó a su abuelo y a la pasión que Manuel ponía en la repostería. Por un momento me sentí tentada de abrazarlo con tanta fuerza que él pudiera oír incluso mis latidos bombeando contra su cuerpo.

Pelayo se dirigió hacia la puerta del pequeño habitáculo e hizo un gesto con su brazo para

que admirásemos todo lo que se divisaba desde allí.

—¿Sabéis? Mi difunta esposa era la verdadera alma de este lugar. Es por ese motivo que desde que me falta, mi único propósito es mantener el legado del trabajo que con tanto esmero desempeñó durante años.

Adrián y yo nos miramos con emoción, cómplices. Eso tampoco había cambiado entre nosotros, pues antes nos bastaba una sola mirada para saber lo que el otro pensaba.

—Mire, Pelayo —pronunció Adri con voz grave, sin dejar de mirarme—. Estoy convencido de que su esposa sonreirá desde el cielo cuando vea en lo que convertimos su miel.

Joder, su capacidad de convicción me habría persuadido incluso a mí.

El dueño de la granja también pareció emocionarse con la afirmación de Adri, puesto que se aclaró la garganta y se dio la vuelta para que no pudiéramos ver su cara. Acto seguido, nos ofreció uno de sus tarros de miel.

—Probad —nos pidió.

Adrián, ni corto ni perezoso, metió un dedo en el pegajoso producto y lo acercó a mis labios con una sonrisa pícara en la boca. Casi me caí de espaldas por su atrevimiento, pero no me quedó otra alternativa más que chupar su dedo.

Nuestras miradas se encontraron en el momento en que mis labios envolvieron a su dedo. Me di cuenta de que Adri no era indiferente a mi contacto cuando sus ojos se oscurecieron debido al anhelo. Fue tan obvio que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no apartarlo y sustituir el dedo por su apetecible boca.

Lejos de sentirme intimidada, me armé de osadía y lamí su dedo con suma discreción, acariciándolo en el interior de mi boca como me hubiera gustado hacer con su lengua. De inmediato, noté que Adri contenía un jadeo.

Nuestros ojos se devoraron mutuamente, sin decirnos nada. No era necesario.

—¿Y bien? —La voz de Pelayo rompió la magia.

—Exquisita —aseveré con un tono demasiado agudo—. Es la mejor miel que he probado en toda mi vida —tuve que admitir.

El maduro empresario pareció satisfecho con mi respuesta. Pero yo no podía dejar de fijarme en los musculosos brazos de Adri y en el perfecto perfil de su cara.

Lo deseaba. Nunca había sentido ese tipo de necesidad tan desesperada por nadie, solo por él. Y eso tampoco había cambiado, pese a los años que habíamos permanecido separados.

Pelayo nos observó a ambos alternativamente, inquisitivo, hasta que noté que mis mejillas se acaloraban de forma visible, porque ese hombre me acababa de pillar mirando a Adri como una idiota enamorada.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados, muchachos?

Respingué al oír la pregunta.

—No...

—Cuatro meses —me interrumpió Adri, quien se adelantó a responder.

Lo fulminé con la mirada, pero él se limitó a sonreírme como un corderito inocente.

—¿Verdad, amor? —insistió, al mismo tiempo que me atrajo con su brazo hacia su cuerpo.

Su mano me agarró de la cintura, haciéndome apreciar su calidez, lo que provocó que las células de mi interior se encendiesen por la inesperada sensación de placer.

Lo iba a matar cuando estuviéramos a solas.

—Verdad —me limité a sisear entre dientes, sin dejar de asesinarlo con mis ojos.

La risa de Pelayo desvió mi atención por un momento.

—Se nota que lleváis poco tiempo casados —murmuró el empresario. Palmeó la espalda a

Adrián y me sonrió a mí cuando pasó por mi lado—. Decíme, ¿tenéis que hacer algo esta noche?

La inesperada pregunta me sorprendió.

—No —respondí a ciegas—. Habíamos pensado dormir en el hotel y trasladarnos al aeropuerto mañana a primera hora para volar de vuelta a Madrid.

Pelayo asintió, pensativo.

—Bien, pues avisad en vuestro hotel de que os vais a quedar otro día más aquí. Con los billetes de avión no creo que tengáis problemas, pero si os ponen algún impedimento, decídmelo y yo lo arreglaré. Quiero que asistáis a la cena de nuestro 40 aniversario. —Nos volvió a sondear con sus ojos a ambos—. Y allí os daré mi respuesta definitiva.

No nos dio opción a negarnos, puesto que echó a andar, decidido, hacia la entrada de sus tierras y se quedó esperando junto a la verja a que llegásemos.

—¿Os alojáis en el Palacio de Merás?

—Sí —le confirmó Adrián.

—Bien, pues os enviaré un coche a las ocho para que os recoja y os lleve al lugar de la celebración. ¿De acuerdo?

Adri sonrió, pero sus ojos me perforaron con una intensidad abrumadora.

—Allí estaremos.

Mi indignación crecía por momentos mientras caminábamos hacia el coche de alquiler porque ni siquiera se había molestado en preguntarme si yo estaba de acuerdo.

—¿Estás loco? —exploté en cuanto estuvimos en el interior del vehículo—. ¿Cómo se te ocurre decirle que estamos casados?

Adri se encogió de hombros, arrancando el motor del coche.

—Cariño —dijo con mofa—, a ese hombre parece agradecerle la idea de que estemos casados, y ya te he dicho que voy a hacer lo que haga falta para conseguir esa miel.

Mi enfado aumentó tres grados.

—¡Pero no podemos fingir que tenemos una relación! —grité—. ¿Acaso tengo que recordarte que estoy saliendo con Jorge?

Adri volvió a apagar el motor y se inclinó hacia mí de forma peligrosa. Su respiración era tan acelerada como la mía. Nuestros alientos se mezclaron. Sus ojos anhelantes, clavados en los míos de la misma forma que su recuerdo estaba incrustado a fuego en mi corazón. Por un momento creí que iba a besarme. Pero no lo hizo, aunque sus labios rozaron los míos, provocándome un intenso escalofrío de necesidad. Necesidad de él. Solo de él.

—Créeme —musitó contra mi boca—. Sé muy bien que tienes una relación con el gilipollas ese. —Sus ojos se desviaron hacia mis labios y de nuevo regresaron a los míos para traspasarme con su deseo—. Si no respetara ese hecho, nada ni nadie me hubiera detenido para devorar esa boca que me está volviendo loco desde el día que regresé. Y nadie me hubiera impedido lamer esa lengua que me ha dejado con un puto empalme de tres pares de narices para el resto del día.

Como si me arrancaran el alma de cuajo, un frío vacío se apoderó de mí al ver que Adri se separaba de mí y ponía el coche en marcha para volver al hotel.

Fue evidente para mí que no tenía la misma fuerza de voluntad que él, ya que no logré contener las imágenes en mi cabeza de sus labios arrasando los míos con pasión, su lengua rozando la mía.

No, yo no pude evitar fantasear con que su boca era mía otra vez.

Capítulo 19

Rayando el sol

Adrián

La cena de aniversario resultó ser un pequeño evento familiar en el que solo asistieron los trabajadores de la empresa de Pelayo, sus allegados y un reducido grupo de amigos. Un motivo por el que me sentí halagado por haber sido invitado a tan íntima celebración. Tal vez eso significaba que habíamos conseguido ablandar un poco el corazón del experimentado hombre, aunque tuve que reconocer que me remordía la conciencia por haberle mentido en cuanto a la relación real que había entre Carla y yo.

De hecho, Carla no paraba de lanzarme miradas furibundas desde nuestra llegada al restaurante donde tenía lugar la cena.

—Si no dejas de mirarme así, van a pensar que estamos enfadados.

Ella forzó una sonrisa cuando Pelayo pasó por nuestro lado, saludándonos con amabilidad.

—Es que lo estoy —siseó ella entre dientes—. Estoy furiosa contigo. No tenías derecho a meterme en esta farsa sin preguntarme antes.

Puse un brazo sobre su hombro para intentar disimular la tensión entre ambos; una tensión que podía cortar el aire.

—¿Habrías aceptado?

—No.

—¿Entonces?

Carla me fulminó con sus ojos. Allí sentados, el uno al lado del otro, quedaba poco espacio entre los dos para hacer gala de gestos despectivos.

—Entonces, ¿qué?

Le acaricié el brazo de forma inconsciente, pero su reacción me dejó petrificado. En vez de relajarse, su mirada se convirtió en fuego puro. Durante largos segundos me quedé hipnotizado por su franqueza. Tormenta y deseo. Parecía que no había pasado el tiempo, que éramos los mismos universitarios que no podían quitarse sus manos de encima en aquella inolvidable Nochevieja.

Carla estaba preciosa con un sencillo suéter negro de punto y cuello alto, combinado con una falda larga y botas altas. Un atuendo que no tenía nada de sexy, pero que a mí lograba dejarme la garganta seca solo con ver cómo se ajustaban esas prendas a su figura.

—Vamos, no es para tanto. Es una mentirijilla inocente que no va a hacer daño a nadie y que, en cambio, a nosotros nos va a beneficiar de todas las formas posibles.

Ella apartó mi brazo de malos modos.

—Las mentiras no llevan a ninguna parte, por muy pequeñas que sean.

La observé atentamente, pero se mantuvo firme, hasta que nuestros ojos volvieron a encontrarse y pude ver un dolor en ellos que antes no estaba. Fue ese sufrimiento el que me empujó a decir algo que debía haber permanecido guardado en mi corazón, tal y como lo había hecho durante años.

—Bien. Entonces, hagámoslo por aquel tiempo en el que no fue una farsa que nos quisimos

—le susurré sosteniéndole la mirada—. Al menos en mi caso fue muy real.

Mi comentario no pareció importarle, puesto que permaneció varios segundos sin siquiera pestañear. Ahora bien, esa aparente calma no duró mucho porque al momento, Carla se incorporó de la silla y se marchó en dirección al baño murmurando una excusa... con los ojos llorosos.

¿Qué había sido eso?

Me costó varios minutos reaccionar. Tal vez se trataba de una simple alucinación de mi mente, aunque podría jurar que de verdad había visto lágrimas en sus ojos. Sí, su expresión de profundo dolor no fue un espejismo, sino que fue tan auténtica como mi confesión.

Sin pensarlo, me levanté y seguí sus pasos hasta llegar a la puerta de los aseos de mujeres, donde me apoyé en la pared de enfrente a esperarla. Mi cabeza daba vueltas sin cesar. No tenía sentido que Carla se sintiera dolida por mis palabras, puesto que fue ella quien puso fin a nuestra historia con sus actos. Y yo lo único que hice fue marcharme sin hacer ruido, respetando ese hecho, a pesar de su traición.

De repente, la puerta del aseo se abrió y Carla se quedó anclada en el umbral al verme.

—¿Por qué te has ido así? —inquirí en voz baja.

Salió con movimientos lentos, luego se apoyó en la pared que había frente a mí.

—No has debido mencionar eso. Ha sido un golpe bajo.

Busqué su mirada, pero ella permaneció cabizbaja.

—No sabía que no podía hacerlo —me excusé—. No creo que haya nada de malo en decir que hubo un tiempo en que te quise. Es la puñetera verdad.

Mis palabras la hicieron reaccionar. Incluyó la barbilla hacia arriba para enfrentarse a mis ojos al fin.

—¿Y crees que es bueno que removamos ese pasado? ¿Justo ahora? —me espetó.

—¿Por qué no? ¿Qué problema hay?

Carla se impulsó con la espalda y se acercó a mí.

—¿De verdad quieres que lo hablemos? —soltó a la defensiva—. De acuerdo. Dices que me quisiste, ¿no? ¿Hace falta que te recuerde otra vez que fuiste tú el que te marchaste sin siquiera despedirte?

—No, pero...

—Pero, ¿qué? ¿Vas a decirme que me merecía que me trataras así?

Medité mi respuesta durante varios minutos, sin embargo, el recuerdo amargo de lo ocurrido me obligó a responder sin tapujos.

—Pues sí. ¿Qué querías que hiciera? No supe reaccionar de otra forma después de...

—Yo no hice nada. ¡No hice nada! Joder. No tiene sentido que sigamos hablando de esto —me cortó sin dejarme terminar mi explicación.

Hizo amago de irse otra vez, pero se lo impedí sujetándola del brazo.

—Carla, espera —le pedí.

Con suavidad, tomé sus dos manos entre las mías y la atraje hasta mi cuerpo. Ella se apoyó sobre mi peso, momento que aproveché para posar mi frente en la suya. Pude sentir el calor de su figura amoldándose por completo a la mía. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarme llevar por lo que me suplicaban las células de mi ser y besarla, y besarla, y besarla hasta que ninguno de los dos pudiera pensar. Pero no lo hice.

—Si no quieres que mencionemos esa parte de nuestro pasado, no lo haremos. Sabes que siempre he respetado tus decisiones —musité—. Así que, si te parece bien, hablaremos de otros temas.

—Te lo agradezco. —Su corazón latió agitado contra mi pecho.

—Bien, pues ayúdame a resolver una duda que me carcome por dentro desde mi llegada. Contéstame a una pregunta y no volveré a molestarte más hoy.

Su aliento se mezcló con el mío. Casi perdí la razón cuando su lengua se paseó seductora por la comisura de sus labios, incitándome a perder el poco control que me quedaba.

—¿Qué pregunta? —pronunció con tono ronco.

Con mi dedo índice la insté a que levantara la barbilla para mirarme a los ojos.

—¿Por qué ya nunca sonríes?

Carla pareció confundida. Balbuceó palabras inconexas, hasta que inspiró profundo.

—Incluso cuando tu madre falleció —insistí—, conseguía hacerte reír de vez en cuando con mis tonterías. Nunca perdiste la sonrisa ni en la peor época de tu vida.

Ella me puso sus dedos en los labios para hacerme callar.

—Tal vez no tengo ningún motivo para sonreír ahora. No tiene sentido que lo haga si no me nace de aquí, ¿no crees? —Posó mi mano sobre su corazón y estuve a punto de perder la cordura por completo—. ¿Responde eso a tu pregunta? —susurró.

Rocé mis labios con los suyos, pero al instante me encontré solo el soplo de aire que dejó al separarse de mí. Tardé demasiado en percatarme de que ella ya se dirigía hacia el comedor del restaurante otra vez. Si bien, yo no pude moverme del sitio hasta que logré despertar del sueño de haberla sentido entre mis brazos otra vez, aunque hubiera sido durante un efímero momento.

Cuando volví a mi asiento, todo el mundo estaba en silencio escuchando a Pelayo, que se había levantado para dedicar un discurso a sus invitados.

Miré de soslayo a Carla, pero ella no me devolvió el gesto, pero su cuerpo se tensó para demostrarme que era tan consciente de mi cercanía como yo de la suya.

—Como ya sabéis —dijo Pelayo—, esta empresa no habría salido adelante sin el empeño de mi esposa, que no dudó en dejar al cuidado de una niñera lo que más quería en el mundo, nuestros hijos, para tomar las riendas de este lugar durante varios años, cuando yo perdí las fuerzas para hacerlo.

Un murmullo de sorpresa se escuchó en la sala.

—Ella no dudó en ayudarme a salir del pozo de amargura en el que me encontraba, cuando una gran empresa nos estafó y nos llevó a la ruina —continuó con la voz quebrada por las emociones—. Por ese motivo, cuando murió no me quedó otra opción que continuar por ella, por ese sacrificio que hizo. Se lo debía. No podía permitir que su inmenso esfuerzo se fuese al garete. No habría sido justo.

El franco discurso me puso la piel de gallina, una reacción que se incrementó cuando sentí que el hombro de Carla se arrimó a mí, apoyándose sobre mi pecho mientras escuchaba las conmovedoras palabras de Pelayo.

—Ya sabéis —siguió hablando—, que debido a la estafa que sufrimos hace tantos años, nunca volvimos a hacer tratos con una gran empresa. Pero creo que ha llegado el momento de dejar atrás las malas experiencias y tratar de recuperar la grandeza que siempre nos correspondió. Tenemos que avanzar, arriesgarnos de nuevo.

Acto seguido, los ojos del empresario se posaron en nosotros. Vi cómo todos los invitados nos miraban con curiosidad, mientras Carla se apretó más contra mi pecho en busca de cobijo.

De forma automática enlacé mi mano con la suya por debajo de la mesa y ella se aferró a mí con firmeza.

—Y creo que no hay mejor oportunidad que esta para que Dulces Dueñas nos enseñe que las buenas intenciones se demuestran con trabajo duro, sueños, tesón y una intensa pasión por lo

que haces.

Carla se giró para buscar mis ojos. Pude ver la emoción en sus pupilas, pero lo que me dejó sin aliento fue la preciosa y sincera sonrisa que la acompañó.

—¿Está aceptando nuestra propuesta? —me preguntó en un susurro.

—Creo que sí.

Acaricié sus dedos con los míos, sin separar mi mano de la suya. No sé si cometí un error al hacerlo, puesto que los ojos grises de ella se convirtieron en dos brasas cargadas de deseo.

Quise besarla allí, delante de toda esa gente, sin importarme nada más que saciar mi sed por ella. Una sed que nadie más podía colmar.

—Solo tenéis que ver el amor con el que se miran —se jactó Pelayo entre risas—. Si ponen la mitad de esa pasión en hacer bien su trabajo, ya solo con eso me conformo.

El comentario del hombre de pelo cano hizo desaparecer la magia entre Carla y yo, para sacarnos los colores de manera fulminante.

Carla agachó la cabeza, avergonzada, y yo no tuve más remedio que sonreír y aplaudir el discurso de Pelayo, junto al resto de los comensales. Minutos más tarde fue él mismo quien se aproximó hasta nosotros. Sin decir nada, me tendió su mano, la cual estreché con fuerza.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —le pregunté cauteloso.

Pelayo sonrió.

—Por supuesto. Enviadme todo lo necesario y mi asistente se ocupará de dejarlo todo a punto para que podáis recibir la miel lo antes posible.

Carla no perdió detalle de la conversación. Esbozó una sonrisa que fue incapaz de disimular.

—Eso está hecho —añadió ella—. Mañana en cuanto llegue a Madrid lo prepararé todo personalmente y se lo enviaré.

El empresario la miró con algo parecido a orgullo paternal, para después sorprendernos a ambos cuando la estrechó entre sus brazos y le dijo una confidencia al oído que no alcancé a entender. Debió ser algo importante, pues los ojos de Carla brillaron con una emoción especial que no abandonó ni siquiera durante nuestro trayecto de vuelta al hotel, cuando se dio por concluida la cena.

La curiosidad me carcomía por dentro mientras la observaba de reojo, con ambos sentados en la parte trasera del vehículo que nos llevaba al hotel.

¿Qué le habría dicho para dejarla en silencio y tan pensativa? Bah, no tenía sentido darle más vueltas a ese asunto, puesto que jamás me enteraría. Lo único que sabía era que las palabras de Pelayo le habían afectado de una forma tan profunda y real como para que su rostro se mostrase en paz por primera vez desde mi regreso.

Al llegar al pasillo del hotel donde se encontraban nuestras respectivas habitaciones, esperé hasta verla entrar en su alojamiento, sin embargo, Carla se quedó quieta con la tarjeta de entrada en su mano.

—¿Adri?

—¿Qué?

Se dio la vuelta para hipnotizarme con sus preciosos ojos.

—Gracias —pronunció simplemente.

Eso era lo último que esperaba escuchar de sus labios.

—¿Por qué? —repuse.

Ella venció el espacio que nos separaba, se detuvo tan cerca de mí que incluso pude aspirar el dulce aroma de su piel.

—Por haberme permitido vivir esta experiencia junto a ti.

Esbocé una sonrisa incrédula.

—No es justo que me des las gracias. Jugué sucio contigo para que aceptases venir. Lo sabes.

Para mi total asombro, Carla me devolvió una sonrisa tan sincera que me pareció un bello sueño del que no quise despertar. Era la primera vez que me sonreía desde mi regreso. A mí, solo a mí. Sin duda, me había muerto y estaba en el cielo... O en el puñetero infierno, por el sufrimiento que me producía no poder dar rienda suelta a lo que me hubiera gustado hacer en ese momento.

—Sí, sé que jugaste sucio. Pero, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que no me importa. Me alegra que lo hicieras.

Estaba tan impactado que no conseguí articular palabra, sobre todo, cuando se acercó un poco más a mí y depositó un beso dulce en mis labios. Un casto beso que para mí fue como recibir en mi piel los anhelados rayos de sol del invierno, esos que calientan hasta el alma más helada, que son tan efímeros como un suspiro.

Fue un beso tan breve que ni siquiera fui consciente de que me había quedado solo en mitad de ese frío pasillo, tratando de no despertar de mi maravilloso sueño.

Capítulo 20

Cómo mirarte

Carla

Tras regresar a Madrid, dos semanas antes, apenas me dio tiempo a respirar, mucho menos a meditar sobre lo que había pasado en Tineo; aun así, no podía olvidar las palabras que Pelayo me había dicho al oído. Una reflexión que me hacía plantearme lo equivocada que estaba al vivir mi vida de la forma en la que lo estaba haciendo. Tal vez ese sabio hombre tenía razón y era hora de arriesgar.

Pero el trasiego de trabajo acumulado, al que se añadía el enorme retraso que llevábamos con el lanzamiento de la campaña de productos navideños, me impedía centrarme en otra cosa que no fuera Dulces Dueñas. De hecho, nos habíamos metido en pleno mes de octubre casi sin que me diera cuenta.

—¿Has quedado con Jorge? —me preguntó Bea al verme salir de mi oficina a esa hora tan temprana.

—No. Voy al hospital a ver a Gabriel porque creo que mañana le vuelven a dar el alta.

Beatriz relajó sus facciones.

—Vale. Dale recuerdos al jefe de mi parte. —Luego murmuró por lo bajo—. Mejor que sea eso y no una cita con Jorge.

Alcé una ceja.

—¿Mejor?

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—Venga, no me hagas decirte otra vez que no me gusta la falta de interés que ese Jorge tiene contigo. No te valora.

—No hace falta que me valore, ya lo hago yo.

Fue mi turno de rodar los ojos, pero lo acompañé con una burla en toda regla, de la que ella se rio, divertida.

—Bueno. Vete ya, nena. Ya tendré tiempo mañana de darte la chapa con este tema. Pero no te creas que vas a escaparte otra vez —me advirtió sin dejar de sonreír.

—Vale, doña gruñona. Mañana nos vemos. Te prometo que escucharé tu discurso con las orejitas gachas... aunque ya sabes que luego haré lo que me dé la gana, como siempre.

La risa de Bea me acompañó hasta la puerta del ascensor. Pese a nuestras bromas, apreciaba de veras sus consejos. Eso de lo que me llevaba advirtiéndome varias semanas era algo que yo misma tenía en mi cabeza desde hacía un tiempo, sobre todo, desde mi regreso de Asturias.

De todas formas, no era el momento adecuado de ponerme a tomar decisiones sobre mi relación con Jorge. Ya habría tiempo para eso. Ahora mis prioridades eran otras.

Llegué al hospital casi una hora más tarde, por lo que no tenía demasiado margen para ver a Gabriel, a pesar de ello, me dirigí con mi pase de visitas hacia la planta en la que se encontraba ingresado. Una vez allí, me extrañó encontrar la puerta abierta, pero lo que me dejó paralizada en el sitio fue escuchar la voz de Adrián en el interior, manteniendo una conversación con su padre. Me costaba creer que al final Adri hubiese ido a visitar a Gabriel al hospital, pero así era.

Como una vecina cotilla, me escondí en la pared lateral de la puerta y afiné el oído, motivada por una imperiosa curiosidad.

—Esa excusa no me sirve —decía Adrián—. Tenías que haberte asegurado de que se trataba de productos con cierta calidad, al menos. De todas formas, no sé por qué me extraño.

—Ya te lo he dicho, me limité a aceptar una buena oferta que nos vino bien para abaratar los costes de producción. Nada más.

El tono sosegado de Gabriel pretendía calmar a su hijo, no me quedó duda alguna.

—Esa no es forma de liderar una empresa de este tipo. Siempre hay que priorizar satisfacer el paladar del cliente. Es imprescindible.

Un breve silencio se impuso al otro lado de la pared.

—Adrián, ya sabes que nunca se me dieron bien estas cosas. Yo no tengo mano para la repostería, ni buen gusto como tu abuelo y tú. Por eso nunca quise que te fueras. Me hubiera gustado que te quedaras para ocuparte de todos estos temas de los que yo no entiendo.

Otro silencio, acompañado de un largo suspiro.

—No he venido para que me sermonees sobre esto. Ya te advertí por teléfono que no voy a consentir que retomes esta guerra conmigo.

Gabriel tosió con dificultad y, por un instante, estuve tentada de entrar en la habitación para evitar una discusión entre ellos, pero me contuve.

—Tranquilo, ha sido un inofensivo comentario. Aunque, si te ha molestado, te pido disculpas. Le prometí a tu madre que no hablaríamos de nuestras diferencias y no lo haremos. Me conformo con que hayas venido a verme, algo que empezaba a dudar que sucediera.

El tono triste de Gabriel me conmovió el corazón.

—Pues ya ves, pese a tu escepticismo, aquí estoy —replicó Adrián, pero esta vez con la voz más apaciguada—. He vuelto a Madrid, he venido a verte al hospital y, tal y como os dije, estoy haciéndolo lo mejor que sé. Hasta que te recuperes y puedas volver a trabajar, cosa que sé que pasará pronto.

Sonreí para mí. Tal vez para el resto del mundo resultara frío, no obstante, conociendo a Adri, esa era su manera de desearle una pronta recuperación a su padre.

—Lo sé. No dudo de tu buen hacer. Nunca lo he hecho.

Otro incómodo silencio se hizo en el interior de la habitación.

Sin saber por qué, me enternecí al advertir el cariño que ninguno de los dos quería mostrar, pero que yo sí percibía en esos largos silencios. Todas esas palabras que no se atrevían a decirse, pero que estaban ahí. Por una parte, me dio lástima que no se atrevieran a expresar lo que de verdad sentían, en cambio, por otro lado me alegré de haber sido testigo a hurtadillas de esa conversación, porque gracias a eso ahora sabía que la relación entre Adrián y su padre no estaba rota del todo. Tenía solución, y eso era algo maravilloso.

Donde residía el amor de verdad, no habría problema que fuera imposible de solventar.

—Bien. Pues como ya te he informado sobre todo lo que tenía pendiente y también me he cerciorado de que estás como un roble y que te van a dar el alta hasta la operación, me voy.

—Tanto como un roble... —bromeó Gabriel—. No creo que aquí estén de acuerdo con esa afirmación.

La suave risa de Adri llenó la estancia de magia.

—No te hagas la víctima. Seguro que los médicos y las enfermeras están deseando operarte ya para que te recuperes lo antes posible. Así te perderán de vista de una vez por todas.

Volví a sonreír casi sin darme cuenta, para después sentirme como una auténtica mala espía sin remordimientos. Así que decidí que lo más loable era apartarme de aquella puerta para dejar

que padre e hijo se despidieran en completa intimidad.

Ese fue el motivo por el que no me enteré del momento exacto en el que Adri salió, hasta que noté unos suaves golpecitos en el hombro.

—Dichosos los ojos. Pero si es mi mujer. La misma que lleva dos semanas sin dar señales de vida, a pesar de mis constantes llamadas. ¿Será que me estás evitando?

Me di la vuelta, con la cara colorada por el inapropiado saludo.

—Ni se te ocurra volver a llamarme así.

La descarada risita de Adri me recibió, junto a una mirada cargada de otro sentimiento que no tenía nada que ver con la diversión.

—¿Llamarte cómo? ¿Mi mujer?

—Vete a la mierda, Adri —siseé—. Haznos un favor a los dos y no estropees este bonito acto.

Él levantó una ceja.

—¿Qué acto?

Mi rubor dio paso a la incompreensión.

—¿No acabas de visitar a tu padre?

Adri se acercó a mí de forma peligrosa, obligándome a dar varios pasos hacia atrás para evitar su proximidad.

—¿Tú crees? Hay muchos motivos por los que puedo estar en este hospital. ¿Acaso me estabas espiando, amorcito?

El rojo de mis mejillas aumentó dos tonos.

—Joder, que no me llames así —farfullé entre dientes—. Y no, no te estaba espiando. Ha sido una casualidad encontrarme contigo aquí.

De repente, topé con la máquina de refrescos en mi espalda, ocasión que Adrián aprovechó para colocar ambos brazos a los lados de mi cuerpo, encerrándome en una cárcel de músculo y piel que olía demasiado bien como para pasarlo por alto.

—De acuerdo —susurró muy cerca de mi cara.

—De acuerdo —repetí yo, tratando de deshacerme de sus brazos—. Mira, me trae sin cuidado lo que estés haciendo aquí pero, si no te importa, yo sí que voy a visitar a tu padre antes de que se acabe el tiempo de visitas. ¿Me dejas pasar?

—Depende.

Lo empujé con todas mis fuerzas, pero no se movió ni un centímetro.

—¿Depende? ¿Quieres quitarte de mi camino de una vez? —espeté, cada vez más nerviosa por sentirlo tan cerca.

—Solo si respondes a mi pregunta.

Gruñí de forma poco femenina.

—¿Qué pregunta?

—Que si me estás evitando o no... —me susurró al oído.

Mi piel se erizó sin mi consentimiento al escuchar su voz suave tan cerca de mi oreja.

—¡No, maldita sea! No te estoy evitando.

Lo miré a los ojos, tan profundos, tan sinceros, que por un instante creí que me perdería en ellos.

—Entonces, ¿por qué no respondes a mis llamadas?

Desvié la mirada.

—No he visto ninguna llamada. Además, he estado demasiado ocupada con otros asuntos. ¿Qué quieres de mí?

Cometí el error de volver a fijar mis ojos en los suyos. Leí en ellos con claridad que lo quería todo de mí. Mi cuerpo reaccionó de forma espontánea a su deseo, que transformó mi frustración en un anhelo tan grande por él que casi olvidé dónde nos encontrábamos.

—Tan solo necesito que vayas a la pastelería para terminar de seleccionar los dulces definitivos para la campaña —dijo en voz baja.

—Oh —atiné a pronunciar, confusa—. Era eso.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Quedamos el domingo por la tarde allí? Al estar cerrada la pastelería dispondremos del obrador para nosotros, sin que nadie nos moleste.

La idea de permanecer toda una tarde con él a solas, rodeados de dulces, me provocó un extraño revoloteo en el estómago.

—Sí —contesté, casi por inercia—, cuanto antes terminemos de seleccionar los productos, antes podremos lanzar la campaña.

Bueno, al menos había salido de mi boca algo coherente.

—Esa es la idea —repuso Adri, pellizcándose la nariz con humor. De repente, apartó sus brazos de mi cuerpo, dejándome un enorme vacío.

Me sacudí la ropa para intentar disimular mi desconcierto.

—Pues ya tienes tu respuesta. ¿Contento?

Me dedicó una enorme sonrisa malvada.

—Estaría más contento si...

—Bueno, si me disculpas —lo corté de forma abrupta, antes de que se le escapase algo más inapropiado aún—. Voy a entrar a ver a Gabriel.

Su risa me acompañó hasta la puerta de la habitación donde estaba ingresado su padre, por eso no pude reprimirme de decirle una última cosa.

—Oye, Adri.

—Dime.

Se aproximó de nuevo a mí, pero esta vez se detuvo a un paso de distancia.

—Me alegra que hayas venido a ver a tu padre.

Sonreí de forma automática. Él me devolvió la sonrisa, aunque acompañada de un suave suspiro de satisfacción.

Para mi asombro, acercó sus labios a mi frente y depositó un tierno beso en mi piel.

—Y a mí me alegra verte sonreír de nuevo —murmuró con tono ronco—. No dejes nunca más de hacerlo.

Acto seguido, se marchó dejándome una cara de completa idiota... con sonrisa incluida.

Capítulo 21

Aprender a quererte

Adrián

Doce años antes

Te recuerdo que hoy es día de castigo extra por lo que hicimos el otro día, así que no me hagas esperarte como la última vez en la salida del insti. Como te demores más de la cuenta, entraré y te sacaré a rastras si hace falta.

Nota pegada en la libreta preferida de Carla

Bla bla bla. ¿Acaso piensas cargarme en tu hombro como si fuera un saco de patatas? Ja, ja, no tienes... huevos. Troglodita. Que sepas que voy a tardar lo que me dé la real gana, ¿entendido?

Nota pegada en uno de los comics de Adrián

Habían transcurrido casi cuarenta y cinco minutos y yo seguía allí, esperándola a la salida del instituto, pelado de frío y con un cabreo monumental.

Esta vez se había pasado.

Una cosa era desafiarme porque todavía me echaba la culpa del nuevo castigo que nos habían impuesto la semana anterior, y otra muy distinta es que me tomara por un pardillo.

¿Que no tenía huevos?

Se iba a enterar.

Entré en el recinto con paso firme pero decidido, buscándola por los pasillos, hasta que la localicé entre un grupo de chicas que charlaban animadamente.

Sin cortarme un pelo, saludé a todas, desplegando mi mejor sonrisa, mientras que al mismo tiempo me incliné para sujetar a Carla por las piernas y la cargué en mi hombro.

Su grito de indignación retumbó en las paredes del centro.

—¿Cómo era? —le pregunté sin dejar de caminar hacia la salida, coreado por las risas de sus amigas—. Ah, sí. Que no tengo huevos.

Sentí los puños de Carla golpeándome en la espalda, pero ni siquiera eso me detuvo en mi propósito.

—¡Bájame, gilipollas!

Sonreí al pasar ante varios compañeros de clase que nos observaron boquiabiertos, sin decir nada.

—Te bajaré cuando me dé la real gana, ¿entendido? —imité las palabras que ella misma escribió en su maldita nota.

Carla continuó gritando enfadada. Intentó patearme varias veces, en vano, puesto que tenía sus piernas inmovilizadas con mis brazos.

Solo cuando estuvimos fuera del recinto, la bajé con sumo cuidado hasta que sus pies tocaron el suelo.

—¿Qué decías de no tener huevos? —la reté.

Me encontré frente a unos ojos tan furiosos que me hicieron dar un paso atrás. Nunca había visto su mirada tan cargada de rabia como en aquel momento. Una mirada que iba acompañada por sus puños apretados contra sus caderas y una respiración tan agitada que le hacía abrir y cerrar los agujeros de la nariz con cada bocanada de aire que inspiraba.

—Me acabas de humillar delante de mis amigas —siseó con aparente serenidad—. Quiero que sepas que te odio con todas mis ganas y que jamás dejaré de hacerlo. Vete de mi vista, por favor. No quiero verte nunca más.

Mi sonrisa burlona se esfumó de golpe.

Esas simples palabras me hicieron darme cuenta por primera vez que Carla me odiaba de veras y que no se trataba de simples disputas entre amigos... Porque, en el fondo, yo siempre pensé que éramos amigos, a pesar de todo. Sin embargo, me acababa de percatar de que para ella no era así.

Y eso dolía.

Dolía darme cuenta de que Carla me importaba más de lo que quería admitir.

Dolía darme cuenta de que me había acostumbrado a su compañía.

Dolía darme cuenta de que me gustaba hacerla enfadar, porque sabía que cuando se le pasara me regalaría una de sus sinceras sonrisas que compensaban cualquier broma pesada. De cualquier forma, esta vez era diferente. Le había hecho daño de verdad. Lo acababa de ver en sus ojos.

Durante el trayecto hasta la pastelería de mi abuelo, ninguno de los dos pronunció palabra alguna, como era lógico.

Me sentí abatido, arrepentido; aun así, no lograba pronunciar una disculpa porque descubrir que Carla era tan importante para mí, me había sumido en una nube de confusión.

Fue mi abuelo el que consiguió que volviésemos a dirigirnos la palabra, como ya era su costumbre. Solo le hizo falta echarnos una mirada a ambos para saber que volvíamos a estar enfadados. Supongo que por eso hizo como si no pasara nada y comenzó a hacernos preguntas que despertaron nuestra curiosidad.

—¿Os he contado alguna vez que cuando tenía vuestra edad ya sabía a qué quería dedicarme? Tenía claro que sería repostero para continuar con la tradición de mi familia. Aunque yo quería más. Deseaba triunfar a lo grande. Mi sueño era dejar el pequeño pueblo en el que crecí y abrir una confitería en la capital. Aquí, en Madrid. —Nos observó muy serio y continuó—. Y vosotros, ¿ya sabéis qué vais a hacer cuando terminéis el instituto? Con quince años, creo que ya deberíais saberlo.

—Sí.

—Por supuesto.

Los dos respondimos casi a la vez.

—Así me gusta —prosiguió mi abuelo—. ¿Y bien? ¿Qué queréis ser de mayores?

Miré a Carla de reojo y vi que se disponía a hablar, pero me adelanté a ella para fastidiarla.

—Yo quiero estudiar gastronomía en la *Culinary Institute of America* de Nueva York, para luego convertirme en repostero, como tú, abuelo. Cuando termine de estudiar, voy a tener mi propia pastelería y me voy a hacer famoso porque ganaré un premio tras otro y todo el mundo conocerá mis creaciones.

Cuando terminé de soltar mi discurso me sentí eufórico. Estaba seguro de que le había robado palabra por palabra lo que iba a decir ella, pero su expresión de superioridad me descolocó por completo.

—Pues yo voy a ser jefa, como Gabriel. Voy a estudiar ADE para ser la mejor, para tener mi propia empresa y dirigir un gran imperio.

Parpadeé varias veces, tratando de disimular mi asombro.

¿Qué? ¿Desde cuándo había cambiado de parecer? Se suponía que los dos íbamos a estudiar juntos para convertirnos en los mejores pasteleros. Hasta ese momento estaba convencido de que ambos amábamos la repostería por encima de cualquier cosa. Se suponía que nuestros caminos nunca se iban a separar, pero esta nueva información lo cambiaba todo...

Oí de fondo cómo mi abuelo conversaba con Carla sobre sus deseos, pero no me enteré de lo que hablaban porque mi mente solo podía pensar en que, tras terminar de estudiar en el instituto, Carla y yo tomaríamos rumbos muy distintos.

De repente, se apoderó de mí una horrible sensación, desconocida para mí hasta ese instante.

—¿Adri? ¿Me estás escuchando?

La voz de mi abuelo me sacó de golpe de mis comeduras de coco.

—¿Qué?

Carla parecía divertirse con mi desconcierto. Sonreía con prepotencia.

—Te digo que como no dejes de aporrear esa masa la vas a echar a perder.

Miré mis manos manchadas de harina y sumergidas a medias en la pasta que había sobre la superficie lisa, y me detuve.

—Oh. De acuerdo. Y ahora, ¿qué?

La mirada inquisitiva de mi abuelo no me pasó desapercibida. Aun así, no dijo nada sobre mi repentino cambio de actitud.

—Y ahora, os voy a enseñar algo nuevo que os va a gustar... —Levantó los brazos y nos mostró unas bolsitas que contenían una especie de perlas de chocolate—. Vais a aprender a atemperar chocolate. Pero os advierto que no es nada fácil. —Nos observó a los dos—. ¿Estáis preparados?

Sonreímos, olvidando por completo nuestro enfado de unas horas antes y la intensa conversación sobre nuestro futuro que habíamos mantenido hacía unos minutos.

No fue hasta un par de horas más tarde que volví a acordarme del asunto.

Carla caminaba a mi lado en silencio mientras volvíamos a casa. Su tímida sonrisa me hizo saber que ya se le había pasado el enfado por lo que ocurrió en la puerta del insti, a pesar de eso, parecía tan pensativa como yo.

—Ha estado bien eso de atemperar el chocolate, ¿eh? —comenté de pasada.

—Ajá. Ha estado bien.

No dijo nada más.

Continué mirando sus pies, ensimismada con sus propias meditaciones.

Decenas de preguntas continuaron agolpándose en mi cabeza. Interrogantes que necesitaba responder. Por eso, me armé de valor y me lancé.

—Creía que los dos íbamos a estudiar lo mismo al terminar el instituto. Al menos eso es lo que dijiste hace unas semanas.

Mi conversación logró captar su atención, puesto que giró el cuello para mirarme al fin.

—Ajá —repitió.

Mi impaciencia se impuso.

—¿Entonces? ¿Cuándo has decidido que vas a estudiar Administración y Dirección de Empresas?

—Pues...

Volvió a callarse, sin responder a mi duda.

—¿Pues? —insistí.

Carla se detuvo y posó sus ojos brillantes en los míos.

—¿Recuerdas que la semana pasada fui con mi padre al despacho del tuyo y tuve que esperar porque tenían una reunión importante? —comenzó a relatar—. Fue alucinante —me confesó, para mi sorpresa.

—¿Alucinante? A mí no me parece alucinante la empresa de mi padre —murmuré.

Ella alzó la barbilla.

—Pues a mí, sí. Por eso he decidido que quiero dirigir una gran empresa y sentir que soy la responsable de tomar tantas decisiones importantes, de dar trabajo a muchas personas y...

Solté un bufido sonoro, cortando su discursito.

—Vale, vale. Entendido. Lo que quieres es mandar y mangonear a un montón de gente para que todos hagan lo que tú desees sin rechistar.

Carla contuvo el aliento.

—Pero, pero... ¿cómo puedes ser tan tonto? —me soltó, indignada—. Yo no quiero mandar, quiero hacer algo grande. No como tú, que te conformas con hacer pastelitos para el resto de tu vida.

En ese momento, el indignado era yo.

—¿Hacer pastelitos? ¿Crees que convertirme en un gran repostero es menos importante que dirigir una empresa?

—Por supuesto. ¡Dónde va a parar!

La contemplé como si tuviera dos cabezas. No me podía creer que menospreciara de esa forma el oficio que ambos habíamos llegado a amar, gracias a mi abuelo.

Hasta entonces, pensaba que los dos sentíamos lo mismo por la repostería, pero me dolió comprobar que no era así. Aunque, lo que realmente me fastidió era saber que nos separaríamos al finalizar el instituto, algo con lo que nunca conté.

Era una traición.

La idea de no verla a diario se me hacía insoportable.

Pero, ¿por qué? Si en realidad la consideraba un incordio. Carla era mi enemiga desde hacía años, así que no tenía sentido que me sintiese así por no verla. Debía estar aliviado por perderla de vista, ¿no?

Pues no era así.

Me había acostumbrado a verla a diario. Sí, me gustaba fastidiarla y despertar su ira, pero también me encantaba verla sonreír cuando hacíamos las paces. Me encantaba intercambiar notas divertidas con ella, aunque fueran fruto de nuestros enfados. Me sentía bien, demasiado bien, tan solo con hacer lo que estábamos haciendo en ese momento: caminar juntos, el uno al lado del otro, en completo silencio.

¿Y si en el fondo no la despreciaba tanto?

¿Y si... en realidad la quería un poquito?

De pronto, noté que me faltaba el aliento.

No podía respirar.

Fue un duro golpe darme cuenta de que en verdad no la odiaba, sino que la admiraba, la respetaba y... la quería.

Sí, Carla se había convertido en la única chica con la que deseaba compartirlo todo, tanto mis sonrisas como mis enfados. Era la chica con la que me encantaba pasar las horas.

Mi mejor amiga.

Mi enemiga.

Mi fastidioso y adorable bicho.

—¿Me has escuchado? —Su voz me devolvió a la realidad, sacándome de mis pensamientos.

—Sí. Te he oído. Aunque no estoy de acuerdo con lo que dices. Voy a demostrarte que te equivocas. Ser pastelero no es menos importante que ser directora de una gran empresa.

Respiré profundamente e intenté empezar a acostumbrarme a la idea de lo que acababa de descubrir.

Carla era única, como un raro tesoro, y a pesar de su decisión de tomar un camino distinto al mío, haría todo lo posible para que permaneciese en mi vida para siempre.

Capítulo 22

Con la miel en los labios

Adrián

En la actualidad

Un ruidoso rugido resonó en mi estómago.

El dulce aroma que provenía del obrador me abrió el apetito, mientras esperaba a que llegase Carla para terminar de escoger juntos los dulces que formarían parte de la selección final.

Casi sin pensar, introduje en mi boca una de las hojaldradas rellenas de miel que acababa de preparar. La saboreé con gusto. Estaba deliciosa.

—Huele a... ¿Les has puesto azahar?

La voz inconfundible de Carla me hizo volverme para recorrer su figura con ojos hambrientos, tan hambrientos como estaba mi estómago hacía tan solo unos segundos.

—Agua de azahar. —La admiré de arriba abajo y contuve la respiración al darme cuenta una vez más de lo preciosa que era—. Por cierto, buenas tardes.

—Buenas tardes. Es verdad, qué maleducada soy. —Se dirigió con paso firme hasta donde yo estaba, luego me arrebató el pedazo de hojaldrada que aún quedaba entre mis dedos, para metérselo en la boca sin pudor—. Mmmm. ¡Deliciosa!

No conseguí apartar mis ojos de sus labios, hipnotizado y sobrepasado por el efecto que había causado en mí su llegada. De nuevo, sentí un deseo irrefrenable de besarla, que cada vez me costaba más contener.

Tragué saliva, tratando de disimular para no parecer un gilipollas embobado, como un adolescente imberbe que está ante la chica que le gusta.

—¿Te parece bien que la incluyamos? —conseguí pronunciar.

—Por supuesto. —Sin dejar de mirarme, continuó saboreando el dulce relleno—. Hojaldre, miel, naranja, azahar y una fina capa de chocolate para recubrirlo. Sin duda, buena combinación. Sonreí, orgulloso de haber logrado su aprobación.

—Quería hacer algo diferente que no fuera el típico hojaldre relleno que se come en Navidad.

El resplandeciente rostro de ella, tan diferente de las primeras veces que nos habíamos visto a mi llegada, me dejó sin aliento.

—Pues lo has hecho otra vez. Se va a convertir en uno de los productos estrella de la carta, sin duda.

—¿Tú crees? —Me sorprendió su vehemencia.

—Lo sé.

Entrecerré los párpados, siendo consciente de su cambio de actitud hacia mí desde la última vez que habíamos hablado.

—Te veo... diferente. Pareces contenta.

Carla se deshizo de su ropa de abrigo, se recogió el pelo en un descuidado moño y se puso una de las batas de cocinero.

—Lo estoy.

Su respuesta me intrigó aún más.

—¿Y se puede saber cuál es el motivo de tanta... felicidad?

—Esto.

Sacó de su bolso un fajo de papeles enganchado con un clip, luego me lo lanzó sin dejar de sonreír de oreja a oreja.

Se trataba de un montón de facturas de pedidos de Dulces Dueñas.

—¿Es una broma? —balbuceé.

—No.

Miré a Carla y a los papeles alternativamente, hasta que vi en su semblante que, en efecto, no se trataba de ninguna broma.

—Lee —me pidió.

Eso hice.

Tuve que apoyarme en la mesa para no perder el equilibrio cuando descubrí que la cantidad de pedidos superaba en más del doble la de la anterior campaña navideña que yo mismo consulté unas semanas atrás.

—¿Cómo es posible? Si aún no hemos presentado los nuevos productos. Ni siquiera hemos terminado de elegirlos.

Carla se encogió de hombros.

—Bueno, algún pajarito ha debido correr la voz sobre los cambios que estamos haciendo y... ha funcionado. No han parado de llegar pedidos en los últimos días.

No supe por qué, pero ese «pajarito» me resultó de lo más sospechoso.

De repente sentí vértigo. Un vértigo espantoso que me hizo preguntarme si estaría a la altura de tamaña expectación.

Siempre me caractericé por la seguridad en mí mismo en todo lo que concernía a mi profesión, pero en ese instante me vi como si fuera un niño miedoso. Tal vez fuera porque se trataba de la empresa de mi padre, y no de la mía. Era algo que nunca supe evitar: sentirme un ser inferior con todo lo relacionado con mi padre. De cualquier forma, Carla parecía no haberse dado cuenta, pues tenía toda su atención puesta en las cinco muestras de dulces que había hecho ese día.

Comenzó a probarlas una a una, mostrando su beneplácito a medida que se las introducía en la boca y las saboreaba. Hasta que llegó a la última. Entonces se detuvo.

Su sonrisa se esfumó para dar paso a una intensa emoción que le provocó un brillo de nostalgia en los ojos.

—Marquesitas de almendra —susurró—. Eran...

—Los dulces navideños favoritos de tu madre —finalicé la frase por ella, mientras reduje el espacio que nos separaba, que ya se me antojaba insoportable debido al cúmulo de sentimientos dispares que estábamos experimentando en cuestión de minutos.

Inmóvil, a pesar de mi cercana presencia, me contempló con sus bellos ojos interrogantes.

Su vulnerabilidad me desarmó, como siempre. Así que, con la más absoluta ternura, escogí una de las marquesinas y la llevé hasta sus labios. Esos labios que me moría por besar, morder y lamer; todo al mismo tiempo.

Carla aceptó el bocado con timidez.

—No podían faltar —aseveré—. Este proyecto es tuyo y mío. Tu madre forma parte de ti, pero también de nuestra historia. De nosotros.

Nosotros. Dios, cuánto significaba esa palabra para mí.

En silencio, desentrañé el sinfín de emociones que pasaron por su cara al paladear el esponjoso bizcocho recubierto de azúcar.

—Mmmm, exquisita. Se deshace en la boca. Me recuerda a ella. A mi madre. Es tan dulce... —musitó conmovida.

Una lágrima resbaló por su mejilla y fue en ese preciso instante cuando perdí el control. Sin pensarlo, acerqué mi rostro al suyo y recogí esa gota salada con mis labios.

—Tan dulce como tú —se me escapó.

Nuestras miradas se encontraron. Supe que estaba perdido.

Iba a besarla y nada en el mundo me lo impediría.

Rocé mi boca con la suya. Me recreé en la suavidad de sus labios, en la calidez de su aliento que se mezclaba con el mío como si fueran un mismo hálito. Me moría por devorarla, pero me contuve. No podía arriesgarme a asustarla con el desesperado anhelo que me consumía por ella. Me dediqué a saborear ese momento como si fuera la primera vez, dándole besos tiernos por la comisura de su boca, que no hacían más que incrementar mi deseo. Pequeños mordiscos para derribar sus defensas e instarla a abrir los labios. Lamí la dulzura de su boca con mi lengua y al fin me abandoné cuando la oí soltar un suave gemido. Sin embargo, el estridente sonido de un teléfono nos obligó a separarnos de golpe.

El pecho de Carla subía y bajaba con la respiración acelerada, mientras fue en busca de su bolso para responder a la maldita llamada, al mismo tiempo que yo trataba de asimilar la situación.

—Dime, Jorge.

Nuestras miradas se encontraron. Vi culpabilidad en sus ojos.

Joder. Tan ciego de deseo estaba que había olvidado por completo que Carla tenía pareja. Aunque hube de reconocer que no toda la culpa era mía. Ambos nos habíamos dejado llevar. Los dos nos deseábamos con la misma intensidad, y eso no me lo había imaginado. Era real.

Inevitable.

Pero no era lo correcto. Además, yo quería a Carla entera para mí. No soportaba la idea de compartirla con nadie, aunque sonara egoísta.

—Sí —escuché que decía con el teléfono en la oreja—. Ya está todo preparado para la fiesta de cumpleaños. Lo he tenido que hacer sola al final. Ya no me hace falta tu ayuda.

¿Fiesta de cumpleaños?

Al segundo caí en la cuenta. Faltaban solo unos días para su cumpleaños.

Me sentí un completo idiota por no haberlo recordado en esta ocasión. Era extraño pues, pese a la distancia que nos separaba, no hubo ni un solo año que no me acordara de esa fecha que llevaba grabada en la mente desde mi niñez.

Cuando finalizó la llamada, Carla volvió a mirarme, esta vez un poco más cohibida.

—Era Jorge.

Asentí.

—Ya.

Sus mejillas estaban ruborizadas. Se sentía mortificada por lo que casi había pasado entre los dos.

—Se me olvidaba decirte que la semana que viene es mi cumpleaños.

Desvié la mirada.

—Lo sé.

Se removió inquieta. Finalmente se abrazó a sí misma.

—¿En serio lo recuerdas? —me preguntó en voz baja.

Suspiré, después volví a posar mis ojos en los suyos, sinceros.

—No lo he olvidado ni una sola vez en todos estos años.

Pareció sorprendida, aunque lo intentó disimular.

—¿Y por qué no me lla...? Da igual. —Pero su gesto de reproche habló por sí mismo—. En fin, que sepas que estás invitado a la fiesta.

De nuevo, la tensión entre ambos estaba presente.

Me di la vuelta, pero no pude evitar pincharla.

—¿Jorge te ha organizado una fiesta? Me parece un detalle muy romántico.

La oí resoplar y me marqué un tanto para mis adentros.

—No. La he organizado yo misma —farfulló.

—Ah.

Carla murmuró algo por lo bajo. Mi sonrisa se ensanchó. Era tan fácil sacar su genio a relucir... Eso me encantaba.

—Bueno, tal vez estaba demasiado ocupado para hacerlo él —sugerí, hurgando aún más en la herida.

El sonido de sus pasos me indicó que se había desplazado hasta situarse justo detrás de mí, así que me di la vuelta, pero la decepción en sus ojos borró todo rastro de mofa de mi cara.

—De todas formas, nunca me han gustado las fiestas.

—También lo sé —murmuré—. Te recuerdo que era yo el que se pasaba todas las fiestas navideñas a tu lado. El que aguantaba tu mal humor.

Sonrió.

—Bien, cambiando de tema... ¿Ya podemos decir que tenemos los nuevos productos para lanzar la nueva campaña?

—Por mi parte, sí —opiné.

—De acuerdo. Por la mía, también.

Un mechón de su descuidado moño cayó sobre su mejilla. De forma instintiva, lo recogí para ponérselo detrás de la oreja, como tantas veces había hecho en el pasado. En cambio, esta vez nuestros ojos nos delataron a ambos.

Supe por su mirada que, en lo más profundo de su ser, Carla deseaba mi contacto tanto como yo.

—Bueno, contéstame. ¿Vendrás a mi cumpleaños? —me interrogó, nerviosa.

De repente, se asemejó a aquella chiquilla de antaño que solo anhelaba recibir un poco de cariño humano, de ese que su padre nunca le dio.

—¿Lo dudas?

Su sonrisa se ensanchó y mi mundo brilló con ella. Era increíble el poder que tenía sobre mí, pero verla feliz era más importante que mi propio éxito personal.

—Bien, porque he aprovechado para invitar a algunos peces gordos de la industria que nos pueden dejar importantes beneficios con sus pedidos. Quiero que conozcan al artífice del cambio radical de nuestra empresa.

Su gesto cambió para dar paso a la directora mandona que llevaba dentro.

—¿Yo? —me sorprendí—. Vaya, es la primera vez que me elogias abiertamente.

De forma abrupta, se apartó de mí para dirigirse hacia sus pertenencias.

—No sé por qué te sorprendes tanto. Siempre he dicho que eres el número uno en tu terreno. De hecho, me he ocupado de que todo el mundo esté al tanto de que el mejor repostero de Nueva York va a elaborar las nuevas recetas de nuestros dulces.

Mis labios se arquearon de forma inconsciente.

—Así que ese pajarito eres tú...

Carla me miró de soslayo.

—Tal vez.

Una carcajada se escapó de mi garganta.

—Lo sabía. Gracias..., sé lo que te cuesta regalarme el oído, así que valoro tus palabras aún más —me exployé, mientras ella se ponía de nuevo su abrigo—. ¿Vas a decirme qué estás haciendo?

Se detuvo para mirarme.

—Es obvio. Me voy —dijo sin más—. Tengo prisa, y ya hemos terminado de hacer la selección de productos, ¿no?

Esta vez no se lo pensaba poner tan fácil, y menos después de lo que casi acababa de pasar entre nosotros.

—¿De verdad tienes tanta prisa? No. Me da la sensación de que estás huyendo otra vez.

Levantó la barbilla en un alarde de altanería.

—¿Huyendo? ¿De qué?

—De mí.

Deshizo sus pasos hasta quedar frente a frente otra vez. Muy cerca. Tan cerca que pude apreciar el suave aroma a perfume que se desprendía de su piel, que me volvía loco de anhelo.

—No huyo de ti —manifestó con tono firme.

Me desafió con su actitud altiva. Eso me excitó hasta el extremo. No había nada que me sedujera más que cuando me retaba de esa forma, como siempre había sido entre nosotros.

—De acuerdo. —Posé mis manos en sus caderas, de forma posesiva, lo que le provocó un respingo que intentó disimular—. Si no huyes de mí, deja que hablemos de lo que casi ha pasado hace unos minutos.

Carla tragó saliva.

—No sé a qué te refieres —balbuceó.

Sonreí con malicia, notando el calor que emanaba de su piel a través de la ropa.

—Me refiero —le susurré, luego acerqué mi boca a su oído—, a que justo cuando tu novio te ha llamado, me disponía a besarte como llevo soñando desde que llegué. Iba a olvidar incluso que existe ese gilipollas. Iba a lamer tus labios y tu lengua como...

Carla puso sus dedos sobre mi boca para callarme de inmediato.

—¡Te he dicho que no es mi novio! De todas formas, ¿en serio crees que habría dejado que me besaras? —replicó, pero su voz ronca por el deseo contradecía a sus frías palabras.

—Sí.

Ladeó la cabeza, enigmática.

—Es posible. O tal vez no. Quizá tú no lo hubieras hecho, porque sé que respetas que estoy saliendo con Jorge. Nunca lo sabremos. Lo único que sé es que ya no soy la estúpida niñata del pasado que se dejó engatusar por ti. Sé de lo que eres capaz y no quiero volver a caer en esa trampa, por mucho que me tienta. No quiero volver a sufrir así.

Esta vez, su reproche se me clavó en el alma, obligándome a dar un paso atrás.

¿Trampa? ¿De qué diablos hablaba? Yo nunca...

Aproveché mi confusión para girarse y dirigirse hacia la puerta. Una vez en el umbral, me enfrentó desde lejos.

—Mira, creo en ti, Adri. Estoy haciendo lo imposible por apoyarte, y no es solo por la promesa que le hice a tu padre. Lo hago por mí. Nadie puede igualarte en el terreno profesional —me confesó—, pero no pienses ni por un instante que voy a pasar otra vez por lo que me

hiciste en el pasado. Eso se acabó para siempre el día que te marchaste a Nueva York. El día que me rompiste el alma en dos.

Sus tacones resonaron por el pasillo de salida, hasta que el sonido de la puerta de la confitería se cerró con un suave tintineo.

Una vez más, me dejó totalmente desolado, preguntándome qué hice de malo años atrás, si la única alternativa que tuve fue la de irme con el corazón destrozado por ella.

Pero si ella pensaba que me iba a rendir tan fácilmente, estaba muy equivocada.

Sí. Estaba seguro de que Carla hubiera dejado que la besara unos minutos antes, incluso me hubiera devuelto el beso con idéntico anhelo. Sí, ambos nos habríamos olvidado de su novio. Por eso, ya no pararía hasta demostrarle que su impostada frialdad no podría vencer al profundo sentimiento que me unía a ella desde hacía tanto tiempo.

El mismo sentimiento con el que me había cansado de luchar durante años.

Capítulo 23

Destino

Carla

No me gustaban las celebraciones de ese tipo. Nunca me gustaron. Pero ahí estaba yo, fingiendo estar pasándomelo en grande.

Forcé una gran sonrisa y charlé animadamente con todos los invitados que se acercaban para felicitarme por mi cumpleaños, en el festejo que yo misma tuve que planificar sin siquiera una pequeña ayuda de Jorge, ya que a pesar de que la idea fue suya, se había escaqueado de la forma más rastrera para no implicarse.

Era ridículo haberme tenido que preparar mi propia fiesta.

—Felicidades, Carla.

—Muchas gracias, Sole. —Me dolían las mejillas de tanto estirar la boca para sonreír—. Al fondo está la barra donde podéis pedir lo que queráis beber.

Al menos ese maldito evento me sirvió para conseguir unos cuantos clientes más para los nuevos productos navideños, que ya había comenzado su proceso de elaboración en la planta de producción de Dulces Dueñas, y de los que pude escoger unas muestras para ofrecérselos a los asistentes. Después de todo, no fue una mala idea invitar a varios grandes empresarios de Madrid con los que tenía una excelente relación.

—Felicidades... ojos de sapo. ¿O era de rana?

Mi corazón se saltó un latido al escuchar su voz. Me di la vuelta con rapidez para encontrarme frente a esos faros del color de un bosque denso que tantos sentimientos me removían por dentro.

—Gracias por tu felicitación. Me llamabas ojos de sapo —le corregí—. También bicho o bichejo. Pero prefiero bicho.

Adrián soltó una risilla.

—Y aún lo hago, bicho. La verdad es que te pega bastante eso de bicho. —Arrugó la nariz—. Además, ya no tienes cara de sapo, tengo que admitir.

—Y antes, ¿sí? —me hice la ofendida—. Menudo regalo de cumpleaños me acabas de hacer con tu cumplido.

Sus ojos brillaron con el fulgor de una emoción que no supe identificar, pero que me aceleró el corazón sin razón alguna, sobre todo, cuando se acercó a mi oreja izquierda y apreció el aroma que se desprendía de su cuello: una mezcla de perfume fresco, crema de afeitar y gel de baño.

—No. Mi regalo —me susurró al oído—, te lo daré más tarde cuando pueda secuestrarte unos minutos para estar a solas contigo.

—A solas, ¿por qué?

—Porque el regalo que tengo para ti es demasiado personal como para entregártelo delante de toda esta gente.

La intensidad de su mirada me dejó sin aliento. Supe que los dos estábamos rememorando otro de sus cumpleaños del pasado en el que también me hizo entrega de un obsequio muy especial para mí. Ese objeto que siempre llevaba conmigo desde entonces.

—Bueno, si prefieres mantener la intriga, ya me lo darás cuando lo creas oportuno.

Cada vez me costaba más no lanzarme a besarlo con desesperación cuando estábamos tan cerca. Pese a que luchaba con todas mis fuerzas por resistirme, sabía que era una batalla perdida, puesto que lo que sentía por él crecía día a día, hasta impedirme pensar en otra cosa que no fuera Adri a todas horas. Se había vuelto a convertir en lo único que deseaba, al igual que tantos años atrás.

Me declaré culpable mentalmente por no saber controlar lo que me cautivaba de él, porque era consciente de que tenía una relación con Jorge y que jamás iba a desearlo ni una décima parte de lo que anhelaba a Adri.

¿Era una mala persona por esconder mis verdaderos sentimientos?

Estaba ocultándoselo a Jorge. También había engañado a Adri al decirle, unos días atrás, en la confitería, que nunca habría dejado que me besara, cuando yo sabía que me moría por recibir uno solo de sus besos. Y lo peor de todo era que me estaba engañando a mí misma al tratar de convencerme de que no seguía enamorada de él.

Al darme cuenta de lo que acababa de confesar para mí misma, me percaté de la relevancia de ese hecho. No podía continuar así. Debía tomar una decisión de una vez por todas. Y la mejor resolución era hablar con Jorge y terminar con nuestra relación, a la que no sabía ni siquiera cómo llamar, ya que nunca hubo nada tan profundo entre los dos como para llamarnos novios, pese a mis intentos porque así fuera.

Pero no era el día ni el lugar adecuados para hacerlo.

—Buena fiesta, bebé. Te felicito. —Sentí el beso húmedo de Jorge en mi mejilla—. ¿Lo ves? Hice bien en dejar que organizaras tu cumpleaños. Yo no sabría hacerlo mejor.

Miré hacia mi izquierda para responder a Jorge, que al fin se había dignado a hacer acto de presencia. Sin embargo, cuando quise presentárselo formalmente a Adrián descubrí que este ya no estaba, había desaparecido como por arte de magia. Tan sumida estaba en mis propios pensamientos que ni siquiera me di cuenta del momento en el que se esfumó para perderse entre la multitud de invitados.

—Has tardado en llegar —le recriminé a Jorge, pensando en cómo iba a tomarse nuestra ruptura cuando me decidiera a hablar con él—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. La reunión se alargó más de lo que esperaba. Por cierto, ¿te compraste mi regalo?

Una oleada de indignación me subió por la garganta al escuchar las palabras de Jorge. Tal vez motivada por lo que barruntaba en mi mente hacía solo unos segundos.

—No —contesté sin lograr reprimir mi enfado—. No me apetecía comprarme mi propio regalo con el dinero que soltaste sobre la mesa de mi despacho, como si...

Los ojos de Jorge se abrieron como platos.

—Termina la frase. ¿Desprecias mi regalo? ¿O acaso estás insinuando que te he dado dinero como a una fulana?

Miré hacia un lado y hacia el otro para asegurarme de que nadie hubiera escuchado nuestra incipiente discusión.

—No —le dije en voz baja—. No iba a decir eso.

Pese a mis intentos por apaciguar las aguas, Jorge no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—Pues es lo que has dado a entender —repuso, en un tono lo suficientemente alto como para que lo escucharan en la barra, a bastantes metros de distancia de donde nos encontrábamos.

Apreté los dientes. Contuve mis ganas de decirle cuatro verdades, de soltar toda la rabia que llevaba acumulada debido a los desplantes y feos que no había parado de hacerme durante las últimas semanas. Y encima yo me había considerado culpable por lo que sentía...

—Por favor, baja la voz —le rogué en un susurro—. Lo siento, no era mi intención que discutiéramos.

—¿Me dices que baje la voz? —rugió—. Me acabas de humillar frente a todo el mundo y ahora ¿me pides que me calme? Pero, ¿qué clase de hombre piensas que soy?

Se me revolvió el estómago por acabar de disculparme por algo que no había hecho. Yo no le había humillado.

—No quiero hacer un escándalo de esto —le susurré, avergonzada, ya que algún que otro invitado había comenzado a mirarnos con disimulo—. Lo que iba a decir era que no me parece bien que no me hayas comprado tú mismo un regalo y me hayas dado el dinero de manera tan impersonal. Como si yo no te importase.

—¿Crees que no me importas? —su enfado siguió aumentando, pese a mis intentos por apaciguarlo—. ¡Con la enorme paciencia que he tenido contigo para convertirte en mi compañera de vida!

Arrugué la frente. Traté de asimilar las palabras que acababan de salir de su boca.

—Bueno, no creo que deba convertirme en nada. Soy como soy. Y creía que te gustaba así, la verdad.

Jorge levantó su mano y la posó en su frente, como si lo hubiera ofendido.

—Y me gustas, pero tienes muchos defectos que deberías pulir.

—¿Qué? —fue lo único que atiné a decir.

—Me refiero a que piensas que eres perfecta, pero no lo eres. Francamente, bebé —pronunció al más puro estilo de *Lo que el viento se llevó*—. Esto es inaceptable. Creo que deberíamos plantearnos romper nuestra relación de forma definitiva. —Al menos esta vez tuvo el detalle de rebajar el tono para que nadie nos oyera—. No estoy dispuesto a soportar ni un insulto más de tu parte. Hay cientos de mujeres que se mueren por estar conmigo, y estoy seguro de que me tratarían infinitamente mejor que tú.

¿Insulto? ¿Tratarlo mal?

No salía de mi asombro. De hecho, mi cara debía ser un poema en ese momento.

—¿Quieres que rompamos? —balbuceé.

—Por supuesto. Lo he intentado con todas mis ganas porque creía que podías llegar a ser la mujer perfecta para estar conmigo, pese a tus defectos. Pero es imposible porque está claro que no te esfuerzas por limar tus imperfecciones.

¿Imperfecciones?

Me hervía la sangre por la indignación y el enfado, pugnando ambos por estallar.

Y al final, la furia se impuso al bochorno que estaba pasando. No iba a soportar ni un segundo más sus desprecios.

—Bien. Si eso es lo que quieres, rompamos —siseé, reprimiendo mis ganas de mandarlo a la mierda.

Jorge pareció sorprendido con mi pronta aceptación. Por supuesto, él no sabía que ya tenía la determinación tomada mucho antes de iniciar esa discusión.

—¿No vas a pedirme otra oportunidad? —inquirió.

Negué con la cabeza.

—No. Yo también pienso que lo más indicado es que dejemos de vernos.

—Ah —fue su único comentario.

Me costó un mundo contener mi genio, así que me crucé de brazos y esperé a que volviera a hablar, haciendo gala de toda la paciencia de la que fui capaz.

—Entonces, creo que no tenemos nada más que decirnos. Será mejor que me marche.

—Ajá. —Apreté los dientes otra vez—. Te agradezco que hayas venido a mi cumpleaños, te deseo todo lo mejor, y bla bla bla. Todo lo que se dice en estas circunstancias, vamos —finalicé, al mismo tiempo que le señalaba la salida con sutileza.

Bueno, sutileza...

Jorge miró mi mano y la puerta de salida alternativamente.

—Ya intuía yo que no ibas a estar a la altura. Los hechos lo demuestran. Bien. Pues es el final. Adiós, Carla —se despidió con tono afectado—. La verdad, esperaba mucho más de ti, pero me has decepcionado.

¡Ja! ¡Encima se hacía el dolido!

—Adiós, Jorge. —Y no pude evitar apostillar—: Espero que te vayas con tanta paz como descanso dejas. —Rememoré una de las frases hechas que el abuelo de Adri solía decir.

¡Qué a gusto me quedé al soltarle eso!

La espalda de mi recién estrenado exnovio se tensó, pero no se detuvo ni volvió a decir nada más. Simplemente, se fue.

Oí un murmullo a mi alrededor, claro recordatorio de que no estábamos solos y que, probablemente, algún que otro invitado se había dado cuenta de lo que acababa de pasar. Si bien, no me importaba porque, en verdad, acababa de quitarme un gran peso de encima.

Lejos de afligirme, me sentí liberada.

Quizá Bea tuviera razón y debí haberlo largado de mi vida mucho antes.

Fuera como fuese, había hecho lo correcto, y también lo que me dictaba el corazón...

Mi maldito corazón.

Abrumada por la mezcla de emociones encontradas que se habían apoderado de mí, no pude hacer otra cosa más que fingir que todo estaba bien cuando vi que Bea y varios de nuestros compañeros de trabajo aparecieron con una enorme tarta en los brazos, con las velas encendidas y cantándome el cumpleaños feliz a toda voz.

Mi momento de luto por la relación que acababa de romper tendría que esperar a que la fiesta terminase, porque ahora tocaba concentrarme en el presente. Debía aprovechar lo que sí tenía allí mismo, y no darle más vueltas a lo que dejaba atrás.

Mis amigos.

Mi fiesta.

Sí, iba a soplar las velas y a pedir mi deseo, porque eso era lo único que importaba en ese instante. Un deseo que formulé en silencio, mientras mis ojos se encontraban con los de Adrián, quien me observaba con una mirada intensa a unos metros de distancia.

Ya no tenía apenas excusas que me impidieran dejarme llevar por lo que sentía por él. Casi toda mi defensa ante Adri se había marchado esa noche junto a Jorge.

Y quizá no estaba preparada para afrontar la realidad.

¿O sí lo estaba?

De lo único que estaba segura era que no quería volver a sufrir por él.

De cualquier manera, tampoco pensaría en eso, así que me dejé arrastrar por la corriente para experimentar, por una vez, lo que era disfrutar con una jodida fiesta de cumpleaños, que por algo me había tomado la molestia de organizarlo yo misma.

Capítulo 24

Odio que no te odio

Carla

La celebración se alargó más de lo previsto. Era ya bastante entrada la madrugada cuando los invitados comenzaron a irse y yo, como buena anfitriona, esperé hasta que el último de ellos salió por la puerta del local. Solo entonces pude relajarme y permitirme asimilar lo que había ocurrido esa noche.

Me dirigí de forma casi inconsciente hacia las escaleras que llevaban a la zona de reservados. Allí, me senté en uno de los peldaños, en busca de mi ansiada soledad para tratar de calmar mis alborotados pensamientos.

—No he visto esta noche a tu padre en la fiesta. ¿No lo invitaste?

Puse los ojos en blanco al advertir que se trataba de Adrián. Para mi total desconsuelo, no todos los invitados se habían marchado. Desde luego, no podía tener peor suerte.

—Sí. Lo invité, pero no ha podido asistir por cuestiones de trabajo. O al menos eso fue lo que me dijo.

—Vaya, menuda excusa más manida —manifestó, y llevaba toda la razón—. Bueno, al menos ¿te lo has pasado bien?

—Pues mira, no mucho. Ha sido un día de lo más raro para mí —repliqué—. ¿Y tú? ¿Qué haces todavía aquí? Pensé que solo quedaba yo... Todos se han ido ya.

Adri se sentó a mi lado. Nuestras piernas se rozaron, de la misma forma que tantas veces habíamos hecho cuando éramos solo unos niños.

—Supongo que tenía la esperanza de encontrar un momento a solas contigo para darte tu regalo, por eso me he quedado hasta el final. No quería molestarte en mitad de la celebración, ni arrastrarte a un oscuro rincón para despertar la curiosidad de algunos.

—No hubieras molestado —murmuré.

Ladeé la cabeza, y al hacerlo me encontré con su intensa mirada posada en mis ojos. Directa, sincera. Ardiente.

Su mano se posó bajo mi barbilla, instándome a continuar con nuestro mutuo escrutinio.

—¿Sabes? —Su voz era grave, ronca—. Para no tener intenciones de dejar que te bese, disimulas muy bien. Juraría que en instantes como este serías capaz de comerme la boca con desesperación. Como yo haría contigo.

Y tanto... No. Eso no podía confesárselo. Ni loca.

—Te recuerdo que ya tengo quien me bese —mentí entre susurros.

Era bastante despreciable esconderme tras un embuste por no querer afrontar lo que me hacía sentir Adrián.

Él chasqueó la lengua.

—Ese idiota de Jorge. —Se inclinó y rozó su nariz con la mía—. No se merece lo que tiene.

—¿Por qué?

Mi corazón comenzó a latir de forma desbocada. Noté su aliento sobre mis labios, sensuales, y solo pude pensar en lanzarme a morderlos y besarlos como necesitaba desde hacía

tanto tiempo. Justo en ese momento me di cuenta de que había estado muerta sin su presencia durante su ausencia, y que solo cuando él estaba a mi lado me sentía viva. Adrián era el único hombre con el que podía ser yo misma sin miedo a decepcionarlo. Solo era mi auténtica yo cuando estaba junto a él.

Sonrió a escasos milímetros de mi boca.

—Porque...

Acaricié mis labios con los suyos, y después, con su lengua, haciéndome sentir una explosión de fuegos artificiales en mi estómago.

¿Mariposas? A la mierda las mariposas. Eso era deseo carnal puro y duro. Y amor. Por desgracia, también amor.

Gemí, y de sus labios salió un sonido ininteligible.

—Porque si yo fuera él, no hubiera estado ahí en la fiesta charlando con los invitados, sino que te hubiera arrastrado a cualquier lugar oscuro para empotrarte contra la pared. Te hubiera subido hasta la cintura ese vestido que me está volviendo loco y te hubiese follado tal y como quiero desde el día en que volví a Madrid y te vi.

Volvió a acariciar mis labios con los suyos y noté cómo mi sexo se humedecía sin control. Lo necesitaba. Mi cuerpo, mi alma, habían estado vacíos sin él.

—¿Eso me harías también ahora? —lo incité.

Acaricé su rodilla con mi mano, subiendo por su muslo, hasta que lo oí contener la respiración.

—Haría mucho más. —La promesa implícita en su voz ronca me lo confirmaba—. Y ya lo hubiera hecho si no tuvieras a ese imbécil esperándote no sé dónde para pasar la noche contigo. Pero no te quiero a medias. Te quiero por completo para mí. Sin compartirme con nadie más.

Sonaba tan, tan bien todo lo que acababa de decirme...

Suspiré en su boca y esta vez fui yo quien rocé de forma sensual mis labios con los suyos. Despacio, con suavidad, pero pronto me encontré succionando y lamiendo. Lo saboreé. Estaba a punto de perder el control por completo. En cambio, me separé de él unos centímetros para ver su reacción.

Adri tenía el rostro desencajado. Era indudable que estaba haciendo un enorme esfuerzo por no dejarse llevar.

—¿Y si te dijera que yo también quiero lo mismo? —Las palabras salieron solas de mi garganta, traicionando la poca voluntad que me quedaba.

Justo en ese momento se desató la locura.

Me acogió entre sus brazos para sentarme sobre su regazo y se apoderó de mi boca con una necesidad tan grande de mí, que me hizo sentir única. Y ahí, sintiendo sus manos por debajo de mi vestido, con sus caricias audaces y, a la vez, con su lengua, que se internaba en mi boca para buscar la mía, supe que al fin estaba en el lugar del que nunca debí irme.

—Joder. No puedo más —farfulló.

Gemí al primer roce de su lengua con la mía, ávida de mí, lo que me hizo entregarme a su beso con todo el deseo que guardé bajo llave durante tantos años. Un anhelo tan profundo y real como calientes eran sus dedos mientras acariciaban la cara interna de mis muslos.

Jadeé sin control. Lo necesitaba dentro de mí.

Me besaba, acariciaba su lengua con la mía una y otra vez, sin descanso. De vez en cuando me mordía con suavidad los labios. Se dejó arrastrar por la misma pasión que me consumía a mí por dentro, y yo le devolvía cada uno de sus besos para tratar de recuperar el tiempo que nuestras bocas habían estado separadas. Besos lentos, condenadamente largos y profundos en los que nos

entregábamos el alma y nos decíamos lo mucho que nos habíamos echado de menos.

Éramos uno. Como antes. Como siempre debió ser.

Cuando pensé que ya no podría soportar tanto deseo, Adri se sostuvo en el escalón con su mano izquierda y se levantó de su improvisado asiento sin dificultad alguna, pese a que me cargaba a mí con su brazo derecho. A continuación, me apoyó contra la pared de uno de los reservados, que era la zona más privada del local, resguardada por una enorme cortina negra de terciopelo tupido.

Sin más dilación, volvió a fundirse conmigo en otro beso interminable, profundo y lento que me hizo suspirar extasiada, mientras sus manos me subieron el vestido hasta las caderas para situarse entre mis piernas un poco separadas. Solo entonces empujó su pelvis, rozándose de forma sensual con esa parte de mi anatomía que tanto anhelaba sentirlo dentro.

Duro, palpitante, sediento de mí.

—Quiero metértela hasta el fondo. Despacio, muy despacio para que me sientas bien — musitó contra mi boca.

Jadeé sin control al escuchar su deseo, que era también el mío.

—Hazlo. Ahora.

Adri sonrió, una sonrisa triste que auguraba que no me gustaría lo que vendría después.

—No lo voy a hacer. —Me besó de nuevo, esta vez con un beso profundo, largo, pero más intenso aún—. No voy a volver a tocarte hasta saber que ese gilipollas no forma parte de tu vida. No. Los celos me consumen cada vez que lo veo junto a ti. No voy a volver a besarte hasta estar seguro de que no te comparto con él. Que puedes entregarte libre y por completo a mí.

Mi corazón me impulsó a revelarle que era así. Que Jorge y yo habíamos roto esa misma noche nuestra superficial relación, pero entonces recordé otra vez lo mucho que sufrí por su culpa cuando se fue a Nueva York sin siquiera darme una explicación. Rememore cómo el dolor fue mi compañero durante años, y recordé también que Adri solo estaba en Madrid de paso, que nuevamente se iría en cuanto su padre se recuperase.

Volvería a dejarme con el alma rota.

No. No. No cometería el mismo error del pasado.

—Tienes razón. Esto no es una buena idea.

Me quedé en silencio. Sondeé su mirada durante largos minutos.

Vislumbré en mi cabeza lo que sucedió entre nosotros años antes. Sí, fue un error tras otro. Decisiones estúpidas que me llevaron a sufrir como nunca en mi vida. Pero esta vez era diferente.

—No podemos hacer esto otra vez —mascullé, más para mí misma que para él—. No. No podemos.

Cerré los ojos con fuerza para apartar las imágenes de mi mente de inmediato. Deposité un último largo beso en su boca para acallar cualquier posible réplica y después me fui sin decir nada más.

Capítulo 25

Aunque tú no lo sepas

Adrián

Diez años antes

¿Vas a esperar hasta el último día para invitarme a tu fiesta de cumpleaños? Te advierto que como lo hagas, no asistiré, y me ocuparé de que Raúl tampoco vaya. Ese día tenemos un entrenamiento importante, y si los dos capitanes no nos ponemos de acuerdo para aplazarlo un día... ¡ya sabes lo que hay!

Nota pegada en el espejo de la habitación de Carla

¿Cómo te atreves a entrar en mi cuarto cuando no estoy? Encima, para dejarme una estúpida nota. Eres un... ¡imbécil! Que sí. Está bien. Pesado. Te invito a mi cumpleaños, pero no fastidies a Raúl para vengarte de mí. Ya sé que sois compañeros en el equipo de fútbol, pero déjalo en paz. No lo metas a él en medio de nuestras disputas.

Nota pegada en el asiento de la moto de Adrián

No estaba siendo mi mejor semana. Ni mucho menos.

Llevaba varios días consecutivos discutiendo con mi padre por mis estudios, por culpa de la carrera universitaria que él quería que estudiara y yo me oponía a hacer de forma rotunda. Yo quería centrarme en terminar mis estudios de inglés para irme a hacer la carrera de gastronomía a Nueva York, y especializarme después en repostería, pero mi padre insistía en que debía ir a la universidad para hacer Empresariales, al igual que Carla.

—¿Ya te vas? —alzó mi madre la voz desde el salón.

—Sí. Hoy es el cumpleaños de Carla y no quiero que se vuelva a enfadar conmigo otra vez por llegar tarde.

—De acuerdo. Pero no te olvides de llevarte el regalo que le has comprado.

Su regalo. Ese que no tenía ni la más remota idea de cómo dárselo sin sentir vergüenza. Lo único que tenía claro era que debía entregárselo a solas. Ni de broma iba a dejar que lo abriera delante de todo el mundo. Era demasiado personal.

No tardé mucho en llegar. Desde que mis padres me habían regalado la moto, me resultaba más sencillo desplazarme por la ciudad y, dicho sea de paso, también era un buen aliciente para ligar, ya que a la mayoría de chicas de mi edad les encantaba montar en moto, y yo lo utilizaba como excusa para entrarles.

La fiesta se celebraba en la casa del padre de Carla, aprovechando que Pedro y su nueva esposa estaban de viaje. Una buena noticia para los invitados, porque así podían disfrutar a sus anchas sin adultos de por medio. En cambio, a mí me daba pena que el padre de Carla no estuviera presente en el cumpleaños de su hija.

—¿Se puede? —pregunté al ver la puerta de entrada abierta de par en par.

—Pasa, pasa —me indicó una de las amigas de Carla—. Esta vez llegas a tiempo. Carla está

en el salón abriendo los regalos.

Al ver a toda esa gente alrededor de Carla, escondí mi regalo en uno de los bolsillos de mis vaqueros. Ya tendría ocasión de darle mi presente cuando lograra quedarme a solas con ella durante un rato.

Mis ojos se agrandaron al fijarme en ella. Estaba guapísima. Desde que había empezado a pintarse, hacía un par de años, parecía mayor de la edad que tenía. Aunque, a mí me gustaba mucho más cuando no iba maquillada.

Mi ceño se arrugó al ver quién estaba sentado a su lado.

Raúl.

Ese gilipollas no la dejaba tranquila ni a sol ni a sombra. Para colmo, Carla estaba encantada con su compañía.

La verdad es que me sentó fatal enterarme de que a Carla le gustaba el más chulito de todos mis compañeros del equipo de fútbol. Un niño de papá que solo sabía fardar del dinero de su familia, que no hacía más que dar patadas durante los partidos y meterse en problemas.

—¿Quieres algo de beber? —me dijo otra de las amigas de Carla que pasó por mi lado.

—Sí.

—Pues ven conmigo. Hay de todo en la sala donde están poniendo la música.

Realmente, no me apetecía demasiado, pero necesitaba salir de allí para no presenciar el tonto que Raúl y Carla se traían frente a todo el mundo.

Me hervía la sangre solo con verlos juntos.

No es porque no estuviera acostumbrado, ya que no era el primer tío con el que salía Carla. Pero con este era diferente. Este le gustaba de verdad, y yo no soportaba la idea de saber que, a partir del siguiente curso, iban a pasar varios años estudiando la misma carrera, en la misma universidad y convivirían en la misma residencia.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la noche, con música, pizzas, bebidas... incluso alcohol que alguien coló, pese a que la mayoría aún no teníamos los dieciocho.

Justo me estaban ofreciendo una de esas bebidas alcohólicas cuando vi aparecer frente a mí a una sonriente Carla.

—Felicidades —le manifesté en voz baja.

—Dichosos los ojos —me echó en cara ella—. ¿Dónde te habías metido? Llevo una hora buscándote. Por cierto, gracias por felicitarme.

Alcé las cejas, sorprendido. Pero supe reaccionar rápido.

—Estaba en el jardín trasero... con Vanesa —mentí.

Carla se ruborizó al comprender lo que estaba diciendo.

—Oh, vaya. ¿Estabais enrollándoos...?

—Ajá —volví a mentir.

No es que no me enrollara con chicas porque, en realidad, no podía quejarme en ese aspecto. Además, Vanesa era una de las chicas con las que solía salir de vez en cuando. Pero ese día no me apetecía. Quizás... Quizá me había afectado más de lo que quería admitir ver a Raúl y a Carla besuquearse. Tal vez me había hecho falsas ilusiones respecto al regalo que tenía para ella y su reacción al verlo. Digamos que era mi manera de darle a entender que sentía por ella algo más profundo que la amistad de tantos años o, mejor dicho, enemistad...

De cualquier manera, era evidente que Carla no sentía lo mismo por mí. Y ya hacía meses que había perdido toda esperanza de que pudiéramos tener algo más allá de nuestra relación de siempre. En resumidas cuentas: pelearnos, reconciliarnos, volver a discutir...

—Vaya. No sabía que te gustaba Vanesa. —Se tocó el cuello, visiblemente incómoda—.

Pero me alegro por vosotros. Espero que no sea un simple rollete, como tú dices.

—Ya veremos —me hice el misterioso, pero no funcionó.

La cumpleaños parecía estar más atenta a un punto en concreto de mi jersey que a otra cosa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Tengo alguna mancha? —me alarmé.

Me miré para cerciorarme, pero no vi nada fuera de lugar.

—No te has manchado, tonto. Pero, ¿no se te olvida nada? —Extendió su mano y cerró los ojos—. Tu madre me ha dicho que me va a encantar. ¡Qué nervios!

Joder.

Su regalo.

Casi se me había olvidado dárselo. No obstante, cuando recordé de qué se trataba, las manos comenzaron a sudarme. No podía dárselo allí, con tanta gente a nuestro alrededor.

—Ven conmigo —le pedí, en un impulso.

La sujeté de la mano y tiré de ella con suavidad para que me siguiera.

—¿Qué haces? ¿A dónde vamos?

No paré hasta salir al patio trasero, donde Carla y su madre solían tomar el sol y se bañaban en la piscina cuando hacía buen tiempo, hasta que ocurrió el trágico suceso.

Cuando llegamos a la parte ajardinada, me senté en uno de los bancos de piedra, y Carla hizo lo mismo.

—¿Vas a decirme qué pasa?

La miré en silencio.

—¿Recuerdas aquella vez que mi abuelo nos preguntó cuál era nuestra palabra preferida? —comencé.

—Sí. El día que nos enseñó a hacer berlinas.

Saqué la mano temblorosa del bolsillo de mis pantalones y le ofrecí una pequeña cajita.

—Yo también lo recuerdo. Aquella tarde conversamos con mi abuelo sobre palabras bonitas, y después nos hinchamos a comer las berlinas que habíamos hecho en el obrador.

Sonrió. Me miró con ojos curiosos la mano y luego a la cajita de terciopelo, alternativamente. Con suma delicadeza, la recogió con sus dedos, la puso sobre su palma y la abrió.

Sus ojos refulgieron con un brillo que no había visto nunca antes en ellos cuando vio la pequeña miniatura con forma de berlina, a modo de colgante. Pero sus emociones se desbordaron cuando le dio la vuelta y leyó la inscripción grabada alrededor de la berlina.

—Siempre —leyó con la voz quebrada—. Es... Es mi palabra preferida. Lo has recordado.

Me sentí abrumado, tentado de abrazarla, pero me contuve.

—¡Pues claro! —me limité a señalar.

—Gracias —musitó, con la voz rota por la emoción.

Lo que menos esperaba en aquel momento era que Carla se lanzara y me envolviera en el mismo emotivo abrazo que yo le había querido dar segundos antes. Tanto me sorprendió, que tardé un poco en reaccionar, pero al final la apreté contra mi torso queriendo retener ese instante para siempre en mi memoria.

Su dulce aroma me nubló la mente, y mi cuerpo reaccionó por primera vez a su contacto, excitándome como nunca me había ocurrido con las chicas con las que solía liarme. No era simple atracción, se trataba de algo más profundo, más irreal. Una jodida locura que me hacía desear más, pero no sabía el qué. Más de ella. Más de nosotros.

Carla era diferente.

Ella era... ¿mi alma gemela?

De repente, me separé de ella con el corazón palpitando a toda velocidad.

Necesitaba respirar, porque no todos los días uno descubría que estaba enamorado hasta las trancas de la misma chica que le había hecho una trastada tras otra desde la niñez.

—No tienes que darme las gracias —balbuceé—. Es solo un detalle.

Me levanté del banco de piedra, poniendo espacio entre nosotros.

—Pues tu madre tenía razón —prosiguió ella—. Me ha encantado tu regalo. —Y me dio la estocada final—. Ya verás cuando se lo enseñe a Raúl.

Raúl.

Ese maldito nombre resonó en mis oídos para atormentarme.

—¿Raúl y tú... estáis juntos? —La pregunta salió de mi boca sin mi permiso.

Carla ladeó la cabeza, pensativa.

—Bueno, digamos que no, pero tengo la esperanza de que hoy se decida de una vez por todas y demos un paso más allá.

Mi cabeza dio vueltas, asimilando las emociones encontradas que había experimentado en tan solo unos minutos. Acababa de descubrir que Carla era mi alma gemela y, al mismo tiempo, debía aceptar que para ella yo no era más que el chico que le gastaba bromas pesadas; con el que discutía y luego hacía las paces. El que siempre estaba ahí cuando necesitaba desahogarse, y con el que pagaba su mal humor cuando tenía un mal día.

Su enemigo.

Su amigo.

Pero nada más.

—Bueno. —Me aclaré la garganta, buscando las palabras correctas para no meter la pata una vez más—. Espero que os vaya bien. Yo... Es tarde y, como ya te he dado tu regalo, creo que me voy a ir ya. Mañana tengo entrenamiento otra vez. Necesito descansar.

Carla asintió, aunque su semblante denotaba preocupación.

—Bueno, pero ¿estás bien? Te has quedado sin color en la cara después de darme tu regalo.

Mi espalda se tensó de forma instantánea.

—¿Yo, pálido? Bah, tonterías —traté de fingir que no me pasaba nada—. Estoy perfectamente. Es solo... cansancio. Ya sabes. El instituto, entrenamiento, Vanesa...

Carla hizo un gesto con la mano.

—Vale, vale. No es necesario que entres en detalles —rio—. Vete a casa. Y... gracias otra vez por tu regalo. —Miró el colgante con ojos embelesados, y añadió—: Te aseguro que no lo voy a olvidar jamás y lo voy a cuidar como si fuera un tesoro.

Esta vez fue mi turno de asentir con la cabeza.

—Eso espero. —Mi voz me traicionó al sonar más ronca de lo que pretendía—. Nos vemos mañana, bichejo.

Puso los ojos en blanco.

—Nos vemos mañana, idiota.

Arranqué mi moto, que estaba aparcada en la parte delantera de la casa y miré por última vez hacia el interior, a través de la ventana principal. Al ver que Carla se reunía con Raúl, mi corazón se resquebrajó otro tanto, así que me largué de allí a toda velocidad para intentar borrar esa imagen de mi mente de una vez por todas.

Capítulo 26

Vas a quedarte

Carla

En la actualidad

Los nuevos dulces navideños comenzaron a distribuirse a partir de la segunda semana de noviembre, con casi un mes y medio de retraso; sin embargo, los encargos que recibimos rompieron todas las expectativas, pues el volumen de pedidos superó con creces lo previsto.

—¿Estás segura de que hay suficiente aprovisionamiento para cubrir esa avalancha de peticiones? —interpeló Gabriel por tercera vez desde el otro lado del teléfono.

Sonreí, orgullosa del enorme trabajo que estaba llevando a cabo y que al fin empezaba a dar sus frutos.

—Que sí. Deja de preocuparte por eso y descansa. Tienes que estar tranquilo para afrontar la operación de la semana que viene. ¿Entendido?

Gabriel protestó unas cuantas veces más, pero calló de golpe cuando su mujer le arrebató el auricular y se puso al aparato.

—No te va a hacer caso —gruñó, alterada—. Este hombre va a terminar conmigo, porque no hay quien pueda con él. Por más que le pido que se calme, que todo está bien en la empresa, no me cree. Díselo tú. —Y escuché cómo volvía a pasarle el móvil a su marido.

Solté una sonora carcajada ante la divertida discusión que mantenían Luisa y Gabriel, ahora bien, una nota de nostalgia se apoderó de mí al percatarme de la suerte que tenía Adrián al tener vivos y felices a sus padres, pese al difícil momento que estaban atravesando por culpa del infarto.

—De acuerdo —concedió él con resignación—. No es necesario que os pongáis las dos en mi contra. Ya me ha quedado claro que todo está bien, que eres mejor directora que yo y que tengo que despedirte de forma fulminante a mi regreso, si no quiero que me quites el puesto antes de que me jubile.

Volví a reír, orgullosa por recibir semejante halago. Obviamente, se trataba de una broma destinada a hacerme ver lo mucho que me apreciaba. Pese a que no era necesario que lo hiciera, porque ya sabía lo mucho que los padres de Adri me querían.

—Vale, cascarrabias. Despídeme cuando quieras, que pienso plantarte cara —continué con la chanza—. Pero que sepas que estoy deseando que pase ya la dichosa operación, que te recuperes y que pueda verte pronto dando órdenes por los pasillos de las oficinas. Así que, prométeme que te vas a cuidar y vas a estar tranquilo.

La emoción me embargó. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se me notara en la voz.

—Eso está hecho, pequeña. Te prometo que voy a tomarme las cosas con más calma y que en breve me tendrás por allí.

—Así me gusta. Hasta luego, Gabriel.

—Adiós, bonita —se despidió.

Mi despacho se quedó en completo silencio cuando pulsé el botón de finalizar la llamada, ocasión que aproveché para sentarme frente a mi mesa de trabajo y descansar durante unos minutos, puesto que esa semana estaba resultando agotadora.

Los recuerdos de lo sucedido durante mi fiesta de cumpleaños retornaron a mi mente, como era habitual cada vez que mi cabeza se quedaba libre.

Adrián volvió a ocupar todos mis pensamientos.

Sus interminables besos.

Sus palabras apasionadas.

Su mirada ardiente.

Era imposible no caer bajo su embrujo otra vez y sabía de sobra que, si se enteraba de que Jorge y yo habíamos roto, no pararía hasta llevarme a su cama una vez más, para después romperme el corazón de nuevo. Eso era algo que yo no iba a permitir, aunque me muriera de amor por él. Por más que deseara sentir su boca sobre la mía. Su piel desnuda contra la mía. Su lengua acariciando la mía. Sus susurros eróticos en mi oído. Sus manos rozando mis pezones. Su miembro duro, potente y palpitante mientras me penetr...

La puerta de mi oficina se abrió de golpe.

—¿Por qué no contestas? —El rostro ofuscado de Adri apareció tras la hoja de madera—. Estoy llamando con los nudillos desde hace más de cinco minutos.

Noté cómo un intenso rubor me cubría toda la cara de inmediato, por culpa de las lujuriosas imágenes de ambos con las que estaba fantaseando hasta ese momento.

—Esto... Estaba tan metida en estos papeles —levanté un fajo de documentos y facturas para dar veracidad a mi alegato—, que no me he enterado de que llamabas. Lo siento.

Su expresión se relajó con mi disculpa, pero mis mejillas continuaban igual de coloradas, pues el calor que emanaba de esa zona de mi cara así me lo indicaba.

—No importa. Venía a decirte que sería conveniente que mañana asistamos juntos a la presentación y al primer pase del anuncio televisivo. —Se peinó de forma nerviosa con la mano—. Ya sabes, para que todos vean que nos llevamos bien y que la empresa funciona a la perfección en ausencia de mi padre.

Me abaniqué con disimulo con el montón de papeles, puesto que verlo no había ayudado para que mis latidos alborotados se tranquilizaran.

—Me parece bien.

—¿Te parece bien? —se extrañó—. ¿No vas a discutir, ni vas a enumerarme las razones por las que es una mala idea?

Adri avanzó unos pasos hasta apoyarse en mi mesa de escritorio, tan cerca de mí que pude percibir su fresco perfume a colonia.

—No. No voy a discutir.

—¿Seguro?

—Seguro.

Desplegó una lobuna sonrisa que me erizó la piel. Lo conocía demasiado bien como para saber que esa cara de niño travieso no auguraba nada bueno.

—Bien. Pues entonces, ya que estás de buenas, me gustaría aprovechar para darte mi regalo de cumpleaños, puesto que no te lo di en tu fiesta.

Con pisadas lentas, vi cómo rodeaba mi escritorio para aproximarse a mí, hasta quedar a escasos centímetros de mi cuerpo. De pie. Fornido, atlético y... tan atractivo que me dejó sin respiración.

—Oh. —Fue todo lo que conseguí pronunciar—. Mi regalo.

Ya ni me acordaba del puñetero regalo. Pero al ver que levantaba su brazo para ofrecerme una pequeña cajita de terciopelo azul que había sobre la palma de su mano, me vinieron a la mente recuerdos de otro tiempo.

Sin darme cuenta, me llevé la mano a mi escote.

Adri arrugó la frente en señal de pregunta, aun así, no me dio tiempo a reaccionar, ya que con su otra mano libre recogió el pequeño objeto que colgaba de mi cuello y reposaba entre mis senos.

No dijo nada, pero su mirada bastó para darme a entender que había reconocido la berlina con la inscripción que me había regalado tantos años atrás. Unos segundos después, volvió a soltarla y se concentró de nuevo en su presente obsequio.

—Ábrelo —se limitó a decir, con tono lascivo.

Sujeté la cajita entre mis dedos para abrirla, con mi corazón latiendo a mil por hora. Me costó contener la emoción cuando vi que se trataba de una pulsera de la que colgaban diferentes abalorios en forma de dulces navideños. Réplicas en miniatura de...

—Son los dulces que estamos produciendo —murmuré, maravillada.

Mis ojos se encontraron con los suyos. Había tanto amor encerrado en ellos...

—Sí. Son nuestros dulces.

Nuestros. Lo dijo con tanta ternura que me costó no lanzarme a sus brazos para besarlo tal y como necesitaba. Al igual que la noche de mi cumpleaños. Besos profundos, lentos, húmedos e interminables.

—La pulsera es preciosa —aseveré, sin dejar de fundirme en sus bellos ojos, tan verdes como el color de los bosques—. Es tan bonita...

De pronto me encontré entre sus brazos, con su rostro pegado al mío. Su figura se adaptó a la mía como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Sus manos se posaron en mi trasero, acariciándome como solo él sabía hacerlo, apretándome contra su sexo excitado.

—Tan bonita como tú... —musitó sobre mi boca.

Mi mente le pidió a gritos que me besara, que arrasara mi boca, mi voluntad, mi alma y mi corazón. Sin contemplaciones. Pero no lo hizo. Solo apoyó su mano sobre mi escote, enroscó entre sus dedos el colgante de la berlina que me regaló años atrás, y se limitó a traspasarme con esos faros oscurecidos por el anhelo.

Llameantes. Intensos. Indómitos.

—Siempre —susurró.

—Siempre —repetí en voz baja.

Era mi palabra favorita. La que llevaba grabada la joya que nunca abandonaba mi cuello desde el día que me la entregó.

Sin lograr refrenar mis impulsos, acerqué mis labios a los suyos, pese a todo, Adri me detuvo, poniendo un dedo sobre mi boca.

—Necesito que sepas que me muero por besarte. Como hice el otro día. Me estoy volviendo loco porque no hago más que imaginarme entre tus piernas, haciéndote el amor durante horas. Quiero derretir con besos el invierno de tus labios y calentar con mi deseo la frialdad de tus ojos. —Se calló durante unos segundos para acariciar mis labios con su dedo, y después concluyó—: Pero te advertí que no volvería a tocarte hasta que fueras libre. Y lo voy a cumplir.

El aire frío del despacho me caló hasta los huesos cuando se separó de mi cuerpo y comenzó a andar hacia la puerta.

Sin mediar más palabras, se fue, dejando mi corazón sediento de lo único que lo hacía funcionar. Él.

Sí, mi corazón, mi cuerpo y mi alma lo necesitaban a él. Y solo a él. Para latir. Para respirar. Para vivir.

Capítulo 27

No hay nadie más

Adrián

El estado de excitación de mi cuerpo era inversamente proporcional a mi capacidad para razonar. Cuantas más fantasías eróticas me imaginaba con Carla de protagonista, menos lograba pensar con lógica.

—Gracias —masculló, sorprendida de que le hubiera abierto la puerta del vehículo de forma caballerosa.

—No hay de qué.

Esperé hasta que se acomodó en el asiento de atrás y después cerré con suavidad, sin dejar de admirar cada porción de su bella figura, sobre todo, esas larguísimas piernas que se apreciaban por debajo de la clásica falda que formaba parte del sobrio traje de chaqueta que había elegido para la ocasión.

Nuestros ojos se encontraron para fundirse en una incendiaria mirada, que ella apartó de inmediato, visiblemente abrumada.

Ya no me quedaba ninguna duda de que los dos sentíamos por el otro tanto o más que en el pasado; lo que me llevaba a preguntarme una vez más si estaba cometiendo el mismo error que años atrás al dejarme llevar por esa emoción. Era totalmente consciente de que corría el grave riesgo de volver a sufrir un idéntico desengaño, puesto que Carla ya me había demostrado cuán variables eran sus decisiones.

Una duda existencial que me atormentaba mientras el chófer nos llevaba hasta el lugar donde se iba a hacer la presentación, la cata y se iba a llevar a cabo la primera proyección del anuncio publicitario de los nuevos productos.

Fue la secretaria de Carla quien nos recibió, media hora más tarde, en la entrada del recinto elegido.

—Buenas tardes, Carla, Adrián —nos saludó.

Por una vez, sin formalismos, puesto que no se había dirigido a mí como señor Dueñas.

—Me alegra comprobar que al fin me tuteas.

Bea se ruborizó ligeramente.

—Rápido —nos invitó a seguirla—. Sois los últimos en llegar.

—¿Ha acudido mucha gente? —me interesé.

La asistente desplegó una enorme sonrisa.

—Muchísima. Nunca he visto nada igual en una presentación de nuestra marca —aseveró.

Carla y yo intercambiamos una mirada de complicidad y expectación que fue interrumpida por su estridente tono de llamada de su móvil.

—Ahora no puedo hablar. Está a punto de empezar la presentación —manifestó, poniéndose el teléfono en el oído—. Te llamo después, cielo.

Un ramalazo de celos me invadió desde la cabeza a los pies al escuchar el apelativo cariñoso que, obviamente, iba dirigido a su novio.

La verdad, me costaba entender que siguiera con ese idiota de Jorge como si nada, cuando

cada célula de su cuerpo clamaba por mí. No solo de su cuerpo, cada suspiro, cada pensamiento y cada impulso de deseo, eran míos.

—¿Qué pasa? ¿Tu querido Jorge no puede venir, pero sí se acuerda de controlar tus movimientos? —Las palabras salieron casi solas de mi boca, sin mi permiso.

—No hablaba con Jorge —explicó Carla en voz baja, sin embargo, no la creí.

—Imagino que le hubiera gustado acompañarte, al igual que hizo en el cumpleaños de tu padre. —No pude evitar la ironía—. Ah, no, que tampoco fue porque estaba muy ocupado.

Bea soltó una sonora carcajada que resonó en el largo pasillo por el que caminábamos.

—¿Y qué pinta Jorge en esta presentación? —dijo la secretaria sin volverse—. Si ya ni siquiera están juntos. ¿Verdad, Carla?

—Joder, qué oportuna para soltar la bomba —se quejó Carla en un murmullo que Bea no escuchó, pero yo sí.

Ya no estaban juntos.

Cuando mi mente asimiló la frase, me quedé clavado en el suelo, lo que provocó que Carla tropezase conmigo, que me seguía muy de cerca. A continuación, me di la vuelta muy despacio para enfrentarla.

Sus ojos esquivaron mi mirada.

—¿Es eso cierto?

—Puede ser.

Se encogió de hombros, mordiéndose el labio inferior, sin dejar de mirarse los pies, como si sintiera remordimientos por algo. No me quedó duda de que Bea había dicho la verdad, pero ¿por qué me lo quería ocultar?

Sujeté su barbilla para apremiarla a mirarme.

—¿Desde cuándo?

—¡Qué más da! —respondió, airada.

Mi frustración iba en aumento, mezclándose con mis dudas, mi necesidad de ella, mis miedos y con una pequeña chispa de esperanza de que esta vez fuera diferente.

—A mí sí me importa saber desde cuándo.

—Pues no es un dato relevante. Y tampoco te incumbe.

Pero no, con ella nada era fácil jamás.

—Por supuesto que me incumbe —proseguí—. Dime. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —fingió inocencia.

Ladeé la cabeza un instante y vi que Bea había continuado su camino, ignorante por completo de que Carla y yo nos habíamos detenido. Justo cuando la administrativa se metió en la sala del fondo, volví a prestar toda mi atención a la mujer que me sacaba de quicio y me volvía loco de amor a partes iguales.

—¿Por qué habéis roto? Y... ¿por qué me lo has ocultado?

De un segundo a otro, la expresión de Carla pasó del remordimiento a la indignación.

—No te lo he ocul...

—Carla... —la interrumpí—. Dime por qué.

Ella suspiró, rindiéndose.

—Porque, aunque he luchado con todas mis fuerzas para que no fuese así, no hay nadie más que tú —profirió en un susurro ronco—. ¿Contento? Ahí tienes tu respuesta.

Seis palabras que respondieron a ambas preguntas. Seis palabras que bastaron para alentarme a agarrar su mano y tirar de ella para caminar en dirección contraria, hasta que hallé una puerta abierta que daba acceso a un diminuto cuarto de limpieza, donde me colé sin dudarlo.

y cerré en cuanto Carla estuvo dentro.

—¡Idiot...!

No le di tiempo a terminar el insulto. Arrasé su boca con desesperación. La apoyé contra una de las estanterías que estaba abarrotada de productos de limpieza y la besé tal y como deseaba. Tal y como había soñado durante los años en los que cerrar los ojos y recordarla era la única forma de reencontrarme con ella.

No fue un beso tierno. No había lugar para la dulzura, solo para la entrega total de mi alma, que estaba destinada a la suya incluso desde antes de nacer.

Marqué a fuego la piel de su garganta, reclamando para mí lo que tanto anhelaba sentir de nuevo.

—Adri... Nos están esperando para hacer la presentación —protestó Carla sin ganas.

—Pues que esperen.

Volví a besarla. Saboreé cada rincón de su boca con una pasión que iba más allá de la razón, entrelazando mi lengua con la suya para fundirnos en una danza erótica que, en vez de calmar mi sed, acrecentó mis ganas de hundirme en su cuerpo para sentirme completo otra vez.

Carla gimió. Un lujurioso sonido que aumentó aún más mi hambre por ella.

—Madre mía. No lo soporto más. Estoy tan cansada de pelear contra esto... Te necesito dentro de mí —me confesó en un susurro mientras se retiraba unos milímetros, buscando mi mirada con sus bellos ojos grises.

Sonreí sobre sus labios y volví a internarme en su boca para rozar mi lengua con la suya en una sensual caricia. Esta vez fue un beso profundo, para sentirlo bien. Cada roce de nuestras lenguas y de nuestros labios me hacía querer más y más. Un beso lento y sin final con el que conseguí que volviera a gemir de puro gozo.

Sus manos comenzaron a buscar mi piel por debajo de la ropa, impacientes, al mismo tiempo que las mías se internaron por debajo de su falda, entre sus muslos, hasta que introduje los dedos dentro de sus braguitas y comprobé lo mojada que estaba.

—¿Me quieres aquí? —Mi voz se quebró al pronunciar la última sílaba.

Jadeó con los ojos velados de placer.

—Ahí. Justo ahí. Muy adentro.

Moví mis dedos, rozándole el clítoris, y Carla gimió tan fuerte que tuve que besarla para acallar sus sonidos de deleite.

Esta vez fue ella la que se apoderó de mi boca y la devoró, la hizo suya, como siempre había sido, porque cada pedazo de mí estaba creado a conciencia para ella. Solo para ella.

Noté que temblaba entre mis brazos, pero no supe si era solo ella o yo también me estremecía de la misma forma ante el contacto de su piel. Con avidez, sus manos se deslizaron por mi torso hasta encontrar los botones de mis pantalones y comenzaron a desabrocharlos con impaciencia.

—¿Carla? ¿Adrián? —Una voz estridente atravesó la puerta desde el pasillo—. ¿Dónde os habéis metido?

¿Está feo decir que se me subieron los huevos a la garganta en una décima de segundo? Pues así ocurrió.

Carla sacó rápidamente las manos de mis pantalones con semblante pálido, y yo comencé a arreglar su ropa como pude porque ella se había quedado paralizada.

—¡Ya vamos! —voceé—. He tenido un percance con el traje y Carla me está ayudando a solucionarlo.

Mi apasionada compañera, la misma que unos momentos antes tenía las manos sobre mi

polla, se puso colorada hasta la raíz del pelo. Pero mi inocente mentirijilla la obligó a reaccionar y comenzó a peinarse el pelo con los dedos. Después, me ayudó a colocar mi ropa.

—Ya salimos. Ya casi está —secundó mi farsa.

Cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo, no pudimos evitar volver a comernos con los ojos, abrasándonos. Y así fue como nos encontró Bea al abrir la puerta del cuarto de limpieza.

—¿Os parece bonito? —gruñó—. Todo el mundo está esperando a que os dignéis a aparecer. Ya no sé qué milonga contar para excusaros, y vosotros estáis aquí haciendo a saber qué.

Traté de mostrarme serio, pero mis labios fruncidos me delataron sin remedio.

—Vaya, vaya. Has pasado de ser Bea la formal, a ser Bea la gruñona —bromeé al salir del diminuto cuartucho.

—¿Bea, formal? —refunfuñó Carla—. Pfff. No la conoces aún.

La secretaria sonrió, lejos de ofenderse. A continuación, me apuntó con el dedo índice directamente a mi torso.

—Deduzco por el rubor de sus caras y por el estado de las ropas de ambos, señor Dueñas —argumentó con sorna, volviendo al formalismo con un evidente tono divertido—, que lo que ha pasado ahí dentro entre mi jefa y usted ha sido algo más intenso que un simple percance. Así que solo le pido que, en adelante, sepa mantener esa sonrisa en la cara de mi amiga, que no le haga daño, porque ya ha sufrido demasiado. Y ahor...

—¡Bea! —protestó Carla.

Reí con ganas sin dejar de admirar el rostro enfurruñado de mi precioso bicho y mi enemiga de la niñez.

—Shhhh. No me interrumpas, jefa. Y ahora, vamos a deleitar al mundo con nuestros renovados dulces —concluyó Beatriz con expresión satisfecha, pese al ceño fruncido de su amiga.

Durante el resto de la tarde, Carla y yo nos dedicamos a llevar a cabo la presentación de la nueva línea de productos navideños de Dulces Dueñas, con toda la ilusión puesta en ese gran proyecto, que no era más que el resultado de los sueños de dos niños que crecieron con la magia de la repostería bajo sus alas.

Carla estaba exultante, exhibiendo una seguridad innata para dirigir, para comandar una gran empresa como la de mi padre. No me quedó duda alguna de que había nacido para ese puesto, pues ni siquiera se inmutó en su discurso cuando se dio cuenta de lo arrugada que estaba su blusa bajo el traje. Se limitó a lanzarme una mirada ardiente y después me dedicó una sensual y tímida sonrisa que terminó por encenderme la sangre otra vez.

Sí. Tuve que contener mis ganas de subir a la palestra, cargarla sobre mi hombro y llevármela de allí, cual troglodita salido, para echarle ese pedazo de polvo que teníamos pendiente desde hacía años... En cambio, mi ávido deseo de sentirla entre mis brazos, tuvo que esperar una vez más.

Capítulo 28

Limón y sal

Carla

Nueve años antes

No te he visto en todo el verano. ¿Ni siquiera vas a despedirte de mí antes de irte a Nueva York? La verdad, pensaba que después de todos estos años... ¡en fin! Si cambias de opinión y decides decirme adiós, estaré en mi residencia, trasladando mis cosas.

Nota pegada en el espejo de la habitación de Adrián

¿Quién es ahora la que se cuele en mi habitación para dejarme una nota? Mmmm. ¿Intuyo por tus palabras que me has echado de menos este verano? No me lo puedo creer. Y yo que pensaba que es tu querido Raúl el que ocupa todos tus pensamientos durante el día y la noche...

Nota pegada en una de las cajas de mudanza de Carla

Por acciones como esta lo detestaba desde siempre.

Despegué la nota de la caja y la guardé en el viejo recipiente de metal, donde tenía el resto de los póstos que me había escrito durante tantos años. De todas maneras, la melancolía se apoderó de mí al verlas. Casi un centenar de papilitos de todos los colores, escritos a mano por él. Mi enemigo. Mi mejor amigo... El único que siempre había estado a mi lado, en lo bueno y en lo malo.

Me entristecía tanto saber que durante los siguientes años apenas íbamos a vernos.

Él en Nueva York, estudiando en una prestigiosa universidad, y yo en Madrid, estudiando ADE.

Había llegado el momento de separar nuestros caminos, y yo no estaba preparada para afrontarlo aún.

—¿Y esa sonrisa? ¿Otra vez fantaseando con Raúl? Buuuuff, ¿lo ves? Por eso no he querido verte en todo el verano. Estás insoportable.

Mi corazón latió desbocado al reconocer su voz.

—¡Adri! Has venido. —De repente, me sentí cohibida. Rara.

Me acerqué a él con pasos lentos. Tras varios meses sin verlo, descubrí cuánto le había echado en falta. Dudé, pero al final rodeé su cuello con mis manos, pasando por alto sus protestas porque, pese a su ceño arrugado, el brillo de sus ojos me decía que él también me había echado de menos.

—¿Qué haces? Tú nunca actúas así —gruñó, y se deshizo de mi abrazo como un perro que se quita las pulgas de encima—. ¿Qué van a pensar nuestros compañeros de residencia?

Estaba tan sorprendida por su visita que ni siquiera reparé en sus palabras, tan solo pensaba en que yo le importaba lo suficiente como para haber ido hasta mi residencia para despedirse de mí antes de iniciar su nueva etapa en Nueva York.

—Vale, vale. Deja de quejarte y pasa —lo invité—. ¿Has visto esto? No es como la

habitación que tengo en casa de mi padre, pero no está nada mal, ¿verdad? Me conformo con haber perdido de vista de una vez por todas a la mujer de mi padre...

Ese era el principal motivo por el que me decanté por vivir en la residencia, en vez de permanecer en la casa familiar, aun sabiendo que mi casa estaba a una hora de distancia de la universidad. Pero no soportaba la idea de pasar ni un día más bajo el mismo techo que la caprichosa de Desirée.

—Me gusta más la mía —parloteó Adri—. Es más grande, y tiene mejores vistas.

Lo miré, ceñuda, cuando caí en la cuenta de lo que me había dicho.

—Antes has dicho «nuestros compañeros de residencia» —aduje.

—Claro.

Sin mirarme, se limitó a asomarse por la ventana, ignorándome adrede.

—No te entiendo —insistí—. No son tus compañeros, son los míos.

Solo entonces se dignó a darse la vuelta y a dirigir sus ojos hacia los míos. Directos. Burlones.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero no supe por qué.

—Ah, ¿no te lo he dicho? Es verdad, que no he podido contártelo porque no nos hemos visto en todo el verano.

Me crucé de brazos, impaciente.

—¿Decirme qué?

Adri puso un dedo debajo de mi barbilla y sonrió de forma insolente.

—Que no me voy a Nueva York. Que al final he decidido hacerle caso a mi padre: asistiré a esta universidad. Contigo.

Parpadeé varias veces, sin disimular mi asombro.

—¿Conmigo?

Él asintió.

—Voy a estudiar Administración y Dirección de Empresas. Igual que tú.

Mis latidos se detuvieron por un instante.

—¿En serio?

Adrián dejó de sonreír, y en su lugar compuso una expresión de total confusión.

—¿Te alegras? ¿O te ha disgustado la noticia? —dudó.

Me dejé llevar por un estúpido impulso. Volví a acercarme a él, emocionada. Pero esta vez no me atreví a abrazarlo, tan solo puse mi mano sobre su pecho y acerqué mi rostro al suyo. Sentí que todo en mi mundo volvía a estar bien.

—No lo sé. Sí. Es que estoy tan sorprendida que no sé qué decir —le susurré, luego apoyé mi frente sobre la suya.

Cara a cara. Tan cerca. Nuestras respiraciones se mezclaron la una con la otra por primera vez. Casi sin tocarnos.

Una sensación extraña se apoderó de mí. Un sentimiento cálido que jamás había experimentado antes. ¿Qué diablos significaban esas cosquillas en la boca del estómago?

—Estaba convencido de que te enfadarías al saber que no te ibas a librar de mí tan fácilmente.

Admiré sus preciosos ojos. Su nariz recta. Sus labios carnosos...

—No. Sí. Yo...

¿Qué me pasaba? ¿Desde cuándo Adri había dejado de ser mi eterno enemigo? ¿Por qué me sentía tan bien al abrazarlo, al estar cerca de él? Quizá el haber estado tres meses sin verlo había despertado en mí algo que no esperaba. Tal vez notar su ausencia me obligó a darme cuenta de lo

mucho que lo necesitaba en mi vida.

La puerta de mi habitación se abrió de improviso, para dar paso a un exultante Raúl.

—¿Ya se ha instalado mi chica favorita?

Adri y yo nos separamos de forma abrupta.

—¡Ra! —exclamé—. No sabía que ya estabas por aquí.

Se acercó a mí para depositar un rápido beso en mi boca, ajeno del todo al batiburrillo de sentimientos que batallaban en mi interior en ese preciso momento.

—Hola, Raúl —lo saludó Adri, y él le correspondió con un leve movimiento de cabeza.

—Hola.

Raúl y yo comenzamos a salir juntos ese mismo verano. Era un chico estupendo que me hacía sentir bien. Aunque, a decir verdad, acababa de descubrir que no me provocaba fuegos artificiales en el pecho, como me había pasado justo unos minutos antes.

Miré a Adri. Luego, noté cómo el suelo se abría a mis pies al percibir una intensa tristeza en sus ojos.

—Bueno, será mejor que me vaya —farfulló—. Imagino que tendréis ganas de pasar un rato a solas.

Me quedé clavada en el sitio, observando cómo se marchaba. Aturdida por el caos que se había apoderado de mi mente, no logré reaccionar.

—Adiós, Adrián —se despidió Raúl.

Estaba bloqueada. Solo salí de mi estado de parálisis momentánea cuando vi que Adrián desaparecía de mi vista entre los estudiantes que transitaban por el interior de la residencia.

—¡Adri! ¡Espera!

—¿A dónde vas? —me preguntó Raúl.

—No tardo —le respondí, a continuación, salí de mi habitación a toda prisa para alcanzar a Adrián.

—¡Adri! —volví a llamarlo, y esta vez sí me escuchó.

Choqué con su torso de piedra al detenerse y darse la vuelta.

—¿Qué pasa ahora, bicho?

Otra vez se mostraba arisco, como siempre. Pero ya me daba igual, lo conocía demasiado bien como para saber que eso era algo que él solía hacer para no demostrar sus sentimientos verdaderos. Era una coraza de frialdad con la que solía disfrazarse para no resultar herido.

—¿Te veré por aquí después? —le pregunté.

Su sonrisa traviesa volvió a su cara.

—Por supuesto. Me verás toooodos los días. Voy a ser tu vecino de abajo, así que no te va a quedar otra más que soportarme durante el curso entero.

Me tocó la nariz con su dedo índice en un gesto de despedida, y comenzó a alejarse otra vez.

—¿Mi vecino de abajo? —alcé el tono para que me oyera—. Pues entonces, prepárate, porque pienso despertarte todos los días taconeando en el suelo.

Adri me hizo un gesto obsceno con la mano y no pude evitar soltar una carcajada.

—Eso está por ver —gritó desde lejos.

—Lo verás. Créeme.

—Pues atente a las consecuencias. Quedas advertida. —Su voz me llegó amortiguada por la distancia.

Lejos de molestarme, regresé a mi habitación con una sonrisa boba en la cara que no era ni medio normal.

Qué más daba todo lo demás. Adri no se iba a Nueva York, se quedaría conmigo, y eso era lo único que me importaba. Más adelante, ya tendría tiempo de meditar sobre las razones por las que su presencia era tan importante para mí.

Capítulo 29

Deja que te bese

Adrián

En la actualidad

Las siguientes semanas fueron un compendio de idas y venidas, tanto en la empresa como en el hospital, puesto que la operación de mi padre nos sumió en un estado de agitación constante, hasta que los médicos nos confirmaron que todo había salido bien. Solo entonces pudimos relajarnos y dejar que la recuperación siguiera su curso.

—¿Aún no han dicho cuándo te darán el alta?

La voz de Carla me hizo detenerme en el umbral para deleitarme con la visión de su presencia, algo que no ocurría con la frecuencia que yo deseaba desde la presentación de los nuevos productos. Desde ese día, nuestros encuentros se limitaban a meros cruces de miradas por los pasillos de las oficinas y breves intercambios de opiniones sobre la campaña navideña, pese a mis intentos frustrados por tener una conversación a solas con ella. Una conversación, que dicho sea de paso, ella evitaba a toda costa.

—No. Imagino que será esta semana, pero todavía no sé qué día exactamente —le contestó mi padre desde la cama, aún convaleciente, pero cada día con más fuerzas.

—Bueno, ya no queda nada para que puedas terminar de recuperarte en tu casa, viendo el montón de películas navideñas que ya han puesto en todas las plataformas de *streaming* para celebrar que se acerca la Navidad —bromeó ella.

—¿Películas navideñas? Lo que me faltaba.

Diez días después de la intervención, mi padre continuaba ingresado en el hospital, aunque su salida era inminente, para descanso de todos. Que era un hombre con una fortaleza innata ya lo sabía, aun así, me sorprendió sobremanera lo rápido que se había repuesto del postoperatorio, pero los médicos decían que era algo normal hoy en día. En cambio, los tres primeros días fueron bastante complicados.

Pese a que me costase admitirlo, verlo en la UCI tan vulnerable durante las cuarenta y ocho horas posteriores a la intervención quirúrgica, me hizo plantearme que tal vez Carla tuviera razón y las diferencias que nos separaban no eran tan insalvables como yo creía. Por ese motivo, algunos días iba a hacerle una breve visita, en las que intentaba entablar una superflua conversación, hasta que se fatigaba, que era algo frecuente. Si bien, ninguno de los dos se atrevió a sacar a colación, durante esas tímidas conversaciones, los temas espinosos que se habían ido enquistando para ambos con el paso del tiempo. Y la verdad es que era lo más indicado, por el momento.

—Supongo que ver películas navideñas es mejor que soportar las cancioncitas de mi hijo, que de pequeño parecía un elfo de la Navidad, no paraba de entonar un villancico tras otro hasta después de Reyes —replicó mi padre.

Carla rio abiertamente.

—Se ponía bastante pesado, sí. Pero en el fondo era adorable la manera en la que disfrutaba

de estas fiestas. De hecho, cuando éramos niños, él era el único que conseguía sacarme una sonrisa cuando la melancolía me sobrepasaba por la pérdida de mi madre.

Enarqué una ceja al comprender que Carla acababa de defenderme de las bromas de mi padre.

—De algo ha servido la buena educación que su madre y yo le hemos dado, a pesar de que después no haya seguido ninguno de mis consejos, el condenado.

Carla entrecerró los ojos.

—Yo creo que no lo ha hecho tan mal. Solo ha perseguido sus propios sueños, y está visto que sabía lo que se hacía. Ha llegado muy lejos sin ayuda de nadie.

—Porque es cabezota hasta decir basta —reiteró mi padre.

—Lo sois los dos. Si os arriesgarais a tener esa conversación que nunca habéis tenido por culpa de vuestra cabezonería, os daríais cuenta de que vuestras posturas están más cerca de lo que ambos creéis —sentenció ella—. Además, sí que te ha hecho caso en algunas de tus recomendaciones. Te recuerdo que, aunque él quería estudiar gastronomía en aquella universidad de Nueva York, al final se decantó por hacer primero la carrera de ADE aquí, en Madrid, tal y como tú le pediste.

Casi dejé caer de mis manos el abrigo que me acababa de quitar, al escuchar la vehemencia con la que Carla estaba apoyando mi causa. Era algo que no esperaba.

—Te equivocas, pequeña. No lo hizo por complacerme. Adrián solo accedió a hacer esa carrera para no alejarse de t...

Oh, oh. Sin duda, era el momento perfecto para hacerles notar mi presencia.

—¿Se puede? —interrumpí, fingiendo no haber escuchado toda la conversación.

Los dos se sorprendieron al verme entrar, sobre todo Carla, que se tensó tanto en la silla donde estaba sentada, que vi cómo sus nudillos se emblanquecían al aferrarse con ambas manos a los laterales.

—Pasa, Adrián. Vaya, esto sí que no me lo esperaba. —Mi padre me miró desde la cama con una mezcla de asombro y emoción contenida.

—Bueno, solo estoy haciendo lo que corresponde. Ni más, ni menos —dije, abrumado.

Él asintió, sin dejar de observarme con ese deje de enternecimiento en sus ojos.

—Sea como sea, te agradezco que hayas venido hoy a verme. ¿Sabes? Justo estábamos hablando de ti cuando has llegado. Carla cree que hace años elegiste estudiar Administración y Dirección de Empresas por complacerme.

La observé de reojo y percibí la mirada interrogante que me lanzó.

A pesar de mi interrupción, no me iba a librar de confesar la condenada verdad sobre ese asunto.

—En parte, sí. Así es.

—No digas tonterías —me contradijo mi padre—. Mis deseos te importaban un pimiento. Sabes tan bien como yo que decidiste quedarte en Madrid para no perder de vista a la chica por la que bebías los vientos en esa época.

—¿Te refieres a esa tal Vanesa? —intervino Carla, mordaz.

La contemplé, dudando de si sacarla de su error o dejarlo estar, pero decidí que ya era hora de llamar a las cosas por su nombre.

—No. Vanesa solo fue algo pasajero. Mi padre se refiere a ti.

El recién operado desplegó una comedida sonrisa, acompañada de un intento por decir algo más que terminó en una suave tos, debido a su convaleciente estado.

En cambio, la expresión de mofa del rostro de Carla se borró de un plumazo con mi

confesión, dando paso a una incendiaria mirada con la que me traspasó con sus bellos ojos grises.

—¿Yo? —balbuceó.

En ese momento, quise llevármela de aquella fría habitación de hospital para hacerle el amor y decirle todo eso que no tuve ocasión de decirle antes, ya fuera por las circunstancias o porque, simplemente, no me atreví a hacerlo. Era curioso que durante lo que vivimos juntos, nunca tuvimos la oportunidad de sentarnos a hablar largo y tendido de lo que sentíamos el uno por el otro, ni siquiera cuando todo se fue a la mierda.

—Ya está aquí la merienda —anunció una agradable mujer de mediana edad, que entró en la estancia portando una bandeja sobre sus brazos.

Carla no se movió ni un centímetro, sin apartar sus ojos de los míos ni un segundo.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que te deje descansar y que meriendes tranquilo. Se hace tarde, no he traído el coche y aún quiero pasarme por la oficina para recoger unos documentos —argumentó Carla.

—Si quieres, puedo llevarte yo —le ofrecí en voz baja—. He traído uno de los vehículos de la empresa.

—Pero si acabas de llegar. No quiero ser una carga para ti.

—Tan solo me he pasado para ver cómo va la recuperación. Ya he comprobado que todo va bien y he cumplido.

—Claro. Idos —intervino mi padre, supuse que en un intento de echarme un cable—. Seguro que los dos tenéis cosas mejor que hacer que verle la cara a este viejo gruñón.

Carla asintió lentamente.

—De acuerdo, pero...

—Nada de peros. Marchaos. En un rato llegará Luisa y no puede haber tantas visitas a la vez en una habitación de hospital, ¿a que no? —Fue mi padre el que le habló a la auxiliar, guiñándole un ojo, cómplice.

—Cierto, señor Dueñas —corroboró la mujer que iba con el uniforme del hospital.

Los intentos, demasiado obvios, de mi padre por ejercer de Celestina surtieron efecto cuando vi que Carla se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Venga, pues vámonos antes de que se haga más tarde.

Mi padre nos despidió con la mano, mientras la auxiliar le colocaba la bandeja y lo acomodaba en la cama. A continuación, Carla y yo nos dirigimos hacia uno de los ascensores de esa misma planta.

Un silencio incómodo se impuso entre los dos mientras esperábamos la llegada del ascensor, hasta que Carla se puso delante de mí y me obligó a mirarla de frente.

—¿Es verdad lo que has dicho ahí dentro?

—¿El qué? —la provoqué.

Chasqueó la lengua con fastidio.

—Que tú me... Me...

Me divirtió que le diera vergüenza hablar de ello con soltura.

—¿Que ya te quería cuando empezamos a ir a la universidad? —terminé por ella.

Carla se ruborizó intensamente, luego miró hacia un lado y hacia el otro para cerciorarse de que nadie nos estaba escuchando.

—Sí. Eso.

Meneé la cabeza.

—Yo diría que te quería desde bastante antes.

Abrió mucho los ojos. Acto seguido, me puso la mano en la boca y se acercó a mi oreja para

hablarme en susurros.

—¿Quieres bajar la voz? Por si no te has dado cuenta, estamos en un hospital, y esta no es una conversación adecuada para mantenerla en este lugar —siseó.

Aparté su mano, divertido.

—Te recuerdo que has sido tú la que ha empezado. Yo me he limitado a responder a tu pregunta.

Carla soltó un bufido muy poco femenino.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —prosiguió, indignada.

Me encogí de hombros.

—¿Habría servido de algo decirte que me moría por ser yo el que te besara? ¿Que quería ser yo el que se quedara por las noches a escondidas en tu habitación de la residencia para...?

—¡Calla! —me ordenó en un susurro.

Pero sus ojos me decían otra cosa muy diferente.

—Dime —volví a retarla, acercándome más a ella, sin importarme un comino dónde nos encontrábamos—. ¿Hubiera cambiado algo?

Carla se quedó en silencio, con su respiración acelerada, haciendo que su pecho subiera y bajara, agitado.

—¿Y si mi respuesta fuera que sí?

De repente, sonó el suave timbre que anunciaba la llegada del ascensor, y las puertas se abrieron.

Carla y yo entramos en el pequeño cubículo, pero mantuve la compostura hasta que las puertas se volvieron a cerrar. En cuanto estuvimos a solas, pulsé el botón que nos llevaba hasta la planta de abajo. En una milésima de segundo, la hecatombe se desató entre nosotros.

Sin previo aviso, la encerré entre mis brazos, aplastándola contra la pared del ascensor y comencé a besarla con un hambre voraz. Nuestros labios se fundieron en un beso incendiario, como si fuéramos arrastrados por la lava líquida de un volcán.

—Dios. Sí —me susurró entre un profundo beso y otro—. Bésame hasta que tu sabor se meta bajo mi piel.

Y la besé, entregándole mi alma en cada roce de mis labios. Un beso profundo, desgarrador. Mi lengua se fundió con la suya en una danza erótica que me quemaba por dentro y me hacía desear más y más.

Pero de nuevo sonó el timbre del ascensor, anunciándonos que llegábamos a la planta baja del hospital, así que tuvimos que separarnos con rapidez, justo cuando las puertas comenzaron a abrirse, para dejarnos ver varios rostros serios al otro lado.

—Buenas tardes —murmuré, y me encaminé hacia la salida sin levantar la vista del suelo.

Fue en la escalinata que daba al exterior donde esperé unos segundos, hasta que intercepté a Carla, sujetándola por el brazo.

—Carla, no podemos seguir así. Necesitamos hablar de nosotros, y también de lo que ocurrió hace cinco años.

Me lanzó una mirada cargada de reproches, pero no se apartó.

—No, no podemos seguir así, pero ¿para qué quieres que hablemos del pasado? No vamos a sacar nada en claro —adujo—. Es muy sencillo. Hace cinco años nos dejamos llevar por lo que sentíamos y luego tú te marchaste a Nueva York sin darme ninguna explicación. Me destrozaste. Punto. ¿Qué más hay que añadir a eso?

Sentí como si me asestara un puñetazo directo en el corazón.

—Por supuesto que hay algo que añadir. Lo más importante. Te olvidas del motivo por el

que me marché. No has mencionado lo que tú hiciste.

Carla aferró las dos mangas de mi abrigo con rabia.

—¿De qué estás hablando? Yo no hice nada, tan solo me dejé arrastrar por ese jodido sentimiento que me estaba volviendo loca, ¡imbécil! Igual que me ocurre ahora —me echó en cara—. ¿Lo ves? Jamás vamos a llegar a un entendimiento, por eso no sirve de nada que volvamos a remover lo que nunca debió suceder.

Esta vez, su semblante perplejo me pareció tan real que por un momento incluso me llegué a creer que no era consciente de lo que hizo.

Intentó zafarse de mí, pero la retuve un poco más.

—De acuerdo. No hablemos ahora del pasado, pero no te vayas así —le pedí—. Ven a mi casa. Cenaremos juntos y charlaremos. Nada más. Sé que no es tan complicado. Sé que podemos comportarnos como dos adultos razonables.

Carla entornó los párpados.

—No. Sabes muy bien lo que ocurre entre nosotros en cuanto estamos a solas. Como en mi cumpleaños, o en la presentación de la campaña navideña. Míranos, ya ni siquiera sabemos quitarnos las manos de encima en un hospital lleno de gente. Esto no puede ser.

Sus palabras me hicieron sonreír, por lo absurdo de la conversación, aunque tuve que reconocer que era cierto.

—Vale, vale. No es necesario que discutamos también por esta tontería.

Carla pareció relajarse.

—Tienes razón. Está bien. Hablemos, pero hagámoslo en un lugar menos... íntimo. En una cafetería, por ejemplo.

Volví a la carga.

—Claro, claro. Imagino que no te ves capaz de resistirte a mis encantos si estamos solos, por eso lo rechazas de plano —la desafié.

—¡Jodido presumido! —estalló—. ¡No! Para ya de incordiar me y deja que me vaya.

—¿Cómo dices? ¿No iba a llevarte yo en el coche de la empresa?

Su expresión suplicante lo dijo todo.

—Sí, pero ya no. Necesito estar un rato sola. Puedo ir en metro o llamar a un taxi. Estoy acostumbrada a ir sola a los sitios, Adri.

—Pero...

—Pero, nada. No quiero que me lleves, ¿entiendes? Eso que me has confesado hoy... me ha dejado muy confundida.

Me debatí sobre si hacer lo que me dictaba mi conciencia o dejarla ir. Finalmente resolví que lo mejor era respetar sus deseos. No era el momento indicado para tensar más la cuerda.

—Está bien. Vete sola.

—Bien. Me voy. —Dudó por unos segundos, parecía debatirse entre sus ganas de quedarse conmigo, pero le pudo el miedo a la muy cobarde—. Adiós.

Sus manos se soltaron, dejándome sentir el frío de Madrid una vez más, mientras la veía marcharse.

—Hasta mañana, pequeña testaruda —contesté con voz apenas audible que ella, obviamente, no escuchó.

Capítulo 30

Blanco y negro

Carla

Repasé las facturas que tenía sobre la mesa y me pregunté por enésima vez por qué me costaba tanto mantener la concentración cuando Adrián estaba cerca.

—Estas cifras no tienen sentido —murmuré para mí.

Lo sucedido entre los dos el día anterior en el hospital era el mejor ejemplo de que me volvía un ser irracional cuando se trataba de él, pero ¿qué podía hacer? ¿Para qué continuar ignorando lo que me pedía a gritos mi corazón? Hacía semanas que había asumido mi claudicación ante algo tan poderoso, que era obvio que estaba destinado a pasar, por mucho que intentase retrasar lo inevitable.

Estaba profundamente enamorada de Adrián y era hora de reconocerlo, de dejar de mentirme a mí misma. Quizás el problema era que nunca dejé de estarlo.

Pero no podía dejar que esa certeza interfiriera en el correcto desarrollo de mis funciones profesionales también. Por eso, traté de enfocar mi mente en los documentos y aparté de mi cabeza cualquier otra distracción que no fuese mi trabajo.

Mis cejas se juntaron cuando al fin localicé el motivo por el que se había incrementado el costo de los ingredientes utilizados para la producción de los turrones.

Sin perder tiempo, descolgué el teléfono y pulsé el botón de comunicación interna de la oficina.

—Bea, ¿puedes averiguar quién ha dado la orden de aumentar la cantidad de gramos totales que lleva cada tableta de turrón?

—¿Se ha modificado sin que tú des la orden? —se extrañó.

—Eso parece.

Oí un débil jadeo de asombro al otro lado del aparato.

—No te preocupes. Ahora mismo me pongo a investigar este asunto.

Media hora más tarde, la imponente figura de Adrián asomó por la puerta de mi despacho.

—¿Puedo pasar? Me ha dicho Bea que quieres hablar conmigo sobre los turrones.

Entrecerré los ojos.

—Entra. —Rodeé mi escritorio hasta plantarme en mitad de la habitación con las manos en las caderas, tratando de contener mi genio—. ¿Has sido tú el que ha dado la orden de aumentar las cantidades de cada tableta sin cambiar su precio? Estamos hablando nada más y nada menos que de un diez por ciento más.

Adri cerró la puerta detrás de sí para apoyar su espalda sobre ella después.

—Sí. He sido yo. Y también he ordenado que se anuncie en el envase que se trata de una oferta del diez por ciento más, gratis.

Su respuesta mermó un poco más mi paciencia, ya bastante deteriorada por el estado de agitación en el que me encontraba por su culpa.

—¿Y puedes explicarme por qué has tomado esa decisión a la ligera, sin consultarlo antes conmigo? —lo increpé, intentando moderar mi tono—. Esos cambios deben tener mi expresa

autorización para llevarse a cabo. Te recuerdo que soy la directora.

—Temporal —replicó en voz baja.

—¿Qué?

Adri se aclaró la garganta.

—Digo, que solo eres la directora en funciones. Por si lo has olvidado otra vez, porque a veces parece que pasas por alto que tengo el beneplácito de mi padre, que es el verdadero director de todo esto, para hacer lo que me plazca respecto a la producción de Dulces Dueñas en esta campaña —se despachó a gusto—. Además, las ventas de nuestros turroneos han aumentado bastante con ese insignificante cambio, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Ya no recuerdas nada de lo que nos enseñó mi abuelo? Para triunfar, hay que marcar la diferencia, introducir pequeñas modificaciones que hagan destacar lo que vendemos frente a los demás, siempre sin perder nuestra esencia. Él solía decir que donde el necio se arruinó, el cuerdo prosperó —se explayó—. Y ha funcionado, ¿verdad? Entonces, ¿cuál es el problema?

Presioné mis manos sobre mis caderas para contener mi enfado.

Era lo mismo de siempre.

—El primer problema es que se supone que de esos asuntos me ocupo yo. Esto entra en gastos y no en producción. Y el segundo problema es que no hace mucho llegamos a un acuerdo para hacerlo todo juntos. «Complementarnos», fue exactamente la palabra que usamos.

Adrián se aproximó a mí desplegando esa sonrisa lobuna que tanto me sacaba de quicio.

—Eso es lo que he hecho, complementarme contigo.

Di un paso atrás para poner un poco de distancia entre nosotros.

—No. No lo has hecho.

Él se acercó más aún.

—Sí lo he hecho. A ti se te da bien hablar en público, mangonear a la gente y cerrar acuerdos comerciales, y a mí se me da bien elaborar productos de calidad y tener buenas ideas respecto a esos productos, por ejemplo, ofrecer más turrón por el mismo precio. Tú te dedicas a lo que haces bien y yo también. Eso, señorita sabelotodo, se llama complementarse.

Mi paciencia había llegado a su límite, por esa razón me puse de puntillas y lo agarré fuerte de la camisa, presionando mi puño sobre su torso cincelado.

—Esto no tiene nada que ver con la elaboración de los productos, se trata de una oferta. ¿A eso llamas tú complementarse? ¿A pasarme por encima como si yo no sirviera para dirigir esta empresa?

De forma súbita, el semblante de Adri pasó de la sorna a una sobriedad extrema.

Su mano apartó con delicadeza un mechón de pelo que se había pegado a mi mejilla, y sus dedos rozaron mi piel provocando un tsunami de sensaciones contradictorias en mi interior.

—¿De eso se trata? —susurró en voz queda—. ¿Piensas que no valoro lo que estás haciendo?

—Tus actos hablan por ti. No me has tenido en cuenta para tomar esta decisión.

Sus manos se deslizaron por mis brazos para acariciarlos de forma sensual arriba y abajo.

—Pues te equivocas de pleno —comenzó a hablar—. ¿Sabes? Hay algo que te hace muy valiosa para este puesto. Mi padre nunca ha amado a la repostería como lo haces tú. Es uno de los motivos de mi distanciamiento con él, porque no supo cuidar el legado de mi abuelo.

—Y crees que tú sí podrías hacerlo mejor que tu padre y que yo, ¿no es así?

Adri se carcajeó de mi comentario.

—¿Yo? —Rio—. Cariño, si hubiera querido dirigir esta empresa lo habría hecho cuando mi

padre me lo pidió. Pero esto no es lo mío. Aunque terminé la misma carrera que tú, yo no soy bueno haciendo tratos comerciales, ni tampoco se me da bien el papeleo, ni dirigir...

—¿Entonces?

No entendía a dónde quería llegar. Mi turbación aumentó aún más cuando aproximó sus labios a mi oído, lo que me provocó una fuerte sacudida por el escalofrío de placer que me sobrevino.

—Pues, al contrario de lo que piensas, solo intento ayudarte para estar un poco a tu altura, aunque eso sea una misión imposible —musitó, rozando el lóbulo de mi oreja con su boca—. Porque admiro la pasión con la que defiendes lo que haces. Porque te encanta y te desvives por crear dulces exquisitos. Porque me excita verte liderar todo este imperio con una facilidad que me deja con la boca abierta. Porque eres la mujer más increíble que he conocido. Porque me vuelves loco, para bien y para mal. Porque... —Deslizó sus labios por mi cuello y besó mi piel hasta acelerar mi respiración—. Porque no hay nadie que pueda igualarte en ningún sentido, Carla. Porque...

Tras escuchar cada una de sus palabras, solo pude pensar en lo mucho que lo amaba. Deseaba desatar esa locura que me consumía por él. Necesitaba dejarme llevar por la lujuria irracional que sentía cada vez que su piel rozaba la mía. Quería demostrarle que para mí nunca hubo nadie más que él, y que siempre sería el único hombre que me hacía vibrar.

Por todas esas razones, enlacé mis brazos alrededor de su cuello y lo besé con la intensidad de un huracán, dispuesta a entregarle mi alma, mi cuerpo y mi corazón para toda la eternidad.

—Calla. Para de hablar. Tú siempre has estado a mi altura. Es más, era yo la que no se sentía a la tuya —le confesé.

—No. Siempre fuiste y serás mejor que yo en todo. Pero eso ya no importa.

Vi la determinación en sus ojos cuando avanzó otra vez hacia mis labios. Me dejé arrastrar por el anhelo incontrolable de su boca buscando la mía. Sus brazos me rodearon, me llevó hasta el aparador situado al lado de la puerta, donde me sentó con urgencia y se posicionó entre mis piernas. Nuestros rostros quedaron a la misma altura, aliento con aliento.

Sus labios volvieron a devorar los míos con besos más profundos, tan ardientes como duros, que me demostraban que estaba tan sediento de mí como yo de él.

—La puerta no tiene pestillo —le susurré.

Deslizó sus manos por dentro de mi falda, provocándome un gemido de placer al llegar hasta mis bragas, donde sus dedos frotaron mi sexo sobre la fina tela de encaje.

—Me da igual. Si a alguien se le ocurre entrar sin llamar, que pase y disfrute viendo cómo follamos —contestó, entre jadeos.

Sin dejar de besarnos, desabroché su camisa para poder acariciar a mi antojo su torso de acero. Su piel quemaba bajo mi contacto. Tan caliente, tan suave.

Él hizo lo mismo con mi blusa, hasta llegar a mis senos, solo tapados por mi sujetador, sin embargo, no se detuvo ahí, sino que deslizó sus hábiles manos por el contorno, hasta que dejó mis tetas al descubierto y, a continuación, su boca tomó posesión de uno de mis pezones, ya endurecido de placer.

Un suave gemido se escapó de mi boca.

—Eso es —musitó—. Demuéstrame cuánto te gusta.

Durante largo rato se dedicó a torturar mis senos con sus labios. Lamió, mordisqueó y succionó mis pezones hasta que casi creí desmayarme de gusto.

Mis manos vagaron sin control por su abdominales, por sus pectorales, acariciando, arañando con suavidad, pero necesitaba más, por eso busqué el cierre de sus pantalones y procedí

a desabrocharlos con rapidez para luego introducir mi mano por dentro de su ropa interior.

Jadeé al notar lo dura que estaba su polla cuando mi mano la acaricié. La froté hacia arriba y abajo una y otra vez, disfrutando con los sonidos de pleno gozo que se escapaban de la garganta de Adri.

—Métemela. Fuerte —le ordené con voz ronca.

—Te voy a llenar de mí. Entera —me susurró con una sonrisa maléfica en la boca, mientras mordía con suavidad mi labio inferior.

Volvió a apoderarse de mi boca con un beso profundo, lento y largo que me dejó más sedienta de él.

Sin más dilación, me quitó las bragas, sin dejar de mirarme con ojos lascivos.

—Hasta el fondo. Házmelo duro. Sin parar —le rogué.

Sus dedos acariciaron mi clítoris. Me inundó del más puro placer.

—No he traído condones, amor. ¿Sigues tomando anticonceptivos?

Asentí al mismo tiempo que ahogaba un gemido contra sus labios.

—Sí. No te preocupes. Sigo tomando anticonceptivos —volví a gemir muy bajito, aunque me hubiera gustado gritar a todo pulmón.

—Joder, cómo me pone escucharte gemir.

Su confesión actuó como el más potente de los afrodisíacos.

Le bajé los calzoncillos y sentí su miembro contra mi sexo, presionando. Tuve que contener un grito cuando me penetró profundamente de una embestida. Otro largo gemido que ahogué con mi boca pegada a su cuello al sentirlo tan dentro de mí. Duro, palpitante.

Durante largos segundos se quedó quieto, pese a mi insistencia al rodearle las caderas con mis piernas para incitarlo a moverse. Arqueé la espalda y noté cómo se hundía un poco más en mí, pero no continuó empujando, sino que apartó un poco su cara de la mía y buscó mis ojos con los suyos.

—Mírame —me pidió—. ¿Sabes cuánto tiempo he soñado con esto?

—Espero que sea tanto como yo.

Nuestras bocas volvieron a unirse en otro interminable beso, lento, húmedo y caliente.

Solo entonces retiró muy despacio su erección y me penetró con firmeza, arrancando un jadeo sordo de mi garganta. Pese a mi urgencia, me embistió fuerte pero muy lento una y otra vez, para llevarme a casi alcanzar el cielo. Yo necesitaba más, mucho más. Lo quería todo de él, sin embargo, Adri continuó fustigando mis sentidos con envites pausados, profundos, sin dejar de besarme.

Estaba incrustado en mi cuerpo, en mi piel y en mi alma de todas las formas posibles.

No sé cuánto tiempo continuamos meciéndonos el uno con el otro, una y otra vez, en un baile erótico donde mi cuerpo iba al encuentro del suyo para sentir cómo me penetraba sin cesar, metiéndomela hasta la empuñadura, haciéndome enloquecer de placer. Me colmaba por completo. Me hacía sentir plena cada vez que su verga se clavaba en mí hasta el fondo. Tanto me llenaba en todos los aspectos, que estuve a punto de alcanzar el orgasmo, pero él lo notó y se detuvo por unos segundos.

—No te corras aún —me susurró—. Vamos, bicho, tú puedes con más de esto.

Y volvió a empujar para introducirse en mi interior con fuerza, obligándome a ahogar otro grito y a morder su hombro para que nadie nos pudiera oír.

—Vas a matarme —le reproché, sumergida en una nube de éxtasis infinito—. No pares. No te detengas más.

—Como deseas.

Continuó con su devastador martirio, hundiéndose en mí una y otra vez durante largos minutos con embestidas potentes, pero lentas. Lo sentía entrar y salir de mí para llevarme cada vez más alto. Aunque esta vez fue diferente. Poco a poco llegué al límite de mi éxtasis y él, en vez de parar, me la metió más fuerte, más rápido. Sin darme tregua.

Nuestros jadeos se mezclaron con besos ardientes mientras nuestros cuerpos se consumían en un fuego imposible de apagar.

Enfebrecida de pasión, enrosqué mis tobillos alrededor de su cintura con más firmeza y Adri me respondió agarrando mis glúteos para penetrarme con más vigor, aumentando el ritmo más, si cabía. Mis manos se aferraron a su espalda, arañándolo, abandonada por completo a un placer extremo.

La tensión creció más y más.

Jadeos.

Gemidos.

Suspiros que se perdían en la boca del otro, hasta que sentí una tremenda explosión de éxtasis cuando alcancé el orgasmo más intenso que había experimentado jamás. Acto seguido, Adri se corrió dentro de mí con una potente embestida, llenándome de él. Con un gemido ahogado noté cómo se derramaba en mi interior, por completo. Se vació en mí no solo en cuerpo, sino también en alma.

Durante largo tiempo permanecemos quietos, en silencio. Todavía abrazados, podía escuchar sus latidos desbocados. Nuestras respiraciones agitadas, nuestras manos deslizándose por el otro con lentas caricias, pero sin movernos ni un centímetro.

—Carla... —musitó en mi oído.

Me aparté un poco de él y puse mis dedos en su boca.

—No quiero que me hagas promesas que no vas a cumplir —le dije, sincera—, ni tampoco creo que este sea el momento más oportuno para mantener esta conversación.

Adrián asintió, solemne.

—Como prefieras —manifestó—. Si no quieres que lo hablemos ahora, no lo haremos.

Acaricié su mejilla, áspera por la incipiente barba que comenzaba a crecer.

—Entonces, será mejor que nos adecentemos un poco y continuemos con lo que estábamos haciendo antes de... Antes de...

—¿Follar? —concluyó él con tono divertido.

Un sofoco me sobrevino al instante al recordar lo que acabábamos de hacer.

—Exacto.

Al repetir esa expresión en mi cabeza fui consciente por primera vez de lo que acababa de pasar, que era justo lo que no debería haber ocurrido nunca.

En completo silencio, Adri me ayudó a colocar mi ropa y, después hizo lo propio con la suya. Cuando estuvo listo, me contempló mientras me retocaba el maquillaje, gracias a un pequeño espejo que llevaba en el bolso.

Fue un momento de intimidad que me hizo preguntarme cómo sería despertar todos los días a su lado, cómo sería vivir el resto de nuestras vidas compartiendo esos pequeños detalles. Pensamientos utópicos que no iban a hacerse realidad jamás. Así pues, no tenía sentido anhelar algo que no ocurriría.

Volví a la cruda realidad, lo acompañé hasta la puerta, pero justo al disponerme a abrirla, me detuvo.

—Solo una cosa —pronunció.

—Dime.

Su mirada del color de un bosque en invierno me traspasó.

—Eres consciente de que no voy a dejar esto así, ¿verdad?

Mi corazón se comprimió.

—Hace cinco años...

Él me cortó.

—Hace cinco años no es ahora.

Asentí.

—De acuerdo. Mensaje recibido.

—¿Seguro? ¿Comprendes que para mí esto no va a ser un polvo y ya está?

Algo en mi interior se rompió al recordar que cinco años atrás sí fue así.

—Adri, no lo digas. Ambos sabemos que cuando tu padre vuelva al trabajo, te irás a Nueva York otra vez.

Esta vez fue su mano la que acarició mi cara con suma ternura.

—Das demasiadas cosas por sentado. Hace unos días descubriste que ya una vez renuncié a mis sueños por ti. —Abrió la puerta de par en par—. Después de esto que acaba de pasar entre nosotros, ya no hay marcha atrás, cariño. Necesito tu sonrisa para vivir, y esta vez no será como hace cinco años. Esta vez ningún gilipollas se va a interponer en mi camino.

Tras pronunciar esa última frase, se marchó, dejando sus palabras resonar en mi cerebro una y otra vez.

¿Qué había querido decir con eso?

Capítulo 31

Corazón sin vida

Carla

Ocho años antes

Como estás ocupado con esa chica con la que has dormido, te dejo esta nota para recordarte que me esperes esta tarde para ir contigo a visitar a tu abuelo. Por cierto, pensaba que tenías mejor gusto, ese esperpento con la que te has acostado es lo peor.

Nota introducida por debajo de la puerta de la habitación de la residencia de Adrián

Querido bicho, quédate tranquila, no pensaba irme sin ti. Por cierto, ¿te he dicho ya que pareces una novia celosa?

Nota introducida por debajo de la puerta de la habitación de la residencia de Carla

Hice una bola con la nota y la lancé al cubo de la basura, pero al segundo siguiente me arrepentí. La volví a recoger, la estiré como pude y, a continuación, la guardé con el resto de sus notas que atesoraba en mi cajita de metal.

En realidad, Adri no iba tan desencaminado. Cada vez me costaba más verlo en compañía de algunas de esas chicas con las que solía salir de vez en cuando, sobre todo me molestaba cuando descubría que alguna de ellas había pasado la noche en su habitación. Era frustrante que no se diera cuenta de que no estaban a su altura, que ninguna se merecía el privilegio de ser besada por sus labios.

Mi corazón se detuvo al darme cuenta del rumbo que estaban tomando mis pensamientos una vez más.

—Carla, estás como una puñetera cabra —me dije a mí misma en voz alta.

Desde luego que debía estarlo, puesto que era la única explicación para justificar que sintiera celos por Adrián. Yo, que tenía al novio perfecto a mi lado, ¿qué demonios hacía sintiendo celos por alguien a quien había odiado durante casi toda mi vida?

Era cierto que hacía bastante tiempo que había dejado de sentir esa estúpida aversión hacia él. Pero eso solo significaba que estaba madurando, ¿verdad? Porque no era posible que estuviera enamorada de él...

¡Naah! Descarté esos absurdos pensamientos de mi mente, luego terminé de vestirme con rapidez. No era el momento de ponerme filosófica, ni de preocuparme por algo que no tenía ningún sentido.

Quince minutos más tarde, salí de la residencia y me subí en la parte trasera de la moto de Adri para acompañarlo a visitar a su abuelo, al que acababan de dar de alta en el hospital.

—Ya creía que no venías —aseveró Adri—. Pensaba que el idiota de tu novio buscaría cualquier excusa para hacerte cambiar de opinión, tal y como hace siempre.

Me coloqué el casco que me ofreció justo antes de aferrarme fuerte a su cintura.

—Se trata de tu abuelo, tonto. Nadie podría hacerme cambiar de opinión para ir a verlo

después del susto que nos dio el otro día. Además, ¿quién parece ahora un novio celoso? Calla y arranca.

Me contempló enfurruñado durante largos segundos, acto seguido, encendió el motor y se puso en marcha sin decir nada más.

No volvimos a intercambiar palabra alguna hasta llegar al domicilio de Manuel, ese sabio anciano que tanto me había enseñado sobre todas las cuestiones importantes de la vida durante mi niñez. El mismo hombre que ahora se encontraba convaleciente tras haber sufrido un desvanecimiento que lo dejó postrado en el hospital durante varios días.

Nos recibió en su pequeña sala de estar, bastante animado, puesto que no dudó en levantarse de su sillón para saludarnos con un abrazo.

—¿Cómo van los estudios, chicos?

—Bien —fue Adri el que se adelantó a responder—. Carla está sacando unas notas excelentes. Yo, en cambio, digamos que me apaño. De momento no he suspendido nada, así que para mí es suficiente.

Su abuelo esbozó una gran sonrisa.

—No te menosprecies así, Adri. Lo estás haciendo bastante bien —apunté.

—Si tú lo dices...

—Pero ahora lo importante es saber cómo estás tú, Manuel —me dirigí a su abuelo—. Menudo susto nos has dado a todos.

Pese a tratarse de un hombre mayor, siempre lo había considerado parte de mi familia, por eso nunca se me ocurrió hablarle de usted. No llevaba la sangre de Manuel Dueñas por mis venas, pero lo apreciaba tanto que para mí era como mi propio abuelo.

—Tonterías. Estoy bien, de verdad. —Manuel levantó una mano, restándole importancia al asunto—. No ha sido nada, solo cansancio. Lo que pasa es que los médicos a veces son demasiado alarmistas y por eso han dicho que tengo que cambiar algunos de mis hábitos. ¡Qué sabrán ellos!

Era evidente que pretendía fingir una fortaleza que no era tan real, puesto que tuve que adelantar un paso para sujetarlo por el brazo cuando perdió el equilibrio en cuestión de una décima de segundo.

—Con que los médicos no saben nada, ¿eh? —le regañé—. Pues que no me entere yo de que no haces caso a las indicaciones que te dan.

A pesar de sus protestas, lo acompañé hasta el sillón donde se encontraba cuando llegamos.

—Carla tiene razón. No puedes seguir tomándote a broma tu salud, abuelo.

—Pues eso díselo a tu padre —replicó Manuel, cambiando súbitamente su expresión jovial, para dar paso a una más seria—. Que no para de darme disgustos.

Adri resopló, visiblemente cansado por tener que interceder siempre en los asuntos que concernían a su padre y a su abuelo, aun sabiendo que su propia relación con su padre también era bastante complicada.

—¿Y se puede saber qué os ha pasado ahora?

—Ha pasado que sigue sin entender que para triunfar en el negocio de la repostería hay que marcar la diferencia con el resto de competidores, empezando por utilizar los mejores ingredientes para elaborar los productos. Hay que introducir variaciones para destacar, para no caer en lo mediocre. No se puede obtener éxito si actúas como lo hace tu padre, que se limita a seguir como un corderito los consejos que le dan personas sin experiencia ni amor por los dulces.

No pude más que elogiar mentalmente a Manuel, puesto que eran del todo razonables cada una de las palabras con las que había argumentado su discurso, pero esa era una conversación en

la que nunca me hubiera atrevido a meterme, ya que se trataba de asuntos familiares que a mí no me atañían en absoluto.

—¿Y qué te digo yo? Si ya sabes que a mí tampoco me hace caso.

Durante un buen rato fui testigo muda de la conversación familiar entre abuelo y nieto, sin embargo, nuestra visita mejoró cuando Manuel decidió deleitarnos con unas maravillosas milhojas de chocolate y crema que había preparado esa misma tarde, a pesar de no encontrarse del todo bien aún.

—Mmmm. ¡Están buenísimas! —manifesté, sin dejar de saborear el exquisito dulce cubierto de chocolate.

—Sí que lo están —Adri secundó mi comentario.

Mientras devorábamos el pastel, me di cuenta de que algo no marchaba bien. Manuel se había apoyado en la mesa de la cocina y su rostro lucía tan pálido como el papel. Tal vez había realizado más esfuerzos de lo recomendado, pese a las indicaciones que le habían dado los médicos para que descansara.

—¿Te encuentras bien, abuelo?

—Sí. Sí. Seguid comiendo, que no es nada. Ha sido solo un pequeño mareo. Es lo que tiene tanta cama de hospital.

De repente, cayó desplomado al suelo.

—¡Manuel! —grité, asustada.

—¡Abuelo!

El plato en el que estaba mi milhoja se estampó contra el suelo de forma ruidosa. No me detuve a recogerlo porque mi única preocupación era la de saber que se encontraba bien ese hombre al que tanto admiraba desde niña.

Corrí a arrodillarme en el suelo junto a su cuerpo inconsciente, tratando de hacerlo reaccionar sin éxito.

—¡Manuel! —lo llamé de forma desesperada una y otra vez, mientras que Adrián hacía lo mismo desde el otro lado de su figura.

Fue su nieto el que, tras unos segundos interminables, buscó mi mirada por encima del cuerpo de su abuelo.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. —Su voz sonaba cada vez más asustada.

Zarandeeé con suavidad el brazo de su abuelo.

—No se despierta —balbuceé.

—Tiene que hacerlo. No dejes de intentar espabilarlo, por favor —me pidió con los ojos cargados de preocupación—. Voy a llamar a una ambulancia.

Asentí, de todos modos, algo en el semblante aterrorizado de Adrián me hizo sospechar que su abuelo no despertaría nunca más.

Fueron los veinte minutos más largos de mi vida, pero, en efecto, para devastación de los dos, cuando la ambulancia llegó no pudo más que confirmar el fallecimiento de Manuel. Y yo nunca olvidaría el llanto, los lamentos y las palabras de negación de Adri al saber que ya no volvería a escuchar su voz.

Capítulo 32

Hay que vivir el momento

Adrián

En la actualidad

Nostalgia. Esa era la palabra perfecta que definía mi estado de ánimo.

Las calles de Madrid eran un auténtico espectáculo de luces y de coloridos adornos en diciembre. El ambiente navideño inundaba cada rincón. Alegres villancicos amenizaban el centro de la ciudad, multitud de personas que salían de las tiendas cargados de bolsas con regalos. Un conjunto festivo, bien armonizado, que anunciaba que pronto sería Navidad.

Como no podía ser de otra forma, las oficinas de Dulces Dueñas también se habían contagiado del mismo jolgorio, sobre todo al enterarnos de que la nueva campaña de productos navideños estaba triplicando las ventas del año anterior. Un éxito inesperado que nos tenía a todos en lo alto de una nube.

—Buenos días, Adrián.

Bea me saludó cuando me disponía a entrar en la sede de la empresa.

—Buenos días.

Juntos, nos dirigimos hacia el ascensor principal.

—¿Sabes si ha llegado ya Carla? —le pregunté.

—Sí. Está en la sala de reuniones con los directivos de una nueva cadena de supermercados.

Asentí con la cabeza, aceptando que ese día también sería casi imposible coincidir con ella. De nuevo, las imágenes de su bello rostro extasiado de placer inundaron mi cerebro. Recuerdos imposibles de borrar de mi memoria que me excitaban y me tenían sumido en un estado de incertidumbre total, por no saber cómo gestionar todas las emociones que me producían. Solo una de ellas era una certeza rotunda: estaba locamente enamorado de Carla y nunca había dejado de estarlo.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, me encontré con los ojos sorprendidos de Carla que, tras despedirse formalmente de los tres hombres trajeados que la acompañaban, entró en el ascensor y se puso de espaldas a mí.

—Bea. Adrián —nos saludó, escueta.

El dulce aroma de su melena suelta me colmó los sentidos.

—¿Vas a tu despacho?

—Sí —me respondió sin más, para dirigirse a continuación a su secretaria—. Oye, Bea, ¿tienes los documentos que te pedí ayer?

—Sí, te los llevaré en un rato a tu despacho.

Asistí a la conversación de ambas en silencio, pero no pude evitar empaparme a mi antojo del calor que desprendía del cuerpo de Carla, tan cerca del mío.

Movido por un arrebató, puse mi mano derecha en su cintura, lo que provocó un leve respingo en ella, pero no impidió que siguiera hablando con Bea.

—Perfecto, pero si puedes déjamelos antes de la hora del desayuno. Tengo que repasarlos lo

antes posible porque estamos a punto de cerrar un importante contrato.

Con disimulo para que su asistente no pudiera verlo, la pegué un poco más a mí, hasta que noté que sus glúteos chocaban con mi polla, para que sintiera en sus carnes que me ponía a mil con solo verla.

Carla contuvo el aliento. Todo su cuerpo se tensó. Supe que estaba tan excitada como yo cuando se llevó una mano al cuello para frotárselo, como solía hacer siempre que estaba nerviosa.

—No te preocupes, me ocupo de ello en cuanto lleguemos.

—Mejor llévalos más tarde a mi despacho —las interrumpí, pero mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—, porque ahora mismo debemos discutir allí sobre ese asunto que te mencioné el otro día, ese que no puede esperar ya más, ¿lo recuerdas, Carla?

Presioné mi mano en su cintura, para luego acariciarla hasta llegar a su cadera.

—Yo creo que puede esperar... —Deslicé mis dedos hacia su muslo en una persuasiva caricia—. Sí, nos ocuparemos de ello ahora mismo —se corrigió a sí misma.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, Bea se dirigió a su mesa y Carla aprovechó para darse la vuelta y enfrentarme con expresión furiosa.

—¿Estás loco? ¿Acaso quieres que alguien te vea metiéndome mano? —siseó.

Me encogí de hombros al tiempo que la sujeté del brazo con suavidad.

—Me da igual que nos vean, si con eso consigo tu atención. Tenemos que hablar de lo que pasó.

Carla abrió y cerró la boca sin decir nada, hasta que al final lo hizo mientras comenzaba a andar en dirección a los despachos.

—¿Para qué removerlo más? Que pase lo que tenga que pasar. No quiero volver a sufrir otra vez cuando te vayas —musitó en voz muy baja, aun así, la escuché.

—¿Y si no me voy? —le susurré.

Nos quedamos de pie en mitad del rellano que daba acceso a las oficinas. Uno frente al otro, sondeando nuestros ojos en silencio.

—Ven aquí —agarré su mano y tiré de ella con delicadeza para dirigirme hacia el que era mi despacho de forma provisional.

Nada más cerrar la puerta nuestros labios se buscaron ansiosos para sumergirnos en un beso lento, caliente y húmedo que no quería que se terminara por nada del mundo.

—Dime que no me has echado de menos.

Succioné su labio inferior provocándole un suspiro.

—Claro que te he echado de menos —reconoció—. Y eso es lo que me asusta.

Volví a besarla tratando de calmar mi sed de ella, pero no sirvió de nada porque cuanto más me daba, más necesitaba yo. Cada caricia de su lengua me volvía más hambriento. Tan subyugado estaba por sus besos que no me di cuenta de que la había arrastrado conmigo hasta apoyarme en la puerta y de que sus brazos rodeaban mi cuello, aferrándose a mí como si no hubiera un mañana.

Una de las veces que separó sus labios de los míos para recobrar el aliento, Carla se mordió el labio inferior. Contuvo una sonrisa.

—Este despacho sí tiene pestillo.

Solté una carcajada al mismo tiempo que con mi mano tanteaba el pomo hasta encontrar el botón. Después, lo hice girar.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor —dijo antes de volver a tomar mi boca con desenfreno.

Durante un buen rato nos besamos como dos adolescentes, con esa efusividad de las primeras veces, esas que nosotros apenas tuvimos la oportunidad de experimentar juntos.

Nos quedaba tanto por descubrir. Necesitaba saborearla entera, por completo. Quería fundirme en su cuerpo durante horas, hasta que no supiéramos dónde empezaba ella y terminaba yo. Por eso, la levanté en vilo hasta depositarla sobre la mesa de escritorio, situada al fondo del despacho. Metí la mano bajo la tela de su vestido de paño y busqué sus bragas con urgencia. Acto seguido, las bajé de un tirón, para luego arrodillarme en el suelo, dejando mi rostro cerca de su sexo.

—No aguanto más, necesito probarte.

La lasciva mirada de Carla me incentivó para continuar, sobre todo cuando arqueó la espalda reclinándose hacia atrás de forma provocativa.

—Pruébame —jadeó con tono grave.

Apoyó su peso sobre los codos y separó las piernas para mí.

El deseo me consumía por dentro, me moría por saborear su sexo, pero necesitaba ir despacio para poder atesorar en mi memoria cada sonido, cada caricia y cada imagen de ese momento.

Aproximé mi cara a sus muslos y la besé en la cara interna, disfrutando de la suavidad de su piel.

Carla gimió. Al oírla, no pude soportarlo más, me dejé llevar. Rocé mis labios por la humedad de entre sus piernas. Sabía a sexo, sabía a ella. Sabía a lujuria. La acaricié con mis labios una y otra vez, hasta que, motivado por los sonidos de placer que se escapaban de su boca, sustituí mi lengua por mis labios.

Carla contuvo un grito que se convirtió en un gemido estrangulado de puro gozo. Se incorporó de golpe para aferrar fuertemente mis hombros con sus manos.

—No pares —me suplicó.

Y le hice caso.

Lamí su sexo, despacio, muy lento. Caricias suaves de mi lengua en su clítoris, saboreando con gusto, deleitándome en algo que había imaginado mil veces en mi mente.

Estaba tan excitado, que hasta me dolían los huevos, pero eso tendría que esperar un poco más.

Continué torturándola con lentos roces de mi lengua, de mi boca. La devoré sin prisa, pero sin pausa, hasta que los jadeos de Carla se hicieron más intensos y noté que su clítoris se endurecía. Solo entonces aceleré el ritmo de mis caricias. Más fuerte, más rápido.

—Te necesito dentro de mí —musitó, perdida entre suspiros.

Los dedos de Carla se clavaron en mis hombros justo cuando sentí los espasmos de su clítoris en mi lengua. Gimió intensamente, alcanzando el orgasmo sobre mi boca en un éxtasis de placer.

Sin perder más tiempo, me levanté y comencé a desabrochar mis pantalones, dejando al descubierto mi polla sedienta de ella.

—Ahora sí.

De una potente embestida, me sumergí en su interior al mismo tiempo que Carla me daba la bienvenida a su cuerpo al rodearme con sus largas piernas.

Pero unos golpes en la puerta nos obligaron a quedarnos muy quietos.

—¿Puedo pasar? —La voz de Bea se escuchó amortiguada a través de la madera—. Traigo los documentos que me has pedido hace un rato, Carla.

—Joder —proferí en voz baja.

Carla se bajó del escritorio y fue en busca de sus bragas con presteza, a la vez que yo intentaba por todos los medios de abrochar mis pantalones de cierre clásico.

Con la rapidez de un rayo, terminó de ponerse la ropa interior y abrió el pestillo.

—Adelante —pronunció en voz alta para que Bea la oyera.

Un segundo más tarde, la puerta se abrió y la asistente entró rauda, sin darse cuenta de nada de lo que acababa de suceder.

—Aquí tienes, jefa.

—Gracias.

Dejó los documentos sobre el escritorio desordenado y luego se plantó frente a ella con los brazos en jarra.

—Oye, ¿puedo hablar contigo un momento? Es para consultarte algo sobre mis vacaciones de Navidad.

—Por supuesto, dime.

Carla enfocó sus ojos en mí. De inmediato capté la indirecta.

—Hablad tranquilas, nosotros ya hemos terminado... por ahora.

La mirada atribulada de Carla me obligó a reprimir una carcajada. Era obvio que estaba sobrepasada por el giro tan brusco de los acontecimientos.

—Perfecto, pues vamos a mi despacho.

Las dos dirigieron sus pasos hacia la puerta, pero antes de salir, la llamé.

—Carla. Esto... No te olvides que antes de cerrar la oficina iré a por ti. Recuerda que tenemos un asunto pendiente. —Sonreí vilmente.

Le guiñé un ojo, para su consternación, y vi cómo se iba, no sin antes lanzarme una mirada asesina antes de cerrar la puerta tras de sí.

Al saberme solo reí a mis anchas. Con todo, mi semblante se puso serio al recordar lo que había sucedido tan solo unos minutos antes encima de ese mismo escritorio. Mi polla se puso dura con solo visualizar las imágenes, pero no me quedó más remedio que calmarme, con la promesa de que Carla me debía una por el dolor de huevos que me había provocado, la muy bruja.

Por fortuna, la mañana se me hizo bastante corta. Me dediqué a repasar algunos informes que llegaron desde la planta de producción, que no podían ser más favorables. Así que, a eso de las dos del mediodía fui en busca de Carla.

Tras golpear varias veces con los nudillos la puerta de su despacho, me extrañó que no respondiera, por ese motivo me decidí a entrar. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que estaba vacío.

Para cerciorarme, me aproximé a su mesa de trabajo y comprobé que todo estaba recogido y en orden.

—¿Buscas a Carla? —Fue Bea la que me habló desde la puerta del despacho.

—Sí. Le dije que pasaría por aquí a la hora de la salida, pero no está.

La secretaria se colocó bien las gafas.

—Lo sé. Ha tenido que salir antes por no sé qué cuestión de última hora con los directivos de la nueva cadena de supermercados. Antes de irse me ha pedido que te lo diga.

Apoyé mis manos sobre el escritorio, más relajado al saber que no estaba huyendo de mí otra vez, sino que se trataba de mero trabajo que, con toda probabilidad, no había podido eludir.

—Bien, entonces será mejor que me marche. Ya la veré esta tarde.

Bea asintió con la cabeza.

—De acuerdo, jefe. Hasta luego.

Estaba a punto de irme yo también, pero me detuve al divisar de reojo un pequeño bloc con papelitos de colores sobre la superficie de madera. Tal vez fuera una tontería, pero se me ocurrió la idea de rememorar viejos tiempos dejándole una nota, como solíamos hacer antes. Así pues, abrí uno de los cajones de su escritorio para buscar un bolígrafo con el que escribir, pero me quedé paralizado al encontrarme con una vieja caja de metal.

—No puede ser —susurré para mí.

Era imposible no reconocer la procedencia de dicho estuche de metal. Sin duda, era una de las cajas pintadas a mano que mi abuelo regalaba con la compra de sus famosos bombones. Una tradición que repetía todos los años por el día de San Valentín.

Como si de un tesoro se tratara, tomé la bombonera entre mis manos, embargado por una intensa melancolía. Aunque mi mayor sorpresa me la llevé al abrir la tapa y encontrarme con decenas y decenas de papeles de colores, escritos con una letra que yo conocía demasiado bien.

Mi corazón dejó de latir al darme cuenta de que Carla, al igual que yo, había ido guardando todas mis notas y las atesoraba en esa preciosa caja, tan repleta de historia como los pequeños papelitos de su interior.

Tuve que apoyarme de nuevo en la superficie de madera cuando comprendí que, si Carla había custodiado durante tantos años esas notas, solo podía ser por una razón: ella me quería hasta el punto de necesitar atesorar nuestros recuerdos. Y esa certeza... Esa certeza era lo mejor que me había pasado en mi puta vida.

Con el pecho hinchado de felicidad, volví a dejar la desgastada reliquia en su sitio, garabateé unas palabras en uno de los pósit de colores; a continuación, la pegué en la superficie de su mesa de trabajo y salí del despacho, más dispuesto que nunca a luchar por conseguir su amor.

Esta vez sí.

Ya no existía ningún motivo de peso que nos impidiera estar juntos de una vez por todas, y yo se lo iba a demostrar.

Capítulo 33

No puedo vivir sin ti

Carla

—¿Dónde vas a celebrar este año la Nochebuena? Ya no falta nada para las vacaciones navideñas.

Resoplé con fastidio ante la pregunta de Bea.

—Aún no lo he decidido. Supongo que al final aceptaré la invitación para cenar en casa de Gabriel y Luisa. Como ya está más recuperado, quieren hacer algo un poco más especial para festejarlo.

Otra vez la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Unas fiestas que antaño adoraba, pero que detestaba profundamente desde la muerte de mi madre.

—Pues suena genial. Seguro que va a ser una celebración por todo lo alto, con el regreso de su hijo y la recuperación tras su intervención.

La vuelta de Adrián. Pero, ¿se trataba de una vuelta definitiva? Tal y como él mismo me había dicho.

De nuevo, las dudas me asaltaron. Quería creerlo con todas mis ganas, con todo, había un pequeño duendecillo en mi hombro derecho que me decía una y otra vez que no fuera tonta, que no saldría bien porque Adri me dejaría plantada otra vez.

Bea me entregó una montaña de papeles y volvió a desaparecer tras la pantalla de su ordenador.

—Sí. Ya. Un fiestón —murmuré sin ganas—. En fin, me voy a mi despacho a revisar todo esto. Hasta luego.

Navidad. Nostalgia. Melancolía. Adri. Amor. Sexo. Sexo. Polvos ardientes sobre la mesa del despacho...

¿Había mencionado ya el sexo?

La cabeza me iba a explotar de tanto pensar, porque era evidente que ya no había vuelta atrás. Cada vez que Adrián y yo nos encontrábamos a solas, se desataba entre nosotros un huracán de pasión que lo arrasaba todo a su paso.

Entré en mi oficina y dejé la montaña de papeles sobre el escritorio, pero un papelito de color azul captó toda mi atención. Curiosa, la despegué de la superficie y vi que tenía algo escrito.

*Para que añadas otra nota más a tu cajita, bicho.
¿Te he dicho alguna vez que te odio con todo mi corazón?*

Adrián

Mis latidos se dispararon al terminar de leer. Adri había descubierto que guardaba todas sus notas, desde que éramos niños.

Eso no era bueno. Nada bueno, porque ponía en evidencia mi gran debilidad.

Me senté en mi silla y volví a leer la nota otra vez.

Lejos de entrar en pánico, mi consternación dio paso, poco a poco, a otro sentimiento.

Una extraña sensación de serenidad se apoderó de mí.

¿Por qué no creer una sola vez más?

Pues sí, a veces se necesita solo un pequeño empujón para lanzarte al vacío sin cuerda y sin ningún tipo de sujeción. Solo una tonta caería dos veces en el mismo error, ya lo sé. Pero esta tonta enamorada siempre tuvo un único punto débil: Adrián. Si ya en el pasado no fui capaz de resistirme a caer bajo su embrujo, sin pensar en las consecuencias, esta vez tampoco iba a ser diferente, ahora que ya me había rendido ante lo inevitable.

Capítulo 34

Creo en mí

Carla

Siete años antes

Te espero mañana en nuestras escaleras de siempre. Y, por favor, convence a tu madre para que este año deje de poner en bucle el jodido «Campana sobre campana». Te juro que una campana más y vomito.

Nota pegada en la colcha de la antigua cama de Adrián

¿Dónde estabas? Has apurado hasta el día 23 para volver. Por cierto, «Campana sobre campaaaana y sobre campana uuuuna». Que no, que es broma. Nos vemos esta noche en nuestras escaleras, pitufa gruñona.

Nota pegada en la puerta de la antigua habitación de Carla

Adornos brillantes por todas partes. Un gigante árbol de Navidad presidiendo el enorme salón y los villancicos puestos a todo volumen fue lo que me dio la bienvenida cuando llegué a mi antigua casa familiar durante las vacaciones navideñas. Mi viejo hogar, ahora convertido en un esperpéntico batiburrillo de muebles de diseño que nada tenían que ver con el comfortable ambiente de antaño.

Era obvio que Desirée no quería tener nada que le recordase a mi madre en el que había convertido su nidito de amor. Eso sí, tuvo el detalle de esperar hasta asegurarse de que yo no iba a volver a vivir en esa casa para darle su «toque personal».

Si ya de por sí odiaba la Navidad, en esos momentos la detestaba aún más.

Para colmo, ya nunca más tendría al abuelo de Adri como refugio cuando necesitaba de su sabiduría en estas fechas.

La tristeza me envolvió para recordarme una vez más que ya no estaban dos de las personas que más quería, mi madre y Manuel.

—¡Carla! —La voz chillona de la mujer de mi padre me taladró los oídos—. Bienvenida a casa, cariño.

Antes de darme la vuelta, puse los ojos en blanco, activando el modo «fingir felicidad» en mi cerebro. No cabía duda de que esas iban a ser las peores vacaciones navideñas de mi vida. Menos mal que solo serían unos días y después regresaría a mi residencia universitaria durante el resto del curso.

—Hola, Desirée. Me gusta cómo has dejado esto. Se nota que tienes buen gusto para decorar.

—¿A que sí? Tu padre siempre me dice que debo tener sangre real en las venas, porque no es normal que sude tanta elegancia por los poros de mi piel.

Fu complicado esbozar una gran sonrisa ante ese comentario, pero debo decir con total orgullo que lo conseguí. Como también logré sobrevivir a las siguientes veinticuatro horas sin

echar la papilla por la boca.

Toda una proeza por mi parte.

Como era de costumbre, celebramos la Nochebuena en compañía de los padres de Adrián, quienes continuaban invitándonos a su casa, pese a que en esa ocasión no tenían demasiadas ganas de festejar, ya que había pasado solo un año y un mes desde el fallecimiento de Manuel Dueñas. Con todo, el enorme casoplón estaba repleto de familiares, amigos y conocidos de Gabriel y Luisa.

Al menos era de agradecer que hubiera tantos invitados, ya que eso me permitió pasar bastante desapercibida durante la cena, para después escabullirme a un rincón de las escaleras, donde solía esconderme cuando era niña.

—No me puedo creer que hayas dejado solo a tu novio estas vacaciones.

Escuchar la voz de Adri me hizo sonreír, a pesar del tono mordaz que había usado para referirse a Raúl.

—No lo he dejado solo —repliqué, haciéndole un hueco para que se sentara junto a mí en el escalón—. Él siempre pasa estas fiestas con su familia, esquiendo en los Pirineos.

—Ammmm. Por cierto, Feliz Navidad —pronunció, y luego extendió su mano delante de mí con una bizcotela en la palma.

Intenté darle las gracias, pero no pude por culpa del nudo que se me había formado en la garganta al verlo recordar un año más nuestra particular tradición navideña.

—¿Tregua? —Fue lo único que atiné a decir, mientras daba buena cuenta del rico pastel.

Adri soltó una carcajada.

Joder. Qué guapo estaba cuando reía de esa forma tan sincera. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de ese detalle? Bueno, en realidad sí lo había hecho. No era la primera vez en el último año que me quedaba embobada viéndolo hablar con las chicas a la salida de la universidad.

—Tregua —aceptó, como cada año—. Oye, no te he visto durante la cena. ¿Dónde estabas? Tragué el último bocado antes de responder.

—Es que no tenía ganas de aguantar las tonterías de la mujer de mi padre y me he sentado en una de las mesas del fondo, con tus tíos, los que viven en el pueblo de tu abuelo.

Sus ojos se entristecieron de forma visible. Me di cuenta de que no debía haber mencionado a su abuelo cuando Adri desvió su mirada emocionada para que no pudiera ver la humedad en ellos.

Sin poder contener mi impulso, lo abracé.

—Lo siento. No ha sido mi intención recordártelo —musité cerca de su oído.

Su cuerpo se tensó bajo mi abrazo. Supe que tampoco debía haberlo tocado así al encontrarme frente a esos hipnóticos ojos verde oscuro que se posaron fijos en mis labios.

Esa fue la primera vez que deseé que me besara.

—No te preocupes. —Sin dejar de mirarme la boca, volvió a hablar, pero esta vez en un susurro—. Se les echa de menos, ¿verdad? Me refiero a tu madre y a mi abuelo.

Asentí, perdida en sus ojos, con mi corazón latiendo a mil por hora.

—Yo siempre digo que una pérdida así no se supera, tan solo aprendemos a vivir sin ellos. Te acostumbras, pero no siempre el tiempo lo cura todo. A veces tan solo intensifica la nostalgia, puesto que conforme los años avanzan, los recuerdos de su imagen se van tornando menos nítidos, y duele muchísimo no poder recordarlos como quieres. Ya te darás cuenta —murmuré.

Adri dejó de mirarme los labios y, a continuación, sondeó mis ojos.

Contuve el aliento cuando fui consciente de que iba a besarme. Lo peor de todo era que yo deseaba ese beso como nunca había deseado probar los labios de ningún otro. Ni siquiera de Raúl.

Raúl.

Mi novio.

Su recuerdo me hizo apartarme de Adri como si quemara.

Pero ¿qué estaba haciendo?

—Necesito ir al lavabo —balbuceé, aturdida—. Ahora vuelvo.

—Vale. Aquí te espero.

Me levanté del escalón para dirigirme con urgencia al primer cuarto de aseo que vi, porque había varios en la planta superior. Una vez dentro, abrí el grifo del lavabo y me eché abundante agua en la cara. Sin embargo, al encontrarme con el reflejo de mi rostro en el espejo, solo un pensamiento pasó por mi cabeza: me estaba enamorando de Adri y no podía hacer nada para evitarlo.

Mi enemigo de la niñez.

El único que aguantaba mi mal carácter.

El que me había acompañado siempre en los malos momentos.

El que me cuidaba, me protegía y nunca me dejaba sola cuando necesitaba desahogarme.

El mismo que hubiera besado con la intensidad de un tornado hacía solo unos minutos.

Él y solo él.

Y ahora, ¿qué iba a hacer al respecto?

No podía quedarme de brazos cruzados, sabiendo que salía con un chico del que probablemente no estaba enamorada. Pero tampoco tenía ni la más remota idea de si lo que sentía por Adrián era amor verdadero o solo un simple capricho pasajero.

Al menos, lo que había entre Raúl y yo era real. Tal vez no fuera ese tipo de amor del que hablan las novelas, pero era lo único estable de veras en mi vida.

Sacudí mi cabeza frente al cristal.

—Tranquila —le dije a mi reflejo—. No te apresures. Haz las cosas bien.

Con esa determinación, salí del aseo dispuesta a descubrir si Adri era el chico que realmente hacía latir a mi corazón o solo era una película que se había montado mi mente.

Capítulo 35

No me doy por vencido

Adrián

En la actualidad

—¡Cachorrito! Ayúdame a colocar esta vitrina un poco más atrás para dejar un poco de espacio aquí.

Meneé la cabeza, resignado.

—Te he dicho mil veces que no me llames así, mamá.

Era imposible entrar en esa casa sin que decenas de recuerdos asaltaran mi memoria, sobre todo en Nochebuena, con todos esos adornos navideños decorando cada rincón del hogar de mi familia.

Me parecía estar viendo esas tiernas imágenes de mi abuelo en la cocina, cuando no dejaba que nadie le molestase mientras se encargaba de hacer los postres. O a mi madre canturreando villancicos populares, para desesperación de Carla, que siempre se escondía detrás de la barandilla de las escaleras para no tener que soportar la conversación de nadie en esta celebración a la que tanta aversión tenía. Incluso mi padre solía olvidar por unas horas sus diferencias conmigo y se mostraba más cordial, sobre todo cuando ya llevaba alguna copa de más encima.

—Un paso más hacia la derecha —me indicó mi madre, devolviéndome al presente de forma brusca.

Arrastré el pesado mueble unos centímetros más.

—¿Ahí está bien?

—¡Perfecto! Gracias, cariño.

Mi madre me llenó la cara de besos, pese a mis protestas.

—De nada. Por cierto, ¿sabes si ha llegado ya Carla? —le pregunté en cuanto pude desasirme de sus sonoros mimos.

—Todavía no, pero no creo que tarde, porque ayer prometió ayudarme a preparar las bebidas para la cena. —Hizo una pausa y luego continuó con su charla—: Aunque también me dijo que iría antes a felicitar las fiestas a su padre, si no recuerdo mal.

Alcé la vista al cielo para que mi madre no notara cuánto me desagradaba oír eso.

—Ese hombre no se merece la hija que tiene —murmuré.

Mi madre chasqueó la lengua.

—Shhhh. No te metas en esas cosas. Carla ya es mayorcita y sabe lo que debe hacer y lo que no. En fin, voy a mandarle un mensaje para saber cuánto le falta para llegar.

Asentí de forma automática.

Una vez más, el destino se había confabulado para impedir que Carla y yo nos viésemos desde nuestro tórrido encuentro en mi despacho. Si bien, en esta ocasión la culpa fue mía por haber tenido que viajar dos días atrás hasta Alicante. Tenía que convencer al proveedor de almendras marconas de que doblase la cantidad del último pedido que habíamos realizado. Una

misión complicada de conseguir por la época del año en la que nos encontrábamos.

—Oye, cachorrito —me reclamó mi madre otra vez—. ¿Me puedes traer la lámpara esa que te regalamos hace unos años? Si no recuerdo mal, está en la mesa de escritorio de tu antigua habitación. Creo que hay poca luz en esta parte del comedor y nos vendría bien tener un poco más, ¿no te parece?

No tenía ni la más remota idea de lo que me estaba hablando, porque mi mente estaba bastante lejos, aun así, acepté su encargo.

Mi viejo cuarto estaba exactamente igual que cuando me fui. Nada había cambiado, ni siquiera el libro de trucos de repostería que dejé a medias justo antes de marcharme a la residencia universitaria. Eso sí, todo estaba impecable. Era obvio que lo limpiaban bastante a menudo.

Pasé la mano por las fotos que conformaban el collage de la pared y sonreí. Una en concreto llamó mi atención. Se trataba de la instantánea que nos sacaron a mi abuelo, a Carla y a mí el día que ganamos el concurso infantil de repostería de una cadena de televisión local.

—¿Recordando viejos tiempos?

Me sobresalté al escuchar la voz de mi padre.

—No. Solo he entrado aquí a por una lámpara que me ha pedido mamá.

Al darme la vuelta, examiné su semblante adusto, aún ojeroso. Clara señal de que, pese a su alta hospitalaria, todavía no se había recuperado del todo.

—¿Cómo estás? —me interesé y sentí que realmente se lo decía porque me preocupaba y no por mera cortesía.

—Bien. Todavía me canso mucho, pero no me puedo quejar. —Se quedó unos segundos en silencio y, finalmente, habló—: ¿Qué tal te fue en Alicante? ¿Conseguiste que duplicasen el pedido?

—Sí.

Se acercó unos pasos hasta situarse a tan solo medio metro de mí.

—Mira, sé que no quieres que hablemos de esto, aun así, necesito decirte que lo estás haciendo muy bien y que te agradezco el sacrificio que has realizado al dejar tu vida en Nueva York para ayudarme con la empresa.

Sus palabras me emocionaron. Era la primera vez que mi padre me decía que había hecho algo bien, pero no quise que notara lo mucho que me satisfacía escuchar su agradecimiento.

—Hice lo que debía hacer. Nada más.

Visiblemente fatigado, se aproximó hasta mi antigua cama. A continuación, se sentó en ella.

—¿Sabes? Tu abuelo y yo nunca llegamos a entendernos. Me pasé muchos años tratando de que se sintiera orgulloso de mí. Creé Dulces Dueñas para expandir su negocio y que así todo el mundo conociera sus dulces. Pero él nunca lo valoró.

Inspiré profundamente antes de hablar.

—El abuelo solo quería que amases tanto la repostería como lo hacía él.

Mi padre sonrió, después meneó la cabeza de un lado a otro.

—Soy consciente de ello, pero nunca se me dio bien hacer pasteles, por eso intenté contentarlo de la forma que sabía, con lo único que sabía hacer.

Su confesión me irritó. Fue mi turno de hacer un gesto de negación con mi mano.

—Seguiste tu propio camino. Igual que yo.

—Sí —admitió—. Igual que tú.

—Entonces, ¿por qué te has pasado tantos años tratando de que yo siguiera tus pasos? ¿Por qué intentaste que hiciera todo lo que tú querías? ¿Por qué no me dejaste que fuera yo mismo?

Se quedó callado, con la mirada perdida. Pensativo.

—Tienes razón. He hecho contigo lo mismo que mi padre hizo conmigo, que es justo lo que siempre le reproché.

Enarqué las cejas, sorprendido porque al fin se diera cuenta de su error.

—Ya no importa. Hace mucho tiempo que dejé de esperar una palmadita tuya en la espalda. He trabajado muy duro para llegar a donde estoy. Al final, he cumplido mi sueño, con la única ayuda de la herencia del abuelo porque tú no me apoyaste, y eso es lo que cuenta para mí.

Me sentí liberado al decirlo, como si me hubiese quitado de una vez por todas ese enorme peso de encima que tanto me lastraba.

—Aunque no lo creas, estoy orgulloso de ti por todo lo que has conseguido, Adrián —me reveló con tono afectado—. Solo quería que lo supieras.

Reí con ironía.

—No sé por qué no puedo creerte.

—No te culpo por ello. Sé que es difícil que me creas porque no he sido nunca un padre cariñoso. Aun así, eres lo único que he hecho bien en esta vida. Lo único de lo que me siento realmente orgulloso.

Al escuchar su reacción, una parte del rencor que había acumulado a lo largo de los años en mi interior se apaciguó.

Carla estaba en lo cierto. Mi padre tampoco se había portado conmigo tan mal, puesto que siempre se había preocupado por mí. Nunca me privó de nada antes de irme y solo pretendió procurarme un buen futuro, aunque fuese a su manera.

Diferencias de opiniones que se podían solucionar con una conversación. Así había descrito Carla nuestra mala relación.

Alcé la vista para darme cuenta de que mi padre se había puesto en pie otra vez, para dirigirse hacia la puerta de mi antigua habitación.

—Solo espero que algún día podamos llegar a hablar sin discutir, como hacen las familias que se respetan —proclamó, abatido—. Me conformo con eso.

Me apresuré a detenerlo.

—Espera.

Él se dio la vuelta a medias con ojos interrogantes.

—No es justo que cargue toda la culpa sobre tus hombros. No solo tú lo has hecho mal. Yo tampoco te lo he puesto fácil. Nunca te he dado las gracias por todo lo que te has esforzado para procurarme un buen futuro —admití.

Sus ojos brillaron de emoción, al mismo tiempo que asomaba una tímida sonrisa en sus labios.

—No tienes que agradecerme nada, hijo. Hubiera dado mi vida por ti. Y lo seguiría haciendo.

Sin poder contenerme, lo abracé con cuidado de no hacerle daño. De forma instantánea, sus brazos me rodearon también.

—No lo dudo —le aseveré—. Sé que siempre has querido lo mejor para mí, aunque no estuviésemos de acuerdo.

—Siempre fue así. Tú has sido mi única preocupación desde que naciste. Yo... quería dártelo todo para que nunca te faltase de nada. Intenté poner el mundo a tus pies.

—Lo sé.

Noté que tragaba saliva, conteniendo su emoción. Mientras tanto, palmeó mi espalda con vigor.

—Y me has demostrado que eres un buen hijo al acudir en mi ayuda cuando lo he necesitado. Con ese gesto de generosidad me has dado una lección de vida que no voy a olvidar jamás. Ahora solo queda que regreses a tu vida en Nueva York para triunfar aún más con esa confitería de la que tu abuelo estaría tan orgulloso si pudiera verla.

Esta vez fui yo el que tuvo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no romperme ante la alusión a mi abuelo.

—¿Y si te dijera que quiero quedarme en Madrid para hacerme cargo de la vieja pastelería del abuelo?

Mi padre se quedó en silencio, pero sus brazos se aferraron a mí con más vigor.

—No la he vendido durante todo este tiempo por ti, porque sé lo importante que es para ti. Tenía la esperanza... —Su voz se resquebrajó.

Esa fue toda la respuesta que necesité para saber lo mucho que le complació mi decisión.

Lo envolví con idéntica firmeza.

—Tranquilo. De aquí en adelante tendremos mucho tiempo para discutir todas estas cosas que nos hemos guardado durante tantos años —le susurré—. No nos apuremos.

No hicieron falta más palabras. Ese abrazo terminó de expresar aquellas frases que quedaron en el aire, porque hay silencios que dicen más que la propia voz.

Nunca imaginé que una simple conversación pudiera ser el inicio de un entendimiento con mi progenitor, al que llevaba repudiando más de la mitad de mi vida. Aunque, en realidad, lo que más deseaba en ese instante era buscar a Carla para contarle lo que acababa de pasar. Con esa idea, traté de localizarla entre el resto de invitados y familiares que comenzaron a llegar en masa para la celebrar la Nochebuena.

Conversaciones banales, bienvenidas, saludos, pero no hubo forma de dar con ella. Tan solo cuando nos sentamos a cenar pude verla en el otro extremo de la sala. Nuestras miradas se cruzaron y, de pronto, me dedicó una tenue sonrisa que calentó mi corazón. Levanté mis brazos para hacerle gestos con ambas manos para decirle que la vería más tardes en nuestras escaleras de siempre, y ella asintió. Como era habitual, parecía leerme la mente.

Así pues, una hora y media más tarde me escapé de allí para dirigirme hacia el lugar en el que había quedado con ella, no sin antes recoger de la cocina una de las bizcotelas que había hecho unas horas antes.

Allí estaba, sentada en uno de los escalones de la parte superior, con la espalda pegada a la barandilla y tan absorta en su teléfono móvil que no se dio cuenta de mi llegada.

—Feliz Navidad.

Me arrodillé delante de ella, puse el pastel frente a sus ojos e, inmediatamente después, Carla me observó con solemnidad.

—Feliz Navidad, Adri.

No me dio tiempo a decirle nada más porque sus brazos se enroscaron en mi cuello y comenzó a besarme despacio.

No fue un beso como los anteriores, este llevaba una carga adicional de inocencia, de confianza y complicidad que me hinchó el pecho de amor.

—Te he visto antes hablando con tu padre —murmuró al separarse un poco para tomar aliento.

—Hemos tenido una larga conversación.

—¿Y? —Parecía expectante.

—Y creo que tú tenías razón —le admití—. No es que hayamos solucionado nuestros problemas, pero supongo que ha sido un... comienzo.

Los ojos de Carla refulgieron de emoción.

—Tan solo hacía falta que os escuchaseis mutuamente.

Nos contemplamos largo y tendido. Un intercambio mudo de comprensión y entendimiento que culminó cuando arrimó su rostro al mío, muy despacio, para apoderarse de mi boca otra vez. Ahora bien, este beso no tenía nada de inocente, sino que iba destinado a volverme loco de lujuria, tal y como sucedió.

Su boca arrasó la mía con desenfreno, con una pasión que iba más allá de lo terrenal. Fue una muestra de una auténtica entrega sin límites.

—Te necesito.

Esas dos palabras fueron mi perdición.

—Ven conmigo a mi casa. Pasa la noche conmigo —le supliqué.

—Sí —me respondió con voz solemne—. Sí. Sí.

Capítulo 36

Me muero por besarte

Carla

—Vaya. Es impresionante.

—No es para tanto. Es solo paisaje urbano.

El ático de Adrián era más impactante de lo que imaginaba. No solo por las fantásticas vistas de Madrid que se divisaban desde su terraza, sino por el gusto exquisito con el que estaba decorado. Elegante pero hogareño. Sin duda, se notaba que Luisa había depositado todo su amor a la hora de amueblarlo para su hijo.

—¿Estás de coña? No me puedo creer que no te guste este sitio.

—Ahora me da igual. No quiero ver Madrid, solo a ti —murmuró desde atrás, mientras frotaba su nariz en mi nuca y dejaba una ristra de besos por mi piel.

Me di la vuelta para besarlo y él me respondió con un profundo beso. La chispa se encendió entre nosotros con tanta intensidad que solo pude dejarme llevar por ella.

Durante largos minutos nos devoramos en su terraza, sin importarnos el frío de diciembre a esas altas horas de la noche. Solo existíamos él y yo, nada más. Solo importaba su sabor, el placer que me provocaba su boca, su aterciopelada lengua rozando la mía y nuestras respiraciones entrecortadas fundiéndose la una con la otra.

—Ven conmigo.

Tiró de mi mano con suavidad para guiarme hasta el interior del piso, donde prosiguió su camino hasta llegar a lo que parecía ser su dormitorio. Una enorme habitación en la que imperaba el mismo buen gusto que en el resto de la vivienda.

—No sabes cuántas veces he soñado con este momento —me susurró, enlazando sus brazos alrededor de mi cintura—. Con tenerte en una cama otra vez.

Sonreí sobre sus labios.

—Ha pasado ya mucho de eso. Me refiero a nosotros en una cama.

Sus ojos me contemplaron con dolor. Ambos teníamos la mente puesta en esa única noche que el destino nos permitió tener.

—Carla, aquella noche...

—Shhh. —Le hice callar con tiernos besos—. Tú mismo lo dijiste. Eso fue el pasado. Esto es el presente. —Deposité más besos por su barbilla, por su cuello—. No quiero pensar en lo que pueda pasar. No quiero hacerme ilusiones. No quiero volver a soñar. Necesito vivir el ahora. Tan solo quiero sentir.

Adri hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Te aseguro que vas a sentir —me prometió.

Sin decir nada más, sus labios se deslizaron por la piel de mi garganta haciéndome vibrar al compás de su deseo.

Mis latidos desbocados resonaban en mi pecho como si se tratara de un tambor, al mismo tiempo que sus dedos temblorosos comenzaron a desnudarme. Primero el abrigo, que cayó al suelo, luego mi vestido, que siguió su mismo destino. Cuando ya daba por hecho que se desharía

de mi ropa interior, un repentino frío me avisó de que las manos de Adrián habían dejado de acariciar mi cuerpo.

Abrí los ojos para encontrarme con una mirada cargada de pasión.

—Es el colgante que te regalé —me susurró—. Lo descubrí en tu cuello cuando te di la pulsera. Ese día me sentí confuso, no esperaba que lo llevaras puesto después de tanto tiempo.

Sus dedos sujetaron la pequeña berlina que me entregó en aquel cumpleaños.

Lentamente, desplegué una triste sonrisa.

—Nunca me lo he quitado. Es importante para mí.

Sus ojos me traspasaron con la intensidad de una tormenta.

—Tú lo eres más para mí. ¿Sabes de qué me he dado cuenta? —habló muy bajito—. Nunca llegué a decirte que estaba locamente enamorado de ti esa noche de fin de año.

Mi corazón se detuvo, pero no me atreví a moverme ni un centímetro. Tan solo quería seguir escuchando más sobre eso.

—¿Lo estabas?

Él asintió.

—¿Lo dudas aún? Empecé a quererte cuando te odiaba. Después, te odié porque te amaba y no soportaba que tuvieras ese poder sobre mí.

Tragué saliva. ¿Y por eso se marchó a Nueva York? No. Ese no podía ser el motivo. Era imposible. Pero esa era una cuestión que no iba a sacar a colación. No era el momento.

Medité si hacerle la siguiente pregunta o no, pero las palabras salieron de mis labios sin pedirme permiso.

—¿Y ahora?

Adrián desplegó esa sonrisa felina que me volvía loca de lujuria.

—¿Quieres que te diga que todavía te quiero, bicho con gafas? —mientras formulaba su pregunta, sus manos cobraron vida otra vez en mi piel.

—Ya no tengo gafas. Y sí, quiero que me digas que me amas y que siempre me amarás.

Fuego con fuego, sus dedos se deslizaron entre mis senos, descendieron por mi cintura y no se detuvieron hasta llegar al mismísimo centro de mi ser. A continuación, sus labios me robaron un beso lento, profundo en el que me perdí por completo.

—Pues me temo, señorita sabelotodo, que vas a tener que suplicar un poco si es eso lo que quieres escuchar —afirmó, separándose durante unos segundos de mi boca.

Pero esta vez fui yo la que tomó las riendas de la situación, al sujetarle las manos por las muñecas cuando intentó quitarme el sujetador.

—¿Suplicarte, yo? Ni lo sueñes. —Comencé a desnudarlo, tal y como él había hecho minutos antes conmigo—. Veamos quién termina por suplicar a quién.

Le quité la chaqueta del elegante traje que había elegido para la celebración navideña, después, desabotoné su camisa y la dejé caer al suelo junto a mi abrigo y a mi vestido. A continuación, me deshice de sus pantalones y de sus calzoncillos, todo bajo su atenta mirada. Di una vuelta a su alrededor cuando lo tuve completamente desnudo ante mis ojos y luego empujé con suavidad su torso con mi mano, hasta que sus piernas chocaron con la cama y cayó sobre ella. Solo entonces, me posicioné sobre su cuerpo a horcajadas para sonreírle desde arriba.

—¿Sabes que si juegas con fuego te vas a quemar, verdad? —me advirtió.

—Quemémonos.

Hay una poderosa realidad en la vida de cada persona, y es que no se puede luchar contra el destino.

No recordaba cuándo fue el momento exacto en el que me enamoré de Adrián tantos años

atrás, pero sí sabía que me había pasado más tiempo combatiendo con ese sentimiento, que deleitándome en él. Pese a todo, había algo tan dulce como adictivo en la rendición. En ese instante en el que dejas de batallar y te abandonas a una fuerza superior para reconocer que su victoria es legítima. Esa milésima de segundo en la que aceptas que te ha vencido y no te queda más remedio que dejarte arrastrar hacia una oscuridad en la que no sabes si habrá luz al final o solo quedarán tinieblas.

Luz o tinieblas, me lancé a mi destino de cabeza.

Cuando mi boca entró en contacto otra vez con la suya, ya no hubo lugar para nada más. El fuego de la pasión nos consumió. Durante interminables minutos nos perdimos en un larguísimo y encarnizado beso que no hizo más que avivar las llamas del infierno en el que bailábamos la más antigua de las danzas: la de la seducción.

Su cuerpo estaba a mi merced para hacer con él lo que me diese la gana, pero yo solo quería hacerle pagar por la tortura a la que me había sometido en nuestro último encuentro en su despacho.

Me aseguré de que toda su atención estaba puesta en mí antes de estirar mi espalda y ver cómo sus ojos devoraban mis senos cuando desabroché mi sujetador y dejé mis pechos al aire. Sin embargo, no lo dejé tocarme porque de nuevo sujeté sus muñecas con mis manos para colocarlas sobre su cabeza.

—Ni se te ocurra moverte. Me lo debes.

No le di opción a replicar, ya que con extrema lentitud deslicé mis labios por sus pectorales desnudos y lamí la piel de su torso, recreándome a mi antojo, hasta llegar a la parte inferior de su ombligo, donde su dura erección esperaba lista para la tortura. Sin detenerme ni un segundo, la lamí en toda su longitud, succionando al llegar a su glándula.

Un jadeo de placer se escapó de la boca de Adrián.

Excitada, recorrí su miembro con mi lengua otra vez, hasta llegar a la punta, donde chupé con suavidad durante unos segundos, hasta que sus manos sujetaron mi cabeza para intentar retirarme.

—Detente o esto terminará demasiado pronto.

Más que una orden, fue una súplica. Pero no le hice caso. Sin lograr contener más mi lujuria, introduje su miembro en mi boca por completo. Lo lamí, chupé y lo saboreé con lascivia una y otra vez. Muy despacio.

Él gimió.

—No puedo más —manifestó.

Acto seguido, me agarró por las caderas y tiró de mi cuerpo hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Tú ganas. —Me quitó las bragas, para luego volver a colocarme sobre su miembro hambriento de mí.

—¿Yo gano? —farfullé, divertida.

Sin embargo, su mirada no contenía ni una pizca de humor. Al contrario, la seriedad de su expresión me abrumó, sobre todo cuando colocó una de sus manos en mi nuca para atraerme hacia su boca un poco más, al mismo tiempo que con la otra mano me sujetaba por la cadera.

—Te quiero, Carla. Ya te quería cuando éramos niños y me lanzabas harina en los ojos. Te quería cuando cada Nochebuena nos sentábamos en las escaleras y llorabas sobre mi hombro recordando a tu madre. Ya te quería cuando te regalé este colgante, sin esperanza alguna de ser correspondido. Te quería cuando dejé de lado mis sueños para convertirme en tu compañero de carrera y vecino en la residencia universitaria. Te quise aquel fin de año en el que probé tus

labios por primera vez. Y te quiero ahora. Aquí. Así.

Me penetró con una lenta, profunda y potente embestida.

Gemí con intensidad.

—No es suficiente. Quiéreme más —le rogué entre jadeos—. Hazme el amor toda la noche.

Lo sentía tan dentro de mí que no sabía dónde empezaba yo y terminaba él. Éramos uno, la continuación del otro. Como siempre fue. Como debía ser.

Al notar que volvía a retirarse de mi cuerpo y se introducía de nuevo en mi cuerpo, arqueé la espalda para acogerlo más profundamente, tan hondo que tuve que apoyar mis manos en sus hombros para soportar el placer tan arrollador que me provocaba.

Poco a poco comencé a mecer mis caderas para acompasar los movimientos de Adri, que continuaba torturándome con lentos envites. Su cuerpo buscaba el mío, retirándose y hundiéndose una y otra vez de mi interior, mientras sus manos acariciaban mis senos.

Aun así, yo necesitaba más, y él pareció leerme la mente cuando se incorporó para reclamar mi boca con un beso voraz que nos dejó a los dos sin aliento.

—Nada me sabe tan dulce como tú —confesó entre ardientes besos.

Sus caricias quemaban mi piel. Su aterciopelada lengua saciaba la sed de mi boca, a la vez que su potente erección continuaba dándome todo lo que necesitaba de él cada vez que se clavaba en mi cuerpo. Una y otra vez. Sin descanso.

Suaves gemidos se escapaban de mi boca para mezclarse con los jadeos de Adri.

—No pares —le supliqué al notar que se detenía durante unos segundos.

Sonrió al escuchar mi voz borracha de placer. Sin darme opción a nada más, giró sobre el colchón, hasta dejarme bajo su cuerpo, y volvió a metérmela hasta el fondo con una fuerte penetración.

Un grito de puro gozo salió de mi garganta.

—Así. Grita para mí. —Volvió a hundirse en mi sexo—. Déjame escuchar tus gemidos hasta que te corras.

Se retiró y volvió a embestirme sin descanso. Unas veces suave, otras duro, asestándome puñaladas de placer, para hacerme gozar cada vez más, mientras su boca devoraba la mía y mis piernas se enroscaban en sus caderas para sentirlo aún más adentro.

Solo entonces aceleró el ritmo de sus embestidas, que eran cada vez más potentes, más profundas. Tanto era así que tuve que sujetarme al cabecero de la cama para soportar el placer que me provocaba.

Suspiré, enloquecida de gozo, mientras lo recibía dentro de mí, acercándome al éxtasis. Su lengua acariciaba la mía con besos interminables que me dejaban sin aliento, haciéndome el amor de todas las formas posibles.

—No puedo más. Voy a llenarte de mí —me advirtió en un jadeo.

—Hazlo —le volví a rogar—. Te necesito.

Presa del placer más extremo, Adri me empujaba una y otra vez con sus caderas hasta hacerme casi rozar el cielo, y fue en una de esas duras embestidas cuando se apoderó de mí un potente espasmo de éxtasis. Grité mientras alcanzaba el orgasmo, enardecida de placer, justo en el mismo momento en el que su semen llenaba mi cuerpo, con él también abandonado al delirio entre espasmos. Con un último envite, su polla se hundió aún más en mí, a la vez que de su garganta surgió un ronco gemido.

En el silencio de la habitación solo se escucharon las respiraciones alteradas de ambos. Así permanecimos unidos durante un buen rato, con su cabeza descansando sobre mis senos desnudos, hasta que logramos recobrar un poco de calma.

—Yo no recuerdo cuándo empecé a quererte —le dije, tras romper el silencio—. Lo único que sé es que nunca he dejado de hacerlo desde entonces.

Adrián se apoyó en los codos y me observó desde arriba.

—Ah, pero ¿me quieres?

Mi cara debió ser un poema.

—Claro que sí, tonto.

Su expresión divertida dio paso a otra más gamberra.

—Es que, por si no te has dado cuenta, no me lo has dicho nunca.

Fue mi turno de incorporarme a medias.

—¿Cómo que no?

—No.

Arrugué el ceño, dispuesta a discutir.

—Sí te lo he dicho —repliqué.

—No. No lo has hecho. —Se recostó de lado, con una sonrisa traviesa en su cara—. ¿Y bien? ¿Lo vas a hacer o no?

Me crucé de brazos, enfurruñada.

—Te quiero —murmuré con la boca pequeña.

Se llevó las manos a la cara, en un gesto de espanto.

—Pero ¿qué mierda de declaración ha sido esa? Si te ha salido la voz del culo. Repítemelo. Más fuerte.

Adrián me tumbó de nuevo en la cama, inmovilizando mis brazos contra el colchón. A continuación, comenzó a hacerme cosquillas.

Mis carcajadas no me permitieron hablar.

—¿Vas a decirlo o...? —insistió.

—¡Que te quiero! ¡Te quiero! —Volví a reír desternillada por las cosquillas—. ¿Te vale así?

De pronto, sus manos dejaron de provocarme espasmos de risa y su boca atrapó la mía en un sensual beso, lento, cargado de amor. De ese amor auténtico. De ese que es para siempre.

—Sí. Me vale así —susurró—. De momento, porque... Porque dentro de muy poco voy a querer más.

—¿Más?

—Mucho más.

Y, tras otro interminable beso, continuamos con nuestra noche de amor.

Capítulo 37

Te entiendo

Adrián

Seis años antes

Mmmm. ¿Quién es el mejor enemigo del mundo? Cuidarás de mi gata, tal y como me prometiste, ¿verdad? He dejado las llaves de mi estudio en el despacho de mi padre. Ve y él te las dará.

Nota encontrada en el buzón del nuevo apartamento de Adrián

Muy bonito. Tengo que cuidar de tu gata mientras tú te vas de vacaciones con tus amigas. ¿Por qué no se lo dices a tu novio? Oh, vaya, no me acordaba de que Raúl es demasiado pijo para cambiar el arenero de tu gata.

Nota encontrada bajo el limpiaparabrisas del coche de Carla

—¿Puedo hablar con Pedro Suárez un momento? Soy Adrián Dueñas, el hijo de uno de sus clientes. He quedado con él para recoger unas llaves.

La recepcionista del bufete me miró por encima de las gafas.

—Un segundo. Voy a preguntar si está disponible para atenderte ahora. —Señaló con su mano hacia la derecha y prosiguió—. Puedes esperar en la sala del fondo.

—De acuerdo. Gracias.

No es ningún secreto que la vida puede cambiar de un día para otro, aunque yo prefería definir esa variación como una simple evolución que forma parte del proceso de madurar.

Estábamos a punto de comenzar el último año de carrera. La residencia para estudiantes ya quedaba atrás para Carla y para mí, puesto que hacía unos meses que Pedro le había alquilado a su hija un pequeño estudio cerca de la universidad y yo, que no iba a ser menos, me instalé en un modesto apartamento, situado a bastantes kilómetros del suyo. Un hecho al que todavía no me había acostumbrado, pero que era de vital cumplimiento para recuperar mi salud mental.

La distancia era la única salida para olvidar o, mejor dicho, para arrancármela del pecho de una vez por todas. A ella. A Carla.

Pese a que nuestra relación se había asentado en algo parecido a la amistad durante los últimos tiempos, yo necesitaba poner espacio entre los dos, ya que no hay nada más patético que enamorarte de tu enemiga de la infancia y, encima, no ser correspondido.

—¿Adrián? —La mujer de gafas me sacó de mis pensamientos al pronunciar mi nombre—. Pedro está en una reunión, pero me ha indicado que, si tiene prisa, es mejor que le haga pasar a su despacho para que recoja usted mismo las llaves de su hija. Ha dicho que las encontrará en el primer estante del archivador que hay junto a la ventana.

La verdad, me tentaba más esa alternativa, antes que tener que esperar Dios sabía cuánto tiempo a que el padre de Carla terminase su reunión.

—Entonces lo haré yo mismo. Gracias.

Me hizo un gesto con su mano.

—Bien. Sígame, si es tan amable.

No era la primera vez que visitaba el bufete del abogado de mi padre, pese a que no estaba demasiado familiarizado del todo con la distribución de las oficinas. La confianza que existía desde hacía tantos años entre la familia de Carla y la mía no era suficiente incentivo para que no me sintiera un poco intruso en ese frío despacho, tan acorde a la personalidad de Pedro y tan diferente a la calidez de su hija.

Un teléfono sonó a lo lejos, aun así, yo seguí observando el interior de la estancia en busca del archivador en el que se encontraban las llaves.

—¿Le molesta si lo dejo aquí a solas? —me preguntó la asistente—. Tengo que atender esa llamada sin falta.

—Claro, sin problema. No quiero interrumpir su trabajo. En cuanto recoja lo que he venido a buscar, me iré.

—Perfecto. No se olvide de cerrar bien cuando se marche —fue la última petición de la remilgada secretaria antes de desaparecer por el marco de la puerta.

Localicé mi objetivo poco después, era una especie de armario con puertas metálicas y estantes abarrotados de expedientes, portafolios, cartas y papeles sueltos. Desde luego, toda la pulcritud del despacho se desmoronaba ante el desorden que habitaba en el interior de ese mueble. Por fortuna, las llaves del estudio de Carla estaban bastante a la vista, puestas de forma descuidada encima de varios sobres grandes que sobresalían de la balda.

Contento por la rapidez de mi hallazgo, tiré de ellas con mis dedos, con tan mala suerte que uno de los sobres de tamaño grande que había justo debajo, se resbaló y cayó al suelo, esparciendo todo su contenido por la superficie de mármol.

—¡Venga ya! —me lamenté en voz alta, a la vez que me agachaba para arreglar el estropicio que había causado debido a mi torpeza.

Al hacerlo, me di cuenta de que no se trataba de simples papeles o informes, sino que dentro de ese sobre había varios objetos pequeños, acompañados de cinco fotografías. Un pintalabios, un teléfono móvil bastante antiguo, un pequeño monedero...

Examiné de nuevo el sobre para descubrir un texto escrito en el reverso:

Objetos personales hallados en el lugar del incidente.

Era una frase escrita a mano, con bolígrafo de color azul.

Abrumado por el desconcierto, desvié la vista y fue entonces cuando mis ojos se quedaron clavados en las fotografías. Con dedos temblorosos, las recogí entre mis dedos para verlas mejor. Mi corazón comenzó a latir deprisa al fijarme en las instantáneas en las que aparecía un conocido político, ya retirado de la vida pública, en actitud cariñosa con una mujer vestida con lencería provocativa. Sonriente y relajado, se fundía en besos apasionados con ella, ambos tumbados en una cama. Pero en la última fotografía, aparecía la mujer sola, visiblemente herida o golpeada, tendida en el suelo con un charco de sangre a su alrededor.

Un sudor frío perló mi frente, obligándome a frotármela con el dorso de la mano.

Quizá solo se trataba de objetos relacionados con algún caso judicial del que Pedro se hubiera encargado en el pasado.

Sin dejar de temblar, observé de nuevo la superficie del suelo y descubrí un folio doblado en dos, también con algo escrito, pero no parecía tener el mismo tipo de letra que el sobre. Desdoblé el papel para comprobar que se trataba de una breve carta, en cuya esquina inferior de la misiva, vi garabateado el nombre de pila del mismo político que aparecía en las fotos.

Al leer por encima, me di cuenta de que el contenido de esta era bastante informal, no se

trataba de una carta oficial o que pudiera formar parte de algún proceso judicial.

«Querido amigo, te agradezco que me hayas sacado de este embrollo con tanta rapidez. Y espero que la cantidad que he puesto a tu disposición cubra con creces las molestias que te has tomado para ayudarme, sobre todo, por hacer callar a esa maldita puta y esconder las pruebas. Sé que no te ha resultado fácil, por ese motivo te he aumentado la cantidad a recibir de la pactada inicialmente.

Te envío esta nota con uno de mis más leales colaboradores porque, como ya sabes, no me fío de hacer ciertas llamadas telefónicas. Este es el medio más seguro para comunicarnos en el futuro.

Por favor, si surge cualquier inconveniente, no dudes en ponerte en contacto conmigo por medio de mi ayudante.»

Espantado, me dejé caer hasta notar que mis posaderas chocaban con el frío suelo. Desde ahí, al levantar la vista me di cuenta de que había más sobres similares en el mismo lugar donde estaba el que se acababa de volcar. Era muy probable que se tratara de otros trapicheos del mismo estilo.

A pesar de la estrecha relación de amistad de mis padres con los de Carla, siempre tuve cierto recelo hacia Pedro. Había algo en él que nunca me terminó de gustar. Tal vez fuera la frialdad con la que trataba a Mónica y a su propia hija. Fuera como fuese, el contenido de ese sobre daba a entender que Pedro estaba envuelto en asuntos turbios que no tenían nada que ver con su oficio.

—¿Qué estás haciendo?

Me sobresalté al escuchar la voz furiosa de Pedro, que me obligó a levantarme como si tuviera un resorte en el culo.

—Yo...

—¿Por qué metes tus narices en asuntos que no te conciernen? —reiteró.

—No pretendía curiosear, tan solo buscaba las llaves del estudio de Carla, pero al recogerlas, se ha volcado ese sobre y...

—Pues recoge las llaves y vete. Ya me ocupo yo de arreglar este desastre.

De malas formas, el abogado se acercó a mí para arrebatarle la carta y las fotografías de las manos.

Nuestros ojos se encontraron, cara a cara. Pude notar el profundo desprecio que transmitían, que se mezclaba con algo parecido a la vergüenza.

Me mantuve inamovible, sosteniéndole la mirada para demostrarle que no le temía, y que no comulgaba con lo que quiera que hubiera hecho con ese asunto.

—Espero que seas un chico prudente y no le cuentes a nadie lo que has visto aquí. Y mucho menos le vayas con el chisme a Carla. —Pese a su actitud controlada, su nerviosismo era evidente—. No sería agradable sacar a la luz ningún viejo asunto que pueda poner en duda una buena reputación.

Como era de esperar, solo le importaban las apariencias. No mostraba ningún tipo de señal de arrepentimiento.

—¿Chisme? —repliqué sin lograr reprimir mi comentario—. Yo creo que lo que hay aquí no tiene nada que ver con ningún chisme, es algo más serio.

—Si lo haces público no dudaré en meter a tu padre en un lío muy gordo. Hace años que me ocupo de todas sus gestiones y no me costaría modificar un par de documentos para...

Desde luego, no tenía escrúpulos de ningún tipo.

—¿Eso es lo que temes? ¿Que te descubra? La verdad, no tengo ningún interés en hacerlo,

así que no metas a mi padre en esto.

—Mi hija tampoco debe enterarse. —Volvió con sus sutiles advertencias.

—Tranquilo, yo nunca le contaré a Carla algo que pudiera perjudicarla de alguna manera. La aprecio demasiado —siseé con la mandíbula apretada—. Pero merecería saber la clase de sabandija que tiene por padre.

Mis palabras causaron el impacto que pretendía, puesto que Pedro me agarró por la chaqueta, amenazante.

—Mira, chico estúpido. —Me zarandeó con agresividad, pese a que yo ya no era ningún niño y mi constitución era bastante más corpulenta que la suya—. Siempre me pareciste un crío impertinente que necesitaba que le dieran unos buenos azotes, aunque mi respeto hacia tu padre me impide darte lo que mereces en este momento. —Aproximó su rostro al mío intentando intimidarme—. Así que lárgate de mi vista ahora mismo y procura que no salga de tu boca ni una sola palabra al respecto, si no quieres vértelas conmigo de verdad.

Dudé de que la razón que lo retenía para ir más lejos con su agresión fuera el respeto por mi padre. Más bien se trataba de una cuestión de dinero y del miedo a perder su bien considerada posición.

Al menos, al fin salía a relucir la verdadera cara de ese impresentable que, tal y como yo ya sospechaba desde hacía tiempo, en el fondo no era el hombre amable y educado al que todo el mundo respetaba.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no asestarle un buen puñetazo en toda la cara, que era lo que se merecía ese repugnante ser. Contuve a duras penas mis ganas de decirle lo despreciable que era, y lo poco que se merecía tener una hija como Carla.

Apreté los puños, pero al final logré apaciguar mi rabia al recordarla. Sí, lo haría por ella, porque lo único que yo deseaba era ver sonreír a Carla, no causarle más sufrimiento o preocupaciones por los oscuros asuntos a los que dedicaba su padre a escondidas. Ella ya había tenido suficiente al perder a su madre siendo tan niña, no era necesario que supiera que el único pariente que le quedaba no era trigo limpio en absoluto.

Con serenidad, retiré sus puños de mi chaqueta y me sacudí la prenda.

—¿Sabes? —lo tuteé otra vez a conciencia—. Mi abuelo siempre decía que a cada cerdo le llega su san Martín. Y yo creo que es verdad. Tiempo al tiempo.

—¡Maldito imbécil niño rico! —me gritó fuera de sí, con el rostro enrojecido por la furia.

Anduve unos pasos hacia la puerta, satisfecho por su reacción.

—Adiós —solté, petulante—. Y no te preocupes, tu honorable reputación estará a salvo conmigo. Carla no pagará las consecuencias de tus ruines actos. —Sostuve la puerta unos segundos, sopesando bien mis siguientes palabras—: Solo espero que a partir de ahora tengas la decencia de tratarla un poco mejor, al menos por la memoria de Mónica, sabiendo cuánto adoraba ella a su hija.

Cerré con suavidad y me marché, dejando atrás a ese infame hombre que acababa de destapar su auténtica y despreciable esencia, dejando atrás su falsa fachada de tipo maravilloso.

Un descubrimiento que me empujaba a abrir los ojos ante muchas cosas que antes no comprendía. Un hecho que acrecentaba mi necesidad de darle a Carla todo el cariño del que había sido privada durante tanto tiempo y que me hacía admirarla aún más por la fortaleza que demostraba.

La entendía. Fui consciente por primera vez de que su rechazo hacia mí cuando éramos niños, no era más que su forma de protegerse para que no le hiciera daño, tal vez motivada, de forma inconsciente, por la falta del amor de un padre que se dedicaba a tapar asuntos poco

legales de gente poderosa y al que solo le importaba guardar las apariencias.

Capítulo 38

Contigo

Adrián

En la actualidad

—Si no dejas de acariciarme así vamos a tardar otra hora más en levantarnos, bicho.

Carla se apoyó sobre sus codos en el colchón para mirarme con descaro.

—¿Solo una hora? Pensaba que tenías más aguante.

Todavía me parecía un sueño que estuviera en mi cama, que fuera ella lo primero que viera esa mañana al despertar.

—¿Aguante? —alimenté su broma—. Después de los tres polvos de anoche ya debía quedarte claro si estoy a la altura para satisfacer tus deseos o no.

Con un rápido movimiento, la tumbé de espaldas y me coloqué encima de ella para hacerle cosquillas.

Su armoniosa risa resonó en el silencio del dormitorio.

—¡Para! ¡No me hagas cosquillas! Que tengo que irme ya. No puedo quedarme más tiempo.

Atrapé sus labios para fundirnos en un largo beso que volvió a encender mi sangre de puro deseo.

—¿A qué vienen tantas prisas? Es Navidad.

Esta vez fue Carla la que inició otro interminable beso que me dejó más hambriento aún. Ni siquiera la noche de lujuria que habíamos compartido me sirvió para apaciguar mis ganas de ella. Al contrario, era como si cuanto más tiempo compartiéramos juntos, más necesitara tenerla entera para mí.

—Pero tengo que ir a mi casa para ponerle la comida a mi gata —lo dijo mientras se escurría entre las sábanas y mi cuerpo para levantarse de la cama.

—¿Lady todavía sigue viva?

—¿Por qué no iba a estarlo? —repuso—. No es tan vieja, pobrecita mía.

La alcancé antes de que comenzara a vestirse. No hizo falta más que un leve contacto para que nuestras bocas volvieran a fundirse en otro beso lento, mientras nuestras manos se perdían por el cuerpo del otro.

—No te vayas aún. Quédate conmigo —la intenté convencer.

Carla se mordió el labio inferior.

—No sabes cuánto me gustaría hacerlo. Volver a esa cama para hacerte todas las cosas que se me pasan por la cabeza. —Suspiró—. Pero, además de darle de comer a Lady, también le prometí ayer a mi padre que iría a comer con ellos.

Mi cuerpo se tensó tan visiblemente que ella lo notó.

—¿Vas a comer con tu padre y su familia?

Resopló.

—¡Qué remedio!

Me aparté un poco para mirarla a los ojos.

—No tienes por qué hacerlo. No es una obligación. Demasiado bien te portas con él para lo poco que se preocupa por ti.

Mi argumentación le hizo arrugar el ceño.

—¿Sabes? Hay algo que me intriga —comenzó—. No entiendo por qué sientes ese odio tan visceral hacia mi padre. Antes no era así, de pequeños siempre lo respetabas, aunque él te tenía un poco de manía. Pero fue un tiempo antes de irte a Nueva York cuando empezaste a despreciarlo así. Más aún tras tu regreso. Incluso le plantaste cara en su fiesta de cumpleaños.

Me quedé callado durante varios minutos, sintiendo su mirada fija en mi cara.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que mi inquina hacia Pedro fuese tan evidente desde que descubrí la clase de persona que era en realidad, cinco años atrás. Un hombre sin sentimientos y sin escrúpulos. Pero eso era algo que me había prometido a mí mismo no revelar a Carla jamás. Además, era consciente de que ella lo apreciaba pese a su falta de atención, y Pedro era la única familia que le quedaba. No iba a ser yo el que le arrebatase eso. Ya había perdido demasiado.

—Será mejor que vaya a preparar algo para desayunar mientras tú terminas de vestirme —murmuré, cambiando de tema de forma brusca—. ¿Café y tostadas?

Esbozó una leve sonrisa, dejando atrás su ceño fruncido.

—¿Vas a hacerme el desayuno? —Me abrazó, llenándome la cara de besos—. Me siento una consentida, pero ¡me encanta!

Le devolví la sonrisa. Nada podía fastidiar el verla tan relajada y feliz.

Me hubiera gustado congelar ese instante en el tiempo para no salir de allí más, para que Carla pudiera disfrutar de esa dicha por siempre.

Un rato más tarde, apareció por la puerta de la cocina ya vestida y arreglada para salir.

—Ummmm, qué bien huele.

Puse una bandeja en la mesa. Me deleité con el brillo de sus ojos al ver el contenido.

—Te he hecho también un zumo. Creo recordar que te gustaba...

No tuvo precio la expresión de su rostro, y mi corazón se encogió una vez más al comprobar lo poco que se necesitaba para contentarla.

—Qué rico. Hacía mucho tiempo que no desayunaba así —aseveró mientras se llevaba una rebanada de pan tostado con mantequilla y mermelada a la boca—. Siempre como lo primero que pillo o me tomo un simple café de camino al trabajo.

Me senté frente a ella.

—Pues a partir de ahora no será así.

Me observó muy seria, sin decir nada más. A continuación, se limitó a dar buena cuenta de su desayuno, examinando la concina a su alrededor.

—¿Qué es eso? —me preguntó, a la vez que señalaba la pared.

—Es una fotografía de mi confitería en Nueva York. Debí ponerla ahí mi madre antes de mi regreso. —Le guiñé un ojo—. Como ves, ella sí que está bastante orgullosa de su cachorro.

Con gesto de sorpresa, se levantó de la silla con la taza de café en la mano y se acercó a la pared para contemplar la imagen de cerca. A los pocos segundos, desvió sus ojos hacia mí y volvió a posarlos en la foto.

—¿De verdad es tu negocio de Nueva York? Yo juraría que se trata de la pastelería de tu abuelo, aunque este edificio de al lado no me suena de nada.

Sonreí al comprender su confusión. Me acerqué a ella por detrás y besé la curva de su cuello al mismo tiempo que enlazaba mis brazos alrededor de su cintura.

—¿No te he contado que ideé mi confitería para que fuera exactamente igual que la de mi

abuelo en apariencia? —le susurré.

Carla se dio la vuelta a medias para buscar mi mirada.

—¿En serio?

Asentí.

Sus ojos se humedecieron por la emoción.

—No tenía ni idea —dijo en voz baja—. Es... Es un homenaje precioso a tu abuelo.

Se aferró a mi cuello sin soltar la taza, lo que me hizo reír.

Durante varios minutos permanecimos abrazados, sin pronunciar palabra alguna. No hacía falta, puesto que era plenamente consciente de las intensas sensaciones que se habían apoderado de ambos.

—Ahora entiendo más que nunca que te sientas tan orgulloso de lo que has logrado —repuso con voz afectada—. Comprendo más que nunca que tu lugar está allí, en Nueva York.

Sus palabras me instaron a apartarme de su abrazo para buscar su mirada.

—Tengo más motivos para quedarme en Madrid, créeme. Hay un personal estupendo en el establecimiento de Nueva York que llevará el negocio a la perfección, sin necesidad de mi continua presencia. Iré cada cierto tiempo para comprobar que todo va bien y ya está.

La expresión de su cara mudó otra vez, hasta que le fue imposible disimular su emoción.

—¿Estás seguro de haber tomado la decisión que realmente deseas?

Abarqué su rostro entre mis manos.

—Completamente seguro. Tan seguro como de lo que voy a hacer ahora mismo.

Acto seguido, la besé. Me apoderé de sus labios de forma posesiva para demostrarle que ella era lo único que me importaba. Que para mí no había nada más.

Nos dejamos arrastrar por los intensos sentimientos, bebiendo de nuestras bocas, intentando transmitir lo que ninguno de los dos nos atrevíamos a pronunciar. Sin embargo, no hizo falta, puesto que lo que ocurrió a continuación no tenía nada que ver con atracción sexual, sino con amor. Un amor real y profundo que se había ido fraguando a lo largo de los años, desde nuestra niñez. No me paré a pensar si Carla era consciente de ello, solo supe que yo sí que estaba seguro de que estaba ante la mujer de mi vida y que nunca amaría a nadie como la amaba a ella.

Y... al final no retrasó su partida una hora más, sino tres.

Capítulo 39

Mil tormentas

Carla

Nochevieja.

Un fin de año tan diferente del anterior que tenía la sensación de estar viviendo otra vida que no me correspondía. Sí, así era como me sentía. Tenía miedo a despertar del bello sueño en el que estaba inmersa. Me daba terror abrir los ojos y comprobar que mi relación con Adrián era tan solo un espejismo.

—¿A dónde crees que vas? —Una mano de sobra conocida por mí me interceptó cuando trataba de llevar una bandeja con los recipientes de las uvas hacia el salón, pues mi intención era ayudar a los dos camareros que habían contratado para servir la cena y luego las copas.

Adri me atrapó entre sus brazos y se aprovechó de que los míos estaban ocupados. Me besó el cuello sin importarle que estuviéramos en un lugar de paso.

—Para. Aquí no —le rogué entre risas—. Nos puede ver alguien.

—Qué más da. Que se entere el mundo entero si hace falta.

Ahogó mi risa con un beso profundo que me dejó sin aliento.

—No creo que esta sea la mejor manera de anunciar a todos que estamos juntos —volví a replicar entre un beso y otro.

—Me importa tres pitos cómo se enteren, la verdad. —Rio sin abandonar mi boca.

Me dejó llevar y le devolví los besos con hambre. Hambre de él.

A diferencia de la Nochebuena, esta vez Luisa tuvo la idea de trasladar la celebración al ático de Adri, con una reunión más íntima y familiar. Tan solo estaban invitados los parientes de Gabriel y Luisa, parte del personal de Dulces Dueñas y los amigos más allegados. Aun así, a mí me parecía que era demasiada gente.

Por suerte, todo iba sobre ruedas, pese a que el ático era más pequeño que la inmensa casa de Gabriel y su mujer. Pero eso solo era mérito de Luisa que, como siempre, se había ocupado de organizarlo todo, sin dejar ni un detalle al azar.

—Como no vayamos más rápidos se nos van a echar encima las campanadas y todavía no nos habremos terminado el postr...

Adri y yo nos separamos de forma abrupta al escuchar la voz de Luisa, pero fue demasiado tarde. Su cara de asombro desveló que nos había pillado in fraganti.

—Oh —atinó a pronunciar.

Me aclaré la garganta, notando cómo me ponía colorada de pies a cabeza.

De inmediato, Adri comenzó a reír y su madre lo siguió.

—¡Lo sabía! —exclamó Luisa, que había dejado atrás la sorpresa para esbozar una enorme sonrisa de satisfacción—. Llevo días diciéndole a Gabriel que algo estaba pasando entre vosotros otra vez. ¡Ja! No me equivocaba.

—Mamá... —comenzó a protestar Adri, pero su madre lo interrumpió.

—Ni mamá, ni puñetas. Venid aquí, cachorritos.

Luisa nos espachurró en un abrazo, sin pudor, sin tener en cuenta la bandeja que llevaba en

las manos.

—¡Ay! —me quejé, pero de nada sirvió porque ella continuó aferrándonos con firmeza, mientras no dejaba de parlotear sobre la buena pareja que hacíamos y lo feliz que estaba de vernos así.

De repente, se apartó de los dos y nos señaló con su dedo índice.

—Una cosa os voy a decir. Como me volváis a romper el corazón, os mato. A los dos. ¿Me oís?

Por un instante tuve la sensación de haber vuelto a nuestra infancia, cuando Luisa y mi madre se ponían mano a mano a regañarnos.

Adri y yo nos miramos y supe que ambos estábamos acordándonos de lo mismo. Prorrumpimos en carcajadas, para consternación de Luisa.

—¡Lo digo muy en serio! —soltó, disgustada—. Esta vez quiero boda, y... ¡nietos! ¡Muchos nietos!

Alcé la mano, sin dejar de reír.

—¿Nietos? —gruñí—. De momento vamos a ver qué pasa, que yo me conformo con llegar a las doce de la noche sin que Adri y yo discutamos.

El susodicho me pellizcó en el culo sin reparo.

—Hablando de discutir —farfulló—. Ven conmigo, que tenemos que hablar de ese asunto que hemos dejado a medias.

—¿Qué asun...?

Sin dejarme terminar la frase, le entregó a su madre la bandeja que yo portaba, tiró de mi mano y se dirigió hacia su dormitorio con la risilla cómplice de Luisa de fondo como banda sonora.

Nada más llegar a la habitación, cerró la puerta y comenzó a besarme.

—¿No me das las gracias por haberte salvado? —musitó, mordisqueando mis labios.

Sus manos me bajaron la cremallera del vestido. Dejó al aire mis senos, que no tardaron en ser devorados por su boca.

—¿Salvarme tú? ¿Y cómo llamas a este asalto? No queda nada para que empiecen a sonar las campanadas. ¿Acaso quieres quedarte sin comerte las uvas?

Adri no contestó, estaba demasiado ocupado metiéndome mano entre los muslos para deshacerse de mis bragas, que cayeron al suelo de forma descuidada.

—Estás completamente loc... —mi comentario murió en mi garganta cuando sentí sus dedos frotando mi sexo.

—Loco por ti —dijo justo antes de apoderarse de mis labios otra vez.

Mientras tanto, aproveché para desabotonar los pantalones de su traje chaqueta, en busca de su dura erección.

—Ohh, no pares —le supliqué.

Y no lo hizo.

Enlacé mis piernas alrededor de su cintura al mismo tiempo que él me sujetaba contra la puerta con sus fuertes brazos. Un segundo más tarde, empujó con sus caderas y me la metió hasta el fondo. Lo sentí tan dentro de mí que tuve que cerrar los ojos y apretar los labios para no gritar de placer.

Adri comenzó a moverse, entrando y saliendo de mi cuerpo con lentas y potentes embestidas. Duro, fuerte.

Allí, detrás de la puerta de su dormitorio, a oscuras, con la casa llena de gente, hicimos el amor de forma salvaje, susurrándonos palabras de amor al oído al mismo tiempo que nuestros

cuerpos se unían en un solo ser.

Esta vez no fue un acto de amor, sino de auténtica lujuria. Gozo en estado puro.

Una y otra vez me penetraba tan profundamente que me resultaba imposible no gemir de gusto. Pero debía recordar que la casa estaba repleta de invitados y cualquiera podría oírnos.

Cuando pensaba que no soportaría más ese tormentoso placer, tuve que apoyar mi boca en su hombro para sofocar los sonidos que se escapaban de mis labios. Mi trasero chocaba con la superficie de madera de forma sonora, pero ya no me importaba, tan solo quería sentir su miembro clavándose en mí, llevándome a ese estado de delirio total en el que me encontraba.

De repente, Adri aceleró el ritmo a la vez que sus respiraciones se convertían en jadeos. Su necesidad desató la locura en mi cuerpo. No tardé ni tres segundos más en notar que iba a alcanzar un intenso orgasmo, mientras su verga se incrustaba en mí con más vigor. Gemí, desatada, extasiada de plena satisfacción al llegar a la cumbre. Un instante después, su semen se derramó en mi interior para colmarme del todo. Poco a poco, fue suavizando sus envites, hasta que se detuvo, sin salir de mi sexo.

—¿Recuerdas aquella noche de fin de año? —me susurró cuando nuestras respiraciones lograron tranquilizarse un poco, tras el apasionado polvo—. Nuestra primera vez.

—La recuerdo. —Mi corazón se paró durante unos segundos al rememorallo.

No dije nada más.

Por supuesto que la recordaba, pero también lo que vino después de esa noche.

Dolor.

Acaricié su mejilla. Me emborraché de su mirada para atesorar ese instante en mi memoria, pese a los sentimientos encontrados que bullían en mi interior.

—¡Carla! ¡Adrián! ¡Venid, que van a dar las doce menos cuarto y os vais a perder las uvas!

—La llamada de Luisa rompió la tensión.

—¿Vamos? —sugirió Adri.

Asentí de forma automática. Mi cabeza no estaba allí, sino cinco años atrás. Afortunadamente, nunca mejor dicho, las campanadas me salvaron de los recuerdos; conseguí dejar atrás el pasado para vivir el presente en todo su esplendor.

Capítulo 40

Mi persona favorita

Adrián

Cinco años antes

He ido a visitarte a tu apartamento, pero no estabas. Tan solo quería recordarte que esta vez celebraremos el fin de año en la casa de mi padre. Espero que no faltes en esta ocasión, ya que te eché de menos en Navidad.

Nota introducida por debajo de la puerta del apartamento de Adrián

¿Nochevieja en la casa de tu padre? No lo sé. Lo pensaré.

P.D. ¿No crees que ya va siendo hora de que empecemos a usar más el teléfono móvil y dejemos de mandarnos estas estúpidas notas?

Nota encontrada en el buzón del estudio de Carla

La idea de celebrar la Nochevieja en la casa de Pedro Suárez me revolvía las tripas.

Hacía más de un año que no lo veía, desde que tuvimos ese fuerte encontronazo debido a mi descubrimiento, y lo cierto era que no tenía ningún interés en volver a encontrarme con él. Si podía evitarlo, lo haría.

Con todo, Carla no se merecía tal desprecio por mi parte. Al contrario, debía estar a su lado esa noche porque la conocía y era consciente de lo mucho que le costaba fingir que todo iba fenomenal cuando se trataba de él. Por esa razón, me tragué mi orgullo y me presenté en la fiesta de fin de año que se celebraba en la casa de su familia.

—Has venido —dijo en voz muy baja al abrir la puerta—. Ya casi había perdido la esperanza de que lo hicieras.

Su reacción me resultó tan tierna, que casi logró engañarme. Pero no, esa no era la Carla que yo conocía. No sin sus comentarios ácidos e irónicos.

—¿Tanto te alegras de verme? Venga ya, que nos conocemos de sobra. Seguro que ahora me sueltas alguna de tus mofas sin gracia.

Me resultó extraño que después de desafiarla de esa forma, ella continuara con su semblante serio y una mirada triste en sus ojos. Aun así, hizo amago de hablar otra vez, aunque no tuvo tiempo de hacerlo, ya que la mujer de su padre la reclamó para que le ayudara con los invitados.

Esa fue la única vez que pude intercambiar alguna frase con ella durante un par de horas, el tiempo que duró la cena. Una cena aburridísima, con un ambiente de lo más esnob, en la que no me separé de mis padres. Para mi desgracia, no me pude librar de las charlas insulsas que no me interesaban en absoluto, sobre política, coches caros, los chismes sobre la alta sociedad de Madrid y otras tantas chorradas que solo le interesaban a esa gente estirada.

Tampoco me pude librar de encontrarme con Pedro, quien me lanzó varias miradas fulminantes desde el otro extremo de la mesa durante la cena. Tan heladas fueron sus miradas que podrían haber congelado un continente entero. Al menos tuvo la decencia de no acercarse a

mí ni dirigirme la palabra en toda la velada.

Esa noche me di cuenta de lo diferentes que eran mis padres del de Carla porque, en mi caso, a pesar de haber nacido en el seno de una familia adinerada, mis padres siempre me criaron en un entorno familiar, repleto de cariño y de humanidad. Todo lo contrario de lo que proclamaba Pedro, para quien lo más importante era aparentar.

Estaban a punto de comenzar las campanadas cuando al fin volví a ver a Carla.

—Toma —me dijo al mismo tiempo que me ofrecía una copa de cóctel con doce uvas ya peladas en su interior—. No pensarías que te ibas a librar de comértelas conmigo, ¿no?

Le sonreí, pese a su seria expresión, que no había cambiado desde mi llegada.

—Pues sí. Ya estaba convencido de que no te vería en toda la noche. —Acepté la copa que me ofrecía—. Pero, ahora que al fin podemos hablar... ¿Vas a contarme por qué tienes esa cara de funeral hoy?

Carla parpadeó varias veces, sin embargo, su semblante continuó igual de sombrío.

—No lo sé. Dímelo tú —me respondió cortante—. Eres tú el que lleva evitando verme desde que terminamos la carrera, hace ya unos cuantos meses. Eres tú el que se ha pasado todo el año rarísimo conmigo. Eres tú el que no estuvo en la cena de Navidad que hicieron tus padres la semana pasada. Eres tú el que me dijo ayer que dejásemos de una vez por todas nuestro intercambio de «estúpidas» notas. Y eres tú el que me dejó caer, en esa misma nota, que tal vez tampoco vendrías a la fiesta de fin de año.

Estaba enfadada. Lo estaba con toda la razón.

No tenía excusa. De nada servía recordarme a mí mismo que me sentía un miserable por lo que había descubierto el año anterior sobre su padre. Los remordimientos por ocultárselo me atormentaban de tal manera que ni siquiera me atrevía a encontrármela. Me avergonzaba por guardar un secreto de ese calibre sobre su propio padre. Pero no podía revelárselo. Eso la habría destrozado. No iba a convertirme en el responsable de destruir sus lazos con la poca familia que le quedaba.

Los invitados empezaron a congregarse en el salón, llenándolo de una multitud de personas al acercarse la hora de las campanadas.

Resoplé de forma sonora.

—¿Y si vamos a un lugar más tranquilo para hablar de esto? —le pedí.

Ella asintió sin decir nada. Tan solo comenzó a caminar hacia las escaleras que llevaban al piso superior, donde estaban los dormitorios. Entramos en su antigua habitación en completo silencio. Cerró la puerta mientras yo observaba los evidentes cambios que se habían producido en ese cuarto desde que se fue a la residencia universitaria y después decidió mudarse al pequeño estudio en el que vivía ahora.

—Ya no queda nada de mí aquí —manifestó con voz lastimera—. Me extraña que no hayan quitado los muebles aún. Temía que hubieran convertido este sitio en otro monstruoso invento de Desirée, pero de momento parece que ha sobrevivido a su esperpéntico mal gusto.

Sin lograr contenerme, la abracé desde atrás.

—Lo siento —le dije al oído, sin darme cuenta de lo íntimo que resultaba mi gesto—. Me refiero a que siento haber estado tan distante contigo este último año.

Para mi sorpresa, Carla no se apartó, sino que se dio la vuelta y me miró a los ojos, a la vez que me acariciaba la mejilla con el dorso de su mano.

—Te he echado de menos —me confesó en un murmullo.

Esas palabras se clavaron en lo más hondo de mi corazón. Me desmontaron hasta el punto de despojarme de todo para postrarme como su esclavo, con mi alma al desnudo. Tanto fue así

que incluso me olvidé de mi idea de olvidarla a ella. Me olvidé que hacía ya tiempo que me prometí a mí mismo que no albergaría más esperanzas de que me quisiera como yo la quería.

—Yo también te he echado de menos, bicho.

Me faltaba el aire.

Sonrió al escucharme.

—Bicho —repitió—. Aunque no lo creas, también echaba de menos que me llamas así. Nadie más lo hace.

Ladeé la cabeza, devolviéndole la sonrisa.

—Porque eres mi bicho.

—¿Tu bicho? —Rio.

—Solo mío.

Durante largos segundos nos quedamos allí, de pie, mirándonos a los ojos.

Carla estaba distinta. Más segura de sí misma. Más real. No supe averiguar cuáles eran exactamente todos los cambios que se habían producido en ella, tan solo tuve la certeza de que no era la misma de unos meses atrás.

Intenté descifrar lo que trataban de decirme sus pupilas grises, pero no lo conseguí.

—Raúl y yo rompimos hace tres meses —susurró.

Era lo último que esperaba oír.

Todas las células de mi cuerpo saltaron de alegría al conocer la noticia. De cualquier forma, no podía decirle lo inmensamente feliz que me hacía su desdicha.

—Lo lamento. No tenía ni idea de que ya no estabais juntos. ¿Te encuentras bien? Imagino que no habrá sido fácil para ti. Ha sido una relación bastante larga.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí. Estoy bien. Romper ha sido lo mejor. No nos iba bien —aseguró con tono firme—. Traté de contártelo varias veces, pero no hubo manera de quedar contigo.

Mis manos se enlazaron en su cintura, apretándola contra mi cuerpo en un intento de disculpa muda.

—No tengo perdón —me flagelé por no haber estado a la altura—. Debí estar a tu lado cuando pasó. Al fin y al cabo, somos... ¿Qué somos? ¿Amigos? Porque hace tiempo que ya no somos enemigos, ¿no?

Volvió a sonreírme y mi mundo se cayó a mis pies, o más bien a sus pies. De nada sirvió mi intento de olvidarla. Mi esfuerzo por verla como otra chica más. Mi determinación por no sentir esa intensa emoción que consumía mi corazón en una llama ardiente.

—Amigos. Suena bien.

Cuando sus manos se deslizaron por mi espalda, hacia arriba, en una sensual caricia, contuve la respiración.

—Sí. Amigos. A pesar de que he sido un pelín gilipollas contigo estos últimos meses.

Era la primera vez que me tocaba de esa manera.

—Un pelín, no. Has sido bastante gilipollas. Pero, ¿de verdad lo somos? —pronunció con la voz enronquecida.

—¿El qué?

—Amigos.

Acercó su boca a la mía, sin dejar de mirarme a los ojos. Aliento con aliento, podía sentir su sabor sin probarla.

—No lo sé. Yo te sigo odiando un poquito...

—¿Un poquito?

Entonces, desvió sus pupilas hacia mi boca y ese fue el momento exacto en el que me perdí para siempre.

—No. Te odio mucho. Te odio con todo mi corazón.

La besé.

También fue la primera vez que degusté el néctar de sus labios. Sabía a hogar. Sí, tal y como me había dicho mi abuelo tiempo atrás.

Era ella.

Creí haber muerto y subido al cielo cuando comprobé que era mucho más dulce de lo que había imaginado.

Al principio no quise abrumentarla con mi deseo, por ese motivo tanteé su boca con suavidad. Besos lentos, separando sus labios con los míos para descubrir los secretos que ocultaban. Mordí, succioné, pero necesitaba más. Con cada roce de nuestras bocas mi cordura se diluía a pasos agigantados.

Sus manos se movían por mi espalda, exigentes, controlando la situación.

Me rendí ante su osadía cuando noté la atrevida caricia de su lengua contra la mía. Eso fue más de lo que pude soportar.

Y se desató la locura.

Ya no hubo lugar para la suavidad. Nuestros besos se volvieron feroces, desatando todas las emociones que habían estado ocultas hasta ese momento. Asalté su boca con desesperación, lamí su lengua con la mía, sin descanso, enardecido de lujuria al escuchar los suaves sonidos de placer que se escapaban de su garganta.

Sin previo aviso, Carla se separó de mi cuerpo unos pocos centímetros. Su pecho subía y bajaba, agitado por su respiración acelerada.

Sus ojos me traspasaron con su intensidad. Segura. Decidida.

Despacio, enlazó sus dedos con los tirantes de su elegante vestido de fiesta y lo deslizó hacia abajo hasta dejarlo caer a sus pies. Por unos segundos mi corazón dejó de latir, mientras mi mirada devoraba cada porción de su piel expuesta. Su figura era perfecta, tan sensual que me dejaba sin aliento. Allí estaba ante mí, cubierta tan solo por unas sexis bragas de encaje negro.

—No sé cómo ha ocurrido esto, pero no quiero parar —le confesé—. Llevo demasiado tiempo soñando con ello.

Ella sonrió con timidez.

—Yo tampoco quiero parar. Ni hoy, ni mañana, ni pasado... Lo quiero todo contigo. Todo. Siempre.

Levanté mi mano para cubrir uno de sus senos con ella.

—Siempre.

Por mucho que había imaginado sus pechos en mi mente, nada se podía comparar con la realidad. Plenos, turgentes, preciosos. Sus pezones rosados, enhiestos por la excitación, me pedían a gritos que los saborease. Sin lograr controlar ni un momento más mis ganas, la volví a rodear con mis brazos e incliné mi cabeza hasta introducir uno de sus duros montículos en mi boca.

Carla gimió.

Me recreé durante largos minutos en lamer sus pezones como si se me fuera la vida en ello. Acaricié con mi lengua las endurecidas puntas de sus tetas, succioné, chupé y me deleité hasta que ella me suplicó, desenfundada.

—Necesito sentirte dentro de mí —me suplicó, al mismo tiempo que comenzaba a desabotonarme la camisa.

Me aparté para mirarla a los ojos.

—¿Estás segura? Después de esto, no habrá marcha atrás. No te dejaré ir ya nunca más.

Enloquecida, me desnudó poco a poco, transmitiéndome su respuesta con sus actos, hasta que me quitó la única prenda que me quedaba encima: los calzoncillos. Solo entonces desvió sus ojos hacia mi potente erección.

—Sí, hagámoslo. No me dejes ir de tu lado jamás.

Inspiré profundamente. Acto seguido, me agaché hasta rebuscar en los bolsillos de mis pantalones, que yacían en el suelo arrugados. Sin demora, saqué la cartera para hacerme con uno de los preservativos que solía llevar siempre, por si las moscas.

—Adri, si no quieres...

Busqué sus ojos en medio de la penumbra.

—¿Qué?

—Tomo pastillas anticonceptivas desde hace un par de años. Si no quieres ponerte ese condón, no lo hagas. Aunque yo me quedaría más tranquila si te lo pusieras...

Sonreí. Ya habría tiempo de hacerlo sin nada, sabiendo que tomaba precauciones. Aun así, lo mejor era que en nuestra primera vez fuésemos lo más precavidos posible.

Me coloqué el preservativo y, a continuación, la levanté en mis brazos para luego acomodarme entre sus piernas. Sentir su sexo empapado rozando mi polla me hizo soltar un jadeo de puro gozo.

—Joder —musité justo antes de sentarme en su cama, con ella encima.

De inmediato, Carla tomó las riendas. Comenzó a frotarse conmigo. Tuve que sujetarme a sus caderas para frenar su efusividad porque, de lo contrario, me habría corrido en décimas de segundo y sin habérsela metido siquiera. Un gesto que no la detuvo, sino que le hizo soltar una carcajada.

Busqué sus ojos y me di cuenta de que, la muy bruja lo estaba haciendo a propósito. Su cara de traviesa así lo dejaba ver.

—¿No quieres que esto dure? —le pregunté entre jadeos.

Ella volvió a removerse hasta posicionar mi miembro en su abertura.

—No. Ya habrá tiempo para eso. Ahora solo quiero que te dejes llevar.

Puso la palma de su mano en mi torso y me empujó hasta que mi espalda dio con el colchón mullido. Una vez que me tuvo como deseaba, presionó sus caderas lentamente, tan despacio que noté cómo mi verga se metía milímetro a milímetro en su caliente humedad, hasta que estuvo completamente dentro de su cuerpo, hasta la empuñadura.

En el silencio del dormitorio, solo se escuchaban nuestras respiraciones agitadas, que se mezclaban con tímidos gemidos y eróticos jadeos.

Con idéntica lentitud, Carla empezó a cabalgarme. Empujaba su pelvis haciendo que entrara y saliera de su caliente sexo una y otra vez, torturándome sin piedad.

Mis manos vagaban sin control sobre su piel, su sedosa piel, hasta que abarqué ambos senos con ellas y quise darle de su propia medicina al acariciar sus duros pezones con mis pulgares. Eso debió gustarle en exceso, puesto que sus gemidos aumentaron de potencia, junto con los movimientos de sus caderas que se volvieron más rápidos y duros.

Oh, sí. Notar mi polla entrando y saliendo de ella me estaba matando de placer, pero ninguna muerte podría parecerme mejor que esa. Nuestros cuerpos se fundían en uno sin cesar con cada envite, en una danza perfecta y sincronizada, como si hubiéramos sido creados el uno para el otro.

Cuando pensaba que ya no podría soportarlo más, llevé una de mis manos hasta sus nalgas y

la apreté firmemente para profundizar más aún las penetraciones, llevándonos hasta el límite a los dos.

Gemidos. Suspiros. Palabras lujuriosas susurradas en la oscuridad. Profundas embestidas sin control. Fuego líquido que quemaba nuestros cuerpos al mismo tiempo que nos llevaba hasta rozar el paraíso, hasta que oí que un sensual grito de éxtasis salió de su boca, acompañado de intensas contracciones de su caliente sexo alrededor de mi erección, entonces exploté yo también. Me corrí dentro de ella con un ronco jadeo. La perfecta culminación de lo que acababa de pasar entre los dos.

No hubo palabras, tan solo silencio.

Carla se tumbó sobre mi cuerpo laxo, buscando cobijo entre mis brazos.

No tenía sentido decirle cuánto había significado para mí lo que había pasado. Pero mis manos intentaron transmitirle toda la emoción que mis labios no supieron pronunciar.

La acaricié. Besé su pelo, su frente, sus mejillas, su nariz... La veneré con mi boca tal y como deseaba desde hacía tanto. Poco a poco, su respiración se fue tranquilizando, hasta quedarse dormida. Fue el momento en el que pude deleitarme con su maravillosa visión.

No dormí en toda la noche, sino que permanecí a su lado, sin poder apartar mis ojos de ella. Mi bella fantasía convertida en realidad. Mi alma gemela.

Ya amanecía cuando decidí marcharme a escondidas para evitar causarle problemas. Eso era lo último que deseaba. En cambio, tenía mucho que planear. Lo primero de todo, se lo contaría a mis padres. Sí. Ellos adoraban a Carla, así que estaba convencido de que se llevarían una tremenda alegría al saberlo.

Me vestí con cuidado para no despertarla, garabateé una nota con los escasos utensilios de escritura que quedaban en esa habitación casi vacía, y salí a hurtadillas de la habitación con los zapatos en la mano para no hacer ruido. Recorrí el pasillo hasta llegar a las escaleras, pero cuando iba por la mitad, una voz me detuvo.

—¿Qué leches haces tú aquí?

Mierda.

Pedro.

—Yo... Carla...

Caminó hasta el borde de los escalones. Desprendía chispas de furia por sus ojos, como si fuera un dragón.

—¿Dónde está Carla? —Bufó como un toro al llegar a su propia conclusión—. Como me digas que ha pasado la noche aquí contigo, te juro que... ¿Has tenido la poca vergüenza de follarte a mi hija y en mi propia casa?

Su amenaza desató mi valor.

—¿Follar? Yo no llamaría así a lo que ha pasado entre Carla y yo. Pero ¿qué problema hay en que hayamos pasado la noche juntos? Ambos somos adultos. —Deshice mis pasos hasta quedar a un metro de él—. No le hacemos daño a nadie.

—¿Pedro? —La voz de Desirée reclamó a su marido—. ¿Qué pasa ahí?

La expresión del padre de Carla se suavizó para responder a su mujer.

—Nada, cariño. No pasa nada. Ya voy a prepararte el desayuno.

Se oyó un comentario de fondo que no supe entender, pues mis cinco sentidos estaban concentrados en mi enfrentamiento con ese despreciable ser.

Pedro volvió a prestarme atención. Me señaló con su dedo índice, aunque esta vez habló en voz baja para no ser escuchado.

—No pienses que te vas a salir con la tuya, niño del demonio. Que tu padre sea mi mejor

cliente no te da derecho a follarte a mi hija —siseó con rabia—. Crees que tienes la sartén por el mango porque conoces cosas sobre mí, pero te equivocas conmigo. No sabes con quién te estás metiendo.

Su tono amenazante terminó con mi paciencia.

—¿Y qué piensas hacer? Hace mucho tiempo que Carla y yo dejamos de ser unos niños. Vamos a vivir nuestras vidas como nos plazca, te guste o no —le espeté—. Llevo muchos años enamorado de tu hija y, ahora que sé que ella también siente algo por mí, nada me va a impedir que le dé el amor que se merece.

Sentí un tremendo alivio al soltar mi discurso.

—¿Pedroooo? —Desirée volvió a reclamar a su marido, quien dejó escapar por su boca unos cuantos improprios murmurados.

Con los puños apretados en ambos costados, creí por un instante que su cabeza estallaría en mil pedazos de un momento a otro. En cambio, lo que ocurrió a continuación me dejó totalmente confundido.

—Ya voy, cariño —pronunció, amoroso, en voz lo suficientemente alta como para que le oyera Desirée.

El padre de Carla me taladró con una última mirada asesina.

—Esto no se va a quedar así —volvió a advertirme—. Aléjate de mi hija, ¿entendido?

Sin añadir nada más, se fue hasta que desapareció de mi vista.

Al fin mis músculos se relajaron, al verme solo de nuevo. Solté el aire de mis pulmones. A continuación, me dirigí hacia la puerta de salida, con el firme propósito de cumplir cada una de las palabras que acababa de pronunciar.

Al fin tenía una oportunidad con la chica que me había robado el corazón para siempre, cuando todavía ni siquiera sabía lo que significaba la palabra amor. Por ese motivo, nada en el mundo iba a impedir que Carla y yo estuviéramos al fin juntos.

Nada.

Capítulo 41

Besos en guerra

Carla

En la actualidad

Es de popular creencia que todo lo que sube baja o, que si algo puede salir mal, saldrá mal, tal y como dice la Ley de Murphy. Supongo que por ese motivo no me pilló por sorpresa lo que sucedió, sino que me reafirmó una vez más en que ambas teorías no solían fallar.

En el fondo, el miedo que tenía a sufrir de nuevo nunca me dejó disfrutar por completo de Adrián. Siempre tuve ese extraño presentimiento de que algo pasaría para impedir que fuéramos felices, al igual que ocurrió en el pasado.

En efecto, mis temores se vieron cumplidos ese día en el que supe la verdad. Esa maldita noche en la que se me ocurrió pedirle una camiseta para dormir, ya que se me había olvidado llevarme algo cómodo para pasar la noche en su ático.

—Mis camisetas están en el primer cajón de la cómoda. En mi dormitorio. —Asomó la cabeza desde la cocina para añadir—: Elige tú misma la que quieras.

—Vale. Prometo no estropearla. Palabra de bicho.

Su risa me acompañó hasta su habitación, donde me puse a buscar de inmediato en la coqueta que me había indicado. No me costó decidirme por una prenda de color rojo que destacaba por encima del resto. Ya estaba a punto de cerrar de nuevo el cajón cuando algo llamó mi atención. Debajo de la ropa había una vieja caja con dibujos de coches decorando su exterior. Una caja que reconocí al momento, puesto que yo misma se la había regalado en uno de los cumpleaños de Adri cuando éramos pequeños. En su día, la utilicé para meter en su interior una preciosa maqueta del Ferrari que él soñaba con tener de mayor.

Asombrada con el descubrimiento, la saqué del cajón y me senté en la cama para verla mejor. Era increíble que la hubiera guardado durante tantos años. No pude evitar sonreír como una tonta al reconocer que debía significar mucho para él. Pero la mayor sorpresa me la llevé al abrir la tapa y ver un montón de pósit de colores.

—Son notas —susurré para mí, agarrando un puñado de ellas para observarlas de cerca—. Mis notas.

Mis ojos se humedecieron embargados por la emoción.

—Van conmigo a todas partes. —Me sobresalté al escuchar a Adrián, que me observaba con un semblante igual que emocionado que el mío—. Me las llevé a Nueva York cuando me fui y han vuelto a Madrid a mi regreso. Nunca me separo de esa caja.

Se aproximó con pasos lentos hacia el lugar donde yo permanecía sentada.

—Es bastante curioso que los dos hayamos guardado nuestras respectivas notas durante tantos años —repuse, intentando controlar mis sentidos alborotados.

Adri se sentó a mi lado.

—Bueno, yo diría que esto demuestra que ninguno de los dos olvidó al otro.

Le acaricié la mandíbula al mismo tiempo que me acurrucaba en su costado.

Lo besé con ardor. Un beso lento, profundo e intenso que me dejó con ganas de más, aun así, le puse fin para continuar indagando en mi descubrimiento.

Nada en el mundo podría haber estropeado ese momento.

¿O sí?

—¿Puedo? —le solicité con varias de las notas en mi mano derecha.

—Adelante.

Tras obtener su permiso, me apresuré a leerlas.

Fue realmente emotivo recordar instantes de nuestra vida desde la niñez. Tanto que, sin darme cuenta, comenzaron a brotar las lágrimas de mis ojos sin control.

Estuve más de veinte minutos revisando aquellos papelitos de colores. Reí, lloré, me enternecí y mi corazón dio más de un salto cada vez que me encontraba con alguna nota un poco más arisca de la cuenta.

Mi ánimo estaba en su punto más álgido cuando vi un papel diferente al resto. Era de color blanco, más grande, como una cuartilla doblada en dos. ¿Una carta?

La saqué, curiosa, sin embargo, la voz de Adri me detuvo.

—No.

Con un rápido movimiento, intentó quitármela de los dedos, pero yo fui más rápida.

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza que lea esta? —bromeé durante unos segundos, hasta que me di cuenta de que su cara ya no sonreía, por el contrario, su expresión era de puro temor.

—No la leas, por favor —me rogó.

—¿Por qué no?

Más intrigada que nunca, me levanté de la cama para alejarme de él. Desdoblé la carta y empecé a leer.

«No te perdonaré jamás lo que has hecho. Me has demostrado que eres la misma rata sin escrúpulos que tu padre. ¿Le has preguntado alguna vez a qué se dedica realmente? Quizá deberías ver lo que esconde en su despacho.

Me has engañado sin tener el más mínimo remordimiento. Has jugado con mis sentimientos. Te has reído de mí. Me has roto el corazón, y eso es algo que no podré olvidar durante el resto de mi vida.

Adiós, Carla. Para siempre.»

—No... —susurraba una y otra vez Adrián—. No. No.

Me quedé sin habla. Muda.

Tuve que leerla dos veces más para salir de mi estado de shock.

—¿Qué es esto, Adri? —balbuceé a duras penas.

No hubo respuesta. Se limitó a mirarme con la expresión cargada de dolor. Nunca antes había visto tanto sufrimiento en unos ojos.

—¿Es una nota que no llegaste a enviarme? —insistí—. ¿Qué quieres decir con que mi padre es una rata sin escrúpulos? ¿Y con que yo te engañé? —lo interrogué sin tregua—. Dime.

Más silencio.

Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos.

—Por favor, necesito saber qué significa esto. —Sacudí el papel con vigor.

Estaba a punto de perder la poca paciencia que me quedaba cuando Adrián se incorporó para luego acercarse hasta mí.

—Esa nota nunca debió llegar a tus manos —comenzó—. La escribí hace cinco años, antes de irme a Nueva York. Estaba demasiado dolido. Quería provocarte el mismo sufrimiento que tú

me habías causado. —Sus palabras sonaron a excusa barata—. De no ser así, jamás habría sido capaz de escribir palabras tan duras. Ese fue el motivo por el que no llegué a dártela. Cuando pude pensar con claridad, me arrepentí y la guardé en esa caja.

Escuché todas y cada una de sus palabras sin rechistar, sin perder la calma.

—De acuerdo —concedí con tono neutro—. Dices que te arrepentiste. ¿De qué, exactamente? ¿De acusar a mi padre de ser una rata sin escrúpulos? ¿O acaso te echaste atrás al decir ese tremendo embuste sobre que yo te engañé?

Ese fue el momento en el que su expresión pasó del dolor al enfado. Sus mandíbulas apretadas me desvelaron que no le había gustado mi réplica.

—Me refiero a que nunca debí decirte eso sobre tu padre. Es algo en lo que no debí meterme. Siempre he intentado protegerte, no causarte más dolor.

Chasquéé la lengua.

—Entonces, ¿dices que mi padre escondía algo turbio en su despacho? ¿De dónde sacaste esa absurda memez? —Sin darle tiempo a responder, continué con mi argumento—: Mi padre no es ningún santo, ambos lo sabemos, pero no sería capaz de hacer alguna tropelía. Es demasiado cobarde para arriesgarse a que le pillen. Siempre le ha importado más el qué dirán por encima de cualquier otra cosa.

No supe por qué, pero la forma en la que Adri me miraba me hizo saber que era hora de cerrar el pico, que tal vez estaba hablando de más.

—¿Crees que te mentiría en algo así? —susurró.

—No. Bueno, ya no lo sé —dudé—. Después de leer esto.

Adri cerró los ojos, parecía como si algo le hubiera causado un intenso dolor. Acto seguido, soltó un suspiro.

—Deberías hablar con tu padre. No me corresponde a mí meterme más en sus asuntos, y créeme cuando te digo que yo lo único que quise siempre fue protegerte. —Las frases salían de su boca a trompicones—. Daría todo lo que soy si con eso te pudiera ahorrar otro sufrimiento. Ya demasiado pasaste con la muerte de tu madre siendo tan niña.

Medité durante un rato, puesto que todo era demasiado embrollado para asimilarlo de golpe.

—Está bien —acepté—. Dejemos ese tema a un lado. Ahora, dime, ¿por qué me acusas en esta carta de haberte engañado? Por más vueltas que le doy, no lo entiendo.

Otra vez esa mirada acusadora.

—¿Cómo puedes decir que no lo entiendes? —espetó en un murmullo.

Abrí los ojos como platos.

—Pues no, no lo comprendo. ¿En qué maldita cosa te he engañado yo?

Adrián se acercó a mí con decisión. Me sujetó de ambos brazos sin dejar de mirarme.

—Te abrí mi corazón —me soltó—. La noche en la que hicimos el amor por primera vez. Creí que tú también sentías lo mismo por mí y, sin embargo, al día siguiente...

Mi cabeza comenzó a hincharse por el enojo, a punto de explotar.

—Al día siguiente, ¿qué? ¿Te refieres a la noche en la que me enteré de que te ibas a Nueva York? ¿A que te importó tan poco lo que pasó entre nosotros que ni siquiera tuviste la decencia de despedirte de mí!

Adri apoyó su frente en la mía, desafiante. Nuestras respiraciones compitiendo para ver cuál estaba más alterada.

—¡No! —ladró—. Me refiero a cuando me engañaste con él. —Sus ojos eran dos llamas ardiendo en cólera—. Tan solo unas horas después de haber pasado la noche conmigo.

Pasé del más intenso enfado a la más absoluta confusión.

—¿De qué jodida mentira estás hablando? ¿Con quién te engañé? Yo no estuve con nadie más. Para mí no había nadie más que tú en aquel momento —le confesé, fuera de sí—. Incluso dejé a Raúl por ti, ¡imbécil! ¿O es que aún no lo sabes?

—Ah, ¿sí?

—Sí —reiteré—. Estuve perdida durante mucho tiempo porque no entendía lo que me estaba pasando, hasta que descubrí que estaba ¡locamente enamorada de ti! Y por eso rompí con él.

Adrián se apartó de mí como si quemara.

—Eso no es verdad —negó en voz baja—. Te vi con mis propios ojos.

Un sonido gutural de pura indignación nació desde lo más profundo de mi garganta.

—¿Con quién me viste? Te prometo que no sé de qué narices estás hablando.

Él se dio la vuelta, apoyando los puños apretados sobre la mesa.

—Tú sabes bien a quién me refiero. Os vi haciéndoos arrumacos, abrazados.

En ese punto, creí que estaba viendo una película de ciencia ficción. O tal vez estaba dormida, teniendo una horrible pesadilla.

Parpadeé varias veces, sin saber ni qué responder a eso. Era imposible que me hubiera visto abrazando a alguien, puesto que después de romper mi relación con Raúl, nunca volví a estar con nadie que no fuese Adrián.

¿Cómo podía acusarme de algo tan ruin?

—¿Sabes qué? —Fue Adrián el que volvió a hablar—. Siempre pensé que no te perdonaría por haberme destrozado el corazón de esa manera, pero cuando volví de Nueva York, hace unos meses, me di cuenta de que si de verdad amas a alguien puedes perdonar hasta el acto más vil. Nada más importa. Estoy dispuesto a dejar el pasado atrás. Ya te he perdonado. Creo que te perdoné hace bastante y ni siquiera lo sabía. ¿Qué más deseas oír?

Mi cuerpo temblaba de pies a cabeza, despojada de todo rastro de esperanza. Destrozada por sus falsos reproches. Tan apesadumbrada estaba, que ni siquiera encontraba las palabras adecuadas, hasta que logré reunir las fuerzas suficientes para decir lo que sentía.

—¿De qué me sirve que me perdones? Lo que necesito ahora mismo es que confíes en mí. Que creas en mi palabra. Nunca te engañé con nadie. Es absurdo que pienses eso.

Él hundió sus hombros.

—¿Cómo voy a creerte si yo mismo os vi...?

—No sé lo que viste, pero te aseguro que no es lo que crees. Y no quiero tu perdón por algo que no hice —volví a ratificarle mi verdad—. Necesito que me creas. Solo eso. ¿Lo haces?

Nos tanteamos con nuestros ojos durante largo rato, hasta que por fin se decidió a contestarme.

—No, Carla. No puedo creerte.

El mundo se desmoronó bajo mis pies.

—Entonces, no tenemos nada más que hablar.

Recogí mis cosas en silencio, bajo su atenta mirada cargada de una mezcla de sufrimiento y desconfianza. Aun así, me paré durante unos segundos con la puerta abierta por si cambiaba de opinión.

—Adiós.

—Adiós, Carla.

No me detuvo. Ni siquiera hizo el intento de impedir que esa fuera nuestra despedida, así que salí con el alma partida en mil pedazos y cerré la puerta tras de mí.

Capítulo 42

Adiós

Adrián

Cuesta asimilar que un día tengas todo lo que deseas para ser feliz y al siguiente no te quede nada. Es tan jodido que incluso te planteas si la solución es la de mentir. Al menos eso me habría impedido perderla. Perder a la única mujer a la que amaría hasta el día en que dejase de respirar.

Tal vez si le hubiera dicho a Carla que sí la creía, ahora no me encontraría sumido en la más profunda desesperación, vagando sin rumbo como un zombi, muerto en vida. Pero no podía hacerlo. Debía ser honesto con los dos.

Estaba al tanto de lo que sucedió en realidad aquella tarde entre ella y ese gilipollas, cinco años atrás. Para más inri, no era algo que pudiera ignorar, puesto que mis propios ojos fueron testigo de ello.

De todas maneras, eso era el pasado y lo más importante para mí ahora era el presente.

Había pasado una semana desde que Carla desapareciera de mi vida. Siete días en los que se reanudó la actividad laboral en la empresa de mi padre, después de las vacaciones navideñas. Un corto periodo de tiempo en el que todo el mundo parecía haber vuelto a la rutina.

Todos, menos yo.

—No hay tiempo que perder. Tenemos que preparar la campaña de San Valentín para lanzarla antes de que termine enero.

Mi padre caminaba despacio de un lado al otro del salón, embutido en una gorda bata con un feo estampado de cuadros y unas zapatillas de estar por casa a juego.

—Esta semana deberíamos iniciar la elaboración de los bombones —prosiguió—. Tuviste una gran idea al darle ese giro al surtido de chocolates. Creo que serán un rotundo éxito en San Valentín.

Lo seguí con la mirada, mientras él continuaba pensando en voz alta.

—Lo bueno es que en febrero ya podré ocuparme de ciertos asuntos de la empresa desde aquí, al menos los que no requieran de demasiado esfuerzo mental, y esta vez no os dejaré toda la carga a Carla y a ti.

Al escuchar su nombre, me removí en el sillón.

—¿Estás oyendo lo que te digo, Adrián?

Me aclaré la garganta antes de responder.

—Sí, te he oído. Es una buena noticia que empieces tu retorno supervisando algunos detalles de la campaña del día de los enamorados. Me quedo más tranquilo al saber que estarás más recuperado cuando...

Mi padre achicó los ojos.

—No estarás pensando en irte a Nueva York otra vez, ¿no? Ahora que tú y yo hemos dado un paso para comenzar a entendernos. Y ahora que Carla y tú...

Me levanté de un salto.

Iba a ser complicado hacerles entender mi decisión sin contarles que Carla y yo ya no estábamos juntos. Pero no estaba preparado para enfrentarme a ese hecho aún. No, cuando yo

estaba dispuesto a dejar el pasado atrás y mirar solo hacia el futuro. Un futuro con ella, por descontado.

No comprendía por qué a Carla no le bastaba con eso. Ya no me importaba lo que sucedió cinco años atrás, tan solo quería amarla por el resto de nuestras vidas y demostrarle que hacía mucho tiempo que la había perdonado.

Pero eso no era suficiente para ella.

—Es posible que me vaya, sí. Al menos durante una temporada.

—Oh. Pensaba que...

—Lo sé, pero debo poner ciertos asuntos al día allí. —Mi excusa no era cierta, pero tuve la esperanza de que sonara como un motivo de peso.

—Tienes razón. Debes ocuparte de tu negocio lo primero. La vieja confitería de tu abuelo puede esperar un poco más, hasta que estés preparado para hacerte cargo de ella.

El tono comprensivo de mi padre me hizo sentir culpable por mentirle.

Tal vez nunca me pondría al frente de ella. Quizá la única forma de no morir de pena era volver a Nueva York, en esta ocasión, para siempre.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Bueno. No hablemos de eso todavía. Aún no sé lo que voy a hacer. —Al menos en eso fui sincero de veras—. Cuando tome la decisión definitiva, mamá y tú seréis los primeros en saberlo.

Tampoco tenía nada de malo esperar unos días por si un milagro ocurriera, ¿no?

Al fin y al cabo, la esperanza era lo último que debía perderse y yo apuraría hasta el último segundo, si con eso lograba no perder a Carla otra vez.

Capítulo 43

Gotas de agua dulce

Carla

Cinco años antes

Buenos días, bichejo. No pienses cosas raras si no me ves al despertar. Parecías tan profundamente dormida que no he querido molestarte. Ya te estoy echando de menos. ¿Nos vemos esta tarde?

Nota encontrada sobre la almohada del antiguo dormitorio de Carla

Su nota me arrancó una sonrisa de los labios.

Aún era pronto para asimilar lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior porque nunca albergué la esperanza de ser correspondida por él, a pesar de que hacía algún tiempo que tenía la certeza de que lo que sentía por Adri era mucho más profundo de lo que podía imaginar.

Pero había pasado.

Mi vida había cambiado de la noche a la mañana en cuestión de unos meses. Era la primera vez que no pisaba sobre seguro, ya que siempre había sido una persona metódica a la que le gustaba planearlo todo al milímetro.

Desde niña aprendí que debía tener varias opciones de acción siempre en la recámara por lo que pudiera suceder, porque a veces la vida te golpea con tanta contundencia que no te permite ni pararte a meditar por qué camino has de continuar.

Yo tenía mi sendero bien trazado. Estudiar Empresariales, continuar mi relación con Raúl, quien me aportaba la estabilidad que necesitaba y, tras acabar la carrera, aceptaría la propuesta de Gabriel para trabajar en su empresa. Sí, empezaría desde abajo para aprender, terminar de formarme y así, con esfuerzo y tesón, poder crear mi propio imperio con el paso del tiempo.

Pero no contaba con que me enamoraría de Adrián, rompería mi relación con Raúl y decidiría tomar el camino que más me asustaba, porque ni siquiera sabía hacia dónde me llevaría.

Se trataba de un desvío que nunca barajé como opción. Si bien, ahí estaba, pisando sobre terreno desconocido sin la más remota idea de lo que me depararía el futuro.

Miedo.

Incertidumbre.

Dudas.

Aunque, si de algo estaba completamente segura era de que estaba enamorada de Adri. Quizá siempre lo estuve, sin saberlo.

Tal vez él no estaba en mis planes, pero sí en mi destino.

Y esa certeza me hacía sentir poderosa.

Con esa determinación, me levanté de la cama en mi antiguo dormitorio y di un paso hacia adelante en lo que sería el resto de mi vida. Un sendero misterioso en el que cada minuto era nuevo para mí, sin tener ningún guion que seguir.

El sonido de mi teléfono móvil interrumpió de repente mis pensamientos. Saqué el aparato de mi bolso para ver de qué se trataba. Era un mensaje, pero lo más sorprendente fue su remitente: Raúl.

¿Qué tripa se le había roto a mi exnovio ahora? Si ni siquiera quiso que quedásemos como amigos cuando corté mi relación con él.

Extrañada, me puse a leerlo con el total desconocimiento de que un simple mensaje de texto cambiaría de nuevo el rumbo de mi trayecto.

Capítulo 44

Nada fue un error

Carla

En la actualidad

Describir con palabras cómo me sentí durante los días posteriores a mi discusión con Adrián era imposible.

Dolor. Rabia. Impotencia. Incredulidad.

Lo único en lo que podía pensar era que en un segundo había pasado de tener, por segunda vez en mi vida, todo lo que más deseaba, a que se esfumase de un plumazo como si se tratara de un truco de magia.

Tenía cierta gracia que me hubiera pasado meses creyendo que Adri me rompería el corazón otra vez al irse a Nueva York y, sin embargo, en esta ocasión fue todavía peor, puesto que se había quedado en Madrid, pero me demostró que no confiaba en mí. Para él mi palabra no tenía valor. Eso era bastante peor que su abandono.

Sí, era realmente duro descubrir que no me creía, cuando le estaba diciendo la verdad en todo momento. Yo nunca le engañé.

En mi mente repetía una y otra vez esa maldita discusión, junto con todas las palabras hirientes que nos dijimos. Como tampoco lograba olvidar los días tan intensos que vivimos previos a ese enfrentamiento.

El amor que compartimos.

La pasión desenfadada.

Las risas.

Nada de eso fue un sueño.

Todo fue jodidamente real.

Y nada fue un error. No, no fue un error.

Esa realidad me estaba volviendo loca de dolor, me convirtió en una muñeca de trapo que solo sabía ir de un lado a otro sin un rumbo, sin una motivación para vivir, porque todos mis sueños se esfumaron esa noche, al cerrar la puerta del ático de Adrián.

Unos golpes en la puerta de mi oficina me sacaron de mis pensamientos.

—Adelante.

La figura de Bea asomó con recelo desde el umbral.

—¿Te apetece que bajemos a desayunar algo?

Habían transcurrido casi dos semanas desde la vuelta de las vacaciones navideñas. En cierto modo, era tiempo más que suficiente para retomar la rutina y para volver a concentrarme en mi trabajo, sobre todo ahora que estábamos metidos de lleno en la preparación de la campaña de San Valentín. Con todo, no lograba avanzar porque no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera Adrián.

Para colmo, estaba ese asunto de mi padre al que no dejaba de darle vueltas.

—Ve tú. Yo quiero terminar de repasar estos informes antes de hacer una pausa.

Bea me miró con una ceja levantada. Me conocía demasiado bien.

—No puedes seguir así, Carla. Tarde o temprano tendrás que hacer frente a lo que ha sucedido y dejar de esconderte aquí dentro.

Suspiré.

—No me escondo, es que aún hay mucho que hacer antes del día de los enamorados.

Mi querida amiga meneó la cabeza de un lado a otro.

—No tienes remedio. En fin, haz lo que creas mejor. Yo me voy a tomar un café con unas tostadas para recuperar fuerzas. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Le sonreí, agradecida por su comprensión. Ella era la única que me conocía lo suficientemente bien como para saber hasta qué punto podía apretarme las tuercas y cuándo debía parar de insistir.

—De acuerdo. Si termino pronto, bajaré a acompañarte.

Pero no lo hice. En cambio, deambulé por la oficina, de un lado a otro, hasta que reuní el valor para hacer lo que llevaba días planeando. Debía buscar en el despacho de mi padre para averiguar qué era lo que Adri dio a entender en la carta que nunca me envió.

Con determinación, me puse mi chaquetón de lana, me colgué el bolso y salí del despacho dispuesta a terminar de una vez por todas con esa incógnita que había despertado en mí las palabras de Adrián.

Capítulo 45

No me compares

Carla

—¡Carla! ¿Qué haces tú aquí?

La expresión de sorpresa de la secretaria de mi padre no fue para nada disimulada. Aunque era normal que se extrañara al verme allí, puesto que no solía frecuentar el bufete.

—Hola, Adela. —Los nervios se apoderaron de mí por lo que estaba a punto de hacer—. Ya sé que mi padre no está, pero he venido solamente para recoger unos documentos de su despacho. —Dudé, rezando para que no se me notara demasiado que estaba mintiendo y, al final se me ocurrió una idea para que mi argumento sonara más convincente—: Si quieres puedes llamar a mi padre para que te lo confirme. Hace tan solo unos minutos que he hablado con él y me ha dicho que los recoja yo misma.

La mujer de pelo oscuro me inspeccionó de arriba abajo como si me estuviera haciendo un examen físico a fondo.

—No te preocupes. No es necesario que lo llame. ¡Faltaría más! Eres su hija y nunca se me ocurriría desconfiar de tu palabra. —Disimuló su escepticismo con una aparente normalidad, al mismo tiempo que se apartaba hacia un lado para dejarme paso—. Adelante. Yo misma te acompañaré hasta allí.

Desplegué mi mejor sonrisa y acepté su ofrecimiento.

—Gracias. No tardaré mucho.

Con los nervios a flor de piel, la seguí hasta la oficina donde mi padre solía recibir a sus clientes. Una vez allí, entré con paso firme, pero Adela se quedó parada en el umbral.

—¿Quieres que te ayude a buscar esos documentos? —me preguntó, solícita.

—No te molestes. Mi padre me ha dado las indicaciones para que los encuentre sin problema —le contesté, a la vez que señalaba la vitrina donde sabía que guardaba la documentación más importante—. Si no me equivoco, están ahí.

—Oh, perfecto. Entonces te dejo que los busques tranquila.

Contuve el aire en mis pulmones, sin dar crédito aún a que mi plan hubiera salido bien y, a continuación, seguí con mi actuación.

—Genial. En cuanto termine te buscaré para despedirme antes de irme.

En cuanto se cerró la puerta, solté de golpe todo el aire de mis pulmones.

No se me daba bien llevar a cabo ese tipo de artimañas, pero no me quedó otra alternativa que hacerlo así, si quería llegar al fondo del asunto y enterarme de si mi padre se dedicaba a algún tipo de trapicheo o algo similar, tal y como me había dado a entender Adrián.

Dejé a un lado mis pensamientos para comenzar con mi búsqueda en el interior de la vitrina de metal. Allí, una montaña de papeles me esperaba. Eché un rápido vistazo, pero no encontré nada, hasta que vi que sobresalía un sobre de gran tamaño que destacaba del resto, en cuya parte exterior había algo escrito a mano.

Objetos personales hallados en el lugar del incidente.

Unos golpes suaves en la puerta desviaron mi atención por unos segundos.

—Oye, Carla, ¿te apetece tomar un café de la máquina? Yo me voy a preparar uno, no me cuesta sacarte otro a ti.

De nuevo Adela con su actitud amable.

—No, gracias. He desayunado hace un momento —improvisé—. Además, ya casi he terminado con esto.

—Oh, estupendo. Pero no te preocupes, tómate el tiempo que necesites.

En cuanto dejé de escuchar sus pasos alejándose por detrás de la puerta, retomé lo que estaba haciendo. Volqué el contenido del sobre en el escritorio de mi padre, con impaciencia, pero al ver lo que se descubrió ante mí, palidecí al instante. Durante largos minutos no pude apartar mis ojos de las viejas fotografías que confirmaban las palabras que escribió Adrián en su carta, años atrás. No obstante, lo que terminó de romper mi alma en dos fue la nota adjunta que acompañaba a esas fotografías, cuyo remitente yo conocía a la perfección, puesto que se trataba uno de los políticos amigo de mi padre que, a su vez, estuvo involucrado en varios asuntos nada agradables.

Cerré los ojos con la esperanza de que eso no estuviera allí cuando los abriera otra vez, pero no fue así. Adri me había contado la verdad. Si bien, cómo lo descubrió él, era un misterio para mí.

Mis manos aún temblaban cuando logré salir de mi estado de bloqueo total para continuar revisando el teléfono móvil y el resto de las pertenencias que había en el interior del sobre, incapaz de asimilar la revelación que acababa de materializarse delante de mis narices.

Tan aturdida me encontraba que necesité sentarme unos minutos. Me cubrí la cara con las manos en un desesperado intento por recobrar la calma. Era apremiante que mi mente estuviera en plenas facultades, pese a la decena de sentimientos negativos que se habían apoderado de mí.

¿Se trataba de un suceso puntual o era algo a lo que mi padre se dedicaba de forma habitual? Tal vez fuera un favor a un amigo, pero ¿y si era más una cuestión de ganar dinero a costa de tapar escándalos?

—Si hay algo más —murmuré para mí—, tengo que encontrarlo.

Sin perder más tiempo, volví a levantarme para dirigirme al lugar donde sabía que encontraría posibles indicios en el caso de que hubiera más asuntos similares. Abrí el cajón superior del archivador y busqué algo fuera de lo común.

Tal vez...

Saqué la carpeta con el nombre de un famoso cantante que años atrás tuvo problemas con la justicia.

Hojeé uno a uno todos los documentos: informes, facturas, resguardos de un banco y... ¡bingo! Debajo de ese montón de impresos había una serie de fotografías y papeles que confirmaban que mi padre le había ayudado a ocultar un asunto de drogas.

Con dedos temblorosos, rebusqué otros posibles casos parecidos.

En efecto. Uno. Otro. Otro, y otro más.

Mi corazón bombeaba a mil por hora, a medida que mi cerebro confirmaba lo que nunca creí posible. Mi padre no era una buena persona. Era un tipo sin escrúpulos, capaz de hacer cualquier cosa por una buena suma de dinero, tal y como acababa de comprobar.

De pronto, la puerta del despacho se abrió abruptamente, sin darme tiempo a reaccionar.

—Me ha dicho Adela que... —Mi padre irrumpió en el despacho, pero sus palabras murieron en su boca al descubrirme con una carpeta en las manos—. ¿Qué estás haciendo, Carla? —tronó.

Con pasmosa rapidez, me arrebató los documentos de las manos.

Todavía aturdida por lo que acababa de leer, ni siquiera me inmuté ante los gritos de mi padre al darse cuenta de que se trataba de una carpeta con algunos expedientes que no me había dado tiempo a revisar.

—¡Contesta! —soltó, totalmente fuera de sí—. ¿Qué estás buscando? ¡No tienes ningún derecho a hurgar en mis asuntos de trabajo!

Cuando conseguí reunir fuerzas para enfrentarlo, me acerqué a él.

—¿Trabajo? —siseé, intentando mantener la calma—. Esto no tiene nada que ver con tu trabajo, ni con la labor que un abogado íntegro haría.

El rostro de mi padre era una máscara de frialdad, esculpida por la ira.

—¡Qué sabrás tú! Son documentos de algunos casos. Punto. —Me señaló con un dedo amenazante—. No quieras ver cosas donde no las hay.

Me dolió que me tratara como si fuera tonta.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿me estás diciendo que estos asuntos turbios no son la mierda que parecen? ¿Y las grandes sumas de dinero que has obtenido por hacer lo que sea que has hecho? ¿Eso también es legal?

Presionó con su dedo empujando sobre mi hombro.

—No sigas por ahí o de lo contrario...

Ignoré por completo su advertencia.

—¿O qué? —lo desafié—. A mí ya no puedes hacerme más daño. Ya sé que nunca te he importado. Ni yo, ni tampoco mi madre, puesto que lo dejaste bastante claro en la última celebración de tu cumpleaños. —Lágrimas de impotencia comenzaron a brotar de mis ojos—. Dime una cosa que siempre me he preguntado, ¿ya estabas liado con Desirée cuando ella murió?

Mi pregunta tuvo el efecto que pretendía. De inmediato, retiró su dedo de mi hombro y se apartó de mí con una expresión en su cara de completo horror.

—¿Qué?

Me dejé llevar por el dolor, por la indignación y la impotencia.

—Ya estabais juntos, ¿verdad? —insistí—. Y tal vez incluso te alegraste de que muriera mi madre.

—¡Para! —bramó con desesperación, al mismo tiempo que se tapaba los oídos con ambas manos para no escucharme.

—Toda esta mierda demuestra que no eres una buena persona —volví a la carga—. Algo de lo que yo debería haberme dado cuenta hace muchos años. Porque no se trata solo de los oscuros asuntos que te traes entre manos. Ni a mi madre ni a mí nos trataste bien jamás, porque tú solo te quieres a ti mismo. Vives por y para aparentar algo que no eres. Te proclamas como el rey de la honestidad y la perfección y tan solo eres escoria que ayuda a otros a ocultar los delitos que cometen para que salgan impunes.

—No. No. No —susurraba una y otra vez—. Eres como tu madre. Esas son las mismas palabras que ella me decía.

Mi mente continuaba atando cabos, ya sin rastro alguno del aturdimiento que se había apoderado de mí al destapar la realidad.

—¿Por eso no me soportas? Porque te recuerdo a ella.

Me dolía tanto su desprecio hacia mí. Durante años me fustigué preguntándome qué hacía mal para que no me quisiera. Ahora ya sabía que no era mi culpa, que yo no hacía nada mal.

Un sonido gutural de pura agonía salió de su boca.

—¡Basta! —vociferó—. ¡Sí, maldita sea! ¡No soporto que te parezcas tanto a Mónica! Ella

sospechaba de lo que hacía. ¡Y quiso descubrirme, la muy zorra! Y yo... ¡deseé que muriera! Y entonces tuvo ese horrible accidente. —Mi padre pasó de la desesperación a expresar una inmensa angustia en su rostro—. Murió. Murió.

Tras su revelación, comenzó a sollozar como un niño.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer.

Mi cabeza daba vueltas sin cesar, tratando de encontrar un poco de cordura en mitad de esa escena sin sentido.

—Yo no quería que eso pasara —siguió murmurando entre sollozos—, pero reconozco que sentí alivio cuando murió. ¡Me sentí liberado, joder!

Al escuchar ese último comentario, ya no pude mantenerme callada ni un segundo más. Era como si un centenar de cuchillos se clavaran por todo mi cuerpo al mismo tiempo. Tan intenso era el dolor que me engullía sin piedad.

—No es necesario que sigas —le espeté con desprecio—. Ya me has dicho todo lo que quería saber.

Con sosiego, recogí mi chaquetón y me dirigí hacia la puerta, pero no llegué a salir, puesto que mi padre me detuvo con un fuerte tirón en la manga.

—Ha sido él, ¿verdad? —La ira había vuelto a sus ojos—. Ha sido ese imbécil de Adrián el que te ha ido con el cuento de mis negocios. Sabía que no mantendría el pico cerrado —continuó—. Sabía que tarde o temprano...

—Lo descubrí yo sola. Él no tiene la culpa —interrumpí su discurso de acusación—. No es una mala persona como tú.

Su cara se enrojeció más intensamente por la frustración. No debió gustarle el calificativo que le acababa de dedicar que, dicho sea de paso, me había salido del alma.

—No mientas. Imagino que, del mismo modo, te habrá calentado las orejas con ese otro asunto.

—No te entiendo. ¿Qué otro asunto?

—Seguro que te ha informado de que fui yo el responsable de vuestra separación. Pero no me arrepiento. No solo me hice un favor a mí mismo al alejarlo de ti para que no te contase nada, a ti también te lo hice al quitártelo de encima —vomité con desaire cada palabra—. Eres mi hija y debías estar con un tipo que tuviera más aspiraciones en la vida que la de regentar una estúpida pastelería, despreciando el dinero de su familia.

Parpadeé varias veces, sin comprender. Si en ese momento alguien me hubiera pinchado con una aguja, no habría soltado ni una gota de sangre.

—¿Qué has dicho? —musité.

Rio amargamente. Una carcajada que me puso los pelos de punta.

—¿De verdad no te lo ha contado? —Estaba realmente asombrado—. A lo mejor es tan gilipollas que nunca llegó a enterarse de que fui yo el que llamó a tu exnovio para que le hiciera creer que habíais retomado vuestra relación —se vanaglorió de su fechoría—. Tenía que hacer algo para evitar que Adrián te contara lo que descubrió sobre mí. Al menos me queda el consuelo de haber conseguido echarlo de tu vida... aunque fuera por unos años. Porque sé que otra vez anda revoloteando a tu alrededor desde que volvió a Madrid, ¿no?

El impacto de su malvada confesión me pilló tan desprevenida que no supe reaccionar. Me quedé clavada en el suelo, como si me hubieran atado los pies y me impidieran moverme. Lo mismo que le ocurrió a mi voz, que se negó a pronunciar sonido alguno.

A medida que mi mente tomaba conciencia de todo, un valiente coraje se iba apoderando de cada célula de mi cuerpo, para proporcionarme la osadía que siempre traté de mantener bajo

control en lo que a mi padre respectaba.

Hasta que estallé.

—¿Sabes qué, papá? —enfaticé esa última palabra a propósito—. Durante mucho tiempo me he preguntado una y otra vez por qué no me demostrabas ese amor de padre del que todo el mundo hablaba. He soportado tus desprecios, tu indiferencia y tu falta de cariño, porque estaba convencida de que algún día eso cambiaría. Eras la única familia que me quedaba, y yo no quería perderte por nada del mundo. Pero por fortuna, he abierto los ojos. Ahora sé lo que significa tener una familia de verdad y, créeme, no es una cuestión de sangre.

De un tirón, me deshice de la mano de mi padre que aún me sujetaba por la manga.

—No seas estúpida —balbuceó mientras intentaba detenerme otra vez.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —le advertí, más convencida que nunca de lo que iba a hacer—. Una auténtica familia es la que te da amor sin pedir nada a cambio. Es la que te protege para que nadie te haga daño, te cuida y está ahí para compartir tus alegrías y para consolarte en la tristeza.

Por mi cabeza pasaron las imágenes de Adrián, Luisa y Gabriel. Ellos eran los que me habían enseñado el significado real de la palabra familia. Ellos y solo ellos.

—Carla, no te consiento...

—¡Cállate! —exclamé—. Cállate y escúchame.

Él asintió lentamente.

—No quiero volver a verte jamás —escupí mis palabras, dejando salir todo el dolor que había acumulado en mi corazón durante años—. No quiero saber nada más de tus sucios asuntos. No quiero que finjas que te importo delante de tus conocidos. No quiero mendigar más las migajas de tu cariño. No quiero nada de ti, porque tú no eres mi familia. Nunca te comportaste como tal y ya no mereces serlo. Por esa razón, olvídate de que existo, tal y como yo haré contigo. ¿Queda claro?

Le lancé una última mirada y, acto seguido, me largué de allí para siempre con un único pensamiento en la cabeza: tenía que hablar con Adrián.

De repente, las imágenes de un recuerdo sobre aquel día, después de que Adri y yo hiciéramos el amor por primera vez, llenaron mi mente.

Raúl.

Sí. Debía contarle a Adrián que ninguno de los dos tuvo la culpa de lo que nos pasó cinco años antes, sino que ambos fuimos víctimas de la maldad de mi padre.

Era de imperiosa necesidad que le pidiera perdón por haberle acusado de mentir, cuando en realidad no lo hacía.

Capítulo 46

Tenía tanto que darte

Adrián

Cinco años antes

Excusas, excusas. Si tanto me echaras de menos, ya me habrías buscado hoy para darme ese beso de buenos días del que me has privado esta mañana. He ido a tu apartamento, pero no estabas, por eso te he dejado esta nota en el buzón. Esta tarde me ha surgido un imprevisto y no puedo quedar contigo, pero si quieres nos vemos esta noche en mi estudio para cenar juntos. Te espero.

Nota encontrada en el buzón de Adrián

—Le voy a ofrecer a Carla un puesto destacado en la empresa, en vez del otro inferior que le dije.

Mi padre dio un sorbo a su copa de vino sin perder detalle de mi reacción.

—Me parece bien —repuse—. Estoy seguro de que aceptará encantada. Ha nacido para eso.

Cortó una rebanada de pan, pero era evidente que le interesaba más la conversación que su plato de comida.

Como cada uno de enero, me había desplazado hasta la mansión familiar para compartir un abundante almuerzo con mis padres. Después de la resaca de Nochevieja, era para nosotros una costumbre que ni siquiera me saltaba al dejar de vivir bajo su mismo techo.

—Para ti también tengo planes.

Casi derramé el contenido de mi vaso al escuchar su último comentario.

—No entiendo por qué tienes que hacer planes para mí —aduje—. Ya te dije hace un par de meses lo que voy a hacer ahora que he terminado la carrera de ADE.

Él chasqueó la lengua.

—¿Aún sigues con esa bobada de estudiar gastronomía mientras diriges la vieja pastelería? —me preguntó, y no me gustó en absoluto el tono despectivo con el que lo dijo—. Deberías pensar con más sensatez ahora que Carla y tú estáis juntos.

Levanté las cejas, sorprendido.

—¿Qué tiene que ver que estemos juntos con esto?

Masticó el pan mientras parecía meditar.

—No lo sé, pero supongo que ahora haréis planes de futuro, ¿no?

Meneé la cabeza sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Hacía tan solo una hora que les había contado a mis padres que Carla y yo habíamos iniciado una relación la noche anterior.

—Imagino que sí los haremos, pero eso no significa que no busquemos nuestro futuro profesional más adecuado, el que cada uno deseamos tener. Eso es algo completamente compatible con nuestra relación.

Mi madre carraspeó cuando vio que mi padre se disponía a hablar de nuevo. Una clara

advertencia que no me pasó desapercibida.

—Has estudiado una buena carrera. No tiene sentido que no aproveches la oportunidad y ejerzas esta profesión, sobre todo cuando tienes la posibilidad de ponerte al frente de una gran empresa como la nuestra.

—La tuya —le corregí—. Es tu empresa, y ya sabes que nunca he tenido la intención de seguir tus pasos.

Mi padre y yo nos miramos fijamente en un claro desafío mutuo.

—Cachorrito, ¿te ha dicho ya tu padre lo del ático? —Mi madre trató de cambiar el tema de conversación para templar los ánimos que se iban caldeando por momentos.

—¿Qué ático?

—El ático que he comprado para ti en la calle Serrano —manifestó mi padre.

Me removí en mi asiento. Era difícil controlar mi genio ante tanta desfachatez.

—Yo ya tengo un apartamento. No necesito ningún ático. Me apañó bien donde estoy. ¿También vas a controlarme en eso? —No pude evitar decirle—. ¿No te conformas con intentar manejar mi futuro profesional? Ahora resulta que además vas a decirme dónde tengo que vivir.

Mi reproche fue la gota que colmó el vaso, lo supe en cuanto vi cómo mi madre perdía todo el color en su rostro.

—¿Controlarte? —Pese al tono aparentemente calmado de mi progenitor, sabía que su paciencia había llegado al límite—. Lo único que quiero es lo mejor para ti, Adrián. Ponerte a estudiar otra carrera mientras te haces cargo de la pastelería de tu abuelo no es una buena elección. ¡No voy a dejar que tires por la borda tu futuro de esa manera!

Su acalorada declaración de intenciones me hizo explotar.

—¡Basta! —Me levanté de la silla, dejando mi plato medio lleno, y apoyé las manos en la mesa para inclinarme hacia él—. El que no va a dejar que sigas manipulándome a tu antojo, soy yo, ¿entendido? A partir de ahora no vas a volver a decirme lo que tengo que hacer o no, de lo contrario, no volverás a verme más.

Mi madre contuvo el aliento, pero no pudo evitar que se le escapase un gemido de dolor.

—Adri, no digas eso —suplicó.

Su ruego ablandó mi corazón. Ella no se merecía mis duras palabras.

—Esto no tiene nada que ver contigo, mamá.

En cambio, mi padre no estaba dispuesto a perder la batalla, así me lo hizo saber.

—¿Eso es una amenaza? —siseó—. Bien, pues si tantas ganas tienes de hacer las cosas por ti mismo y sin ayuda, a partir de ahora tendrás que apañártelas también sin mi apoyo económico.

Su desafío se clavó en mi pecho como un cuchillo.

—De acuerdo. Así sea.

Lancé la servilleta al suelo y, a continuación, me fui de allí intentando no ceder a las súplicas de mi madre, que pagó las consecuencias de una guerra de la que no debimos hacerla partícipe jamás.

Pero ya no había marcha atrás, no volvería a dirigirle la palabra a mi padre nunca más. Nuestra relación se acababa de romper para siempre.

Y ahora solo una persona ocuparía mis pensamientos: Carla.

Me había pasado toda la mañana suspirando como un idiota enamorado. Descentrado y ansioso por volver a verla, tan solo podía recordar una y otra vez la noche de amor, sexo y risas que habíamos compartido.

Para mí fue una auténtica sorpresa descubrir durante esa Nochevieja que Carla sí sentía algo por mí, cuando yo ya había perdido todo rastro de esperanza con ella.

Precisamente, por lo que había pasado entre nosotros no hacía ni veinticuatro horas, me arrepentí en parte de la tremenda discusión que acababa de protagonizar con mi padre. Más aún de las consecuencias que vendrían. Pero de nada servía lamentarme, puesto que lo hecho, hecho estaba.

Sumido en mis pensamientos, no me di cuenta de quién era la persona con la que choqué justo al salir de la urbanización de lujo donde estaba situada la casa de mis padres.

—¡Menuda coincidencia! Cuánto tiempo sin verte, Adrián.

De todas las personas que conocía, esa era la última que esperaba encontrarme allí.

—¿Raúl?

Impecablemente vestido, con fijador en el pelo incluido, me examinó de arriba abajo sin tapujos.

—¿Tanto cambia a la gente echarse un poco de gomina en el pelo? Diría que te ha costado reconocerme.

Me dio dos palmadas en la espalda que casi me tiraron al suelo.

—No, no. Es solo que me sorprende verte aquí, en la urbanización donde vive mi familia.

—Ya veo. —Continuó con su escrutinio, como si estuviera analizando mis expresiones faciales—. Bueno, en realidad he venido a acompañar a un amigo que busca un dúplex de lujo por la zona. Se enteró de que hay una buena oportunidad y ha querido acercarse hoy, aprovechando que es día de fiesta, a echar un vistazo al lugar antes de concertar una visita para los próximos días. De todas formas, me pillaba de paso, puesto que dentro de media hora tengo una cita importante con una chica en una cafetería cercana.

Desde luego, no le había afectado demasiado su ruptura con Carla, si tres meses más tarde ya tenía una cita con otra.

—Vaya, eso sí que es una buena noticia. Me alegra que hayas pasado página tan rápido de tu ruptura con Carla. Ayer mismo me enteré de que ya no estáis juntos.

El semblante de Raúl se ensombreció de forma visible.

—Pues no debes haberte enterado por una fuente demasiado fiable, ya que esta misma mañana hemos vuelto a retomar nuestra relación. De hecho, mi cita de esta tarde es con Carla.

Me carcajeé.

Menuda broma de mal gusto me quería gastar.

—¿Me estás diciendo que os habéis reconciliado?

Una amplia sonrisa de satisfacción apareció en su cara.

—Ajá. La verdad es que no tenía demasiadas esperanzas cuando la he llamado esta mañana, pero parece que Carla tenía las mismas ganas que yo de que volviésemos juntos. Hemos tenido una larga conversación, nos hemos pedido perdón mutuamente, e incluso me ha confesado que anoche, en Nochevieja, tuvo una noche tonta con un tío, pero me ha asegurado que iba a ponerle fin a esa chorrada hoy mismo.

Su relato borró todo rastro de burla en mi expresión.

Era imposible que se hubiera inventado esa historia que sonaba tan veraz y que concordaba con los tiempos de lo que había sucedido entre Carla y yo.

Pero ¿una noche tonta? Esa no era mi impresión en absoluto.

Las alarmas de mi cabeza empezaron a sonar con fuerza.

—Pues me alegro de veras —fingí seguir con esa ¿pantomima? Aunque ya no estaba tan seguro de que lo fuera—. Espero que todo os vaya mejor esta vez —le seguí la corriente.

Raúl sonrió más ampliamente.

—Gracias, amigo. Sé que te alegras por nosotros. —Me tendió la mano en un gesto de

despedida—. Y ahora, si me disculpas, voy a encontrarme con mi chica, que no quiero hacerla esperar. Supongo que ahora nos veremos más a menudo, puesto que Carla y yo volvemos a ser pareja.

—Claro, claro. Venga, no le hagas esperar. Adiós, Raúl.

Tardé varios minutos en salir de mi estado de estupefacción total.

¿Se trataba de una inocentada fuera de tiempo que me habían preparado? Era obvio que, si era una broma, Carla estaba en el ajo con total seguridad. ¿De quién si no había obtenido ese tonto la información de lo que pasó entre Carla y yo la noche anterior?

Mi cerebro echaba humo.

Mi cuerpo se negaba a moverse.

Pero mis pies actuaron por cuenta propia. Comenzaron a caminar persiguiendo a Raúl, a cierta distancia, para no levantar sospechas.

Diez minutos más tarde, vi cómo entraba en una famosa cafetería de la zona, así que me detuve entre dos coches aparcados para observar desde el exterior cómo se sentaba frente a una de las mesas situadas justo al lado del gran ventanal.

Estaba solo.

—¿Cómo he podido tragarme semejante tontería? —me regañé a mí mismo.

Mis músculos se relajaron al percatarme de ese hecho, aun así, esperé un poco más. De todas formas, era imposible que me descubriera en el lugar desde el que lo estaba espiando.

Mi teoría sobre el bulo se esfumó en el momento en que una chica de melena castaña, que yo conocía bastante bien, se adentró en la cafetería y, a continuación, se sentó junto a Raúl.

Aparté la mirada, tratando de respirar, puesto que mis pulmones se cerraron al verla llegar. De nuevo, volví a contemplar la escena con el corazón en un puño. Así permanecí varios minutos en los que no percibí ningún acercamiento entre ellos que pudiera confirmarme lo que Raúl me había contado. Por el contrario, parecían dos viejos amigos charlando mientras tomaban una taza de café. Sin más.

Estaba a punto de marcharme cuando todo cambió. Raúl pasó el brazo por encima de los hombros de Carla y provocó que todo mi cuerpo se tensionara otra vez.

No lograba ver lo que pasaba porque la espalda de Raúl me impedía la visión completa de la escena. Durante un breve lapso, él se inclinó todavía más y pude ver cómo su rostro se acercaba al de Carla, que estaba de perfil.

No hubo duda de lo que pasó después.

La besó.

Raúl no mentía, decía la verdad. Habían retomado su relación.

De forma automática, empecé a atar cabos: ese era el motivo por el que ella me dijo esa misma mañana en su nota que no podía quedar conmigo, porque se había citado con Raúl.

Cerré los párpados mientras sentía cómo un puñal se clavaba en el centro de mi corazón. Por mi mente pasaron las imágenes de la noche anterior. La sonrisa de Carla. Sus besos apasionados. Sus gemidos cuando estaba dentro de ella. Sus ojos ardientes. La nota que me dejó en el buzón hacía tan solo unas horas, en la que me citaba para esta misma noche en su estudio.

¿Acaso no fue real nada de eso?

Para mí, sí lo era, pero evidentemente, para ella, no. Tal vez solo fue un simple polvo de una noche. A lo mejor me utilizó para saber si seguía enamorada de su ex o no. Quizás... ¡Qué más daba ahora las razones! El hecho era que Carla me había traicionado. Había jugado con mis sentimientos. Y eso era algo que jamás le iba a perdonar.

Asqueado. Destruído. Roto de dolor, me marché de allí sin echar siquiera un último vistazo

a lo que tenía lugar en el interior del local. Por desgracia, ya había visto todo lo que tenía que ver.

Sin ser consciente de lo que hacía, regresé a mi apartamento.

Después de presenciar la traición de Carla, no me quedaba ningún motivo por el que continuar en Madrid. Necesitaba poner tierra de por medio entre los dos. Quería olvidarla. Iba a arrancarla de mi pecho de una vez por todas, aunque eso fuera lo último que hiciera en la vida.

¿Qué podía hacer?

Justo en ese instante recordé la prestigiosa universidad en Nueva York en la que muchas veces soñé estudiar gastronomía: The Culinary Institute of America. Podía estudiar allí y mientras me sacara la carrera, montaría una pastelería con el resto del dinero de la herencia de mi abuelo. Sí, podría usar el dinero que mi abuelo me legó para ese fin.

Unos minutos más tarde, ya tenía mi decisión tomada: me iría a Nueva York. Esa era la única vía de escape que me permitiría dejar atrás a Carla y a su traición; a mi padre, con sus intentos de manipularme, y a todo lo que me causaba sufrimiento.

Capítulo 47

Lo siento

Carla

En la actualidad

Es curioso cómo la mente puede borrar aquellos recuerdos que no cree relevantes, seleccionando los que considera oportuno y descartando los que no; a pesar de que la opinión del corazón difiera con él porque necesite de dicha evocación para justificar un sentimiento, como el odio hacia alguien, el amor, o el sufrimiento. Es como si el cerebro y el corazón actuaran por libre, cada uno a su rollo, sin ponerse de acuerdo entre ellos.

No había otra explicación al porqué mi cabeza olvidó durante tanto tiempo la absurda cita con Raúl que tuvo lugar cinco años atrás, en la que me invitó a merendar en una cafetería, supuestamente con la excusa de devolverme mis objetos que aún guardaba después de nuestra ruptura.

No fue hasta escuchar la confesión que me hizo mi padre, unos días antes, que lo recordé todo. Recordé la cita. Recordé la extraña actitud que Raúl tuvo ese día conmigo y recordé que incluso intentó abrazarme y luego me asestó un beso sin mi consentimiento, por lo que me vi obligada a empujarlo con todas mis fuerzas, justo antes marcharme y decirle lo repugnante que fue su comportamiento.

Adrián estaba en lo cierto al defender su verdad, aunque ninguno de los dos éramos culpables de lo que pasó cinco años antes, sino que fuimos meras marionetas en las garras de dos personas tan despreciables como lo eran mi padre y Raúl. Uno por planearlo y el otro por prestarse a llevarlo a cabo.

Por esa razón, necesitaba explicárselo todo a Adrián, si bien, él no quería saber nada de mí, como demostraban las llamadas perdidas que llevaba días haciéndole y que ni las respondió, ni las realizó de vuelta.

Así que tuve que idear una medida más drástica para lograr que Adri me escuchara.

—¿Luisa? Necesito tu ayuda.

Bastaron esas cuatro palabras para que la madre de Adrián se presentara en mi oficina tres horas más tarde, tras la llamada de teléfono en la que le pedí que fuera mi cómplice para intentar recuperar el amor de su hijo.

—¿Eso es todo lo que tengo que hacer? —La decepción en sus palabras me hicieron sonreír cuando terminé de explicarle lo que necesitaba de ella para llevar a cabo mi propósito—. Pero si eso no es nada. Yo pensaba que me ibas a pedir algo más... atrevido.

Reí.

—No quiero hacer nada atrevido, tan solo solucionar nuestros problemas, decirle que lo amo con toda mi alma e intentar que me perdone por ser tan estúpida, aunque no sé si esto va a funcionar. —Me mordí el labio sin dejar de dar vueltas por el despacho—. Cuanto más lo pienso, más motivos encuentro para que esta tontería termine en fracaso.

Luisa puso los ojos en blanco.

—¿Estás boba? Claro que va a funcionar. Mi hijo lleva toda la vida enamorado de ti, o ¿es que crees que soy tan ingenua que nunca me he dado cuenta de lo que pasaba entre vosotros?

Mi repentino rubor debió notarse de inmediato.

—¿Tan evidente era? —le pregunté.

—Ay, mi niña, para mí sí lo era. —Mostró una expresión de comprensión en su semblante, acto seguido, tomó mis manos entre las suyas—. Pero eso ya da igual. Lo importante ahora es que os reconciliéis. —Me miró de reojo y continuó—. Y que luego os caséis y me deis nietos. ¡Muchos nietos!

Mis carcajadas corearon su iniciativa.

—Hala, y ahora me voy, que aún tengo que pensar cómo lo voy a convencer para que mañana...

—Shhhh —le dije, justo antes de que desvelara parte lo que urdimos—. Hasta mañana, Luisa. Nos vemos ya sabes dónde.

Llena de incertidumbre por si el plan iba a funcionar o no, le di un beso en la mejilla justo antes de verla desaparecer por la puerta de mi despacho.

Capítulo 48

Te regalo

Carla

—¿Ya vas de camino a la pastelería?

Era la quinta llamada que Luisa me hacía ese día.

—Acabo de salir, aún tardaré un buen rato en llegar, pero no te preocupes, lo tendré todo listo para la hora en la que debéis aparecer por allí.

Oí un largo bufido al otro lado del teléfono que me hizo sonreír. Luisa parecía casi más impaciente que yo.

—¿Y tú? ¿Estás segura de que Adri no sospecha nada? —le pregunté—. ¿En serio se ha tragado tu mentirijilla para que vaya contigo a la confitería?

El silencio que llegó detrás de mi pregunta me puso más nerviosa aún. Quería que la puesta en escena para pedirle perdón saliera tal y como lo había planeado. Nada podía fallar.

—¿Luisa? —insistí.

—Sí. Sí —contestó al fin. Pero su tono agudo me puso en alerta—. Tranquila, me ha creído cuando le he pedido su ayuda para prepararle una sorpresa a Gabriel. Llegaremos a la hora pactada y en cuanto entremos en la pastelería, me esfumaré para dejaros a solas.

No supe por qué, pero algo en su voz me hizo sospechar que algo no iba del todo bien.

—¿Seguro? Te noto... rara.

Luisa volvió a resoplar al otro lado del móvil. Su conducta había cambiado conmigo desde que esa misma mañana le contara lo que hizo mi padre años atrás y la puse al día sobre la disputa que tuve con él hacía tan solo unos días.

—Seguro, cachorrita. —Esta vez me tranquilizó más su respuesta—. Ya verás como te irá fenomenal.

—De acuerdo. Ojalá sea así. Y, Luisa, gracias por ser mi cómplice en esto.

Su risa terminó de darme la confianza que necesitaba en ese instante.

—No me des las gracias, tonta. Nietos, dadme muchos nietos y así estaré feliz. Venga, hasta luego, preciosa.

—Hasta luego.

Esta vez fue mi turno de reír. Todavía continuaba con una sonrisa idiota en la cara cuando arranqué el motor del coche y me puse en marcha, rumbo a mi destino.

Enumeré en mi mente por enésima vez los pasos que debía seguir. Tenía cuatro horas por delante para prepararlo, tiempo suficiente para hacer las bizcotelas, las berlinas, decorar con elementos románticos la mesa en la que solíamos crear dulces en las frías tardes de sábado... y estaba casi convencida de que tampoco tendría problemas para realizar el resto de cosas que había ideado.

El trayecto hasta la vieja pastelería se me hizo eterno, pero al llegar a la entrada del emblemático establecimiento se apoderó de mí una extraña calma que me dio la confianza que necesitaba.

Abrí la puerta con la llave que me proporcionó Luisa el día anterior. Era la primera vez que

me encontraba sola allí. Estaba oscuro, tanto que tuve que tantear la pared con mis dedos, en busca del interruptor de la luz. Pese a la intensa penumbra, sentí la misma familiar presencia de siempre. Era como si la esencia de Manuel Dueñas estuviera impregnada en cada rincón de ese lugar, como si su sabia voz aún se pudiera escuchar como un susurro entre esas paredes.

Accioné el interruptor y el establecimiento se iluminó. Fue justo en ese momento en el que mis ojos se desviaron hacia la pequeña hoja de papel de color rojo, colocada con cuidado sobre el mostrador de madera.

Con curiosidad, recogí el pósito y lo leí.

¿Recuerdas esa época en la que competíamos por ser mejor que el otro?

Mi corazón se detuvo al descubrir que era una nueva nota de Adrián.

Lo busqué a mi alrededor, pero no había ni rastro de su presencia, en cambio, divisé otra nota, esta vez de color verde, pegada en la vitrina de las tartas.

Tú siempre creíste que me ganabas, pero no era así. Yo siempre salí vencedor y, al igual que en el pasado, en esta ocasión también perderás la partida.

Me olvidé de respirar, mientras mis ojos se humedecían por la emoción.

—¿Adri? —pregunté en medio del silencio del local.

No hubo respuesta, pero otro pósito apareció en los estantes que había detrás del mostrador.

Te voy a enamorar otra vez. No te resistas, es inútil. Te ganaré. Me quedaré contigo y ningún malvado villano va a volver a separarme de ti. ¿Te apuestas algo?

¿Malvado villano? ¿Cómo sabía...?

Mi cuerpo temblaba mientras mis pies seguían el rastro de las notas de colores. Así llegué hasta la trastienda de la pastelería, donde estaba el obrador en el que tantas tardes compartimos de niños. Allí, encima de la tabla de amasar había un plato con una montaña de berlinas en su interior, en cuya cima había otro papelito de color naranja.

¿Lo ves? Hasta las berlinas me salen mejor que a ti.

No pude evitar sonreír, sin embargo, no me paré a probarlas, sino que me apresuré a leer la nota que encontré justo al lado, sobre una bizcotela.

Y las bizcotelas ya ni te cuento.

Esta vez sí me dejé llevar por mi goloso paladar y la degusté a mis anchas, hasta que vi una última nota encima de un tarro de miel.

Pero, sobre todo, te he vencido y te venceré con mi forma de amarte, porque ya te amaba cuando te odiaba. Te amé cuando juré olvidarte. Te amé cuando creí que me mentías. Te amo ahora, con la boca manchada de azúcar, porque estoy seguro de que serás incapaz de resistirte a probar esa bizcotela. Y te amaré por siempre, bicho, incluso cuando seas una abuelita gruñona más arrugada que yo, porque no lo dudes, hasta envejecer lo haré mejor que tú, ya que despertaré todos los días junto a la mujer que hace funcionar a mi corazón.

Las lágrimas inundaron mis ojos hasta que la nota se convirtió en un borrón en mis manos, solo entonces, levanté la vista para descubrir a Adrián apoyado en el marco de la puerta.

—¿Cuál era tu palabra preferida? No la recuerdo —bromeó—. Ah, sí. ¿Siempre? —me preguntó al mismo tiempo que comenzó a esbozar esa sonrisa burlona que me volvía loca de amor.

—Siempre. Tú y yo, siempre.

Capítulo 49

Juramento eterno de sal y azúcar

Adrián

Carla corrió a mis brazos para besarme apasionadamente.

Sus labios sabían a una mezcla de la sal de sus lágrimas, combinado con el dulzor del merengue de la bizcotela, pero a mí me supieron a hogar.

—¿Cómo lo has sabido? —murmuró, sin parar de besarme por toda la cara—. Lo del engaño de mi padre.

La miré, divertido.

—Es lo que pasa por contarle algo a mi madre que debe mantener en secreto. A estas alturas, ya deberías conocerla lo suficiente como para saber que es incapaz de tener el pico cerrado. Tan solo tuve que pincharla un poco, porque me extrañó que me pidiera ayuda para hacerle una sorpresa a mi padre, y...

Su risa vibró en mi cuello.

Al momento, volvió a mirarme, pero su expresión carecía ya de cualquier rastro de diversión.

—Entonces ya sabes lo que hizo para separarnos. Para alejarte de mí y que no me revelaras lo que descubriste sobre sus negocios sucios.

Asentí.

—Sé lo que hizo. Sé que convenció a Raúl para tendernos una trampa, y sé que lo que ocurrió en el interior de esa cafetería no fue lo que yo creí ver.

—Aun así, lo siento. Lo siento —se lamentó una y otra vez, presionando sus labios en mi garganta—. No recordé mi breve encuentro con Raúl hasta el otro día, cuando mi padre me confesó lo que hizo. Pero necesito que te quede claro que no pasó nada entre Raúl y yo aquel día. Él... quiso quedar conmigo para devolverme unos objetos, por eso acepté. No vi nada malo en ello, hasta que intentó besarme. Eso me impulsó a marcharme de allí de inmediato. Creo que no pasé con él ni diez minutos en total, supongo que por eso no lo recordaba. No hubo nada más. Te lo aseguro. Por favor, perdóname.

—Tranquila. —Sujeté su rostro entre mis manos para obligarla a mirarme—. No hiciste nada malo. Ahora lo sé. No me pidas perdón. No hiciste nada reprochable. En cambio, yo sí que tengo que pedirte perdón, porque debí creer en ti.

Sus ojos eran dos pozos grises, profundos, sinceros.

—No. Tan solo defendías la verdad. Lo que creíste ver —me refutó.

—Tampoco debí ocultarte lo que descubrí de tu padre. Fui un gilipollas porque pensé que callándome lo que sabía, no perderías a la única familia que te quedaba.

—No fuiste gilipollas —volvió a contradecir mis palabras—. Yo sí que fui una estúpida cabezota. Nunca quise escucharte cuando intentabas explicarme por qué te fuiste a Nueva York. Y también fui una tonta cuan...

—Shhhh. —Sonreí para mis adentros—. ¿Carla?

—¿Qué?

—Cállate y bésame.

Reí, pero mi risa murió en mi garganta cuando sentí la lengua de Carla internarse en mi boca, audaz. Excitado, me abandoné por completo a ese beso profundo, lento, cargado de pasión y lujuria. Porque nuestro amor era así: una entrega total de cuerpo y alma.

Sus labios devoraron mi boca, hambrientos, mientras su lengua acariciaba la mía, despacio, muy despacio, volviéndome loco de deseo, haciéndome ansiar más y más de ella.

—Te quiero —susurró entre un beso y otro—. Te amo. Yo también te he amado incluso cuando no sabía que lo hacía, cuando pensaba que te odiaba. —Miró hacia atrás, a la mesa donde solíamos hacer pasteles de niños, y sonrió—. Aquí, fue justo aquí donde empecé a quererte. Entre berlinas, bizcotelas, azúcar, miel y el calor de ese obrador.

Esta vez fui yo el que la besó largamente para expresarle con mi boca lo que mis labios no atinaron a decirle con palabras.

Con pasos lentos, la conduje hacia la mesa y, a continuación, la senté sobre la superficie. Sin dejar de sujetar sus caderas, me coloqué entre sus piernas, solo cubiertas por la tela de su vestido de invierno, sus botas altas y por unas medias, cuyo encaje final se ceñían a sus muslos.

Sus ojos brillaban por el anhelo cuando volví a besarla mientras mis manos impacientes le quitaron las bragas.

—¿No te da vergüenza? Mira que echarme un polvo en el obrador de la pastelería de tu abuelo.

Carla desabrochó mis pantalones y me bajó la ropa interior.

—¿Vergüenza? —la penetré con una lenta embestida, absorbiendo con mi boca el dulce gemido que salió de sus labios—. ¿Acaso no aprendiste nada de lo que nos enseñó mi abuelo?

Contuve mi risa, viendo su expresión desconcertada a la par que excitada.

Me retiré despacio, para volver a empujar, metiéndosela hasta el fondo.

—Quien mucho te alaba, te la clava —comencé a recitar algunos de los refranes que nos solía decir mi abuelo a menudo—. Juntose el lobo a la oveja, y le comió la pelleja. Ande yo caliente, riase la gente.

Las carcajadas de Carla resonaron como un dulce eco entre las paredes del antiguo local, al mismo tiempo que su cuerpo se mecía con el mío, fundiendonos en una ardiente unión.

—Ya —siguió riendo—. Y no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, ¿no?

—¡Exacto!

Entre risas, berlinas, bizcotelas, azúcar, miel y el calor del horno, nos amamos sin prisas, del mismo modo que nos enamoramos tantos años atrás, cuando tan solo éramos dos niños que creían que se odiaban.

Me derretí de placer cuando comencé a moverme con suavidad, entrando y saliendo de su cuerpo. Despacio, sin prisas, con un ritmo que sabía que la enardecía.

Me dejé llevar sintiendo cómo nuestros cuerpos se fundían en uno solo. Empujaba mis caderas y notaba cómo me clavaba en el centro de su ser cada vez más profundo. Mientras tanto, mis labios reclamaron los suyos, besándola con fervor. Rocé mi lengua con la suya una y otra vez. Lamí y veneré su boca de todas las formas posibles.

—Te quiero —le susurré entre un beso y otro—. Te quiero. Te quiero.

Entraba y salía de su cuerpo cada vez con más vigor, sin acelerar, mientras nuestras respiraciones se volvían más agitadas, descompensadas.

Sus besos me llevaban a rozar el cielo, y sabía que mis envites la arrastraban a las puertas del paraíso una y otra vez. Percibí, poco a poco, cómo la transportaba cada vez más alto hasta rozar el nirvana. De repente, me endurecí aún más dentro de ella. Embestí con vehemencia,

clavándome con fuerza mientras me corría en su interior, dejando escapar un gemido sobre sus labios.

Mi éxtasis desató el suyo. Sin poder contenerse, delirando de gozo, sentí que se apoderaba de ella un intenso orgasmo que le hizo gritar mi nombre. Explotó de placer una vez más entre mis brazos.

Permanecimos durante largo rato con nuestros cuerpos enlazados, hasta que nuestras respiraciones se fueron relajando.

—Siempre —me susurró, al mismo tiempo que depositaba un dulce beso en mis labios.

—Siempre —le respondí.

Y supe que sería así, que ya nada se interpondría entre nosotros jamás.

Epílogo 1

Adrián

Tres semanas después

—Llegamos tarde.

La miré de soslayo.

—No sé de quién es la culpa.

Se hizo la ofendida.

—Pues tuya, ¿de quién va a ser!

—¿Mía? —repliqué—. Has sido tú la que te has despertado con ganas de jugar al teto.

Soltó una carcajada, sin aminorar el paso.

—¿Perdona? Eres tú el que se levanta todos los días con ganas de jugar al teto.

Acabábamos de llegar al recinto donde se iba a realizar la presentación de los productos de San Valentín. El mismo lugar en el que un par de meses antes se hizo la de la campaña de Navidad. Esta vez con notables diferencias respecto a la anterior, ya que mi padre, un poco más recuperado de su operación, se encargaría de hacer un emotivo discurso en el que me iba a presentar de manera oficial como el nuevo maestro pastelero de la empresa.

Sí, en efecto. Al final accedí a ser el encargado de idear las elaboraciones de Dulces Dueñas porque, al fin y al cabo, innovar con nuevas creaciones era lo que más me gustaba hacer. Bueno, para ser sincero, no pude resistirme a la posibilidad de trabajar codo con codo junto a Carla, esta vez de forma indefinida. Aunque, obviamente, mi principal ocupación fue la de ponerme al frente de la vieja pastelería de mi abuelo, tal y como siempre deseé.

—Por supuesto que me gusta jugar al teto por las mañanas. Es la mejor forma de empezar el día.

Carla puso los ojos en blanco.

—¡Muy bonito! Te recuerdo que luego soy yo la que tiene que dar explicaciones en la oficina del motivo por el que llego tarde casi todos los días.

Mi risilla provocó que me diera un codazo en las costillas.

—¡Ay! —me quejé, justo en el instante en el que pasamos por delante del mismo cuartito de limpieza en el que la vez anterior nos habíamos dado el lote.

—Ni se te ocurra —me advirtió en cuanto me vio las intenciones en mi cara.

—¿Por qué no?

Sin darle opción a protestar, tiré de su mano y me metí en el cuartito con ella, quien no paraba de reír, pese a falso enfurruñamiento.

Fue ella misma la que se apoderó de mis labios en cuanto cerré la puerta. A continuación, me agarró del paquete sin pudor.

—¿No has dicho que ya llegábamos tarde? —la pinché.

—Qué más dan diez minutos más o menos —me argumentó, sin dejar de meterme mano, liberando mi potente erección que se moría por introducirse en ella.

—Eso díselo a mi padre, que es el que va a tener que alargar su discurso.

Mis carcajadas se silenciaron cuando, un minuto más tarde, Carla estaba enroscada en mi cuerpo, apoyada en la pared conmigo entre sus piernas.

—Tu padre me adora tanto como yo a él. Estoy segura de que no le va a importar que nos retrasemos un poquito para que cumplas mis deseos.

En eso tenía razón. Mi padre la adoraba y habría hecho cualquier cosa por ella, tal y como le había demostrado ya, puesto que en cuanto se enteró de lo que Pedro nos había hecho a Carla y a mí, y supo de los negocios sucios que se traía entre manos, no dudó en tomar cartas en el asunto.

Lo primero que hizo fue cortar todo tipo de relación profesional que le unía todavía a él, ya que la de amistad hacía bastante tiempo que ya no era tan cercana. Prescindió de sus servicios como abogado, pero no contento con ello, decidió cargar contra él con todas las de la ley. Junto a uno de los mejores equipos de investigadores, decidió reunir pruebas para denunciarlo. Por supuesto, con el apoyo de Carla.

Pero esa era otra historia para contar, y la mía, la que estaba viviendo ahora, era mucho más interesante que la de Pedro y sus chanchullos, ¿no creéis?

Carla me besó con hambre, pese a que no hacía ni dos horas que habíamos retozado durante un par de horas bajo las sábanas. Aun así, no se cansaba de mí, algo que me volvía loco de placer, porque yo tampoco podía quitarle las manos de encima en todo momento. No me saciaba de ella, siempre quería más y más. Eso mismo era lo que me ocurría en ese instante.

Profundicé el beso, tomando las riendas. Sin más demora, me sumergí en su interior con una penetración lenta que nos hizo gemir a los dos.

Estar dentro de ella era como alcanzar el jodido paraíso.

—Te amo —me susurró.

Mi pecho se desbordó de amor.

De lejos, escuchamos a mi padre comenzar su discurso en el salón de actos.

Ambos sonreímos.

—Te amo —le respondí.

Sus caderas presionaron las mías, mostrándome lo que deseaba.

Y, por supuesto, yo se lo di.

Epílogo 2

Carla

Nueva York. Diez meses más tarde

Pues sí, Adri tenía razón cuando me contaba lo bonito que era Nueva York en Navidad. Por nada del mundo cambiaría el ambiente hogareño, las tradiciones españolas, los mercadillos navideños, los villancicos y ese dulce olor a chocolate con churros que salía de las cafeterías de Madrid en esa época del año; pero sí que era cierto que visitar «la ciudad que nunca duerme» en Navidad era algo que había que experimentar al menos una vez en la vida.

Impresionaba poder ver Rockefeller Center en todo su esplendor cuando llegaba la noche, para disfrutar de ese maravilloso espectáculo visual, con sus más de cincuenta mil lucecitas brillando alrededor del enorme árbol de Navidad.

—¿Te gusta? —me preguntó Adri.

—No está mal, pero me quedo con las elaboraciones que hacéis en Granddaddy. —Examiné mi *Pretzel* y le di otro bocado—. Al menos ya puedo decir que he probado casi todas las comidas callejeras típicas de Nueva York.

—Mmmm, cierto, casi todas. Mañana te llevaré a desayunar *Bagels* con *cream cheese*. Conozco un lugar donde los hacen deliciosos.

—Suenan bien —acepté—. Si está bueno, podríamos incluirlos para acompañar al horrendo café de máquina de la oficina. Es bastante triste que en las oficinas de una empresa de dulces no haya un lugar donde desayunar en condiciones.

Él chasqueó la lengua.

—Ahora que vas a ser la directora, podrías cambiar eso, jefa.

Ese «jefa» lo soltó con toda la intención de fastidiarme.

—Así que jefa, ¿no? ¿Vas a llamarme así a partir de ahora? Me gusta —me burlé—. Pero recuerda que esta vez no es un cargo provisional.

—¿Quieres que te llame jefa? —Rio—. Ni lo sueñes. Tendrías que sobornarme con cosas muy guarras en la cama para que acceda a llamarte así.

Reí a carcajadas.

A pesar de que aún era demasiado joven para jubilarse, tras la reincorporación de Gabriel a su puesto, él mismo se dio cuenta de que sus días de intenso trajín se habían agotado. El infarto le cambió la forma de ver la vida, y a él le quedaban aún muchos sueños por cumplir. Por ese motivo, tomó la decisión de dimitir de su cargo y nombrarme a mí como la nueva directora general de Dulces Dueñas, para deleitarse a sus anchas con unas merecidas vacaciones indefinidas junto a su mujer.

—Mmmm. De acuerdo, meditaré sobre esas cosas guarras para convencerte en la cama. Es demasiado tentador que me llames jefa.

Adri meneó la cabeza, con humor en los ojos. Si bien, no tardó en mirar mi *Pretzel* con impaciencia.

—Vamos, terminatelo ya o se nos pasará el turno para entrar a la pista de patinaje. Y no pongas esa cara, tenemos que aprovechar las entradas que saqué ayer.

Rodé los ojos.

—Y dale, otra vez con lo mismo. Hace mil años que no patino, no me voy a acordar de cómo se hace.

Adrián esbozó una sonrisa revoltosa.

—Venga ya, patinar es como montar en bici, o...

—No lo digas.

—Como follar conmigo —me susurró al oído y, pese a mi advertencia, una sonrisa tonta se me escapó de los labios—. Eso nunca lo olvidaste.

—Vale. Me has convencido. Vamos a patinar, pues...

Un rato más tarde, dejamos nuestros zapatos en una de las taquillas y nos calzamos los patines de cuchillas.

Como era de esperar, la pista de hielo estaba abarrotada de gente a esa hora de la tarde. Con todo, a Adri pareció no importarle ese pequeño detalle, algo extraño para alguien que evitaba las aglomeraciones a toda costa.

Al salir a la zona de patinaje, perdí el equilibrio, pero no tardé en conseguir mantenerme erguida. Orgullosa, comencé a relajarme y a deslizarme sobre la fría superficie.

Entre risas, juegos y arrumacos, fuimos como dos niños otra vez. El tiempo parecía haber retrocedido a esa época en la que nos hacíamos zancadillas y cualquier tipo de trastada con tal de fastidiar al otro y hacerlo caer al suelo.

Casi sin aliento, me dejé atrapar por Adri, quien me acorraló en una esquina de la pista.

—Sujétame esto, ¿quieres? —Sacó algo de su bolsillo, se agachó y me lo ofreció—. Se me ha desatado el nudo de los patines.

—¿Qué es? —le pregunté, sin mirarlo, concentrada en la pequeña caja que acababa de aparecer en mis manos forradas por unos gordos guantes de lana.

—Tal vez si la abres, sabrás qué es —contestó de forma enigmática.

Fue justo ese momento en el que me di cuenta de lo que ocurría, cuando algunos patinadores comenzaron a arremolinarse a nuestro alrededor.

Adrián estaba de rodillas.

Mi corazón se saltó un latido.

Con muchos nervios, abrí la cajita que estaba en mis manos.

—Oh, Dios —farfullé al descubrir que en su interior no había un anillo de compromiso, sino una nota, que desplegué con dedos temblorosos. Súbitamente, cayó de entre los pliegues un precioso anillo, pero no tuve tiempo de examinarlo con atención, puesto que empecé a leer lo que ponía en el pósit de color verde musgo, del mismo tono que sus ojos.

¿Aceptarás? ¿O me vas a obligar a hacerte la pregunta en voz alta, delante de todo Nueva York?

—Creo que elijo la segunda opción —repuse, traviesa, jugueteando con el maravilloso y elegante anillo.

Nuestro improvisado público comenzó a murmurar, jalearnos y aplaudir, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas que empezaron a brotar sin control.

La expresión de Adrián era de plena diversión, satisfecho al ver que mi azoramiento daba paso a una enorme sonrisa.

—De acuerdo, que así sea —dijo, cual caballero salido de unas de las novelas de época de

Julia Quinn—. Mi precioso bicho, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó al fin.

Temblando de pies a cabeza, me acuclillé frente a él y lo abracé justo antes de responderle al oído, en medio de los vítores de la gente.

—Por supuesto que sí.

Y allí, en la pista de patinaje de Rockefeller Center, sellamos una vez más el amor que comenzó muchos años atrás, con notas de colores, berlinas y bizcotelas.

Agradecimientos

He tardado casi un año en terminar de escribir esta novela. Un año en el que Carla y Adrián no se han ido de mis pensamientos ni un solo día. Un año en el que he vivido junto a ellos su historia. He sufrido con ellos, he suspirado de amor, he reído y también he llorado de emoción. Pero no he estado sola en esta aventura, puesto que muchas de vosotras me habéis acompañado, sujetándome de la mano cuando lo necesitaba y tirando de mí para darme fuerzas. Sin vosotras esta novela no estaría ahora publicada, por ese motivo, mi más sincero y más cariñoso agradecimiento va dirigido a las bookstagrammers que me escribís y no os olvidáis de mí, ni siquiera cuando desaparezco durante semanas de las redes sociales.

Otro enorme y gigantesco agradecimiento es para mis maravillosas lectoras cero: mi “pitufa” Paula, mi adorada Rocío DC, mi queridísima Mar García y mi fascinante y divertidísima Sonia Díaz. Han sido cuatro apoyos de lujo para la historia de Carla y Adri. Gracias, chicas, por regalarme vuestra sabiduría para mejorar, por señalarme lo que os “chirría”, por hacerme reír a carcajadas con vuestros “wasaps” y por haber convertido *Tan dulce como tú* en otra espectacular aventura repleta de nuevas enseñanzas.

No puedo olvidarme tampoco de las lectoras que continuáis leyendo mis libros. Es un honor para mí cada vez que alguien elige una de mis novelas como lectura. Gracias infinitas por darme la oportunidad. Gracias por entrar a formar parte de mi familia literaria. Solo deseo que esta nueva historia no os decepcione y os haga pasar, al menos, un rato entretenido.

Playlist

Listado de canciones que me han inspirado en cada capítulo.

- Capítulo 1. **Vuelve, vuelve** (David Bisbal, Danna Paola)
- Capítulo 2. **Un beso en Madrid** (Alejandro Sanz, Tini)
- Capítulo 3. **Presiento** (Morat, Aitana)
- Capítulo 4. **Sueños rotos** (La quinta estación)
- Capítulo 5. **Vuelto a verte** (Malú, Pablo Alborán)
- Capítulo 6. **Enemigos** (Aitana, Reik)
- Capítulo 7. **Yo contigo, tú conmigo** (Morat, Álvaro Soler)
- Capítulo 8. **Traicionera** (Sebastián Yatra)
- Capítulo 9. **Cómo te atreves** (Morat)
- Capítulo 10. **Magia** (Andrés Cepeda, Sebastián Yatra)
- Capítulo 11. **Olvidé olvidarte** (Marlon, Álvaro de Luna)
- Capítulo 12. **Puedes contar conmigo** (La oreja de Van Gogh)
- Capítulo 13. **Con las ganas** (Kurt, Cami)
- Capítulo 14. **En qué estrella estará** (Nena Daconte)
- Capítulo 15. **Échame la culpa** (Luis Fonsi, Demi Lovato)
- Capítulo 16. **No dejes de soñar** (Manuel Carrasco)
- Capítulo 17. **Robarte un beso** (Carlos Vives, Sebastián Yatra)
- Capítulo 18. **Inevitable** (Shakira)
- Capítulo 19. **Rayando el sol** (Maná)
- Capítulo 20. **Cómo mirarte** (Sebastián Yatra)
- Capítulo 21. **Aprender a quererte** (Morat)
- Capítulo 22. **Con la miel en los labios** (Aitana)
- Capítulo 23. **Destino** (Greeicy, Nacho)
- Capítulo 24. **Odio que no te odio** (Lasso, Cami)
- Capítulo 25. **Aunque tú no lo sepas** (El canto del loco)
- Capítulo 26. **Vas a quedarte** (Aitana)
- Capítulo 27. **No hay nadie más** (Sebastián Yatra)
- Capítulo 28. **Limón y sal** (Julieta Venegas)
- Capítulo 29. **Deja que te bese** (Alejandro Sanz, Marc Anthony)
- Capítulo 30. **Blanco y negro** (Malú)
- Capítulo 31. **Corazón sin vida** (Aitana, Sebastián Yatra)
- Capítulo 32. **Hay que vivir el momento** (Manuel Carrasco)
- Capítulo 33. **No puedo vivir sin ti** (Coque Malla, Anni B Sweet)
- Capítulo 34. **Creo en mí** (Natalia Jiménez)
- Capítulo 35. **No me doy por vencido** (Luis Fonsi)
- Capítulo 36. **Me muero** (La quinta estación)
- Capítulo 37. **Te entiendo** (Pignoise)
- Capítulo 38. **Contigo** (Sebastián Yatra, Pablo Alborán)
- Capítulo 39. **Mil tormentas** (Morat, Cali y El Dandee)
- Capítulo 40. **Mi persona favorita** (Alejandro Sanz, Camila Cabello)

Capítulo 41. **Besos en guerra** (Morat, Juanes)
Capítulo 42. **Adiós** (Sebastián Yatra)
Capítulo 43. **Gotas de agua dulce** (Juanes)
Capítulo 44. **Nada fue un error** (Coti, Andrés Calamaro)
Capítulo 45. **No me compares** (Alejandro Sanz)
Capítulo 46. **Tenía tanto que darte** (Nena Daconte)
Capítulo 47. **Lo siento** (Beret, Sofía Reyes)
Capítulo 48. **Te regalo** (Carlos Baute)
Capítulo 49. **Juramento eterno de sal** (Álvaro de Luna)

Sobre la autora

Nací en Ceuta en 1978, ciudad donde resido en la actualidad. En 2002 creé un portal web dedicado a la novela romántica, El Rincón Romántico, el cual aún sigue en activo hoy en día, tras más de veinte años online. Después de trabajar durante muchos años en diferentes áreas del mundo del libro, decidí quitarme la espinita que tenía y di rienda suelta a mi imaginación para comenzar a escribir las novelas románticas que siempre quise. Así pues, animada por una amiga, me lancé a autopublicar mis historias en Amazon.

Mi familia, mis perros, la escritura, la lectura, la música rock de los ochenta y el mar constituyen mi motor. Esto es todo lo que necesito para ser feliz. Para mí no hay nada más relajante que dejarme llevar por las teclas de mi portátil junto a la ventana del salón de mi casa. Y y si es con una taza de café al lado y con Bon Jovi sonando de fondo, mejor.

Instagram: @donna_kenci